



Lemuria

[cuentos extraños y malditos]

KARL HANS STROBEL

Lectulandia

En la época de entreguerras se produjo en el mundo de habla alemana un resurgimiento del género fantástico y de terror protagonizado por tres autores que alcanzaron una gran popularidad: Gustav Meyrink, H. H. Ewers y Karl Hans Strobl. Esta corriente literaria, emparentada con el romanticismo negro, se inspira en los grandes maestros del terror E. A. Poe y E. T. A. Hoffmann.

Karl Hans Strobl (1877-1946) fue un prolífico escritor austriaco, autor teatral, poeta y editor de la legendaria revista ilustrada *El jardín de orquídeas* (*Der Orchideengarten* 1919-1921), dedicada por entero al arte y la literatura fantásticos. Su obra más conocida, la novela titulada «Eleagabal Kuperus» (1910) una historia que describe con tintes apocalípticos la lucha entre el magnate de la industria Thomas Beguz y el mago Kuperus se ha convertido en un clásico de la literatura fantástica alemana.

“Lemuria” (1917) título que hace alusión a la lemuralia romana, fiesta destinada a aplacar y ahuyentar a los malos espíritus es una colección original de dieciocho relatos en los que el lector encontrará los temas predilectos de la literatura gótica: el vampirismo, en historias como “El mausoleo en Père Lachaise”, “La cabeza” o “El hombrecillo de la sangría”, la licantropía, en “El bosque de Augustovo”, el satanismo, en “Tres cuadros al estilo de Jerónimo Bosco” (que nos trae el recuerdo del magistral “El gran dios Pan”, de Machen) o “El manuscrito de Juan Serrano”, o los espectros, en “Busi-Busi”, “Gestos malditos” o “La monja mala”.

El volumen incluye el relato “La repulsión de la voluntad” (1905) en el que aparece por vez primera el mago Eleagabal Kuperus protagonista de la novela homónima de Strobl.

Lectulandia

Karl Hans Strobl

Lemuria

[cuentos extraños y malditos]

Valdemar: Gótica - 104

ePub r1.0
orhi 08.10.2017

Título original: *Der Kopf / Das Grabmal auf dem Père Lachaise / Busi-Busi Die arge Nonn / Das Aderlassmännchen / Mein Abenteuer mit Jonas Barg Laertes / Geberden da gibt es vertrackte / Der Fall des Leutnants Infanger Das Manuskript des Juan Serrano / Der Wald von Augustowo Der Schattenspieler / Der sechste Gesell / Take Marinescu Der Bogumilenstein / Drei Bilder nach Art des Hieronymus Bosch Der Triumph der Mechanik / Die Repulsion des Willens*

Karl Hans Strobl, 1917

Traducción: José Rafael Hernández Arias

Ilustraciones: Richard Teschner

Ilustración de cubierta: Arnold Böcklin: *La guerra*, 1896

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Durante la época de entreguerras se produjo en el mundo de habla alemana un resurgimiento del género fantástico y de terror protagonizado por tres autores que alcanzaron una fama notoria: Gustav Meyrink, Hanns Heinz Ewers y Karl Hans Strobl. Los dos primeros ya han encontrado acogida en el sanctasanctorum de los aficionados a este género: la colección Gótica de la editorial Valdemar; ahora corresponde presentar al tercero, al austríaco Karl Hans Strobl (1877-1946), con un volumen de relatos publicado bajo el título *Lemuria*, en el cual se pueden observar claramente los rasgos distintivos de una corriente que se inspiró sobre todo en la obra de E. T. A. Hoffmann y Edgar Allan Poe. Conviene recordar que los autores anteriormente mencionados se esforzaron por revigorar un género que según ellos correspondía a una actitud o un carácter genuinamente alemanes, tal y como expresaba el mismo Strobl al hablar de sus inicios literarios:

«Con Hoffmann se iba a las profundidades, al mundo subterráneo, a las piezas nocturnas. Hoffmann elaboró en la literatura el gusto tan originariamente alemán por lo grotesco, extraño, fantasmal y crepuscular. Aglomera de manera creativa el caos de lo espantoso y de lo sobrenatural, lo desgarró de repente con una carcajada, como un creyente que se burla súbitamente de su propia fe, lo que los profesores llaman ironía romántica. En este mundo romántico-irónico me encontré a mí mismo» (*Heimat im frühen Licht*, Leipzig, 1942, p. 165).

Es probable que muy pocos hayan oído hablar de Strobl, lo cual no es de extrañar, ya que es la primera vez que su obra se traduce al español. Su nombre aparece de vez en cuando en foros especializados en el género, sobre todo americanos, por donde circulan algunas traducciones al inglés, de las cuales, por desgracia, muchas han sido pergeñadas por aficionados con escasa competencia. En el año 1927, sin embargo, las obras de este autor alcanzaban una tirada global de 625.000 ejemplares, y su firma se estimaba como la de un intelectual consolidado e influyente. Las cifras constatan que fue uno de los autores más leídos en Alemania y Austria. Strobl fue, además, un escritor muy prolífico, autor de numerosísimos artículos, de obras de teatro, y cultivó también la poesía. Desde el año 1918 las compañías cinematográficas se interesaron por su obra y se rodaron versiones mudas y luego sonoras de varios de sus libros y relatos.

En las enciclopedias dedicadas al género fantástico se le suele prestar una atención especial como el editor de la legendaria revista *Der Orchideengarten. Phantastische Blätter*, que apareció entre enero de 1919 y noviembre de 1921 (54 números) y cuyo redactor fue el escritor y pintor Alfons von Czibulka. La mayoría de los especialistas coinciden en afirmar que esta revista fue la primera dedicada íntegramente al género fantástico; anterior, por lo tanto, a la «pulp-magazine» *Weird Tales* (que se inició en marzo de 1923), donde se publicaron las contribuciones de H. P. Lovecraft, Seabury Quinn o Robert E. Howard. Ahora bien, la revista de Strobl,

además de publicar fantasía, también se dedicó al horror, a la ciencia-ficción e, incluso, hizo alguna incursión en el género policíaco y en el erótico. Mantuvo una continua lucha con la censura, por lo cual algunos de los números salieron algo aligerados de páginas. Pero la revista ha pasado a la historia no solo por su carácter pionero y las contribuciones literarias, sino también por sus magníficas ilustraciones. Y aquí no puedo sino sumarme a muchos de los aficionados que la consideran como una de las revistas más bellas del género jamás publicadas. Entre los ilustradores contemporáneos que participaron en ella cabe citar a Alfred Kubin, Heinrich Kley, Otto Linnekogel o Karl Ritter. Los números de esta revista son muy codiciados entre los coleccionistas y alcanzan precios elevados.

Es probable también que algún lector se haya topado con la novela de Strobl titulada *Eleagabal Kuperus*, publicada en dos volúmenes en 1910, el primero con el subtítulo “Die würgende Hand” (“La mano estranguladora”) y el segundo con el subtítulo “Höllenfahrt” (“Bajada a los infiernos”), novela de la que, en vida de Strobl, salieron a la venta seis ediciones y que se ha reeditado de nuevo recientemente. Muchos entendidos la tienen por su obra maestra y se cotiza entre ellos como un clásico del género fantástico alemán. En la novela se describe la lucha, con tintes apocalípticos, entre el magnate de la industria y especulador Thomas Bezug y el mago Eleagabal Kuperus. Pese a su antigüedad, el argumento resulta de lo más actual: codicia, voluntad de poder, megalomanía, el sexo como instrumento de dominio, la falta de escrúpulos; si no fuera por algunas peculiaridades estilísticas y contextuales de la época, se podría haber escrito hoy mismo. El magnate Thomas Bezug tiene la idea de comprar todas las tierras del planeta, ya sea directamente o a través de testaferros, con objeto de impedir que crezca la vegetación y monopolizar así el oxígeno existente. De esta acción se prometía la posibilidad de chantajear a la humanidad. En el segundo volumen la novela adopta unos derroteros delirantes y esperpénticos al intentar aprovechar Bezug una supuesta colisión de la Tierra con un planeta salido de su órbita, de nombre Terror, para desatar una histeria de masas y el caos en una atmósfera dantesca. Mientras, el extraño personaje Eleagabal Kuperus, una suerte de sabio representante de la magia blanca, lucha por frenar el dominio universal de su oponente, quien, en la línea de los malos alemanes de aquellos tiempos —recordemos a personajes ya míticos como el Dr. Mabuse o el Dr. Caligari—, dispone de fuerzas hipnóticas y de unas energías subyugadoras con las que somete a los demás a su voluntad. En la obra se mezclan rasgos de una novela educativa, elementos fantásticos y también eróticos, similares a los existentes en *La Venus de las pieles* de Sacher-Masoch. Hay varias novelas de aquel periodo que se pueden parangonar con la de Strobl: *La otra parte*, de Alfred Kubin, y una de las novelas esotéricas más misteriosas de todos los tiempos: *Die andere Seite der Welt* (*La otra parte del mundo*), de Georg Korf. La influencia en dos autores austríacos de aquella época, también cultivadores del género, parece manifiesta. Me refiero a Franz Spunda, por ejemplo en su novela *Devachan* (1921), y a Leo Perutz, que supo

combinar magistralmente elementos fantásticos y siniestros con una lógica matemática.

El lector se preguntará, llegados a este punto, a qué se ha podido deber la escasa difusión de Strobl tras su muerte. En Alemania, cuando se menciona a este autor entre personas entendidas en la materia, se suele suscitar la pregunta: ¿pero ese no era nazi? Y con esto queda explicada, en gran parte, la reticencia del mundo editorial a publicar a este autor, reticencia que ha ido cediendo, no obstante, con el paso de los años, como ha ocurrido con otros autores del género que se implicaron en el régimen, por ejemplo con Hanns Heinz Ewers o Franz Spunda. Editoriales como Festa, de Leipzig, o Geheimes Wissen, de Graz, han decidido romper el tabú y hacer accesible una obra que, en cualquier caso, o se escribió muchos años antes de su afiliación al partido o no delata ningún afán de adoctrinamiento político. Strobl se afilió, en efecto, al partido nacionalsocialista en 1935, a los 58 años de edad, e incluso recibió la Medalla Goethe en 1937, uno de los reconocimientos culturales más importantes de Alemania, lo cual solo podía ocurrir si se gozaba de simpatías en el régimen y se había mostrado una lealtad aquilatada.

Strobl nació en 1877 en Iglau (actual Jihlava, república checa, por entonces perteneciente al Imperio Austro-Húngaro) y murió en 1946 en Perchtoldsdorf, Austria. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por el conflicto de nacionalidades, por el odio existente entre las poblaciones de distinto origen, sobre todo entre los alemanes y los checos. Estos últimos comenzaron a invadir los espacios que dejaban vacíos los ciudadanos de origen alemán, a escalar puestos en la sociedad y a desempeñar un papel político importante. En la minoría alemana (que incluía también a los judíos de cultura alemana) cundía el miedo a verse asfixiados y a perder sus posesiones, su identidad y su cultura en un ámbito hostil. Este es el ambiente que determinó la infancia de Strobl y que nunca le abandonaría.

Estudió Derecho en la sección alemana de la Universidad Carolo-Ferdinanda de Praga, y allí participó activamente en la vida estudiantil como miembro de la fraternidad «Austria», bebiendo, jugando, esgrimiendo y enfrentándose a mamporros con los checos. Terminó sus estudios considerablemente endeudado y logró doctorarse, para, acto seguido, ejercer como practicante en el juzgado de lo penal de Iglau. En 1900 comenzó la prestación del servicio militar, que tuvo que interrumpir por problemas cardíacos, como consecuencia de lo cual fue licenciado de inmediato. En 1901 contrajo matrimonio y logró saldar todas sus deudas de tiempos estudiantiles. Poco después obtuvo una plaza de funcionario en la administración de Hacienda en Brünn. Pero su talento literario comenzó a manifestarse con la novela *Die Vaclavbude* (1902), con la cual iniciará una serie de tema estudiantil que cobrará cierta fama y le proporcionará un público fiel.

Un editor de Leipzig ofreció a Strobl en el año 1913 la dirección de una revista, con la condición de dejar su puesto de funcionario y trasladarse a la ciudad alemana. Aceptó la oferta y se hizo cargo de la revista cultural y política *Der Turmhahn*.

Pero la Primera Guerra Mundial interrumpió su actividad profesional y al no poder incorporarse al ejército austro-húngaro debido a sus problemas de salud, en 1915 comenzó a trabajar como corresponsal de guerra para el servicio de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, por lo que acudió a todos los frentes de guerra europeos. La derrota en la Primera Guerra Mundial supuso que Bohemia y Moravia cayeran de parte de Checoslovaquia. Strobl lo sintió como la pérdida de su patria y la reincorporación de estos territorios al mundo alemán se convirtió para él en una obsesión. Escribió numerosas novelas que tratan sobre este conflicto cultural y étnico que hoy poseen un curioso valor histórico.

Los años 20 y 30 fueron los más prolíficos de su carrera literaria y le permitieron vivir holgadamente de la pluma. Viajó por toda Europa, incluyendo España, que le inspirará una novela basada en la vida de Goya, y recorrió asimismo Siria y Egipto. Sus ideas políticas se vieron influidas por H. S. Chamberlain, sobre cuya obra, *Los fundamentos del siglo XIX*, escribió varios artículos a lo largo de los años. Su admiración por Nietzsche, Wagner y Bismarck sale a relucir continuamente en sus escritos. Al canciller alemán le dedicó una biografía novelada en tres volúmenes que alcanzó una gran difusión. Partidario de la anexión de Austria a Alemania, Strobl decidió trasladarse a Checoslovaquia para apoyar subversivamente a la minoría alemana, debido a lo cual será expulsado del país en 1934. En Austria prosigue su actividad proclive a la anexión y mantiene relaciones con el NSDAP, al que se afilia en 1935. Para Strobl, con la anexión («Anschluss») se cumplió uno de sus sueños, y todas sus esperanzas quedaron colmadas cuando el 16 de marzo de 1939 se publicó el decreto por el cual se creaba el protectorado alemán sobre Bohemia y Moravia. Entusiasmado, envió un telegrama de felicitación a Hitler por haber recobrado su patria para el Reich alemán.

Strobl se mostró desde entonces fiel al régimen, aun cuando sus dudas se fueron incrementando y tuvo que encajar duros golpes, como la disolución de sus amadas fraternidades estudiantiles, a las que había dedicado tantas obras, o la hostilidad de algunos jefes del partido, como Rosenberg, que veían con recelo su obra y su trayectoria intelectual. En cualquier caso, desde 1938 Strobl no publica nada que ni siquiera se aproxime al éxito de trabajos anteriores.

Los últimos años de guerra trascurrieron marcados por la enfermedad. En 1945 la familia Strobl se ve obligada a huir con otros cientos de miles de alemanes en unas condiciones deplorables. Llegó a Perchtoldsdorf, su residencia austríaca, y encontró su casa ocupada por la comandancia soviética, que había ordenado destruir todos sus libros y manuscritos. Tras intentar obligarle a trabajar en una carretera, su estado de salud se deterioró drásticamente. Lo acogieron en un asilo para ancianos en la más absoluta pobreza y murió allí el 10 de marzo de 1946, tras haber sufrido varios derrames cerebrales.

La colección de relatos que aquí presentamos se publicó bajo el título *Lemuria*, aludiendo a la festividad romana, también conocida como Lemuralia, en honor de los

lémures o larvas o manes, esto es, de las almas de los muertos o espectros, pero con el matiz de malos espíritus, con objeto de aplacarlos, de exorcizarlos o de hacerlos propicios. En los relatos, como hemos comentado, se aprecia claramente la influencia del Hoffmann de *Los elixires del diablo*, de las *Piezas nocturnas* y de los *Hermanos de San Serapión*, así como de Edgar Allan Poe, pero este último a través de su acogida en Francia por autores como Nodier, Gautier, Nerval o Villiers de L'Isle Adam, con una clara tendencia simbolista. Se percibe asimismo un sustrato muy alemán derivado del romanticismo y con raíces en cuentos y leyendas orales, como los recopilados por los Hermanos Grimm, aunque en sus versiones más originales, a veces tan crudas y crueles, cuya moral ambivalente y ambigua fue suavizada por Wilhelm Grimm a lo largo de varias ediciones.

En la colección encontramos los temas principales de la literatura fantástica y de terror: vampirismo, licantropía, satanismo, espectros, y una obsesión por las mutilaciones particular de Strobl y que ha dado pie a varias interpretaciones psicoanalíticas; a menudo estos temas se tratan desde una perspectiva grotesca y chocante. Es manifiesta la idea subyacente de una visión negativa de la naturaleza humana, tan característica del romanticismo negro, que ve en el hombre a un ser desequilibrado, inmerso en un confuso juego de fuerzas y tránsitos aparentemente incontrolable. Nada en la existencia posee duración o consistencia o una sustancia fija, la identidad se disuelve en su contacto con una segunda realidad siniestra y se enreda con la ficción.

No cabe duda de que merece la pena rescatar a un autor como Strobl, sus relatos y novelas fantásticas, *Eleagabal Kuperus*, *Umsturz im Jenseits*, *Gespenster im Sumpf*, *Der Zauberkäfer*; *Die Eier des Basilisken*, además de proporcionarnos interesantes claves para entender su época; los miedos y las esperanzas de unas generaciones que iban a despenarse en el precipicio del nazismo y de la Guerra Mundial, nos sirven, junto a sus relatos, para entender la evolución del género y las leyes que lo determinan.

El interés por Strobl y por otros autores de su generación se viene incrementando en los últimos años. A Strobl hasta el momento se le han dedicado unas seis tesis doctorales y es de prever que con la reedición de su obra, se incremente el número de lectores y crezca el interés por otros escritores que, al margen de sus ideas políticas, contribuyeron con originalidad al género fantástico y de terror.

J. Rafael Hernández Arias

BIBLIOGRAFÍA

—Altrichter, Anton (ed.), *Festschrift. Karl Hans Strobl. Ein Lebensund Schaffensbild*, 1927.

—Griessenböck, E., *Über einige Vertreter des Satanismus in der neuen und neusten Literatur*; Viena, 1924.

—Maschke, Marta, *Der deutsch-tschechische Nationalitätenkonflikt in Böhmen und Mähren im Spiegel der Romane von Karl Hans Strobl*, Dissertation.de, Erfurt, 2000.

—Müller, Elsa, *Karl Hans Strobbs Novellen*, Viena, 1940.

—Schödel, S., *Studien zu den phantastischen Erzählungen Gustav Meyrinks*, Nürnberg/Erlangen, 1965.

—Sprengel, Peter, *Geschichte der deutschsprachigen Literatur 1900-1918*, München, 2004.

—Thalhammer, H. (ed.), *Festschrift. Karl Hans Strobl*, Lilienfeld, 1937.

—Wackwitz, G., *Karl Hans Strobl (1877-1846). Sein Leben und sein phantastisch orientiertes Frühwerk*, Halle-Württemberg, 1981.

LEMURIA

(CUENTOS EXTRAÑOS Y MALDITOS)

LA CABEZA

En la habitación reinaba la oscuridad y el silencio, todas las cortinas estaban cerradas, de la calle no penetraba ni un débil resplandor de luz. Mi amigo, yo y el desconocido nos cogíamos de la mano. Sobre nosotros se cernía un miedo espantoso, el mismo que sentíamos en nuestro interior.

De repente, atravesando la oscuridad, vino hacia nosotros una mano blanca, flaca y luminosa y comenzó a escribir en la mesa a la que estábamos sentados, con el lapicero dispuesto a propósito. No veíamos lo que escribía la mano, pero lo sentíamos en nosotros... simultáneamente... como si hubiese estado ante nuestros propios ojos, escrito con letras de fuego.

Lo que esa mano blanca y luminosa garabateaba en el papel, en la profunda oscuridad de la medianoche, era la historia de esa misma mano y del hombre al que había pertenecido en una ocasión.

«Mientras subo los escalones cubiertos por un paño rojo, siento algo extraño en el corazón. En mi pecho oscila algo de un lado a otro... un gran péndulo. Los bordes del disco del péndulo están, sin embargo, afilados como cuchillas de afeitar, y cuando el péndulo roza, al oscilar, mi pecho, siento en él un dolor incisivo y me falta la respiración, como si jadeara. Pero aprieto los dientes para que no pueda surgir ni un sonido y cierro con fuerza las manos, atadas a mi espalda, hasta que las uñas, clavadas en la carne, hacen correr la sangre.

»Ya estoy arriba. Todo está preparado, solo me estaban esperando a mí. Me dejo afeitar tranquilamente la nuca y luego pido permiso para poder decir unas últimas palabras al público. Se me concede. Al darme la vuelta, y abarcar con mi mirada a la infinita multitud que se apretuja, cabeza con cabeza, ante mí, y que rodea la guillotina, todos esos rostros estúpidos, embrutecidos, bestiales, en parte de una curiosidad filistea, en parte lasciva, esa masa humana, esa burla centuplicada del nombre ser humano, todo el asunto me parece ridículo y no puedo sino reírme.

»Pero veo que el gesto oficial de mis verdugos se contrae formando arrugas de severidad... maldita frescura la mía, tomar el asunto con actitud tan poco trágica. No quiero irritar aún más a esa buena gente y comienzo rápidamente con mi alocución:

»“Ciudadanos”, digo, “ciudadanos, muero por vosotros y por la libertad. Os habéis equivocado conmigo, me habéis condenado... pero yo os amo. Y como prueba de mi amor, oíd mi testamento. Todo lo que poseo, es vuestro, aquí tenéis...”

»Y les doy la espalda haciendo un gesto inconfundible.

»A mi alrededor se eleva un rugido de indignación, yo pongo a toda prisa y con un suspiro de alivio mi cabeza en la moldura... un zumbido como un siseo... siento solo un ardor gélido en el cuello... y mi cabeza cae en el cesto.

»Siento como si mi cabeza se sumergiera en el agua y mis oídos se llenaran de ella. Los ruidos del mundo exterior me llegan turbios y confusos, en mis sienes

percibo un murmullo y como un gruñido. Tengo la sensación de que por el corte transversal de mi cuello se evaporan grandes cantidades de éter.

»Lo sé, mi cabeza yace en la cesta de mimbre, mi cuerpo está arriba en el patíbulo, y, no obstante, siento que mi cuerpo, pataleando ligeramente, se ha inclinado hacia la izquierda; que mis puños apretados, atados a mi espalda, aún se crispan convulsivamente y los dedos se estiran y contraen acalambrados. Siento también cómo sale a chorros la sangre del muñón de mi cuello; cómo, con la pérdida de sangre, los movimientos son cada vez más débiles, y cómo se debilita y desvanece mi sensación del cuerpo, hasta que por debajo de la sección del cuello todo se vuelve más y más tenebroso.

»He perdido mi cuerpo.

»De la sección del cuello hacia abajo de repente percibo manchas rojas. Las manchas rojas son como fuego en negras tormentas nocturnas. Se disuelven y extienden como gotas de aceite en una superficie de agua mansa; cuando los bordes de las manchas rojas se tocan, noto en los párpados ligeras descargas eléctricas, y el pelo de mi cabeza se encrespa. Y ahora las manchas rojas comienzan a girar en torno a sí mismas, cada vez más deprisa... innumerables ruedas de fuego ardiente, discos solares abrasadores: es un girar frenético, de modo que largas lenguas de fuego me lamen y yo me veo obligado a cerrar los ojos. Pero aún siento las rojas ruedas de fuego en mi interior, y es como si tuviera entre los dientes granos de una arena seca. Por fin se apagan los discos llameantes, su frenético girar se hace más lento, se apaga uno tras otro, y después, desde la sección de mi cuello hacia abajo, para mí todo se vuelve, por segunda vez, tenebroso. Ahora para siempre.

»De mí se ha apoderado una dulce debilidad, un dejarse llevar irresponsable, mis ojos se han vuelto pesados. Ya no los abro y, pese a ello, veo todo lo que ocurre a mi alrededor. Es como si mis párpados fuesen de cristal y transparentes. Veo todo como a través de un velo lechoso, por encima del cual se ramifican venas frágiles de un rojo pálido, pero veo las cosas más grandes y con más claridad que antes, cuando aún tenía mi cuerpo. Mi lengua se ha quedado paralizada y yace pesada e inerte como barro en mi cavidad bucal.

»Mi sentido del olfato, sin embargo, se ha refinado con creces, no solo veo las cosas, las huelo, cada una diferente, con su olor peculiar y propio.

»En el cesto de mimbre, bajo la cuchilla de la guillotina, se encuentran, además de la mía, otras tres cabezas más, dos masculinas y una femenina. Las mejillas maquilladas de rojo de la cabeza femenina llevan pegadas dos parchecitos cosméticos; en el pelo peinado hacia arriba y empolvado está prendida una flecha de oro, en las pequeñas orejas se ven dos elegantes pendientes adornados con diamantes. Las cabezas de los dos hombres se encuentran con el rostro hacia abajo en un charco de sangre coagulada, a lo largo del cráneo de uno se prolonga una cicatriz mal curada, el pelo del otro ya es gris y escaso.

»La cabeza femenina aprieta los ojos con fuerza, pero yo sé que me está mirando

a través de sus párpados.

»Así permanecemos durante horas. Observo cómo los rayos solares se van desplazando por el patíbulo donde se encuentra la guillotina. Anochece y comienzo a tener frío. Mi nariz está completamente rígida y fría, y la frialdad vaporosa de mi cuello seccionado se vuelve desagradable.

»De repente se oye un griterío furioso. Se va aproximando hasta llegar muy cerca y súbitamente siento cómo un fuerte puño agarra con violencia mi cabeza por los pelos y la saca del cesto. A continuación, siento cómo un objeto extraño y puntiagudo penetra por mi cuello: la punta de una lanza. Una caterva de Furias y de sansculottes borrachos se ha volcado sobre nuestras cabezas. En las manos de un hombre fuerte y alto, con un rostro rojo e hinchado, oscila la lanza con mi cabeza en la punta sobre la multitud aulladora y rabiosa.

»Una aglomeración de hombres y mujeres ha comenzado a disputarse el botín del pelo y de las orejas de la cabeza femenina. Es una pelea con manos y pies, dientes y uñas. Acaba la pelea y se dispersan furiosos y gritando, cada uno de los que se ha apoderado de algo, seguido de un grupo de camaradas envidiosos.

»La cabeza yace en el suelo, deforme, sucia, con las huellas de los puños por todas partes, las orejas desgarradas por los violentos tirones; el cuidadoso peinado, desgreñado; los mechones empolvados, de pelo rubio oscuro, cubiertos de inmundicias. Uno de sus lóbulos nasales, cortado con un instrumento afilado; en la frente la huella del tacón de una bota. Los párpados están semiabiertos; los ojos, rotos y vidriosos, miran con fijeza.

»Por fin la multitud avanza, con cuatro cabezas clavadas en largas lanzas. Contra la cabeza del hombre con el pelo cano se desata principalmente la furia del pueblo. El hombre ha tenido que gozar de pocas simpatías. No lo conozco. Le escupen y le arrojan barro. Ahora le acierta un puñado de inmundicias en plena oreja... ¿qué es eso?, ¿acaso se ha movido?, ¿en silencio, inadvertidamente, solo perceptible para mí, la mera contracción de un músculo?

»Se hace de noche. Han clavado nuestras cabezas, una junto a la otra, en las rejas de hierro de un palacio. Tampoco conozco el palacio. París es grande. En el patio acampan ciudadanos armados en torno a una gran fogata. Cantos callejeros, chistes, carcajadas estrepitosas. Llega hasta mí el olor a carnero asado. El fuego propaga un aroma a costoso palo de rosa. Las hordas salvajes han llevado al patio todo el mobiliario del palacio y lo queman pieza por pieza. Ahora le toca el turno a un sofá muy elegante y ornamentado..., pero dudan, no arrojan el sofá al fuego. Una mujer joven con rasgos duros, con una camisa abierta por delante, de modo que deja asomar unos senos turgentes, habla a los hombres haciendo gestos vivos con las manos.

»Quiere convencerlos de que le entreguen el lujoso mueble, ¿acaso le ha dado de repente el capricho de sentirse como una condesa?

»Los hombres siguen dudando.

»La mujer señala la reja y luego, de nuevo, el sofá.

»Los hombres dudan..., al final ella los aparta, desenvaina el sable de la funda de uno de los hombres armados, se arrodilla y comienza a sacar del marco de madera del sofá, con sus fuertes brazos y con ayuda del filo del arma, los pequeños clavos con cabeza esmaltada, con los que la tela de seda se ha fijado a la madera. Los hombres la ayudan ahora.

»De repente vuelve a señalar nuestras cabezas.

»Uno de los hombres se aproxima a la reja con pasos dubitativos. Busca. Trepa por las barras de hierro y baja la cabeza femenina sucia y maltratada.

»Un horror estremece al hombre, pero actúa como guiado por una fuerza irresistible. Es como si la mujer joven, allá en el fuego, la mujer con la falda roja y la camisa abierta, dominara con su mirada voluptuosa y feroz a todos los hombres a su alrededor. Con el brazo rígido trae la cabeza, cogida por los pelos, al fuego.

»La mujer agarra la cabeza muerta con un salvaje grito de placer. La hace girar por los largos pelos, dos, tres veces, sobre las llamaradas de la fogata. Luego vuelve a ponerse en cuclillas y pone la cabeza en su regazo. Le pasa varias veces la mano por las mejillas, como si la acariciara; los hombres se han sentado a su alrededor y ella ahora coge con una mano uno de los pequeños clavos con cabeza esmaltada, y con la otra un martillo, y con un corto martillazo clava el clavo hasta que penetra en el cráneo.

»Otro breve martillazo más y de nuevo desaparece uno de los clavos en el espeso cabello de la mujer. Mientras realiza esta actividad, susurra una canción. Una de esas canciones populares terribles, extrañas, sensuales, de una antigüedad mágica.

»Los sanguinarios espantajos a su alrededor se sientan en silencio, pálidos de horror, y la miran fijamente con ojos temerosos desde sus oscuras cuencas. Y ella martillea y martillea, y clava clavo tras clavo en la cabeza y, mientras tanto, susurra, al ritmo de los martillazos, su antigua y extraña canción mágica.

»De repente, uno de los hombres lanza un grito furibundo y se levanta. Los ojos se le salen de las órbitas, de la boca le caen espumarajos de baba... echa los brazos hacia atrás, gira el tronco hacia derecha e izquierda como con una convulsión dolorosa y de sus labios salen gritos bestiales y penetrantes.

»La mujer joven martillea y canta su canción.

»Otro hombre se levanta de un salto, aullando y agitando los brazos a su alrededor. Saca una estaca ardiendo de la fogata y se golpea con ella en el pecho, una y otra vez, hasta que sus ropas comienzan a quemarse y a su alrededor se extiende una humareda espesa y apestosa.

»Los demás siguen sentados en actitud rígida, pálidos, y no le impiden ese extraño comportamiento.

»Un tercero se levanta, y ahora también los demás se ven acometidos por el mismo delirio: un ruido ensordecedor, gritos, aullidos, gruñidos, una confusión de movimientos y de miembros. Quien cae, se queda en el suelo... y su cuerpo es pisoteado por los demás.

»Mientras se produce esta orgía delirante, la joven sigue sentada, martillea y canta.

»Ya ha terminado, y ahora ha insertado la cabeza tachonada de pequeños clavos con cabeza esmaltada en la punta de una bayoneta y la mantiene sobre la masa agitada y aulladora. Alguien dispersa entonces el fuego, de las brasas se sacan estacas encendidas y se apagan echando chispas en los oscuros rincones del patio. Todo se hunde en la oscuridad... solo se oyen gritos aislados y lascivos, un salvaje desenfreno, como si procediera de una terrible riña a brazo partido. Sé que todos esos hombres en pleno delirio, esas bestias salvajes, se han abalanzado ahora sobre la mujer, con dientes y garras...

»Todo se pone negro.

»Estuve consciente lo necesario para ver ese espanto... amanece... pero mi visión es borrosa; el día tiene esa luz como la que parece desvanecerse en turbias tardes invernales. Lluve sobre mi cabeza. Vientos fríos desgredan mi pelo. Mi carne se ablanda y debilita. ¿Es el comienzo de la putrefacción?

»Se produce un cambio. Se llevan mi cabeza a otro lugar, a una fosa oscura; pero en ella se está caliente y reina el silencio. Noto que mi interior vuelve a despertar y a aclararse. Conmigo en la fosa oscura hay muchas más cabezas. Cabezas y cuerpos. Y advierto que cabezas y cuerpos se han encontrado, tan mal o tan bien como han podido. Y en ese contacto han vuelto a encontrar su lenguaje, un lenguaje pensado, silencioso e inaudible, con el que se comunican.

»Anhele mi cuerpo, anhele liberarme de esta frialdad insoportable en la sección cortada de mi cuello, que ya casi se ha convertido en un ardor. Pero atisbo en vano. Todas las cabezas han encontrado un cuerpo. A mí ya no me queda ningún cuerpo. Pero por fin, tras una búsqueda larga y esforzada, encuentro uno... en el fondo, recluso con modestia en un rincón, un cuerpo que aún no tiene cabeza... un cuerpo de mujer.

»Algo en mí se resiste a unirme a ese cuerpo, pero mi deseo, mi anhele termina por vencer y me aproximo, inducido por mi voluntad, al tronco sin cabeza y veo cómo también él se afana por llegar hasta mí. Y ahora se tocan las dos superficies cortadas. Un ligero golpe y la sensación de una tenue calidez. A continuación, solo tiene importancia una cosa: vuelvo a tener un cuerpo.

»Pero qué extraño, después de haber pasado la primera sensación de bienestar, noto la poderosa diferencia de mi otra mitad, es como si se encontraran y se mezclaran humores muy diferentes. Humores que no tienen nada en común.

»El cuerpo de mujer, sobre el que ahora se asienta mi cabeza, es delgado y blanco, tiene la piel fría y marmórea de la aristócrata que toma baños de vino y leche, que despilfarra en caras cremas y aceites. Pero en el lado derecho del pecho, sobre la cadera y una parte del estómago se ve un dibujo extraño, un tatuaje: puntos, corazones, anclas, arabescos sutilísimos en color azul, y una y otra vez las letras J y B enlazándose y muy ornamentadas. ¿Quién pudo haber sido esta mujer?

»Sé que lo voy a saber, ¡y pronto! Pues de la confusa negrura de mi cuerpo, por debajo de mi cabeza, se desarrolla un vínculo misterioso. En mí solo queda una noción oscura y borrosa de mi cuerpo. Pero de un minuto a otro esta noción se vuelve más clara y nítida. Y simultáneamente se produce esa penetración dolorosa de los humores de mi otra mitad. De repente es como si tuviera dos cabezas... y esta segunda cabeza —una cabeza femenina—, sangrienta, deforme, desfigurada —la veo ante mí— está toda tachonada con pequeños clavos de cabeza esmaltada. Es la cabeza que pertenece a este cuerpo, al mismo tiempo es mi cabeza, pues yo siento claramente en la cubierta de mi cráneo y en mi cerebro los cientos de clavos: ¡quisiera rugir de dolor! Todo a mi alrededor se hunde en un velo rojo que revolotea como impulsado por fuertes golpes de viento.

»Ahora lo siento, soy una mujer, aunque mi entendimiento sigue siendo el de un hombre. Del velo rojo asciende una imagen: me veo ante mí en una habitación adornada con un lujo suntuoso. Yo me encuentro arropado por suaves alfombras... desnudo. Ante mí, sobre mí, se inclina un hombre con los rasgos duros y bastos del tipo de las capas más bajas del pueblo, con los puños endurecidos por el trabajo, con la piel curtida del marinero. Se arrodilla ante mí y con una aguja puntiaguda traza extraños dibujos en mi piel suave. Eso duele y, no obstante, me proporciona una extraña suerte de placer voluptuoso. Sé que el hombre es mi amante.

»Un dolor breve, provocado por la aguja, sacude mi cuerpo en una sensación deliciosa. Rodeo el cuello del hombre con mis brazos blancos y lo atraigo hacia mí, le beso y pongo sus manos duras y encallecidas sobre mis senos y mis hombros y le vuelvo a besar con un delirante frenesí, y lo estrecho entre los brazos y lo aprieto hasta que gime tratando de respirar.

»Ahora rozo con los dientes su morena garganta, esa garganta que tanto amo y cuya mera vista me causa a menudo un éxtasis; mi lengua acaricia esa garganta con húmeda ternura... y ahora, ahora he de clavar los dientes en la carne dura y morena, no puedo evitarlo, tengo que morder... y muerdo, muerdo... sus gemidos se vuelven un estertor, siento cómo el hombre se retuerce entre mis brazos y se convulsiona, pero yo no le dejo. El cuerpo se torna pesado, muy pesado, un chorro de sangre caliente fluye por mi cuerpo. La cabeza se inclina hacia atrás, dejo que se deslice de mis brazos, con un golpe sordo cae de espaldas en la blanda alfombra. De su cuerpo mordido mana un surtidor de sangre espesa. Sangre, sangre por todas partes, sobre la blanda y blanca piel de oso polar, por todo mi cuerpo.

»Comienzo a gritar, los sonidos salen de mi garganta, roncros y ásperos. La criada se precipita en el interior, no tenía que haber estado muy lejos, tal vez ante la puerta, en la habitación contigua, ¿ha estado escuchando? Por un instante se queda como rígida, inconsciente, luego se arroja en silencio sobre el cuerpo del hombre muerto, sin decir palabra, sin lágrimas, ella hunde su rostro en su pecho cubierto de sangre, solo veo cómo cierra las manos.

»Ahora lo sé todo.

»Y aún veo otra imagen.

»Vuelvo a verme a mí y al mismo tiempo soy el que va sentado en una carreta de madera que lleva a la guillotina. De repente estoy en el patíbulo y levanto mis ojos por última vez hacia el sol, y mientras me vuelvo lentamente, mi mirada recae en una mujer joven que se ha abierto paso hasta la primera fila... ella es la amante del hombre que era el instrumento de mi placer, con su rostro conmocionado y pálido, con una falda roja, una camisa abierta y el pelo ondeando al aire. Sus ojos poseen un ardor salvaje, como el de un depredador, húmedos, como por un dolor contenido, y ávidos, como de una gran alegría. Levanta los puños ante el rostro y sus labios se mueven, quiere hablar, quiere escarnecerme, pero solo puede gritar, de manera rota e incomprensible, y yo pongo mi cabeza bajo la cuchilla.

»Ahora lo sé todo.

»Sé de quién era la cabeza que, en la noche ante la fogata del campamento, sirvió a una espantosa venganza más allá de la tumba; también sé quién era la joven que esa misma noche fue desgarrada, despedazada en el oscuro patio del palacio por aquellas bestias desenfrenadas. En mi cabeza duelen los numerosos clavos. Estoy atado a este cuerpo, a este cuerpo lleno de terribles recuerdos y de espantosos dolores, a este cuerpo bello y pecaminoso que ha pasado por todas las puertas del infierno.

»La terrible disociación de mi ser me desgarró, pero no por mucho tiempo, ya noto una suave relajación, un ablandamiento y desprendimiento de las partes carnales, un esponjamiento y licuación de todos los órganos internos: comienza la descomposición.

»Pronto la noche rodeará mi yo repugnante y escindido, la noche de la putrefacción, los cuerpos se descompondrán, el espíritu será libre».

Y la mano dejó de escribir y desapareció.

EL MAUSOLEO EN PÈRE LACHAISE

Hoy me he mudado a la vivienda que no he de abandonar durante todo un año.

A mi alrededor se levantan paredes lisas y frías de mármol, perfectamente ensambladas, sin ningún otro adorno que una delgada moldura arriba y abajo, una moldura formada únicamente por discos solares alados, el símbolo de la eternidad entre los egipcios. ¿Qué más necesita esa obra salvo la excelencia en el trabajo? He de decir que esa perfección en la simplicidad me emociona mucho más que la decoración escultórica más ingeniosa. Contemplo estas piedras, tan limpiamente ensambladas que las juntas solo se perciben al fijarse en ellas como una línea delgadísima. Paso mi dedo sobre ellas, percibo las superficies lisas y pulidas y experimento una sensación exquisita. El mármol tiene pocas vetas, son como musgo tierno, como hierbas o como animales marinos parecidos a vegetales encerrados en un trozo de cristal. Cuando me quedo mirándolos largo tiempo, es como si esos lazos, picos, dientes y esas letras tan extrañas y misteriosas se encontraran bajo una capa de hielo transparente, a una profundidad impenetrable para la mirada. Un mundo petrificado de formas sugerentes, ajeno a las casualidades y a las sensaciones de la vida y del movimiento. El material más noble para un mausoleo.

En el centro de la pared posterior, a pocos palmos por encima del suelo, se ha colocado la placa de bronce con la simple inscripción: Anna Feodorovna Wassilka, fallecida el 13 de marzo de 1911. Cierra la abertura en la que se ha introducido el ataúd.

Otra abertura delgada conduce desde esa estancia de mármol al exterior. Fuera se encuentra el cementerio iluminado por el sol de un día de agosto; aquí dentro se está fresco, solo en torno a la entrada aún juega el aire produciendo pequeñas y cálidas ondas que traen el aroma de las flores. A veces pasan por delante abejas, o una mosca azulada y brillante zumba ante la rendija durante un instante para desaparecer de repente. Aparte del zumbido y el murmullo de los pequeños seres vivos sobre las tumbas, se oye también un sonido más profundo, como una ininterrumpida vibración del aire.

Eso es París.

París, que se extiende más allá de Père Lachaise, que arroja sobre la paz de estas moradas su oleaje espumeante de trabajo, placer y pasión.

Cuando me sitúo en la entrada, que tiene la anchura de un hombre, he llegado al límite de mis dominios. Durante un año esta mirada desde la entrada de un mausoleo será la única que podré dirigir al mundo exterior. Una mirada a las tumbas y a los panteones.

Pero puedo estar satisfecho con esta vista. Cuando me inclino, veo a la derecha la obra espléndida y ferviente de Bartholomè, el recuerdo pétreo profundamente sentido de un amor que no puede morir. Veo las figuras de los desesperados, esforzados, de los quebrantados, que hacen señas de despedida hacia las puertas de la muerte. Veo a

los dos tiernos amantes introduciéndose en la oscuridad. El hombre, contenido y fuerte ante el destino; la mujer, compartiendo su camino con una confianza y entrega infinitas.

* * *

No me aburriré en mi estancia de mármol aunque tendré que pasar en ella todo un año.

Me siento como Jerónimo en su celda, pero oigo París, respiro la fragancia de todas esas tumbas florecientes, tengo el resplandor del arte. Y, como Jerónimo en su celda, estoy bien provisto de libros, tengo conmigo mis utensilios de escritura y papel, y en esta soledad escribiré mi gran obra. Y no será una obra de erudición teológica, como la de Jerónimo, sino una científica. Aquí ordenaré y culminaré todas mis ideas en torno a la descomposición y finitud de la materia; de todos los hechos particulares, de las sorpresas que nos ha proporcionado la ciencia en las últimas décadas, construiré un sistema que llevará mi nombre.

Pero ¿qué quiero en realidad? ¿Acaso no se han cumplido ya todos mis deseos? ¿Ha osado alguna vez, alguien como yo, un pobre estudioso que solo pudo satisfacer su amor a la investigación independiente, apretándose aún más el cinturón del hambre, lograr algo parecido?

Tengo tiempo para completar mi obra. No padeceré molestia alguna, pues durante todo este año no hablaré con nadie exceptuando al sirviente que me traerá la comida dos veces al día. Hasta mí no podrán llegar ni la amistad ni el amor. Y no me preocupo por el pan de cada día. Madame Feodorovna Wassilska me aprovisionará. Incluso ha planeado ya el menú para toda la semana. Y desde luego, hasta el día de hoy, el tercero de mi soledad, no me puedo quejar. La dama, en cuyo mausoleo me alojo ahora, entendía algo de gastronomía. Y por qué lo voy a negar, me alegro de poder comer tan bien y tan copiosamente... mis comidas acaparan toda mi atención. Cada una de ellas es para mí una sensación. He tenido que pasar mucha hambre durante largo tiempo como para no apreciar ahora un pollo relleno o una lengua en adobo con esa maravillosa salsa polaca, o esas pequeñas entradas a la rusa.

Así pues, me encuentro muy bien y estoy convencido de que este bienestar durará todo el año de mi cautiverio. Pero en cuanto el año finalice, recibiré de la finada, Madame Wassilska, la menudencia de doscientos mil francos.

¿Doscientos mil francos?

Eso significa que no tendré que lloriquear ante ningún editor para imprimir mi obra. Pues naturalmente esos bribones se reirán de un pobre diablo como yo cuando reclame que impriman un libro sobre el que bramarán todas las cabezas huecas de la academia. Ahora ya no los necesito. Ahora podré ser mi propio editor o comprarme a uno si me da la gana.

¿Doscientos mil francos?

Eso significará que podré realizar ciclos de conferencias para difundir mis ideas por todas partes. Eso significará que podré meter a mi pequeña Margot en un coche y llevarla a la estación de trenes. A la mañana siguiente estaremos en Marsella donde nos esperará, en el mar, un yate blanco. La pobrecilla ha pasado conmigo tiempos tan malos que se ha merecido con creces una estancia en el paraíso. Todos los días sol y brisa marina y no hacer nada salvo pasarlos con la mayor comodidad posible.

* * *

Esta Madame Anna Feodorovna Wassilka debió de ser —y que me perdone mi benefactora por mi atrevimiento— más rara que un sinapismo, una gallina loca, de una locura incluso inhabitual entre los parisinos.

Tengo una noción de lo más verídica de esta Madame Wassilka. Se funda en la imagen y en los informes recibidos en su vecindario. Me la imagino como una suerte de Emperatriz Catalina, llena de la codicia de aprovechar la vida en todas sus formas, desde las más sutiles a las más brutales. Y ahora vienen a París esas rusas ricas desde sus propiedades inconmensurables en alguna polvorienta estepa o entre cenagales e infinitos campos de cereales. Han explotado miserablemente durante años a sus campesinos y, para variar, participado en alguna pequeña y bonita conjura. Ahora vienen a París y lo que en su patria les daba la vida con cuentagotas, lo quieren disfrutar aquí a pleno pulmón.

Eso creo haberlo leído en los rasgos de su retrato. Cuando me mostré dispuesto, ante notario, a aceptar su legado testamentario, me enseñaron su retrato y me dejaron una hora a solas con él, tal y como había dispuesto en su última voluntad.

Pues bien, la señora Wassilka no le creó dificultad alguna al pintor en lo concerniente a la ropa. No es ninguna de esas damas de blanco, de rojo o de verde, como pululan a docenas por los salones. Es, por decirlo así, una dama de absolutamente nada.

Está desnuda ante una ventana abierta, y tiene un cuerpo bello... eso hay que reconocerlo. La cabeza muestra la belleza otoñal y austera de una mujer en sus cincuenta. Ojos fríos y astutos bajo unas cejas bien arqueadas, una nariz rusa algo vulgar, una boca voluptuosa, cuyos labios llenos y rojos parecen retroceder lentamente ante los dientes blancos, mientras que se adivina más que realmente se muestra una sonrisa cruel y fría: una auténtica sonrisa de Gioconda. El pintor ha doblado las manos de una manera extraña. Los dedos son tan largos y tan afilados, y sobre ellos se posa una sombra tan rara que casi parecen garras.

¡Oh, ante este cuadro uno puede imaginarse que las pasiones amorosas juveniles de esta mujer tuvieron que propiciar una dicha inaudita!

Con este cuadro coincide muy bien todo lo que me han contado los vecinos de la Wassilka. Pues en cuanto decidí ganarme los doscientos mil francos ofrecidos, es evidente que me informé sobre ella. Uno no va a vivir durante todo un año en el

mausoleo de una completa desconocida, se tiene que saber a quién hay que desearle las buenas noches.

Pues bien, la verdad es que me contaron las cosas más extrañas, pero me parece que aún se callaron más de lo que dijeron. Tal vez fuera lo más extravagante o más inverosímil, porque no querían que se rieran de ellos. Esa buena gente no sabe cuántas cosas inverosímiles somos capaces de soportar, ni el atractivo que tiene todo eso para aquellos, como yo, cuya fantasía está absorbida por números y experimentos.

Así pues, Madame Wassilka ama el arte, como era de esperar por su naturaleza afín a la de Catalina. En su legado se encuentra una gran colección de cuadros, pertenecientes al periodo entre Goya y Van Gogh. Todos ellos representan únicamente desnudos. Al parecer, los paisajes, los bodegones o los retratos carecían de interés para ella.

A esta colección de cuadros se suma un conjunto de piezas de porcelana selectas, reunidas según el mismo principio. Ninfas, náyades, Afroditas, Galateas y Gracias de las manufacturas de Meissen, Nymphenburg, Viena, Sevres; figuras en cuyas desnudas redondeces juega la luz. Gráciles amantes de reyes galantes; mujeres a quienes les suponía un placer saberse situadas, como diosas de la belleza, retratadas en candelabros o en espejos, sobre el tocador de sus amigos.

Pero Madame Wassilka no limita su amor al arte, que siempre deja lugar al anhelo de vida. Además, siente las necesidades más brutales y audaces. Como a Catalina II, le procuran jovencitos. Ella abandona la casa vestida de hombre para vagar por las calles y para buscar Dios sabe qué aventuras. A veces alquila varias habitaciones de un gran hotel y da una fiesta espléndida. Recuerdo haber oído alguna vez de esas noches que, a medias entre el baile y la orgía, despertaban el interés de París por unos días.

A veces sus juegos amorosos adoptan un giro cruel. Ninguna de sus doncellas pudo resistir mucho tiempo a su lado. Ella gusta, como las damas romanas, de clavar en la carne de sus criadas largas agujas o quemarlas de repente con un hierro candente. Una inclinación verdaderamente antigua y principesca, solo que nuestras doncellas parisinas no se ven obligadas a soportar lo que las esclavas libias y persas no tenían otro remedio que aguantar.

Pero para extraño, lo ocurrido con el aprendiz de panadero. Madame Wassilka ve un día a un aprendiz de panadero que le trae los panes a la casa. Tiene un bonito cuello redondo. Madame Wassilka se encapricha de ese cuello y pregunta al joven si le dejaría morderle tres veces en él. Una cifra considerable de francos despeja sus dudas y le convence. Pero tras el segundo mordisco sale corriendo y lanzando gritos; poco después cae enfermo y ya nada pudo convencerle de que regresara a la casa de la rusa.

Este es el retrato de mi benefactora.

Hay que reconocer que he ocupado la antesala de la última morada de una mujer

muy interesante, y que bajo esas lisas losas de mármol reposa un carácter impetuoso de lo más ardiente.

Ayer comencé con mi trabajo.

Primero se trata de ordenar una gran cantidad de notas. Mis amigos siempre me han reprochado sonriendo que soy tan meticulado como un catedrático alemán. No creo que tenga que avergonzarme por ser concienzudo cuando se tiene la intención de confeccionar un sistema válido para iniciar un nuevo periodo de la ciencia.

Esta innumerable cantidad de notas son de diferente índole. Las que consignan mis experimentos y mis propias ideas se encuentran en fichas blancas. En fichas azules, se consignan las opiniones contrarias de otros científicos. Y en las fichas amarillas se refutan esas opiniones. Todo esto se tiene que sistematizar y ordenar según materias.

Pero al principio de mi trabajo se ha producido una pequeña contrariedad. Ayer por la noche puse sobre la mesa la primera parte de mi obra en esas notas, bien ordenadas. Cuando hoy por la mañana me levanté de mi cama de campaña, todos esos cientos de papeles se encontraban dispersos por todo el suelo. Eran difíciles de levantar del frío mármol, como si se quedaran pegados a él retenidos por fuerzas eléctricas.

Por la noche debió de haber una corriente de aire que penetró por la abertura de entrada y que se llevó todos los papeles.

Ahora tengo que comenzar desde el principio.

* * *

Iván podría contar algo más de su señora, si quisiera hablar.

Pero no sé si sabe decir algo más que «buenos días» y «adiós». Pronuncia esas palabras con una voz estridente, como si procediera de un papagayo o de un gramófono, de aquellos tiempos en que aún no se había perfeccionado y se llamaba fonógrafo.

Aparece puntualmente dos veces al día con su pequeño carrito en el que lleva las ollas de aluminio con las viandas, y en el que se mantienen calientes con un pequeño sistema de llamas. Empuja ese carrito como los heladeros italianos sus carros en las calles.

Sube lentamente la pequeña loma, se detiene ante el mausoleo de su señora y pone la comida en la mesa.

Después se sienta frente a mí en el suelo con las piernas cruzadas, a la manera de los tártaros, y me mira fijamente. No es muy agradable que te miren fijamente a la boca mientras comes. He intentado animarle a hablar, aunque solo sea para terminar con esa desagradable mirada de besugo y para llevar algo de vida a ese rostro. Pero es como si quisiera arrancarle una respuesta a una estaca.

Iván es un hombrecillo con pelo cerdoso, sobre el que ahora, en verano, se pone

una gorra tártara. Si fuera más joven y guapo, supondría que lo hace para llamar la atención y para buscar fortuna entre las jóvenes de la Bretaña, tan obsesionadas con todo lo extranjero; al igual que los estudiantes rusos van por ahí con sus botas de caña y sus chaquetas con cordones, con objeto de encontrar a alguna joven vendedora que los mantenga. Pero Iván está libre de sospechas parecidas. Su rostro es un paisaje de montañas y valles. Entre cicatrices de la viruela hay infinitos granos, cada uno con su punto blanco de pus en el centro. Los pelos de su bigote colgante se introducen en esa piel devastada sin orden ni concierto y como si no tuvieran raíz. Como cañitas que los niños hubiesen clavado, jugando, en la arena. Los miembros de ese grotesco espantajo se ensamblan al cuerpo de la misma manera inorgánica, como si los hubiesen desgarrado una vez y los hubiesen vuelto a pegar con inhabitual torpeza.

Este tártaro hirsuto es el único sirviente que Madame Wassilka ha traído de su patria. Ha superado todos los cambios de su servicio y ha resistido hasta el final al lado de su señora.

Tiene que conocer todas sus costumbres, me podría contar más de una peculiaridad de su carácter, pues esas damas rusas no ocultan nada a sus servidores de confianza.

Me gustaría que me explicara qué propósito alberga esa extraña disposición en el testamento de su señora. No puedo imaginarme que a ello la haya impulsado su buen corazón; contradice cualquier rasgo de su carácter que lo haya hecho para obtener el agradecimiento de un desconocido, para asegurarse que la recuerden, o para tener a alguien cuya alma haga resonar su nombre con cada impulso que le eleve en la vida.

Hay tres cosas que, a mi juicio, han podido propiciar esa disposición testamentaria. Ha podido ser simplemente miedo a ser enterrada viva. De vez en cuando en los periódicos salen noticias espeluznantes sobre tales casos, y ella tal vez quisiera asegurarse de que hubiera alguien que pudiera oírla si despertaba en la estrechez angustiada de su sepultura. ¡Pero alto! En ese caso habría tenido que disponer que su mausoleo fuese ocupado inmediatamente después de haber sido sepultada, y no dejar al solicitante que escogiera el día de entrada en el año del velorio.

También podría deberse a la preocupación por la existencia de ladrones de tumbas. Tal vez hubiese llegado a ella la historia del sargento Bertrand, quien precisamente había escogido ese cementerio de Père Lachaise como escenario de sus atrocidades. Una vez, cuando contemplaba el cadáver de una bella jovencita, sintió de repente el impulso de abrazarla. En la noche después de su entierro penetró en el cementerio, abrió el ataúd y se revolcó con la muerta. El repugnante placer que le causó esa profanación fue tan grande que Bertrand a partir de entonces ya no pudo resistirse y por la noche vagabundeaba por el cementerio buscando cadáveres como una hiena. En el juicio confesó haber desenterrado alguna noche entre doce y quince cadáveres para encontrar a una mujer muerta, sobre la que se arrojaba para besarla, morderla y mutilarla. A todo esto, ese monstruo actuaba con una astucia

extraordinaria, casi incomprensible, y logró salirse con la suya largo tiempo pese a todas las medidas de precaución y los vigilantes, hasta que por fin se hirió al escalar el muro del cementerio con una suerte de máquina infernal y así pudo ser atrapado. Es posible que Madame Wassilka temiera caer en las manos de una bestia semejante.

Pero aún hay una tercera posibilidad, y esta es la que me parece adaptarse mejor al carácter de esa tirana asiática. Tal vez hubiese asignado doscientos mil francos con el propósito de alegrarse por anticipado de los tormentos del solicitante, para poder gozar de la idea de ese preso en un mausoleo atenazado por todos los miedos y horrores de un cementerio.

Pues bien, si esa fuera la intención de Madame Anna Feodorovna Wassilka, se ha equivocado de plano. Yo como un tigre y duermo como un lirón.

Es tarde. Acabo de beberme una botella de Borgoña y estoy de buen humor. He de despedirme de mi benefactora. Me levanto, me inclino y golpeo con el dedo doblado en la placa de bronce: «Buenas noches, Anna Feodorovna, buenas noches».

* * *

Por segunda vez la misma contrariedad.

Mis notas, que había dejado bien ordenadas sobre la mesa, han vuelto a quedar esparcidas por todo el suelo. No puedo olvidarme de conservarlas en otro sitio o de ponerles algún objeto pesado encima.

Hoy he visto claramente cómo una corriente de aire las ha arrojado al suelo.

Me despierto, en medio de la noche, del sueño más profundo, como si mis nervios estuviesen conectados a una batería eléctrica que ha mandado una señal. Esto es perfectamente comprensible. Toda mi atención, lo más íntimo de mi ser, depende de este trabajo, se concentra en él y lo siento como si formara parte de mí mismo. Mientras yo dormía, esa atención permanecía vigilante. El presentimiento de un peligro para mi trabajo ha interrumpido mi sueño.

Despierto y veo mi estancia de mármol invadida por una ligera claridad. Fuera no hay ningún claro de luna. Esta claridad parece ser el resplandor de los muchos mausoleos de mármol que se encuentran fuera, que penetra en el interior y se une a las extrañas luces que la piedra también refleja a mi alrededor. Es una iluminación que veo por primera vez, una luz que recuerda más bien a la fosforescencia del mar, o como si la piedra que ha absorbido durante el día la luz solar volviera a expulsarla ahora con un suave halo.

Me siento en mi cama de campaña, el fenómeno me excita indeciblemente, ¿pues no son acaso precisamente las nuevas manifestaciones luminosas las que constituyen el objeto de mi estudio, de las que parto para emprender una revolución completa en nuestros conocimientos acerca de la esencia de la materia? ¿Cómo se pueden clasificar esos rayos enigmáticos para mí desconocidos?

En este instante advierto en la pared del fondo del mausoleo, en el lugar en el que

se ha situado la placa de bronce, un agujero negro y cuadrado, como si alguien hubiese retirado la placa.

Y al mismo tiempo siento como si un suave soplo de aire pasara por encima de mí, que lleva consigo un olor de flores marchitas y velas apagadas, ese olor que invade a veces el cementerio de Père Lachaise. Ese soplo procede de la entrada de mi mausoleo y llega a la pared del fondo, o procede de esta y se dirige a la entrada, y veo cómo se apodera de mis fichas, las hace volar sobre la mesa y las dispersa en un torbellino por el suelo.

A medias aterrado, a medias furioso, me levanto de prisa de mi cama para salvar el resto de mi trabajo. Las fichas parecen estar de nuevo pegadas al mármol del suelo, como si las atrajera; es como si la piedra estuviese un poco húmeda y pegajosa, como una masa rígida cuya capa superior comienza a disolverse lentamente.

Recojo con esfuerzo mis fichas, cuando lo logro recuerdo de nuevo la placa de bronce. Pero ahora está allí, en su sitio, iluminada por la tenue luz, de modo que incluso puedo leer con claridad el nombre de la finada.

De mí se apodera una excitación tremenda. Me veo confrontado a un nuevo enigma, con un descubrimiento en el ámbito de la más misteriosa de todas las fuerzas, la de la luz. Estoy convencido de que, aquí se trata de un nuevo género luminoso, tal vez de rayos que como los rayos X, penetran los metales, o que incluso bajo determinadas condiciones, o bajo un ángulo de refracción especial, podrían ser capaces de hacerlos desaparecer del todo.

Visto desde mi cama, la placa de bronce había desaparecido.

Vuelvo a sentarme en la cama, pero ahora sigue en su sitio. Tal vez haya descuidado el único momento en el que el fenómeno hubiese sido visible.

Esta noche he dormido poco. He repasado con mi mente todos los métodos de la investigación de la luz, para encontrar el mejor para este caso. Solo en el amanecer, con la lenta desaparición de los extraños rayos ante el día, he podido por fin quedarme dormido.

* * *

De vez en cuando vienen curiosos, se quedan fuera e intentan echar un vistazo en el interior.

Es posible que en los periódicos se esté informando sobre mí. El parisino no puede imaginarse que haya una persona que quiera permanecer voluntariamente un año entero en el mismo lugar.

Unos simplemente se burlan de mí y me toman por tonto, se quedan fuera a la luz del sol y sonríen con cinismo; otros sacuden la cabeza, compasivos y tristes.

¡Oh, si supierais que no padezco de esa enfermedad que los parisinos tanto temen como la muerte: el aburrimiento! Si supierais todo lo que experimento, todo lo que tienen que trabajar mis pensamientos y que ni siquiera descanso por las noches.

Un pequeño periodista ha intentado entrar armado con un cuaderno y un lapicero; sería capaz de hacerme perder los doscientos mil francos convenciéndome de que hable, tan solo para suministrar a su periódico un artículo mordaz.

(Por lo demás, me gustaría saber qué están escribiendo los periódicos sobre mí, si me tildan de héroe o de idiota. Y solo necesitaría decirle a Iván que me trajera los periódicos. Pero me he jurado no querer saber nada de lo que acontece fuera del cementerio o más allá de lo que se puede ver desde mi entrada; nada en el mundo me ha de distraer de mi trabajo.)

Mi pequeño periodista ha tratado de convencerme con terca insistencia. Pero por gestos le he dado a entender que no puedo hablar, y le he mostrado la puerta, si así puedo llamar a la estrecha abertura en la pared de mármol.

Otra visita me ha excitado considerablemente. Margot ha estado aquí, no se atrevía a aproximarse, yo veía desde lejos su sombrero negro con las rosas de té amarillas entre las tumbas. Entonces comenzó a llover, un grupo de gente regresaba de un entierro y pasó por mi morada. Se detuvieron, se apretaron y miraron con curiosidad en el interior. Un bloque negro con paraguas brillantes por la lluvia, alguien hizo una broma, un par de ellos contrajeron los rostros.

Fue entonces cuando de repente, solo por un instante, vi el sombrero grande de Margot entre dos paraguas mojados, detrás de un fino velo de lluvia, y debajo el rostro pálido y triste. ¡Qué buena! ¡Pero es también por ti, Margot, que estoy aquí dentro, también por ti!

* * *

Para mí ya no cabe duda de que en el mármol de este mausoleo operan fuerzas intermoleculares que hasta ahora han pasado desapercibidas a la ciencia. He proseguido mis observaciones nocturnas. En cuanto reina la más completa oscuridad, a eso de la media noche, comienza esa iluminación enigmática, ese resplandor verde, que parece emanar de la piedra. Me inclinaría a pensar que se trata de un tipo especial de mármol que por el día absorbe la luz y por la noche la expulsa en una suerte de fosforescencia.

Pero en contra de esto habla la peculiar circunstancia de que mediante esta irradiación también parece cambiar la estructura del mármol. Esa impresión que ya tuve dos veces ahora se repite siempre. La superficie del mármol parece ablandarse, se transforma en una masa gelatinosa y pegajosa; al mismo tiempo, en la luz inexplicable veo los dibujos y las vetas de la piedra; resaltan claramente esos helechos, musgos, estrellas de mar, corales, sistemas fluviales, como si reptaran hacia la superficie.

Cuando camino por la sillería de mármol del suelo, es como si pisara una alfombra blanda; cuando toco las paredes, me parece como si en ellas quedara una impresión de mis dedos.

¡Qué extraña y afortunada coincidencia! Dispuesto a comenzar una investigación fundamental sobre la desintegración de la materia, conozco un fenómeno que está en una relación tan estrecha con mi tema. Un fenómeno que apoyará esencialmente mi teoría, en cuanto lo haya investigado a fondo.

Estoy decidido a lograrlo, pues no cabe duda de que ese fenómeno luminoso y la alteración en la estructura del mármol están íntimamente relacionados, que se han de explicar mutuamente y de algún modo se han de derivar de las leyes primeras y más elementales de la materia, al igual que lo he logrado con todas las demás manifestaciones luminosas conocidas.

Para mis experimentos aún necesito algunos aparatos. Le he dado a Iván una lista y le he encargado que me los consiga.

Él me ha mirado con incomprensión y con una sonrisa burlona. Pobre diablo, en su cráneo asiático no tiene la más remota idea de la gran y maravillosa satisfacción que invade al investigador y al descubridor.

* * *

He comenzado a engordar.

Es cierto, por muy ridículo que parezca, y con lo que me cuesta reconocerlo, pero no puedo engañarme a mí mismo: estoy engordando. Mi cuerpo famélico ha asimilado la comida con tal codicia que ha repercutido en él demasiado bien.

Ya hace tiempo que he advertido que mis manos escuálidas, esos manojos de nervios y venas, han cambiado de aspecto. Entre los nervios ya no se aprecia depresión alguna, las venas se encuentran embutidas en almohadillas de grasa, los dedos parecen haberse hinchado. Mis piernas flacas han rellenado los pantalones, las rodillas huesudas se redondean al sentarme como la cúpula de los Inválidos y al caminar percibo cierta pesadez.

Pero hoy he recibido una prueba indiscutible de lo gordo que me he puesto.

Inclinado sobre mi trabajo, me he olvidado a mí mismo y he olvidado todo mi entorno. De repente, en plena oración algo me obliga a dejar la pluma y a mirar hacia fuera. Veo un trozo de cielo azul y algo del cementerio en un maravilloso resplandor otoñal. Lentamente pasa una hoja de tilo anaranjada por delante de la abertura del mausoleo. Es temprano, todas las sepulturas están entretejidas por los finos hilos del veranillo de San Martín, y cada una de ellas muestra hileras de brillantes gotas de rocío.

Me asalta un deseo indomable de ver el mausoleo de Bartholomè en esa luz pura y fría, admirar la procesión de figuras de mármol desde el reino solar a la noche sepulcral, de disfrutar de esa sensación de felicidad que emana de una gran obra de arte.

Me levanto y me acerco a la entrada, me inclino e intento arrojar una mirada al monumento. Pero no lo logro, mi cuerpo esponjoso llena la delgada hendidura, se

queda atascado en ella como en una trampa, y solo aplicando todas las fuerzas contra las paredes laterales logro liberarme retrocediendo.

He de reconocer el hecho ridículo de que soy un prisionero. Yo, el escuálido hambriento soy un prisionero de mi estómago. Mi voracidad me ha privado del consuelo y de la dicha del arte.

No hay de qué extrañarse, zampo como un Heliogábalo y no me muevo nada. Pero esto va a cambiar. A partir de ahora comeré con moderación y cada día correré media hora alrededor de mi mesa. ¿Qué pasará si mi perímetro sigue aumentando y al final del año no puedo abandonar el mausoleo con mis bien ganados doscientos mil francos?

Hoy mismo comenzaré con mi austeridad.

¡Oh, ridícula comedia de la voracidad! ¿Qué ha sido de mis buenos propósitos? Los tengo bien remachados en mi alma, clavados hasta la cabeza con los martillazos de la voluntad, muy juntos con mis demás grandes propósitos, junto con mi confianza en mí mismo y en mi trabajo. Cuando vi a Iván viniendo con su carrito entre las tumbas, por los caminos esparcidos de arena, examiné si mi disposición de ánimo estaba en su sitio y si era dueño de mi voluntad. Pero poco después estaba ante mí el plato con un ragú seductor. Vi mi rostro grueso y redondo reflejado en la plata pulida del platillo y renové otra vez mis propósitos.

«No», dije, retirando el plato, «hoy no comeré más que una sopa y un poco de pan».

Iván me miró, y su sonrisa sardónica, la mirada con que pareció medir mis contornos, me mostraron que me entendía. En silencio retiró el plato con el ragú bien condimentado y me puso en la mesa un plato de sopa que había calentado en una hornilla portátil. Pero desde el momento en que se volvió a sentar, el aroma de la densa sopa se apoderó hasta tal punto de mí que sentí cómo vacilaba toda mi resolución. Como el vapor de una lavandería o de una tintorería que terminan por penetrar y destruir los muros más fuertes, así destruyó ese aroma apetitoso mis propósitos, que duraron menos que un suspiro. Y en cuanto probé la primera cucharada, me asaltó un hambre canina. Mi estómago gritaba que lo alimentaran, como si no hubiese comido nada en catorce días, mis entrañas se acalambraron y dejé aparte todos los escrúpulos.

Iván había vuelto a salir, y como si fuera a prepararlo todo para su regreso, se dedicó a abrir todas las ollas de su carrito y mostró la carne blanca del pollo, la piel crujiente de los asados, la alegría multicolor de una ensalada italiana, el blanco amarillento de una tarta cubierta de crema.

Me levanté, me incliné por encima de la mesa y atraje hacia mí el ragú de mariscos. «Iván», dije, «tráigalo todo... tráigalo... la verdad es que me ha dado hambre».

En el instante de sentarme vi mi rostro reflejado en el platillo. Había enseñado los dientes, mis ojos vagaban terriblemente, todo mi rostro estaba distorsionado por la

codicia y la gula, parecía un animal al que se le vuelve a arrebatar la comida que se le ha presentado.

De toda la comida que había no ha quedado nada. He devorado el ragú, todos los asados y medio pavo, y tuve que obligarme a no chupar y roer los huesos como un perro hambriento.

Hay que reconocer que el cocinero que prepara todas estas comidas, según las disposiciones de Madame Wassilka, es un artista en su profesión. No creo que sea posible que alguien pueda cocinar mejor que ese hombre. Cada uno de los platos es perfecto en sí mismo y armonizan entre sí, de modo que la alternancia contribuye a incrementar el sabor. Es imposible resistirse a tales comidas, preparadas con tanto refinamiento, deliciosas tanto para los ojos, como para la nariz y el paladar.

Bendigo a ese gran artista desconocido... y le maldigo. Pues por lo que parece, si esto sigue así, no volveré a abandonar este mausoleo, ya que todo indica que me están cebando.

* * *

Iván me ha traído los aparatos que necesito para mis investigaciones. Ha puesto las cosas ante mí con esa sonrisa maligna, cínica y melancólica que corre entre las pústulas de su cara como una mucosidad viscosa. ¿Cómo va a entender para qué son los prismas, telescopios, lentes, pipetas, baterías y cámaras fotográficas?

El laboratorio químico de la universidad ha sido tan amable de poner a mi disposición todos estos aparatos y los ha acompañado con una carta halagadora: se creen afortunados de poder ayudar a un joven científico, cuya fama, etc.

Si supieran con qué objeto me suministran las armas; que tengo el propósito de destruir el edificio teórico que han erigido con tanto esfuerzo, de entregar al verdugo sus experimentos, de arrojar la antorcha de la destrucción a sus hipótesis de paja. Tengo todo mi nuevo sistema en la cabeza, mis pruebas están reunidas en pilas de fichas, tan solo queda integrar armoniosamente en mi sistema los extraños fenómenos de los que soy testigo.

Por el momento todos mis esfuerzos son en vano. Cuanto más meticoloso y esmerado soy en mis investigaciones, tanto más misteriosos se vuelven esos procesos.

Observo durante todas las noches. ¿Cómo podría dormir sin haber llegado al fondo del enigma de estos rayos? No pertenecen a ninguno de los géneros ya conocidos y descritos. Es un resplandor débil y verdoso, perfectamente perceptible, pero que parece emanar sin causa visible alguna de las paredes, del mismo mármol.

Pero estos rayos claramente visibles, de los que se debería esperar que siguieran las leyes de la óptica, no se pueden ni refractar ni polarizar, ni tampoco se pueden desviar mediante campos magnéticos o eléctricos. Por añadidura —y esto es francamente siniestro— carecen por completo de espectro. Atraviesan el prisma como si fuera un cristal común, lo abandonan de la misma manera en que lo penetran,

mediante una lente ni se concentran ni se dispersan. No muestran ningún reactivo químico y no dejan ninguna huella en la placa fotográfica.

Se burlan de cualquier ley natural.

Pese a todo esto, el hecho de que no carecen de efectos químicos lo demuestra ese extraño fenómeno concomitante: el ablandamiento del mármol. Tampoco es una ilusión de los sentidos, como no lo es el resplandor verde. Mis manos lo sienten, mis instrumentos lo constatan. Por regla general, comienza a partir de la medianoche, como si el resplandor verde tuviera que actuar un periodo antes de que el mármol comience a cambiar su estructura. Por la madrugada se intensifica y alcanza su punto culminante después del amanecer, cuando el resplandor verde se disuelve y se pierde lentamente en la luz matutina. Durante el día la piedra vuelve a ser fuerte y dura... como lo tiene que ser el mármol.

Mientras dura ese fenómeno, la piedra cede a la presión del dedo, se puede cortar y pinchar fácilmente. Se comporta como una jalea, como un enorme membrillo que se está poniendo duro; una presión con la mano parece dejar una huella que vuelve a desaparecer lentamente, el pinchazo con un cuchillo queda visible durante un rato y vuelve a desaparecer. Con esto, el mármol parece desarrollar unas fuerzas de atracción especiales. Su superficie se siente pegajosa, objetos pequeños se quedan adheridos a ella; la mano, al palparla, queda un poco retenida y después se siente un ligero ardor.

No sé cómo armonizar entre sí todos estos fenómenos singulares y contradictorios.

Estoy completamente desconcertado.

Y voy a hacer todo lo que hace cualquier científico cuando está completamente desconcertado, intentaré plantear una teoría. Una teoría que sea compatible con mi sistema.

Durante un periodo he estado pensando si esos rayos no podrían estar emparentados con los fenómenos observados por el ingeniero polaco Kychnowski. Este ingeniero, a cargo de la iluminación eléctrica en el parlamento regional en Lemberg, ha percibido lo siguiente. En experimentos nocturnos con un dinamómetro construido por él aparecieron en una habitación contigua a la sala de máquinas, separada de él por un muro de un metro de ancho, pequeñas esferas luminosas de color azul verdoso, y además siempre en el instante en que se interrumpía la corriente. Kychnowski puso en funcionamiento, para investigar más a fondo ese fenómeno enigmático, un aparato que interrumpiera la corriente, y logró generar un gran número de esas esferas luminiscentes, las cuales terminaron por chocar entre sí, de modo que se produjo una iluminación continuada. El descubridor tenía esas esferas por algo material y las remitió a la existencia de un elemento inexplorado que él llamó «electroid».

¿Acaso no tienen estas esferas luminiscentes del ingeniero Kychnowski, en el parlamento regional de Lemberg, una semejanza indudable con el resplandor verde

en el mausoleo de Madame Wassilska? La descripción que se da de esa luz verdosa podría tentarnos a decir que sí. Pero ¿dónde está aquí el dinamómetro que seguramente está relacionado causalmente con las observaciones de Kychnowski? Y, aun prescindiendo del hecho de que la ciencia sigue estando por ahora algo escéptica con respecto al informe del ingeniero, si reconocemos la exactitud de sus observaciones, la principal diferencia radica en que Kychnowski designa expresamente sus esferas luminosas como algo material.

Pues estoy absolutamente seguro de que mis fenómenos son de naturaleza inmaterial o que más bien, al no darse una inmaterialidad en los fenómenos terrestres, se quedan en los límites de la mensurabilidad y ponderabilidad y de la capacidad de reacción química.

En suma: yo tengo esos fenómenos por un éter luminoso, por el éter universal hecho visible, que todo lo penetra y lo llena, cuyo peso atómico se ha calculado en 0.00 000 96 del átomo de hidrógeno, y su velocidad en 2 240 000 metros por hora.

Hace unos años aún podía escribir Poincaré en su Teoría matemática de la luz. «La cuestión de si el éter existe realmente, tiene para nosotros (los físicos) poca importancia; investigar eso es cosa de los metafísicos».

Esta manifestación de Poincaré muestra toda la miopía de un científico, por lo demás genial, en cosas de las que él cree que debe mantenerse alejado. ¡Pero nada de eso! Esa cuestión nos importa a los físicos, y mucho. Desde que Maxwell estableció su teoría electromagnética de la luz, desde que hemos tenido que aceptar que la electricidad no es una fuerza natural, sino una sustancia, desde que a los elementos químicos se han añadido dos nuevos, los electrones positivos y negativos, el ámbito de validez del concepto «fuerza» se ha reducido considerablemente. Y desde aquí solo había un paso para la osada afirmación de Mendeleiev, del descubridor del sistema periódico de los elementos, de que el éter universal también es de naturaleza química, y que también se supedita por completo a la periodicidad de los elementos.

Con esto y con las explicaciones confirmatorias de George Rudorf sobre la materia primigenia y el éter luminoso coincide la antigua visión de los átomos que, por así decirlo, flotan en el éter universal como la madera en el agua, pero siendo de una naturaleza completamente diferente.

Los átomos se forman del mismo éter, se convierten en el éter o en ciclones, en los cuales este se densifica, y ellos surgen en lugares en los que ese movimiento de una rapidez tremenda e impensable de las partículas del éter, que por lo normal transcurre de manera rectilínea, se transforma en un movimiento giratorio. ¿Y cómo se origina ese éter universal? Aquí nos topamos con ese gran milagro en el que la física depende de la metafísica. ¡Aquí, señor Poincaré, se consuma el tránsito del movimiento a la sustancia!

El éter universal no es otra cosa que el tránsito de la fuerza a la materia. La energía no es un atributo de la materia, sino que es lo existente a priori, de lo que surge la materia. Así se resuelve también el enigma de la disolución de la materia,

que tanto preocupa a nuestros físicos; la materia ha de desintegrarse para volver a devenir en pura energía. La ley de la conservación de la energía es correcta, pero su validez comienza ya antes del nacimiento de la materia. Hay un ciclo de la energía universal que de sí misma genera la materia.

De ahí que el éter universal sea a un mismo tiempo material e inmaterial, que sea elemento y energía; él es el portador de todos los fenómenos del mundo visible; pero precisamente porque ha de adoptar todos los atributos, carece prácticamente de atributos. De ahí también que en el éter, que se ha tornado luminiscente por causas desconocidas en mi mausoleo de mármol, no se pueda constatar experimentalmente ninguno de los atributos de la luz.

Pero aquí se dan circunstancias que una y otra vez me llenan de confusión siempre que las percibo, ya que indican atributos para los que me falta toda explicación. Me refiero a la desaparición de la placa de bronce en la pared del fondo del mausoleo. Este fenómeno se produce de repente y desaparece de igual manera sin que pueda observar una regularidad.

Estoy por la noche ocupado en mi trabajo, miro y la placa ha desaparecido. Me levanto, me aproximo a ella para palpar el metal: realmente no está, se ha disuelto sin dejar huella. Y trascurrido un rato la placa de bronce vuelve a estar en su lugar. Me parece necesario aclarar que con la reaparición de la placa de bronce, desaparecen una opresión desagradable, una suerte de sofoco y unas palpitaciones desesperadas que me acometen en el instante en que desaparece.

Ya he hablado sobre la circunstancia en que se produce la alteración de la estructura del mármol.

Al final de mis intentos explicativos he de reconocer una y otra vez que no he sacado nada en limpio. Las propiedades incompatibles de estos rayos me confunden, y cuando concluyo mis argumentos, iniciados con tanta confianza, recaigo en la duda de si realmente es el éter universal el que llena por la noche mi morada con esa luz verdosa.

Pero si no es el éter universal, ¿qué es entonces?

* * *

He recibido una respuesta a mi pregunta.

Bajo la última frase de los apuntes que he terminado al alba, cuando ya estaba tan exhausto que me fui a la cama, hay algo escrito. Debajo de la pregunta con la que concluía, se lee:

«¿Es el hálito de Katechana?»

¿Quién es Katechana? ¿O qué es eso? La respuesta a mi pregunta me procura un nuevo enigma.

¿Y quién me ha dado esa respuesta? Esto tal vez sea lo más extraño en todo este enjambre de peculiaridades que me rodea.

A primera vista parece ser mi propia letra. Tiene todos sus rasgos característicos. La R partida por la mitad, la A alargada. Pero solo hace falta fijarse un poco para advertir que solo es un intento de imitar mi letra. Como si un extraño la hubiese usurpado para sorprenderme con una falsificación tan lograda.

Pero ¿quién ha podido entrar aquí para gastarme esa broma?

Solo queda suponer que yo mismo me haya levantado en sueños y haya añadido la enigmática respuesta, con mi propia letra, pero algo cambiada por el estado anormal de mi cerebro.

Pero ¿de dónde he sacado la palabra Katechana, que ni siquiera sé qué significa? ¿De un sueño, de los abismos de la consciencia, de ese lugar a donde no llega ningún rayo de la vigilia?

No he notado en mí ninguna inclinación al sonambulismo, el cuerpo nunca me ha gastado ninguna mala pasada, salvo los paroxismos del hambre, y mi mente está ejercitada para ascender sin vértigo por los senderos más empinados de la investigación.

* * *

En cualquier caso, no se puede excluir que caiga en estados de conciencia enfermizos. He de confesar que mi cuerpo y mi mente se encuentran en una extraña pugna. Mientras me veo atormentado por un hambre canina y traiciono todos los propósitos diarios, y cada vez engordo más, mi mente parece adormecerse.

He examinado recientemente la ilación de pensamientos tras la cual recibí aquella enigmática respuesta. En general, son correctos, pero, en particular, los encuentro toscos y deficientes; echo de menos la sagacidad, que suele distinguir mis trabajos y que incluso hasta mis enemigos han tenido que reconocer.

Pese a que reconozco claramente todos los errores, no me esfuerzo por corregirlos, ni tampoco sé cómo podría hacerlo. Mucho más importante que todas las demás cuestiones me parece saber qué es eso, el hálito de Katechana, como si verdaderamente estuviera encerrada en esa palabra la explicación de todo.

Estoy convencido de que todo esto tiene que mejorar, que recobraré mi claridad en cuanto haya superado esta asquerosa glotonería, esta ansia animal de atiborrarme la barriga. La lucha contra este apetito insaciable me aniquila. Y cuando por fin ya no puedo más, por repugnancia y por vergüenza de mí mismo debido a la debilidad de mi voluntad, me gustaría destrozarme mi rostro hinchado, triturar mis manos blancas, blandas y grasientas que están obligadas a llevar la comida a la boca.

Nunca he sabido que a la comida puede seguir también una resaca. Así debe de irles a los gansos cuando los ceban para que den hígados grandes.

¡Cebado! Es como si debiera ser cebado.

Pero ¿con qué propósito?

Hoy he podido dormir por primera vez desde hace mucho tiempo.

Ayer por la noche quería comenzar a trabajar, como siempre, pero mis pensamientos estaban más confundidos que nunca.

Ayer fue el Día de Todos los Santos. Una enorme cantidad de gente invadió el cementerio desde las primeras horas de la mañana hasta la noche. París se había puesto en pie para visitar a sus muertos, la vida vino a las tumbas de los fallecidos. Por todas partes coronas y flores y velas, el murmullo del gentío se depositaba sobre las sepulturas como el zumbido de un enjambre.

Casi todo el día se detuvieron grupos de personas ante mi mausoleo. Los primeros visitantes fueron dos mujeres de negro que llevaban entre ellas a una niña. Tal vez la esposa, la madre y la hija de un finado. La niña me miró con un asombro temeroso: «Mamá», dijo, «¿es ese el hombre que tiene que quedarse allí dentro todo un año?»

Las mujeres se llevaron a la niña, consideraron impertinente que me mirara con tanto descaro. Quince pasos más adelante la niña ya se había olvidado de mí y de su visita al cementerio, recogió las piernas y se dejó llevar en el aire un trecho, columpiándose como un angelito.

Pero no todos los visitantes fueron tan delicados como esas mujeres; algunos intentaron involucrarme en una conversación. El cielo alternaba entre sol y chubascos, de ese día solo me ha quedado una impresión de grupos humanos, ora a la luz, ora a la sombra. Al final di la espalda a la entrada del mausoleo.

Por la noche se hizo el silencio.

Iván me trajo la cena. Mientras me sentaba y devoraba la comida, alguien se aproximó a la abertura.

—Señor —dijo—, ¡disculpe usted!

Era un hombre joven con un rostro lozano, por su aspecto un artesano, un vendedor o algo parecido.

—Señor —repitió—, no se quede aquí por más tiempo... se lo aconsejo, deje el dinero... ella me mordió dos veces en el cuello...

Iván se levantó de un salto, como un animal salvaje. Nunca lo había visto así, los pelos hirsutos del bigote parecieron erizarse. Levantó el puño hacia el joven y este agachó la cabeza entre los hombros, murmuró algo y se alejó temeroso por la penumbra del cementerio, inmerso de nuevo en el silencio.

—¿Quién era? —pregunté.

Iván sonrió con malicia.

—No lo sé —me dijo con su voz chirriante.

Pero yo lo sé, era el aprendiz de panadero, al que Madame Wassilka había mordido en el cuello...

Después de ese día, cansado por la constante tensión de la voluntad que tuve que oponer a los mirones, he dormido como un muerto.

Mi despertar es como si oscilara en una sensación desagradable... Noto un ardor en mi antebrazo derecho y en mi cuello. Mi mirada recae en una pequeña costra de sangre seca de la muñeca. Rodea una pequeña herida que consiste en una serie de lesiones contrapuestas... como si me hubiesen mordido. Mordido... no encuentro otra palabra para ese tipo de herida. Y a su alrededor, en la extensión de un palmo, la piel tiene un color blanquecino y está flácida, como si faltara la sangre, como si durante toda la noche hubiese tenido puesto allí un esparadrapo con una pomada astringente.

Me llevo la mano al cuello y descubro allí una herida similar.

No quiero pensar sobre quién me ha podido causar estas lesiones. ¿Tendrá imitadores el sargento Bertrand? ¿Habrán personas que no puedan suprimir el deseo bestial de merodear de noche por los cementerios y desgarrar con sus dientes los cadáveres, y que tampoco desprecian atacar a los durmientes?

Las noches se han vuelto frías. Desde ahora voy a cerrar siempre la puerta de mi morada. Después me pondré una calefacción si no quiero enfermar en esta prisión de mármol.

Pregunto a Iván qué tiene pensado para afrontar el invierno. Él me mira como si no me entendiera. Una voz oscura e interna me ha dicho que oculte mis heridas a ese hombre. Así que me he puesto un cuello alto y he ocultado la muñeca con el puño de la camisa. Pero ahora las miradas del ruso me resultan de lo más desagradables, es como si investigaran mi cuerpo, me siento como alguien que tiene una enfermedad secreta.

—Necesito una calefacción —le digo furioso—, ¡una calefacción! ¿Me entiende? Él asiente.

De repente se me ocurre algo.

—Oiga, Iván —digo yo—, ¿por qué no se presentó usted mismo... a fin de cuentas se podían ganar doscientos mil francos? Eso es una fortuna. Y podía presentarse cualquiera... ¿por qué no se presentó usted mismo?

Ahora veo que, por primera vez, de ese hombre parco en palabras y hosco, de ese autómatas, se apodera un poder interior. Su rostro se distorsiona hasta formar una mueca de espanto, sus manos deformes con los dedos torcidos se extienden y como un papagayo asustado chilla y grazna:

—¡No... no!

No sé por qué yo con ese «no» también me veo invadido por el espanto, no sé por qué me pongo a temblar de repente, por qué me veo asaltado por semejante miedo, como si al mismo tiempo derramaran sobre mí agua helada y agua hirviendo.

Tomo un vaso de vino para intentar dominar esa excitación.

El puño de la camisa se sube y la mirada de Iván recae en la herida por encima de la muñeca.

El espanto se desvanece de su rostro, da paso a una sonrisa sardónica que se congela y se derrite entre las pústulas purulentas.

Margot ha estado aquí.

Estuvo entre las paredes de mármol de la entrada; por detrás de su gran sombrero con las rosas amarillas se veían las copas desnudas de los árboles. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, que se deslizaban por sus mejillas pálidas y ajadas. Estaba allí, como una enviada de la vida, la tentación en persona, como si la hubiese enviado París, cuyo murmullo llegaba hasta mí. Casi una hora duró ese combate del amor.

—Ernesto —dijo ella—, te lo suplico... sal de ahí. ¿Acaso ya no me quieres? Te he dejado hacer lo que querías... no quería que creyeras que no tenía la fuerza que tú tienes. Pero ahora no puedo soportar más que te quedes aquí... que no te pueda llevar conmigo... ¡oh, Ernesto, qué aspecto tienes! Qué disparate sacrificar tu salud y tu vida por dinero. ¿No éramos felices, los dos juntos, aunque no sabíamos cómo íbamos a pagar la siguiente mensualidad del alquiler? Piensa en las noches en mi habitación, en los paseos en Fontainebleau, en la comida para la que nos faltaban cinco sous... si me amas, vente conmigo.

Yo estaba a tres pasos de distancia, me agarraba con las dos manos al borde de la mesa. De mis labios pendían mil palabras de amor; mil confirmaciones de mi anhelo y de la ternura luchaban por abandonar mi corazón. Pero no podía hablar si quería ganar honradamente el premio. Solo podía dejar que hablaran mis ojos. Pero cómo podían decir mis miradas todo aquello que sería necesario decir, de por qué no podía salir de ahí, de que no quería haber soportado todo eso en vano, que ahora estaba realmente decidido a ganar el premio; de que no podía salir de ahí porque era un preso de mi propio cuerpo; y ante todo porque me había propuesto descifrar el enigma de ese mausoleo, averiguar qué era eso... el hálito de Katechana.

Fue muy difícil. Margot lloraba.

—¡Oh, no sabes lo que los periódicos escriben de ti... lo que dicen tus amigos... has enviado un informe sobre tus observaciones a la academia!

Así que se hablaba y se escribía de que había enviado un informe provisional sobre los rayos misteriosos de mi prisión. Pues bien, que dijeran lo que quisieran, por mí, que me he vuelto loco...

—¿Quieres que sea verdad lo que la gente dice...? ¡Oh, cómo te amo, Ernesto, cómo te amo!

No lo podía soportar más. Sentí que flaqueaba y le hice un gesto de despedida con las dos manos para que se retirara... le di la espalda y permanecí así hasta que desapareció su sombra del suelo de mármol, hasta que se dejaron de oír sus sollozos entre las tumbas.

Pero por la noche regresó de nuevo, esa mujer fiel y bondadosa, la mejor amante que ha tenido un hombre. Fía superado el miedo que le tenía a los cementerios, ante los que tiembla como una niña.

¿Quién podría haber sido si no Margot?

Despierto por la noche del sueño letárgico en el que ahora siempre caigo. Y siento que no estoy solo. Alguien está a mi lado, se ha arrojado sobre mí y me da un beso tan doloroso que es como un mordisco. En el resplandor verde veo a una mujer, la siento... yo correspondo a sus besos sin decir una palabra... no puedo hablar, pero sí besar. Y Margot me abraza con una fuerza furiosa, con toda la fuerza del anhelo y de la desesperación.

Margot... ¿quién podría haber sido si no Margot?

Todo mi cuerpo está cubierto de heridas... con mordiscos, las huellas de los besos salvajes.

Me tambaleo sin fuerzas, mi carne no tiene sangre... los músculos están blandos y esponjosos debajo de la piel ajada.

Y las heridas no se curan, se convierten en cicatrices repugnantes, pústulas purulentas... exactamente como las pústulas de Iván.

Y Margot viene todas las noches... todas las noches.

* * *

Iván ha hablado.

Y sé qué es eso, Katechana... se lo he sacado.

Se lo vi en los ojos, que lo sabía, en esas miradas maliciosas con las que contempla mis heridas, con las que parece valorarlas y contarlas; he visto esa mirada inquisitiva de especialista en los jueces de los combates de boxeo, cuando los dos contrincantes ensangrentados y desollados no dejan de golpearse...

Y de repente comprendí que Iván sabía qué era eso de Katechana.

Aún le veo cómo retrocede ante mí, mientras me abalanzo sobre él para agarrarle del cuello. Se aprieta contra un rincón y yo estoy ante él...

—¿Qué es eso de Katechana? —pregunto.

Y entonces veo cómo su miedo se convierte en obstinación, en ese descaro burlón que ya he soportado demasiado tiempo.

Él parpadea con perfidia, pero sé que ahora dirá la verdad.

—Ella se llama así —grazna.

—¿Quién?

—Lo aprendió en Creta. Vivió medio año en las laderas de Leuka Vrune y yo tenía que llevarle ovejas que ella desgarraba.

—¿Qué significa eso... Katechana?

—Significa lo mismo que en Albania Wurwolak, en Bulgaria Lpir, lo que los checos llaman Mura, los griegos en las ruinas de Esparta, Bourkolak y los portugueses Brura... estuvo en todos esos pueblos...

—Eso son nombres, miserable, yo quiero saber qué significa.

—Significa alguien que no se harta de la sangre y del sacrificio de la virilidad, que más allá de la muerte...

Le suelto, ya sé lo que quería saber.

Me están cebando en una prisión de mármol... me están cebando... mi cuerpo fofo e hinchado es solo un contenedor de mucha sangre, las paredes vasculares tienen que dilatarse para poder acoger la mayor cantidad de líquido: para un vampiro que viene todas las noches para saciarse.

Y mi virilidad se ve estimulada con esas comidas criminalmente especiadas, se ve excitada con productos secretos.

Ella absorbe mi fuerza, me succiona la vida, y cuanto más sea capaz de dar, tanto más fuerte y robusto se volverá el pellejo del vampiro. La figura que al principio me pareció ligera y aérea, como una nube, en las últimas noches se ha corporeizado, ha ganado peso y me oprime.

Su hálito penetra la piedra y me recubre con un resplandor verde. Devora el mármol... o podría ser que la alteración del mármol solo sea aparente, que solo la sienta yo porque todo mi cuerpo está impregnado de su hálito, porque mis músculos y mis nervios, mis sentidos y mi cerebro están ahítos de ese veneno luminoso de la descomposición...

* * *

Ahora vuelvo a estar completamente tranquilo, ya que lo sé todo. Ahora es cuando siento que en los últimos tiempos no he sido yo mismo, que iba dando traspiés en un estado de aturdimiento opresivo.

Pero ahora he recobrado el valor.

Estoy decidido a no entregarme, ahora que sé contra qué enemigo tengo que defenderme. Estoy decidido a ganar mis doscientos mil francos contra la Katechana y todos los horrores de la sepultura.

Como ha comenzado a corporeizarse tiene que someterse a las leyes de los cuerpos. Como es capaz de obtener vida, podrá volver a morir una segunda vez.

Y así destrozaré todo lo que me enmaraña. Sí, enmaraña, en el sentido literal de la palabra. Pues he llegado a la conclusión de que ella ha tejido una red en torno a mí. No le ha bastado que tenga que permanecer aquí para no perder mis doscientos mil francos, y que mi casa de mármol se haya tornado en una prisión, sino que para asegurarse aún me ha atrapado en una red.

Mis piernas se ven impedidas al andar, con cada paso me topo con hilos elásticos y sonoros que ceden lentamente. Cada movimiento de mis manos queda dificultado por el hecho de tener que levantar esos hilos y retirarlos a los lados... y solo ceden con una presión considerable... noto cómo mi rostro roza incesantemente esa red de araña, al igual que ocurre cuando en el verano uno pasea por senderos boscosos solitarios. Tan solo que son hilos de un metal invisible. Los oigo tintinear, siempre tengo su sonido en los oídos, con el que finalmente se rompen.

¡Oh, desgarraré esa red... antes de que se vuelva demasiado fuerte... esta misma

noche!

* * *

Ha ocurrido.

Me he liberado.

La Katechana no volverá a atormentarme. Le he arrebatado mis doscientos mil francos. Soy el vencedor.

Esta noche la he acechado, he estado tan despierto como nunca lo he estado en toda mi vida.

El murmullo de la ciudad allá abajo se atenúa. He dejado la abertura abierta, pese al frío otoñal, para oír ese murmullo que me cuenta de la vida, de esa vida en la que quiero precipitarme con mis doscientos mil francos.

En las nubes nocturnas se observa el resplandor de las luces. De vez en cuando, en periodos regulares, hay más claridad por el parpadeo de un anuncio luminoso, que promete una bañera, una representación teatral, un viaje de placer...

Espero pacientemente.

A eso de la medianoche el resplandor verde de mi prisión se intensifica. Miro con tensión a la placa de bronce con el nombre Anna Feodorovna Wassilka... pero respiro tranquilamente, como si durmiera...

Y ahora es como si la placa de bronce se disolviera lentamente en el resplandor verde, como si se volviera más delgada, como si un vapor rojo oscilara de un lado a otro en la verde luminiscencia. Ahora todo se disipa, desaparece... en el mármol se aprecia una abertura cuadrada y negra.

Y de ella surge un hálito, una exhalación, como la respiración en días fríos invernales, se concentra, se torna cada vez más densa, adopta formas.

De repente hay alguien en mi lecho, veo los ojos de Madame Wassilka, la nariz algo burda, la boca de labios llenos y rojos que retroceden dejando ver unos dientes blancos y afilados... todos los rasgos que conozco del cuadro que se me mostró.

Se inclina hacia mí, me besa...

Agarro su cuello con mis manos, siento mis uñas clavarse en su carne: es carne lo que siento... ella resuella, me golpea, empuja mi pecho con sus brazos... pero yo sigo apretando y no cedo.

Me caigo del lecho, rodamos por el suelo... yo siempre con mis manos en su cuello, noto los espasmos en su cuerpo, ¡oh, un cuerpo formado de mi sangre y que es como el de un ser humano vivo...!

Retengo la presa como un perro, mis dientes se clavan en su garganta...

Su defensa se debilita, se extingue, ya no ofrece más resistencia, pero quiero estar seguro de que realmente he vencido. Mi boca se llena de sangre, ¡ah, es mi propia sangre la que recupero!

Ahora ya hace tiempo que reposa sin moverse.

Me levanto... un sabor dulzón llena mi boca, los labios se quedan algo pegados, mis manos chorrean de sangre, mi propia sangre recuperada.

Ella yace en el suelo cuan larga es, la Katechana; y mi casa de mármol está oscura. El hálito de la Katechana se ha extinguido. Me quedo sentado toda la noche sin encender la luz. En mi interior hay claridad. Me he liberado.

La mañana otoñal comienza gris y triste. La Katechana sigue en el suelo, completamente estirada, con la garganta rota de un mordisco. Ha muerto por segunda vez, esta Madame Wassilka. Se lo veo en la cara.

¡Ah, me ha querido dar un último susto, ya que iba a abandonarme! Ha adoptado la figura de Margot.

Quería hacerme creer que había matado a Margot. Aparto de mí el pelele con el pie. Iván se va a quedar asombrado.

Amanece.

Me he liberado...

BUSI-BUSI

—¡Alemania... ah, Alemania! —dijo el sargento y escupió con desprecio—. Los alemanes... no son seres humanos como nosotros o vosotros, ¡oh, no! Son como una especie de monos que viven en los árboles. Algunos viven, incluso, en los pantanales, de los que Alemania está llena. Allí se revuelcan como los hipopótamos, de modo que solo asoman la cabeza. Se alimentan de sus propias inmundicias, ¡por Dios, en el mundo no queda una raza tan asquerosa! Tus hijos pueden estar orgullosos de poder ayudarnos a acabar con esa peste. Y una vez que invadamos Alemania, os podréis quedar con lo que queráis. Esos cerdos tienen mujeres con piel blanca y pelo largo y rubio, que uno se puede enrollar en la mano... y ¡ja!, nada de cumplidos...

El rostro negro de Gotomoro rezumaba grasa y en él se dibujaba una sonrisa maliciosa. Se balanceaba de placer con el cuero cabelludo agitándose, de modo que el pelo espeso y blanco estaba, ora en la frente, ora en la nuca. Sus caderas hacían un movimiento breve y compulsivo hacia delante y hacia atrás. Las conchas, los dientes de animales y las piedras mágicas que le colgaban de largos cordones del cinturón tintineaban suavemente. No tenía nada en contra de que los jóvenes de los valientes Busi-Busi entraran en el sendero de la guerra para cortarles el cuello a los alemanes. Guiñó los ojos con astucia, su sonrisa grasienta se petrificó en una mueca, tenía la excitante visión de cuerpos rajados y humeantes, de fibras musculares espasmódicas, de nervios, de los hilos delgados y blancos que se sacan de la carne para ensartarlos en palos afilados, de todas esas cosas espléndidas que, desde que los franceses las habían prohibido, ya solo se podían hacer en secreto.

Gotomoro era el mayor hechicero en las selvas del norte de Senegal y en los pueblos de los Busi-Busi. Su piel estaba agrietada como el tronco de un árbol, sus piernas y brazos carecían de carne y se habían retorcido con la edad, pues era viejísimo, y se decía, incluso, que no podía morir. Hacía que lloviera y que dejara de llover, contagiaba al ganado del vecino con la enfermedad de la sangre o de la modorra, a los hombres con la rigidez de cuello, la enfermedad del sueño o el beriberi, era un maligno animal salvaje en forma de negro, e incluso los blancos le temían desde que el anterior gobernador había castigado una vez a Gotomoro por haber degollado a una niña de diez años afectada de lepra.

Gotomoro envió bastones con muescas a los pueblos y unos quinientos jóvenes se convirtieron en reclutas de la gloriosa República de Francia. Gotomoro aseguró que no podían esperar la ocasión de combatir a los miserables alemanes. Por lo demás, recibió un franco por cada recluta. Los guerreros Busi-Busi tuvieron que quitarse los elevados moños mantenidos artísticamente enhiestos con boñigas de vaca y resina, y recibieron gorras para los cráneos rapados y uniformes. Aprendieron a hacer la instrucción y a disparar, y cuando ya estaban maduros para el campo de batalla, iban a ser embalados en el vientre de un barco que se encontraba atracado en el puerto. Pero declararon que no pensaban emprender esa cruzada sin Gotomoro, ya que su

sola participación garantizaba la victoria; él estaba en posesión de las píldoras baktatu, que se tenían que tomar antes de la lucha para poder escapar de la muerte o para, al cruzar su umbral, dirigirse directamente a la tierra de los panes eternos.

No quedó otro remedio que recoger a Gotomoro, ponerle también un uniforme y llevarlo a Europa.

* * *

De las últimas horas de la lucha por el pueblo, el sargento segundo Cornelius Zimmergesell, hacía mil años estudiante de Derecho y miembro de la fraternidad estudiantil Hilaria, no conservaba ni un solo recuerdo. Había sido un indistinto bramido del cielo y de la tierra. El aullido de demonios escupidores de fuego, el crujido producido al saltar en astillas el andamiaje del mundo, el relincho y el piafar de las bestiales granadas. Él estaba medio enterrado entre los restos de su ametralladora, el último de todo su pelotón; se habían caído vigas ardiendo, la sanguijuela succionadora en su hombro derecho era un disparo; de su pie, casi destrozado por parte del muro del establo, se había quedado enganchado un muerto, que al morir había mordido la bota.

Mientras aún se encontraba en las sombras de la inconsciencia percibió negros rostros susurrantes, así que los franceses, pensó, también habían empleado africanos contra el pueblo... de repente uno de los rostros se encontró a una proximidad dolorosa, dos ruedas de ojos giraron, alguien tiró del brazo derecho de Zimmergesell. Sintió un dolor rabioso en lo que aún le quedaba de humanidad, oyó a alguien gritar, después todo se precipitó en la más negra oscuridad.

Comenzó a ver chispas que se deslizaban en la eternidad y se unían en gavillas, crestas de llamas, fuego. Zimmergesell estaba aletargado y disponía solo de un estrecho campo visual, comenzó a reconocer algunas cosas: fogatas, una, dos, tres, de la madera saltaban pequeños cohetes crepitantes. Las ruinas estaban iluminadas de rojo, muros devorados, restos de ventanas calcinadas y tiñosas; de repente vio con gran claridad las innumerables cacarañas en la argamasa, los socavones producidos por los enjambres de obuses. Franceses negros se inclinaban sobre el fuego, y las sombras se extendían y ondulaban, fantasmas desprovistos de máscaras humanas. Zimmergesell estaba tumbado en el suelo de lado; las piernas en polainas escuálidas, que no dejaban de patalear en su proximidad, eran para él más importantes que los cuerpos y las cabezas; de repente tuvo miedo de que sufrieran un ataque de furia, comenzaran un baile de San Vito y le pisotearan.

Una sombra recayó desde el fuego sobre él, un hombre pasó por encima y desapareció poco a poco por detrás. Un rostro negro horrible con arrugas costrosas y rezumante de grasa, con un copete algodónoso blanco sobre la frente, le sopló un hálito repugnante en los pulmones. «¡Ja!», se rio el íncubo y le incrustó el dedo pulgar negro en el rabillo del ojo, de modo que el globo ocular estuvo a punto de

salirse de su órbita. Un siseo llamó la atención de los hombres junto al fuego, quienes se acercaron trotando, se apiñaron en torno al prisionero y patalearon y se pegaron palmadas en los muslos sin dejar de relinchar.

Pese a todos los dolores Zimmergesell pensó en poner fin a la situación si lograba, a despecho de estar atado de pies y manos, lanzarse hacia delante de repente y arrancarle con los dientes a un negro un trozo de carne de la pierna. Entonces se abalanzarían sobre él y todo se habría terminado. Pero tendría que haber, por el amor de Dios, algún oficial o suboficial blanco que se apiadara de él y que no tolerase el escarnio de otro blanco, de otro ser humano de su propia raza.

Zimmergesell levantó con pesadez la cabeza, elevó la mirada por encima de la confusión de piernas en continuo movimiento hacia los rostros. Entre los cráneos algodonosos negros vislumbró, en la lejanía, sobre hombros agitados, lo que podía ser un rostro blanco.

—¡Camarada! —dijo el herido—, libéreme. ¿Dejan los oficiales franceses que los negros pateen y vejen a sus prisioneros?

No recibió ninguna respuesta, los negros se partieron de risa, se divertían de lo lindo. El viejo señaló con el dedo índice un botón en la pechera de su uniforme.

—¡No camarada blanco! ¡Solo camarada negro! Buen camarada negro de buen hombre alemán.

Una vez más vislumbró por encima de las sombras que se inclinaban sobre él lo que podía ser un rostro blanco, pero de repente desapareció, oculto por el grupo agitado que ahora regresaba al fuego parloteando. Allí se sentaron en círculo como en un consejo, las llamas enrojecieron los negros rostros, haciendo destacar de troncos carbonizados lisas frentes de bronce, narices chatas de bronce, mandíbulas salvajes de bronce.

Cornelius Zimmergesell, estudiante alemán y sargento segundo, se giró débilmente en las cuerdas con las que estaba atado a una viga. El suelo debajo de él se onduló, a veces se balanceaba como en un columpio, veía los rostros y el fuego como curvados y con un zumbido de fondo. Pensó en arrojarse de cabeza desde la caja fuertemente oscilante sobre la que estaba y llevarse a uno, al menos a uno, consigo. Pero luego se obligó a detenerse, recapacitó como un borracho que de repente reconoce el peligro y quiere ponerse sobrio.

El hombre horrible, el viejo con los pelos blancos y el olor insoportable, estaba acucillado entre las fogatas en torno a una masa oscura y amorfa. Zimmergesell distinguió recortadas por la luz cuatro patas de caballo rígidas, el estómago estaba abierto, las tripas se salían, verdes y amarillas, también se veía una suerte de pastel de un color violeta negruzco, tal vez el hígado. Ahora el viejo se puso a danzar en su postura de rana en la hendidura del caballo, introdujo de repente los dos brazos en lo más profundo, y mientras sacaba, con los brazos hundidos hasta los hombros, trozos de grasa de riñón, vio Zimmergesell que las patas rígidas del caballo se contraían y con un resto de vida infernalmente torturada, pataleaban en el aire con indecisa

debilidad.

Aún había vida en ese cuerpo rajado y destripado...

De repente el alemán oyó un susurro por encima del hombro herido, procedía de más allá de la viga a la que estaba amarrado.

—Tome usted este cuchillo —dijo alguien en francés—, no sé qué se propone con usted. Huya... o si no puede, mátese.

Un rostro blanco había aparecido por encima de la viga, el rostro de una mujer. Ojos tristes debajo de una frente velada por las arrugas, el ultraje había coloreado sus mejillas, una humillación indecible había envenenado sus labios.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo el alemán espantado—. ¿Está con esos?

Ella no respondió, puso el mango de un cuchillo entre sus dedos.

—Yo no puedo —jadeó él—, corte usted la cuerda. Mis manos están rígidas.

El cáñamo de la cuerda crujió al entrar en contacto con el filo, Zimmergesell vio el pelo de una nuca femenina, un peine de Carey convertía mechones en trenzas. Pero de repente llegó el hedor selvático, un puño negro se apoderó de la nuca y atenazó el cuello. La mujer gritó, fue zarandeada y levantada del suelo, en los brazos delgados del negro colgaba como un cachorro al que se le ha agarrado de la piel. La arrojó a algún sitio, los soldados negros tiraron de ella dando voces.

Por el rostro del viejo corría la grasa del estómago del caballo. Trozos blanquecinos se pegaban a su piel costrosa. Zimmergesell se vio alzado y puesto en pie, se quedó allí vacilante, con las rodillas dobladas, en un círculo de llamas. Y una y otra vez le vino a la mente esa espantosa visión: un salvajismo procedente de los orígenes de la humanidad. Es posible, se dijo, que me maten y me devoren.

De repente, la palma de la mano ancha y plana del negro le recorrió el cráneo, la frente, los ojos, la nariz y la boca, como si le untara una masa blanda sobre el rostro.

Era como una máscara con la que le cubrieron toda la cabeza, una máscara blanda que se desbordaba por todas partes. Aún seguía untando el negro y la masa cada vez se adhería más a su piel.

Y mientras Zimmergesell resistía esta operación inmerso en una suerte de estupor, notó de repente con espanto que ya no sentía repugnancia alguna por el hedor que emanaba del negro.

Absorbía esa fetidez a grasa rancia, a sudor y suciedad, ese hálito del vicio y del horror con una sensación de abandono. Ese conocimiento repentino fue tan espantoso que de las profundidades de su alma aún no inficionadas por el horrible negro, salió un grito.

Lo que él oyó fue una suerte de gruñido, no un grito humano... la expresión atormentada de un animal incapaz de hablar. Levantó las piernas; para seguir al negro que le precedía, pisó con pesadez el suelo; su cabeza se balanceaba, sirviéndose de una suerte de trompa con la que olfateaba y chasqueaba, avanzaba tanteando detrás de su dueño.

Sí, eso era, de repente había reconocido en el negro a un amo que iba a ejercer su

dominio sobre él, y a quien estaba entregado a vida o muerte. Pero en una parte aún no violada de su humanidad algo se defendía contra esa terrible transformación. Defendió ese resto de humanidad con una fuerza desesperada, fue un esfuerzo interno que casi le partió en dos, pues el negro se había vuelto muy poderoso en él.

Mientras tanto, caminaba tropezando como un animal humano torpe e ignorante de su propio aspecto, como una suerte de monstruo, detrás del viejo, hacia el círculo de las fogatas. Las llamas escribían letras de fuego en la noche, él se asustó ante ellas, contempló esa roja luminosidad con angustioso asombro. Advirtió que conforme se aproximaba, las llamas cobraban vida, como un haz de culebras. Levantó las piernas y dio unos saltos desmañados y temerosos, sobre lo cual resonaron grandes carcajadas. Sus pequeños ojos rasgados le mostraron junto al rojo haz de culebras, de las que había que guardarse, una confusión de sombras irreconocibles. Pero tanto más le dijo su nariz, ella le habló del olor de muchos amos, de los cuales uno era el amo supremo, un dios al que se habían entregado. La gran parte de un animal que allí estaba con el estómago abierto y las patas rígidas y extendidas emanaba un olor apetitoso. Y además, desde algo más apartado, procedente de un rincón del patio, se percibía una mezcla de muchos olores, la respiración de una mujer blanca...

De vez en cuando el alma, espantada, intentaba rebelarse contra ese abandono paralizante, parecía querer salir de su rincón y liberarse, aunque fuera para morir. Pero estaba rodeada de muros, se golpeaba con ellos como un viento primaveral que quiere derribar soplando una montaña, para al poco tiempo amainar exhausto, derrotado y caer desesperado en la oscuridad.

Un sonido sordo repercutió en el oído del desgraciado. Se repitió rítmicamente como fraccionándose en porciones. Y a esto se añadió un rumor y un aleteo como si procediera de una bandada de pájaros. Era un enjambre de innumerables manos que tocaban las palmas, un canto en serie de las manos de los soldados allí sentados, y el dios con el pelo blanco estaba allí y tocaba con las puntas de los dedos y los carpos en una piel tensada. Los gruñidos y las palmas armonizaban y eran bellos.

Una sensación de bienestar fluyó por la pesada torpeza del animal humano, le levantó las piernas del suelo, la música le transmitía una alegría rechinante y nerviosa, así como una inquietud en los huesos y en los músculos. Los miembros se contrajeron, los brazos se levantaron con rigidez a la altura de los hombros.

Lentamente, como un animal que ha dejado la hibernación, Cornelius comenzó a danzar. Danzó en un estado semiconsciente, a veces completamente desprovisto de cualquier residuo de razón o recuerdo, y giró entre los fuegos. Podría haber lanzado bramidos de vergüenza e indignación, pero siguió bailando y la música era para esa torre rígida de carne y para ese cerebro desgarrado un placer delicioso, como un cálido barrizal.

¿En qué especie de animal se había convertido? No sabía nada de sí mismo, solo tenía la sensación de llevar un grueso abrigo de piel invernal, se oía resollar, a veces caían de su boca blancos espumarajos de baba, su sombra giraba entre los fuegos, de

modo que no podía orientarse. Solo un cuerpo torpe se reflejaba a veces en el juego de sombras como el trasunto más fiel, una figura humana embrutecida hasta lo irreconocible.

Pese a los espantosos tormentos que le causaba su terrible transformación y la distancia que le separaba de su verdadero ser, no quiso renunciar al último resto de claridad que le quedaba. Esa gota miserable de espíritu aún estaba en él como un ácido corrosivo, él la sentía como vertida en una botella, ardiendo y rompiendo contra las doloridas paredes de carne. La penumbra animal se hacía notar con su apática atracción, allí se había suprimido la escisión, una benefactora ceguera espiritual arrojaba una sombra suave y profunda. Pero él no se abandonaba del todo, pues entonces el regreso sería imposible y, por muy extraño que parezca, en ese suplicio extremo, en el umbral de la humanidad, aún percibía un lejano temblor de esperanza.

Gotomoro agitó su tambor y sonrió con soberbia:

—De ti haremos pastillas... tu grasa es buena contra vuestras balas.

Los soldados negros comenzaron a tocar otra vez las palmas al ritmo del tambor, era la danza de la muerte la que ahora se iniciaba.

Lanzas, palos, bayonetas se clavaron en la piel del danzante, le pegaron con cinchas en los muslos, comenzaron a arrojarle piedras y terrones. Él sacudió la cabeza, se cimbrió gruñendo pero no pudo liberarse del ritmo que mantenía en movimiento sus miembros, contrayéndose y estirándose.

De repente sintió que un lazo le rodeaba el cuello y se cerraba. Notó que le faltaba la respiración, los poderosos pulmones resollaron y parecía que iban a reventar, negras lombrices se deslizaron por su cabeza. Con los brazos abiertos se abalanzó ciegamente sobre alguien, una angustia mortal rompió la compulsión a obedecer, golpeó salvajemente a su alrededor, intentó quitarse el lazo que le estrangulaba y cayó a cuatro patas.

Se lo llevaron a rastras mientras aullaba y lanzaba estertores agónicos. Se revolcó por el suelo, mordió las sombras que le rodeaban, se encabritó y fue reducido una y otra vez.

Una cavidad larga y delgada, un tronco de árbol ahuecado, la artesa de un pozo... con los cuatro miembros estirados sobre la abertura... Gotomoro estaba de pie con las piernas abiertas, un cuchillo de pedernal trazaba círculos mágicos sobre su cuerpo...

¡Morir como un animal! ¡Morir como un animal!

Gritó, desde lo más profundo de su angustia mortal, y fue un grito humano... Pero apenas había escapado de su boca, le respondió un bramido mucho más fuerte y salvaje en el patio, la tierra y piedras se elevaron formando un cráter negro, llamaradas de lava saltaron y lamieron los muros con un estallido. Gotomoro se hundió, gritando y dando voces se precipitó en un corredor largo y descendente, salió rápidamente y se alejó en algo amarillo, dejando solo al prisionero atado que se quedó en la bamboleante artesa.

Soldados del regimiento de cazadores bávaro, que habían logrado arrebatarse de

nuevo al enemigo el pueblo durante la noche en un contraataque, encontraron en el patio de una casa de campo a un camarada gravemente herido.

Estaba inconsciente y en el hospital aún le duraron las fiebres dos semanas. Cuando recuperó el conocimiento, contó dubitativo y estremecido de espanto que había sido convertido en un animal por unos negros. Parecía tener esta historia, que naturalmente reproducía los delirios febriles de un hombre completamente exhausto y que había estado al borde de la muerte, por una experiencia real. El médico del regimiento se lo explicó con gran paciencia y consideración y Zimmergesell no volvió a contar la historia después.

LA MONJA MALA

Una noche me desperté de repente de un sueño profundo. Mi primer pensamiento fue un cierto asombro de que realmente me despertara; pues durante el día había tenido mucho que hacer en el cuartel de los jesuitas y estaba muy cansado. Me di la vuelta e intenté volver a quedarme dormido. Pero entonces oí un grito que me robó el sueño. Era un grito de miedo y en un instante me incorporé en la cama. Al principio intenté orientarme. Como suele ocurrir por la noche, no sabía dónde tenía que buscar la puerta y dónde la ventana. Por fin recordé que yo, por extraño que parezca, solo puedo dormir en una posición, de norte a sur, y ahora supe que tenía la puerta a la derecha y la ventana a la izquierda. En la cama, a mi derecha, dormía mi mujer, con un sueño infantil, tranquilo y pacífico. Tras un rato, que yo pasé tenso tratando de escuchar, me volví a echar y me convencí de que debía de haberlo soñado. Ese sueño, ciertamente, tenía que haber sido de lo más intenso y extraño, pues el grito había logrado penetrar claramente en la penumbra de mi conciencia. Dos horas después volví a quedarme dormido.

Durante el día mi trabajo me impidió que mis pensamientos estuvieran gravitando incesantemente en torno al sueño. Trepando por entre las ruinas del cuartel jesuita, tenía que dirigir y supervisar las labores de demolición. El sol brillaba implacable, el polvo de los muros derruidos me cubría por completo y se depositaba en mis pulmones. A las once en punto, como todos los días, se presentaba el director del archivo regional, Dr. Holzbock, y se informaba del progreso de los trabajos. Sentía un interés muy especial por la destrucción de ese edificio antiquísimo, cuyas partes más antiguas casi se remontaban al periodo de la fundación de la ciudad. Como él era un estudioso de la historia de la región, esperaba de la disección de ese venerable cuerpo algunas aclaraciones. Nos encontrábamos en el gran claustro y contemplábamos cómo los obreros derribaban el primer piso del ala principal.

—Estoy convencido —dijo— de que aún encontraremos muchas cosas curiosas cuando llegemos a los fundamentos. En los testimonios del pasado opera una fuerza emparentada con la fuerza de gravitación en la física. No puedo decirle cómo me atraen estos edificios antiguos cuando tienen una historia tan rica como este. Primero fue el almacén de un comerciante, luego un convento de monjas, luego una fortaleza de los jesuitas y, por último, un cuartel. Construido en una parte proporcionalmente desmesurada de la vieja ciudad rodeada de murallas, el edificio parece haberse visto afectado por todos los acontecimientos, parece haber absorbido en sí mismo todas las manifestaciones de la vida, de modo que quedaron en él sus huellas. Con estas capas, con estos sedimentos, cuya superposición refleja la sucesión de los años, se podría establecer una geología de la historia. Creo que aún encontraremos cosas extrañas entre estos viejos muros, y no simplemente vasijas con monedas antiguas y frescos cubiertos, sino también aventuras petrificadas y destinos fosilizados.

Así habló el fanático archivero mientras frente a nosotros trabajaban los picos en

los sólidos muros. Había quedado al aire libre una arcada y me imaginé los aspectos de los comerciantes, de las monjas y de los jesuitas que habían pasado gran parte de su vida bajo las bóvedas pesadas y grises de esos corredores. Mientras el Dr. Holzbock seguía con su rapsodia, tomé la decisión, ya que no puedo resistir la tentación del espíritu romántico, de visitar alguna vez por la noche esas ruinas. Quería exponerme a la excitación de lo siniestro y amistarme con los espíritus del lugar.

Esa noche me desperté exactamente igual que en la noche anterior y oí poco después el terrible grito. Me había preparado para oírlo y me esforcé por localizar con exactitud de dónde venía. Pero en el momento decisivo se apoderó de mí un miedo inexplicable, de modo que realmente no supe si procedía del interior de nuestra casa o de la calle. Poco después creí oír en la calle pasos de personas corriendo. Hasta la mañana permanecí en un estado intranquilo de duermevela en el cual no podía dejar de pensar en el enigma de ese grito. Cuando, en el desayuno, le hablé a mi mujer del asunto, al principio se rio. Pero después dijo preocupada:

—Creo que comienzas a ponerte nervioso, y esto ocurre desde que trabajas en el viejo cuartel de los jesuitas. Tómate unas vacaciones y que te sustituya algún colega. Estás cansado y no puedes poner en juego tu salud.

Pero yo no le hice caso, pues eso de revolver en los escombros de ese viejo edificio, la búsqueda de cosas de las que el archivero esperaba tanto, había terminado por apasionarme a mí también. Mi mujer solo logró que le prometiera que la despertaría si yo me despertaba por la noche.

Esa noche también me desperté sobresaltado. Temeroso, sacudí con brusquedad a mi mujer, y nos quedamos sentados en la cama el uno junto al otro. Y entonces se oyó el grito, claro y penetrante, desde la calle.

—¿Lo oyes...? ¡Ahora, ahora...!

Pero mi mujer encendió la luz y me iluminó la cara:

—¡Dios mío, qué aspecto tienes! No es nada. Yo no he oído nada.

Yo me puse tan frenético que le grité:

—¡Cállate... ahora... ahora corren por la calle!

—Me haces daño —clamó mi mujer, pues le estaba apretando el brazo como si pudiera convencerla aplicando la violencia.

—¿No lo has oído?

—¡No he oído nada! ¡Nada de nada!

Volví a recostarme bañado en sudor, agotado como tras un fatigoso trabajo físico e incapaz de dar una respuesta tranquilizadora a las preocupadas preguntas de mi mujer. Por la mañana temprano, cuando ella dormía otra vez, comprendí lo que tenía que hacer para mantener mi salud mental. Mediante un comportamiento completamente relajado y juicioso durante el día logré hacer creer a mi mujer que me había tranquilizado. Bromeé en la cena acerca de mis alucinaciones nocturnas y le prometí dormir esa noche de un tirón y no preocuparme ni del grito ni del tumulto en

la calle. Incluso le prometí pedir unas largas vacaciones una vez finalizados esos trabajos que implicaban una gran responsabilidad. Pero apenas percibí por la respiración de mi mujer que se había quedado dormida, me levanté y me volví a vestir. Como no quería que mis pensamientos divagarán e incurrieran en disparates, tomé la *Crítica de la razón pura* de Kant e intenté concentrarme en sus argumentos sobrios y lógicos. Pero cuando llegó la medianoche, se apoderó de mí una inquietud que me incapacitó para seguir leyendo. Era imposible seguir la férrea compulsión del libro. Algo más fuerte me distraía. Me levanté sigilosamente y salí de la casa. Por mi creciente temblequeo advertí que se aproximaba el momento. Esperé acurrucado en la entrada; me armé de valor, estaba decidido a poner punto final a mis tormentos nocturnos con una rápida explicación de las causas naturales. A unos veinte pasos ardía un farol y daba luz suficiente para iluminar la parte de la calle que ocupaba mi casa. Un joven, que al parecer había bebido demasiado, llegó a la casa de enfrente, donde se detuvo y tras unos intentos malogrados por fin logró abrir la puerta. Oí los ruidos de la entrada a su casa, cuando penetró en el pasillo y comenzó a subir la escalera. Luego todo regresó al silencio. Pero de repente estalló el grito en ese silencio. Retrocedí tambaleándome hacia la oscuridad y agarré el picaporte, cuyo frío metal sentí claramente en mi mano. Desesperado y muerto de miedo quise huir. Pero aunque no había cerrado la puerta principal, no la podía abrir. Entonces oí los pasos apresurados de mucha gente en la calle, y algo pasó volando por delante de mí. No pude reconocer si se trataba de una sombra o de un ser humano. En el momento de captarlo con la vista no parecía tener la consistencia de un hombre, pero dejó enseguida la completa impresión de corporeidad: de una mujer que venía corriendo por la calle, una mujer con un ropaje largo y ondeante, que se había recogido para poder correr mejor. Y detrás de ella venía un grupo de hombres con trajes extraños, de una época distinta a la nuestra. Ellos me causaron la misma sensación: pasaron deslizándose como sombras, pero dejando la impresión de corporeidad. No sé qué demencia se apoderó de mí y me obligó a correr detrás de ellos. Debió de ser una demencia emparentada con la que se da en el campo de batalla, que es más fuerte que el miedo y que arroja al soldado contra el fuego enemigo. Nunca he corrido como aquella vez; no era tanto correr como deslizarse y flotar, como solo se conoce en los sueños. Veía siempre la cacería ante mí, la mujer delante y el grupo de hombres detrás. Me pareció que llevaba ya mucho tiempo corriendo, pero sin sentir ningún cansancio. De repente la mujer desapareció, aún vi un desorientado ir y venir de los perseguidores y luego pareció como si todo se desvaneciera en las sombras nocturnas. Para mi asombro, me encontré en el seto que rodea las ruinas del cuartel de los jesuitas. Sobre la entrada colgaba el cartel: «prohibida la entrada a personal no autorizado». Abrí la puerta y me precipité en el interior. Allí estaba el vigilante nocturno, muy próximo a la entrada, apoyado en un poste, y saludó cuando de repente me vio frente a él. Orgulloso por haberle sorprendido en su puesto, se puso firme y quiso darme novedades. Pero no le dejé que abriera la boca:

—¿No ha visto por aquí a una mujer? Ahora mismo... llevaba como un ropaje largo y gris, que mantenía recogido, ha entrado aquí corriendo.

—No he visto nada, señor ingeniero, absolutamente nada.

—¡Pero demonios, no puede haber desaparecido por ensalmo! ¿No se habrá quedado dormido?, ¿dormido con los ojos abiertos?

El vigilante se sintió ofendido por mi sospecha y me aseguró con toda insistencia que no había estado durmiendo y que no había visto a una mujer. Comencé yo mismo a buscar, rebusqué por todas partes, miré en todos los rincones, no dejé ni una sola habitación o celda, por pequeña que fuera, sobre cuyos muros derruidos brillara la noche iluminada por el resplandor de la ciudad. Me arriesgué a penetrar en lugares muy deteriorados que amenazaban con venirse abajo en cualquier momento, para poder mirar en espacios de otro modo inaccesibles.

Después, volví a recorrer galerías semiabiertas, en cuyas pinturas sucias por el polvo la luz de la linterna proyectaba extraños juegos de sombras. La iglesia, que anteriormente había quedado completamente encerrada en el edificio, de modo que solo descollaban el tejado y la torre sobre los muros grises, ya había quedado en gran parte al descubierto, y allí había una gran cantidad de escondrijos. Pero tampoco allí encontré nada, así que me fui a casa con la cabeza pesada y las rodillas temblorosas; me repetí una y otra vez todo lo que había visto y di a las cosas nuevas interpretaciones, pero acabé más confuso que al principio.

—Espero que esta noche no hayas oído nada —preguntó mi mujer por la mañana.

—No... he dormido profundamente —mentí e incliné rápidamente la cabeza en el lavabo para que mi mujer no descubriera las señales que había dejado esa noche en mi cara.

Ese mismo día hicimos un descubrimiento en las ruinas, que causó una gran emoción al archivero. Al desmontar un bello y antiguo portal, que tenía obras de arte significativas, hubo que proceder con especial cuidado, pues se quería exhibir ese monumento en otro lugar. Sobre dos pilastras, que mostraban un profuso ornamento que consistía en flores y frutos, se alzaba un bello arco sobre la entrada. En el entablamento sobre dicho arco había estatuas de santos con el estilo del siglo XVII. Santos que mantenían ante sí sus atributos como jeroglíficos de su destino. Cuando se quiso levantar a un Santiago de su pedestal, la cabeza se separó del tronco, rodó un par de metros y se detuvo en los escombros. En la inserción de la cabeza se halló un hueco redondo y cilíndrico, como si allí hubiese estado fijada una barra de hierro, y cuando se bajó el tronco se encontró que ese hueco correspondía a una continuación en la cabeza de la estatua. Primero les hice reproches a los obreros por su descuido, pero el Dr. Holzbock, que había levantado la cabeza y la contemplaba con interés, me interrumpió:

—Los obreros no tienen la culpa, querido amigo. Esto no es nuevo, estaba ya roto desde hace tiempo. No es una separación casual, sino una intencionada, y no me sorprendería...

En ese momento vino hacia mí uno de los trabajadores y me entregó un pequeño rollo de papel sucio:

—Esto estaba dentro del agujero —dijo— y a lo mejor hay algo escrito en él.

El archivero me miró fijamente y me quitó el rollo de las manos. Intentó desenrollarlo con todo cuidado y por fin logró extenderlo en la mesa de dibujo de mi barraca y sujetarlo con chinchetas. Era un trozo de ese fuerte papel reservado a documentos donde solían consignarse los contratos importantes en el pasado. En vano intenté orientarme en la confusión de líneas negras y rojas. Parecía un plano, y una vez que había agotado, sin éxito alguno, todos mis conocimientos de ingeniero para encontrarle un sentido, renuncié a mis esfuerzos. El Dr. Holzbock, sin embargo, declaró que estaba decidido a descifrar el papel y me pidió que le permitiera llevarse consigo el hallazgo.

Regresó antes de que hubiese terminado la jornada laboral y me hizo un gesto desde lejos con el brazo. Posó su mano en mi hombro con gran solemnidad y me condujo por una puerta lateral a la iglesia, donde nadie nos molestaba. Un maravilloso cielo vespertino, en el cual naves violetas con velas blancas surcaban profundidades purpúreas y esmeraldinas hacia la noche, daba a la iglesia solitaria algo de sus colores. Los elevados candelabros de plata barrocos, entre los que nos encontrábamos, se habían teñido de rojo; de santa Inés, en el muro frente a nosotros, hacía desaparecer su melancolía y obtenía por los reflejos deslumbrantes una sensualidad ardiente en la expresión. Las estatuas de santos, el púlpito, los ángeles debajo de la tribuna se habían transformado, como si se hubiesen liberado de la compulsión del día y se alegraran por la venida de la noche, en la que podrían ser completamente libres y quizá vivir una vida de la que nosotros nada sospechábamos.

Entretanto, el archivero había sacado nuestro plano del bolsillo y dijo:

—Tras reflexionar un poco comprendí que el plano, tal y como lo hemos encontrado, no tiene sentido o, más bien, que oculta su sentido. Si nos fijamos en la confusión de líneas, solo deducimos que podría ser un plano, pero no estamos en condiciones de constatar su significado. Por el aspecto del papel y por las letras que se encuentran aquí y allá bajo las líneas, puedo asegurar con casi completa seguridad que procede del siglo XVII y, además, de su primera mitad, esto es, de un periodo en el que este edificio aún era un convento. Pues bien, he encontrado una crónica en la que se habla a menudo de esa época y de ese convento y no precisamente bien. Ya sabe que por entonces se murmuraba que en algunos conventos ocurrían las cosas más extrañas. Así, esa crónica también contiene muchas informaciones acerca de este convento, y en general poco edificantes. Si hubiésemos acertado con nuestra suposición de que el papel encontrado representa un plano, es posible que designe algún secreto del antiguo edificio y que se haya embarullado intencionadamente, para que sea incomprensible a otras personas. Otra consideración apoyó mi parecer. El portal con cuyo traslado ha comenzado usted hoy, ¿se encontraba en una de las secciones internas?

—Así es, decora la entrada del ala de conexión entre la sección norte y sur, la que se encuentra contra la fachada del denominado patio de la Trinidad.

—Bien, entonces no se le habrá escapado que la parte superior de ese portal llega a la altura del segundo piso, de modo que algunas de las figuras, esto es, las cabezas de las estatuas, se pueden alcanzar sin dificultad desde las ventanas de ese segundo piso.

—Cierto. Lo podemos comprobar.

—Quédese, no hay duda de que es así. Las cabezas de algunas figuras, entre ellas también la del Santiago, se pueden sacar sin esfuerzo desde las ventanas del segundo piso, si están separadas de sus troncos. Es fácil esconder un papel peligroso en un hueco hábilmente preparado.

—¿Quiere decir...?

—¿No le acabo de decir que no era una rotura fresca? Por eso estaba completamente convencido de que tras esos garabatos de nuestro plano se oculta un secreto. ¿Pero cómo podía descubrirlo? Tenía que pensar muy bien todos mis pasos antes de aplicar algún reactivo químico, pues no se puede excluir el riesgo de estropearlo todo. Como investigador de documentos he tenido oportunidad a menudo de admirar los múltiples e ingeniosos medios secretos de la Edad Media. Conozco muchas de sus recetas para cifrar los escritos. Entre ellas desempeñan un papel importante las tintas simpatéticas. Y la más simple de las modalidades de tinta simpatética es aquella cuyos rasgos una vez secos se vuelven de nuevo invisibles y solo resaltan cuando se calienta el papel. Aquí no nos encontramos con esta modalidad, pues nuestro plano ya estaba de por sí bastante garabateado. Pero ¿no podría ocurrir lo contrario: que las líneas insignificantes y confusas desaparecieran al calentarlo y solo quedaran las importantes? Eso podía intentarlo sin temer causar daños en nuestro tesoro. Pues bien, mi querido amigo, lo he hecho y ha sido un éxito completo. ¿Quiere verlo?

El Dr. Holzbock sacó una pequeña linterna y la encendió. A continuación, la aplicó al plano y esperamos en silencio, mientras la noche se abría paso solo entorpecida por la temerosa luz de la pequeña linterna. Trascurridos unos minutos, creí observar que algunas líneas estaban palideciendo, terminaron por desaparecer del todo y solo quedó un número de líneas.

—Un plano en toda regla, una planta —dije yo.

—Ahora su tarea consistirá en leerlo.

En un instante me había orientado.

—Aquí tenemos el claustro de la Trinidad, esta es la galería y esto designa la iglesia, y de la sacristía parte... ¿qué es eso? Estas líneas de aquí no corresponden a ningún edificio, eso debe de ser... sí, eso es, sin duda, un pasadizo subterráneo que conduce fuera del convento.

El archivero estaba fuera de sí de alegría al ver que yo confirmaba sus suposiciones. Y yo también estaba excitado; pues me parecía como si ese

descubrimiento estuviera relacionado de algún modo con mis experiencias nocturnas. Estaba a punto de contárselas cuando me lo impidió un miedo extraño. Siempre me he guardado de hablar mucho de asuntos que solo estaban al inicio de su desarrollo, pues temía los efectos de la palabra hablada. La palabra es más poderosa de lo que piensa nuestro entendimiento cotidiano e influye en el futuro de manera misteriosa e infalible. Pero el Dr. Holzbock debió de haber advertido algo de mis pensamientos pues me preguntó casi preocupado:

—¿Qué le ocurre?, tiene un aspecto extraño.

Yo le conduje, sin responderle, a la sacristía. Allí comencé a examinar los muros según las medidas indicadas en el plano. Encontré que donde debía de iniciarse el pasadizo subterráneo, había un enorme armario pegado a la pared. Era uno de esos armarios gigantescos que ocultan una abundancia extraordinaria de casullas y otras prendas y objetos de gran valor, una pieza muy elaborada de artesanía antigua. Un monstruo, pesado como un bloque de piedra, ricamente tallado, un coloso desde la base hasta el borde superior. El archivero calculó su origen en torno al siglo XVI. Los dos estábamos convencidos de que la entrada tenía que encontrarse detrás de ese armario, pero también nos dábamos cuenta de que no podríamos mover ese monstruo sin conocer el mecanismo secreto.

—Basta por hoy —dijo el Dr. Holzbock, y supo convencerme de que me fuera a casa, aunque al principio tenía la intención de pasar la noche en la sacristía, como si tuviera que vigilar un tesoro de la posible presencia de ladrones.

Nuestro hallazgo y las suposiciones vinculadas al plano me obsesionaban tanto que mi mujer afirmó que estaba completamente perturbado. Estuvo insistiendo hasta que logró mi promesa de que pediría unas vacaciones antes de lo previsto. Aunque yo estaba decidido a no volver a pasar esa noche fuera de la cama, una extraña sensación, en la que se mezclaba el miedo y la curiosidad, me obligó a levantarme y a esperar la hora fatídica abajo en la calle.

Dieron las doce y poco después oí el espantoso grito. El ruido de hombres corriendo se aproximó cada vez más, y la persecución pasó ante mí, igual que la noche anterior. Esta vez vi claramente que la mujer llevaba un hábito de monja, que estaba algo abierto sobre el pecho, como si se lo hubiese puesto de prisa. Durante un instante giró su rostro hacia mí, un rostro bello y pálido, de cuyos ojos oscuros emanaba una luz extraña. Una vez más me vi obligado a seguir a los perseguidores y de nuevo desapareció todo en los setos que rodeaban los escombros.

—¿Hoy tampoco ha visto nada? —le grité al vigilante nocturno. El hombre retrocedió temeroso ante mí y declaró que no había visto nada.

—Pero yo sé que ha entrado aquí, ha tenido que ver a una mujer.

Pero cuando el vigilante insistió en no haber visto a ninguna mujer ni a ninguna otra persona, lo empujé a un lado y comencé a buscar. Sin darme cuenta de lo que hacía ni de por qué me había obsesionado tanto por llegar al fondo de ese asunto, trepé por los montones de escombros, examiné todos los restos de muros y creí ver

cien veces, en las profundas sombras, a una mujer con un largo y gris hábito de monja. Una vez me di la vuelta de repente, porque me pareció como si me siguiera a la luz de la luna, con pasos silenciosos, tan próxima a mí que podía oír su respiración. Abrí la iglesia con la llave que esa noche había dejado caer intencionadamente en el bolsillo de mi chaqueta. En ese instante no pensé que de ningún modo podría haber podido huir a la iglesia cerrada. Después de haberme convencido de que en la iglesia no había ser vivo alguno, entré en la sacristía y saqué mi plano. El claro de luna se reflejaba con un halo verdoso en el viejo armario, de modo que sus volutas parecían trabajadas en bronce. Las bellas tallas resaltaban de su fondo marrón dorado, y la travesura de los muchos querubines parecía cobrar vida con esa luz. Me llamó la atención un cuadro sobre el viejo armario que no había advertido durante el día. Era un cuadro antiguo, ennegrecido por el incienso y las llamas de las velas y solo el rostro del santo destacaba entre las sombras de los siglos. ¿O acaso no era el rostro de un santo? ¿No representaba más bien a una mujer que había vivido una vez entre esos muros? Me pareció más animado y personal que la imagen de un santo, y ahora, con ese halo verde, tuve la sensación de haber visto antes ese rostro. Esos ojos oscuros y llameantes abrasaban los míos.

Temblé con un miedo inexplicable. Y de repente se me vino a la mente un pensamiento angustioso. A veces se tiene la sensación de que uno de esos pensamientos que nos asaltan de repente no nace en nosotros mismos, que no es de nuestra propiedad, como si viniera de algún lugar fuera de nosotros, como si se nos hubiera transmitido por un extraño. Esta sensación era tan fuerte que tenía la impresión de que el pensamiento se había expresado a mi lado, como si alguien me hubiese advertido... advertido con una voz femenina susurrante. Sí señor, advertido... pues el sentido de ese pensamiento ajeno era una advertencia. Era como si alguien me susurrara que me guardara mucho de descubrir el pasadizo consignado en mi plano. Quise desprenderme de ese pensamiento e intenté encontrar comprensible su origen por esa calma siniestra y por el silencio saturado de incienso. El viejo muro de la sacristía, que había quedado dañado por las sacudidas de los trabajos y la destrucción del edificio contiguo, no cesaba de gotear. El claro de luna parecía invadido por ese goteo, como si consistiera en granos de una arena argéntea que se desliza por el reloj de arena del tiempo. Cuanto más me esforzaba por concentrarme en el entorno, con tanta más tenacidad recibía las advertencias: debía guardarme mucho de seguir mi plano, de otro modo sufriría una gran desgracia. Una y otra vez me esforcé convulsivamente por concentrarme en los peregrinos juegos del claro de luna y tanto más penetrante y taladrante se volvió el pensamiento ajeno. Por un momento me pareció como que alguien me ponía la mano en el hombro y susurraba en mi oído. Y luego noté claramente que una voluntad ajena quería apoderarse de la mía. Levanté la vista y clavé la mirada en los ojos oscuros y llameantes del cuadro sobre el armario.

Fui consciente entonces, dolorosamente, del hecho de que cuando aquella

persecución pasó por delante de mí, ya había visto yo esos ojos, eran los ojos de la mujer perseguida. Aunque no soy medroso, me espanté tanto que noté cómo iba a perder el conocimiento. Ni grité ni salí corriendo, pero hice algo aún más enojoso: lentamente, con los ojos clavados en los del cuadro, fui retrocediendo paso a paso, como si fuera necesario huir de un peligro real. Mientras tanto mantenía apretada en la mano la llave de la iglesia, al igual que cuando alguien es asaltado por ladrones emplea lo primero que tiene a mano como arma. Por fin llegué a la iglesia y cerré la puerta de la sacristía. Resonó en la oscuridad de las bóvedas. Los cuadros y las estatuas parecían haber perdido su posición y me miraban desde arriba con muecas burlonas.

Abandoné la iglesia a toda prisa.

El resto de la noche la pasé despierto hasta que amaneció. Aunque caí dormido al amanecer, me desperté pronto; pues quería comenzar enseguida con los trabajos en la sacristía. Pese a la advertencia nocturna estaba decidido a descubrir el pasadizo. Mi miedo había perdido el poder de influirme a la luz del día.

Cuando llegué a la obra, encontré ya allí al archivero, impulsado por la misma impaciencia que yo. Escogí a un grupo de obreros competentes e indiqué cómo habían de comenzar a desplazar el inmenso armario. El cuadro sobre el armario, que contemplaba con algo de temor, era un cuadro común y corriente, uno del montón oculto bajo una espesa costra de suciedad, del que se podía reconocer con algo de claridad poco más que una mancha pálida, el rostro de la santa retratada. No tenía nada de siniestro, y ya iba a preguntarle al archivero su opinión sobre el cuadro, cuando él se dirigió a mí:

—Escúcheme —dijo—, en este convento debían de armarse buenas. Ayer, ya tarde por la noche, volví a leer en la crónica y pienso que ese pasadizo nos va a descubrir algunas cosas de interés. Creo que ya le he dado algunas indicaciones sobre lo que la crónica informa de este convento. Ayer volví a releerlo todo porque esperaba encontrar un punto de apoyo para nuestras investigaciones. El temor de las monjas a que recayera el descrédito en el convento dio paso aquí a una desvergüenza tremenda. Se entregaban abiertamente a los peores excesos y la crónica informa que a menudo risas descaradas y ruido de copas indignaban toda la noche al vecindario. Debió de ser una suerte de demencia, un delirio que contagió a todo el convento e impulsó a las monjas a celebrar las orgías más desenfrenadas. Los ciudadanos veían con frecuencia la iglesia iluminada de noche y por el ruido se podía deducir que se había escogido la casa de Dios como lugar de una bacanal. Como participantes en esas orgías se refirieron a los clérigos de la ciudad, y aun cuando al principio solo entraban en el convento por la noche y en secreto, más tarde lo hicieron abiertamente y a la plena luz del día. Se solía ver a los hombres abandonar el convento tambaleándose, con los rostros hinchados, y se vio a monjas borrachas en el claustro y en el jardín del convento. Es muy comprensible que los ciudadanos piadosos, para quienes ese comportamiento era un escándalo, lo denunciaran ante el obispo. Este

mismo obispo vino para hacer averiguaciones y no encontró otra cosa que un grupo de monjas devotas que llevaban en ese convento una vida contemplativa, consagrada a la oración, como corresponde a las esposas de Cristo. Y una encuesta entre los clérigos de la ciudad dio como resultado la confirmación de esa observación. Los difamadores que habían presentado la acusación fueron llevados a juicio, donde, por presión de la autoridad obispal, fueron condenados a penas considerables. Cuando el obispo le dio la espalda a la ciudad, comenzó de nuevo el comportamiento desvergonzado, pero ahora nadie se atrevió a denunciarlo, por miedo a recibir una condena. Entre todas las monjas libertinas, la hermana Ágata era la peor. Pronto ya no le satisficieron las orgías que se celebraban en el convento. Debió de ser una mujer de lo más extraña, de una voluptuosidad espantosa y diabólica que todo lo arrebatava y destruía. Debió de poseer la insaciabilidad de un depredador, pues la crónica cuenta de ella que a menudo abandonaba el convento por corredores secretos y que por la noche deambulaba por la ciudad. Era huésped en los prostíbulos y en los tugurios de los arrabales y se sentaba entre la chusma, con los jugadores y los borrachos, como si fuera uno de ellos. Y, no obstante, era de origen noble, procedía de una de las mejores familias de la región. Todos los vicios de su estirpe, cuidadosamente ocultos durante generaciones, se habían manifestado en ella de la manera más repugnante. Cuando le gustaba un joven, le abrazaba y ya no le dejaba libre; salvaje y feroz como una bacante, se apoderaba de él. Pronto se la conoció en toda la ciudad y se hablaba de ella como de un espíritu maléfico. Se la conocía como la «monja mala». Ocurrió por entonces que la peste llegó a la ciudad. También Ágata se contagió, pero no era capaz de renunciar a su comportamiento y continuó su vida como hasta entonces. Siguió bailando en las tabernas, siguió sentándose entre la canalla y se abalanzaba sobre hombres jóvenes como un vampiro en plena calle.

»Pero ¿qué le ocurre? —se interrumpió el Dr. Holzbock—, tiene aspecto de estar muy enfermo.

Yo hice un gesto quitándole importancia y le pedí que esperara un momento con su narración para comprobar el progreso de los trabajos. Alrededor del enorme armario se había levantado el suelo, se había raspado el mortero de las paredes, pero no se había logrado mover el armario ni un solo centímetro.

—Yo creo —dijo el capataz— que el mueble está fijado a la pared.

No podía ser de otra manera, pero se debió de unir a la pared ya por entonces, cuando se construyó la sacristía. En ese caso nuestro plano o era una mistificación o...

Nos miramos, y el archivero me leyó el pensamiento:

—El camino va por dentro del armario.

Yo estaba excitado, me moría de impaciencia por el nuevo retraso y me puse furioso por tantos impedimentos.

—Pero ¿cómo vamos a averiguar la manera de atravesarlo? Tendríamos que destrozar todo el armario y eso no podemos hacerlo, forma parte del inventario de la

iglesia. ¿Qué podemos hacer?

El archivero estaba tan impaciente como yo.

Mientras el Dr. Holzbock reflexionaba, examiné todo el armario y presioné todos los ornamentos que sobresalían, saqué todos los cajones siempre y cuando no estuviesen bloqueados y medí todas las dimensiones para tal vez por alguna casualidad dar con una puerta oculta.

—No se esfuerce —dijo el archivero—, ese armario, que con seguridad ha ocultado su secreto a generaciones de curiosos, no nos lo va a revelar a nosotros tan fácilmente. Hemos de buscar en los archivos, tal vez...

No seguí escuchándole, pues, mientras estimaba con la vista la altura del armario, mi mirada recayó en el cuadro que colgaba encima de él. Y de repente tuve la sensación de que ese cuadro me iba a dar la clave. Para el asombro del archivero ordené que pusieran una escalera junto al armario y subí por ella. A una proximidad tal del rostro lívido, con mis ojos a la altura de los suyos, el espanto nocturno quería volver a apoderarse de mí. Pero me dominé y comencé a examinar el retrato. La espesa capa de suciedad ni siquiera con esa cercanía permitía reconocer poco más que a la representada llevando un hábito de monja, mientras que la cabeza estaba libre de tocas o cintas y parecía rodeada de su pelo. Ese pelo era harto extraño, como culebras enredadas, tal y como podría representarse uno la cabeza de Medusa. Pero el mal estado del cuadro no permitía un juicio seguro. En el cuello llevaba un adorno colgado de un cordón. No era una cruz, como la que se suele encontrar en las monjas, sino una suerte de broche, un mero ornamento. Parecía una flor de lis encerrada en un polígono. Tuve Ja sensación de haber visto ese ornamento abajo, en el armario, la flor de lis, ora en un hexágono, ora en un rombo, ora en un pentágono como aquí.

—¡Doctor! —exclamé, mientras descendía por la escalera—, creo que he dado con una pista para resolver el enigma.

—¿Y ha dado con la pista allí arriba junto al cuadro?

—Creo que sí. La flor de lis en el pentágono es la clave. Busquemos.

Aunque estaba seguro de haber visto el ornamento, me sentía, no obstante, tan confuso que no lo encontré enseguida. Los componentes del armario parecían disolverse en una niebla y en vano luchaba contra un cansancio que ahora, en el momento decisivo, me resultaba inexplicable. Era aproximadamente lo que debía de sentir una persona sufriendo una congelación. Pero entonces el archivero gritó a mi lado.

—¡Aquí la tenemos, una flor de lis en un pentágono! ¿Y ahora qué?

Mi concentración había regresado, como si estuviera ante algo inevitable, donde ya no había duda alguna sobre el desenlace. Examiné la flor de lis, mientras los obreros nos rodeaban con curiosidad. Sentí cómo la madera cedía bajo mi mano, presioné con toda mi fuerza y el viejo armario tembló con un quejido, un quejido profundo procedente de lo más hondo del mueble y una delgada hendidura partió el armario de arriba abajo. Empujamos con los hombros, pero las bisagras oxidadas,

inactivas durante siglos, solo cedían a regañadientes. Tuvimos que abrir las puertas a empellones y así tuvimos tiempo de admirar el ingenioso mecanismo secreto. Exteriormente, esa parte del armario también mostraba una división, pero al presionar la flor de lis se unían las superficies aparentemente separadas en una puerta. En la misma medida en que esta se abría, se desplazaban los cajones del armario hacia la izquierda y la derecha, y nos encontramos ante la parte trasera del armario; aquí no fue difícil encontrar el botón que teníamos que presionar para abrir también esa puerta.

Detrás se abría la oscura abertura de un pasadizo. Quise precipitarme en su interior, pero el archivero me detuvo.

—Paciencia, antes tenemos que comprobar si el aire en el interior es respirable.

Se fijó una vela a un palo, se encendió y se mantuvo en el pasadizo. Ardía con furia, la cera derretida cayó en gruesas gotas en la oscuridad.

Nos internamos en el pasadizo.

Bajamos unos escalones y luego seguimos rectos, a continuación volvimos a bajar unos escalones y otra vez continuamos rectos.

—Creo que nos encontramos en el pasadizo secreto de la «monja mala» —susurró el archivero.

Él solo lo creía, yo estaba seguro. Aunque el aire que respirábamos era relativamente fresco, yo me sentía sofocado.

—Jesús, María y José —dijo de repente el obrero que nos precedía con la vela, y se detuvo. Aquí las paredes del pasadizo se retiraban hacia la oscuridad y se abría una suerte de cripta en cuyo centro se encontraban unos ataúdes de madera, sencillos y sobrios, cuya forma y hechuras se remontaban a unos siglos antes. El archivero levantó una de las tapas, una monja yacía en el interior con un rostro seco como el de una momia, las manos cruzadas sobre el pecho, las ropas deshechas, de modo que en algunos lugares la carne, que había resistido a la descomposición, asomaba por los agujeros.

Levantamos también la tapa de los demás ataúdes. En el cuarto yacía Ágata, la «monja mala». La reconocí enseguida, era la mujer que un grupo de hombres furiosos perseguía por la noche y pasaba por mi casa, era el modelo del cuadro en la sacristía.

El archivero dijo entonces a mi lado:

—¿Sabe que aquí, entre estos cadáveres, podría estar también el de Ágata, la «monja mala»?

—Lo sé, es este de aquí. La he reconocido. Mire qué buen aspecto presenta en comparación con los otros. Se nota que los otros son cadáveres reales, pero que este...

El Dr. Holzbock me tocó la mano y dijo:

—Intentemos salir lo antes posible de este pasadizo, me parece que el aire es peligroso. ¡Adelante!

No pudimos avanzar mucho. Después de unos treinta pasos nos detuvimos. Una

parte del techo se había desmoronado y había obstruido el pasadizo, según mis cálculos nos encontrábamos por debajo de la calle, y comprobé que el desprendimiento tenía que haberse producido recientemente, es probable que como consecuencia de los camiones cargadísimos que transportaban los escombros del viejo edificio. Como existía el peligro de que se produjeran más desprendimientos, mandé que se hiciera una perforación al instante desde la calle, que se examinara meticulosamente toda la situación y se tomaran todas las precauciones necesarias para evitar cualquier accidente. Después regresamos por la cripta. En el camino me convencí de que mis observaciones habían sido correctas. Ella tenía un aspecto completamente diferente al de las otras tres monjas. Casi como si viviera. Su piel aún estaba tersa, tenía algo de color y su frente lisa brillaba. Seguía siendo bella y a la luz de la vela me pareció como si los ojos se hubiesen movido debajo de los párpados, como si siguiera todas mis acciones con miradas furtivas y astutas.

Cuando llegamos a la sacristía, tuve que sentarme. Me había quedado sin respiración y mis piernas temblaban.

—He de explicarle —dijo el archivero— cómo he llegado a la conclusión de que una de las momias de allí abajo es la hermana Ágata. Mi crónica lo explica en la continuación de su historia de este convento. La epidemia, cuya sacerdotisa era Ágata, se extendió y finalmente la indignación de la ciudadanía explotó. Acecharon a la monja con el objetivo de matarla. Pero era como si el peligro incrementara aún más si cabe su gusto por las aventuras. Se comportó de una manera más alocada que anteriormente y es raro que encontrara una gran cantidad de protectores, de hombres jóvenes que la amaban, pese a saber que los envenenaba. Ya dije que debió de ser una mujer terrible. Su poder sobre los cuerpos no conocía límites. Pero un día se presentó un grupo de hombres armados en el convento y exigió que entregaran a la hermana Ágata. La furia del pueblo estaba exacerbada y se amenazó con asaltar el convento e incendiarlo, si no entregaban a la «monja mala». La abadesa se vio obligada a negociar con los turbulentos. Prometió castigar a Ágata y pidió un plazo de tres días. Los más moderados de entre los asaltantes lograron que se aceptara la propuesta. Una vez transcurridos los tres días, volvió a presentarse el grupo de hombres ante el convento y escuchó de la abadesa que la hermana Ágata había enfermado repentinamente y que había muerto. La crónica no especifica si la abadesa se vio beneficiada por una casualidad o si se cometió un asesinato para tranquilizar los ánimos de los ciudadanos. Los tiempos eran proclives a que fuera tan probable la primera posibilidad como la última. Pero la esperada tranquilidad no se produjo. Aunque se celebró un entierro y se sepultó en la tierra un ataúd, aunque cualquiera se pudo convencer de que se había puesto una lápida sobre esa tumba con el nombre de la hermana Ágata, surgieron rumores de que la «monja mala» seguía viviendo. Como solía ocurrir antaño, que no se terminaba de creer en la muerte de personas o muy viles o muy amadas, así ocurrió con ella. Se decía haber visto a la monja aquí y acullá, se contaba de las correrías que emprendía, en las cuales asaltaba a hombres

jóvenes, y por último la gente terminó por convencerse de que la abadesa había representado una comedia para conjurar el peligro. Otros que se inclinaban por creer en la muerte de la hermana Ágata, consideraron que era una profanación de la tierra sagrada del cementerio, enterrar su cadáver junto a los cuerpos de ciudadanos honrados y devotos. Los creyentes y los recelosos se unieron en su deseo de que se abriera la tumba para convencerse de que la monja se encontraba en ella. Debió de ser un odio espantoso el que perseguía a esa mujer. En cuanto se enteraron en el convento de las intenciones de la ciudadanía, se sacó por la noche el cadáver y se llevó de vuelta al convento. Mi crónica describe toda la historia como si se hubiese tratado de una rebelión seria, que impulsó a los ciudadanos a volver a presentarse en el convento en cuanto encontraron vacía la tumba. Se les mostró desde una ventana el cadáver de la monja. Piedras y palos volaron hacia la muerta, incluso se le disparó un tiro. Y la crónica añade que entre los indignados, los hombres jóvenes que la habían amado, mientras vivía, eran los más furibundos. Como se comprendió en el convento que la hermana Ágata ni siquiera estaba protegida del odio de sus perseguidores por la muerte, se conservó el cadáver y se colocó en una cripta en la que se escondía a aquellas monjas a las que se había dado muerte por cualquiera que fuera la causa. Esa es la cripta que hemos hallado hoy. Se encuentra en el camino por el que ella salía para sus aventuras.

—Así es —dije yo.

—Y ahora tiene que decirme usted cómo ha llegado a la idea de que habíamos encontrado a la «monja mala». Ni siquiera había escuchado el final de mi historia. ¿Cómo pudo identificar entonces a la hermana Ágata como una de las momias? ¿Y cómo se le ocurrió buscar precisamente en ese cuadro un signo que nos abriera el armario?

¿Qué podía decirle al archivero? ¿Podía contarle mis apariciones nocturnas? Intenté ponerle en la pista con otra pregunta:

—¿No ha apreciado una semejanza entre el cuadro y la muerta allí abajo?

—No —dijo el Dr. Holzbock, y contempló el cuadro que ahora quedaba muy visible gracias al resplandor del sol matutino—, hay que contemplarlo desde muy cerca...

Colocó la escalera de mano, que aún estaba apoyada en un rincón. Pero no fue capaz de descolgar el cuadro de la pared. Yo... yo me negué a ayudarlo. Llamé a dos trabajadores para que le ayudaran y le abandoné, pues no podía resistir el pensamiento supersticioso de que era preferible que ese cuadro se quedara colgado en esa pared. Una vez más los fantasmas nocturnos se apoderaron de mí de esa manera grotesca a plena luz del día. Me veía envuelto en una historia de lo más extraña y sentía con espanto que no podía liberarme. Era como si todo mi ser se hubiese enredado. Cuando me encontré al aire libre, rodeado del ruido y del polvo de las obras, tomé la decisión, sin preocuparme de lo que viniera después, de pedir al día siguiente la baja por enfermedad y de iniciar de inmediato unas vacaciones. Pero

antes esa misma noche quería terminar con mis observaciones, pues estaba convencido de que tenía que producirse una suerte de decisión.

Trascurrido un cuarto de hora, el archivero regresó con sus dos trabajadores y declaró que le había resultado imposible descolgar el cuadro de la pared, que para ello sería preciso cortar el marco o el lienzo.

—No se encoja de hombros —dijo él—, usted da la impresión de saber más que mi crónica de todas estas cosas extrañas y enigmáticas. Habrá de contarme su opinión sobre el asunto pues tengo la intención de escribir un artículo acerca de nuestro hallazgo para la asociación histórica local.

Dicho esto, se fue y me dejó la impresión de ser un hombre muy erudito, muy honrado y no muy influido por inclinaciones románticas.

Ese día se me hizo eterno. Todas las horas presentaban rostros grises y se deslizaban como sombras aburridas e indolentes. Cuando llegó la noche, mi mujer advirtió mi excitación, y solo pude tranquilizarla con la promesa de no regresar al día siguiente al trabajo. Dieron las once y aún estaba encendida la luz en la mesita de noche de mi mujer. Precisamente ese día parecía no poderse dormir, y yo temía con angustia que se frustrara mi propósito. Por fin, ya cerca de las doce, se inclinó sobre mí y como yo fingí que dormía, apagó con un suspiro la luz y dos minutos después ya ni siquiera pudo oír cómo yo me levantaba sin hacer ruido y abandonaba la habitación. En el mismo momento en que salí por la puerta, dieron las doce en la torre de la vieja iglesia del convento. Oí el grito, luego el ruido de los hombres corriendo y pasó la mujer por delante de mí... era Ágata, sus ojos terribles y ardientes me miraron... y a continuación pasó la jauría de los perseguidores.

Salí corriendo detrás de ellos.

Fue el mismo deslizarse y flotar como en un sueño, en el cual las casas a derecha e izquierda parecían paredes empinadas que vigilaban nuestra carrera. Solo hubo dos cosas que vi con extremada claridad. El grupo de los perseguidores que iba delante de mí y el cielo nocturno sobre nosotros, que estaba cubierto por muchas nubecillas blancas como si fuera un río arrastrando témpanos de hielo durante el periodo del deshielo. En las hendiduras y grietas que dejaban las nubes de vez en cuando emergía la luna, como una nave en el agua oscura y abisal del cielo.

La cacería llegó a la valla que rodeaba las obras y las figuras desaparecieron ante mí. Pero no fue un indeciso correr de un lado a otro de los perseguidores, como en las otras ocasiones, sino que pareció como si un cráter se los tragara. Me pareció como si se elevasen girando en una gran confusión, como una columna de humo, y después fueran absorbidos por la tierra. Me encontraba junto al agujero que había mandado perforar ese día. La tierra sacada se acumulaba a su alrededor, unas tablas y dos lámparas rojas servían de advertencia para los peatones. Pero las tablas sobre el agujero, que conducía a la cripta, se habían arrojado a un lado. Abrí la puerta de la valla y, sin avisar primero al vigilante nocturno, que estaría en otro lugar de esa extensa área, corrí entre los montones de escombros hacia el gran patio, que aún se

podía distinguir al estar rodeado por los restos de los edificios circundantes. No sé qué voz me dijo que tenía que estar allí; era una compulsión a la que no me podía resistir. Apenas acababa de encontrar un escondite detrás de los restos de una gran arcada, cuando vi el patio lleno de figuras.

Lo que estaba contemplando es indescriptible. Era todo como un sueño y, no obstante, de una claridad dolorosa. Las figuras venían de la iglesia, que estaba ante mí bañada por la luz de la luna. Pero no podría decir si salían por la puerta o se filtraban a través de los muros. Me pareció que eran tantas que no podrían haber salido a la vez de la puerta. Pero lo más extraño era que las veía inmersas en una gran agitación, con una enorme variedad de gestos, puesto que se gritaban y llamaban entre ellas, se empujaban mutuamente y avanzaban gesticulando llamativamente, sin que yo pudiera discernir nada salvo el ruido de los pasos. Ninguna de las palabras que vi decir llegó hasta mí. Tenía la impresión de verlo todo en un escenario del que estaba separado por una gruesa mampara de cristal que me aislaba acústicamente, de modo que podía ver la acción pero sin sonido. Esta impresión se vio fortalecida por el hecho de que los actores de esa escena exaltada llevaban vestuario de época. La mayoría de ellos llevaba la ropa cómoda y agradable de los ciudadanos del siglo XVI, algunos de ellos vestían, sin embargo, más informales, como estudiantes, y otros más serios y solemnes, como regidores.

Hay una cierta medida en lo espantoso que una vez alcanzada hace desaparecer la preocupación por la propia persona y solo se vive por los ojos, mientras que el resto de los sentidos parecen dormidos. Esa es la medida que yo había alcanzado, y, por lo tanto, no puedo garantizar que todo lo que vi sucediera en realidad. El patio entero estaba lleno de esas figuras y a veces llegó una de ellas tan cerca de mi escondite que puede ver claramente su rostro algo rígido. Tras un rato de excitada confusión la atención de los reunidos se concentró en la puerta abierta de la iglesia, y de ella salió un grupo de hombres conduciendo en su centro a una mujer. La empujaban hacia delante con los puños, le pegaban en la cara y tiraban de la cuerda con que habían rodeado su cuello. Yo la vi encogiéndose de hombros, como si se limitara a espantar a un insecto molesto. Uno de los estudiantes se abrió paso, se plantó ante ella, pareció lanzarle insultos a la cara y le pegó dos veces en la cabeza con la vaina desnuda de su daga. La mujer levantó entonces la frente lisa y blanca y miró al hombre con ojos oscuros y llameantes. Era la hermana Ágata, la «monja mala». Entre incesantes golpes y patadas se la arrastró hasta el centro del patio, donde se encontraba un número de regidores vestidos de negro. Vi su figura muy erguida a la luz de una luna pálida y temerosa ante un grupo de hombres, en el que parecía encarnarse el odio común de la furiosa multitud. El velo blanco se había caído de la cabeza de la monja y su aspecto era el mismo que en el cuadro de la sacristía. Ahora se aproximó uno de los regidores y, mientras el gentío se adelantaba desde todas partes apretándose, uno rompió un pequeño bastón blanco sobre la cabeza de la monja y lo arrojó con un gesto de desprecio a sus pies. El pueblo ahora se retiró y dejó un espacio libre en el

que quedó la monja junto a un bloque de madera; del bloque se levantó un hombre con una capa roja. Vi todas las particularidades de la horripilante ejecución. Vi cómo el hombre sacó una espada ancha y desnuda y se quitó la capa, cómo abrió el hábito de la monja, de modo que quedó visible el blanco cuello y los bellos hombros, y cómo la obligó a arrodillarse ante el bloque. Yo podía haber gritado y quedé agradecido cuando apartó de mí los ojos oscuros y amenazadores, que en los últimos minutos habían estado dirigidos con rigidez hacia mi escondite, como si me adivinaran allí. Ahora la cabeza estaba sobre el bloque y vi la espada de la justicia elevarse en el claro de luna y saltar un chorro de sangre. Pero no cayó en la tierra, no se diseminó en gotas, sino que se quedó en el aire como si se hubiese petrificado durante un momento, mientras la cabeza caía del bloque y, como si siguiera un último impulso de la ajusticiada, comenzó a rodar directamente hacia mí. La multitud arrojó los sombreros al aire y explotó de júbilo; yo veía claramente sus gestos, aunque no podía oír nada; como por una repentina sugestión colectiva, se abalanzaron todos sobre el cadáver, le pegaron y patearon como si su furia aún no hubiese quedado satisfecha. La cabeza, sin embargo, siguió rodando hacia mí, sin cambiar de dirección, y por fin se detuvo junto a mi escondite. Los ojos oscuros y llameantes me miraron, y yo escuché palabras, las primeras durante toda esa escena horrible. Palabras de la boca de la cabeza:

—Has de recordar siempre a la monja mala...

Y todo se desvaneció ante mis ojos, el barullo de la multitud, la cabeza, el verdugo con el bloque de madera, y solo quedó oscilando durante un instante, al resplandor verdoso de la luz de la luna, el creciente rojo del chorro de sangre petrificado.

No queda más que añadir salvo que a la mañana siguiente encontraron el cuerpo de la hermana Ágata en la cripta en un estado espantoso. Había quedado completamente deforme por golpes, todos los miembros estaban rotos y la cabeza estaba separada del tronco por un corte limpio. Se supuso un acto de demencia sexual y se puso en marcha una investigación concienzuda en cuyo transcurso también me interrogaron a mí. Pero las pesquisas de las autoridades no arrojaron ningún resultado, pues yo me guardé mucho de contar lo que había presenciado por la noche.

* * *

Un crimen espantoso causó un gran desasosiego en toda la ciudad el 17 de julio de 19... Cuando en la casa del ingeniero Hans Anders, la criada, tras llamar varias veces en vano a la puerta del dormitorio de sus señores, por fin a eso de las diez de la mañana intentó abrir la puerta y encontró que esta estaba abierta y entró en la habitación. Una mujer joven estaba en la cama en medio de una mancha de sangre. De los señores no había ni rastro. La criada huyó gritando, sufrió un calambre en la pierna y cuando por fin lograron sacarle algo con esfuerzo sobre lo que había visto, el

joven estudiante del tercer piso, el más juicioso entre los inquilinos excitados y horrorizados, llamó enseguida a la policía y a un médico. La policía llegó y confirmó que se había cometido un crimen. La mujer joven llevaba ya varias horas muerta; la cabeza había sido separada del tronco por un corte ejecutado con una fuerza monstruosa. Por lo demás, todo en la habitación y en la vivienda estaba en orden, salvo por un cuadro del dormitorio que se había descolgado de la pared y se había destrozado por completo. El marco estaba en pedazos, el lienzo rasgado. Ninguna pista indicaba que el asesino hubiese penetrado desde el exterior, la criada confirmó que los señores la noche anterior se habían acostado como de costumbre. Cuando se le preguntó si tal vez en los últimos tiempos había presenciado desavenencias entre Anders y su esposa, reflexionó un instante y declaró que no le había llamado nada la atención, a no ser el creciente silencio entre ambos y a veces un temblor nervioso de la mujer. Pese a esta declaración, no quedó otro remedio que suponer que la señora Anders por motivos inexplicables hasta ese momento había sido asesinada por su marido, y que este se había dado a la fuga. Las observaciones de los demás inquilinos coincidieron con las de la criada, pero de todas esas indicaciones no resultaba ninguna pista conclusiva de que hubiese una seria discordia entre ellos, de la cual hubiese podido resultar una acción tan terrible. El médico forense declaró, sin embargo, que no hay que dejarse engañar por la aparente ausencia de signos externos de una discordia y suponer una completa armonía del matrimonio, pues precisamente entre personas de una cultura elevada, como lo eran Hans Albers y su esposa, esas catástrofes se producían sin ruido y en privado; y estas palabras fortalecieron la opinión del comisario, quien ordenó de inmediato la búsqueda y captura del esposo de la asesinada.

Encontraron a Hans Albers por la tarde, sentado en un banco del parque, con la cabeza descubierta, el sombrero y el bastón a su lado, en el momento en que se disponía a liarse un pitillo. Siguió sin resistencia las órdenes del agente diciendo que ya había pensado en entregarse a la policía y dar una explicación de lo sucedido. Sonriente y de buen humor entró en el despacho del comisario y le pidió que le escuchara unos minutos, ya que quería comunicarle por qué le había cortado el cuello a la mujer.

El comisario clavó su mirada espantada en él:

—Señor, ¿usted reconoce haber matado a su mujer?

Anders sonrió:

—¿A mi mujer? ¡No!

Y, a continuación, prestó una declaración tan extraña e incomprensible que ni el comisario ni el juez de instrucción, a quien se le había encargado el caso esa misma noche, fueron capaces de entender algo. Se dedujo tanto como que Hans Anders confesaba haberle cortado la cabeza a la mujer con el alfanje turco de su colección de armas, pero que afirmaba que esa mujer no era su esposa. Cuando vio que no se le comprendía, se remitió a un conocido suyo, el archivero Dr. Holzbock, que con sus

declaraciones lo confirmaría todo. Pero antes de citar al archivero, compareció él mismo voluntariamente ante el juez de instrucción y prestó la siguiente declaración:

«Considero mi deber arrojar algo de luz mediante mi declaración sobre la terrible historia de Hans Anders, en la medida en que pueda hacerlo en un asunto tan enigmático y sumamente extraño. Conociéndole desde hace tiempo, me encontraba con él diariamente en las obras del antiguo cuartel jesuita, donde Anders dirigía los trabajos de demolición. Mis estudios históricos y arqueológicos ya los conoce, y esperaba que con el derribo de un edificio con tantos siglos de antigüedad pudiera descubrir aún algo interesante. Ciertas noticias me pusieron en la pista de un pasadizo secreto, y Anders, cuya competencia como ingeniero está fuera de toda duda, siguió esta huella con tal sagacidad y fortuna que logramos descubrir una vieja cripta con algunos cadáveres momificados. Usted recordará que, al día siguiente del hallazgo de dicha cripta, se encontró uno de esos cadáveres en un estado que indicaba la comisión de un crimen. Pero la investigación en aquel entonces no produjo resultado alguno. Unos días después vino Hans Albers a visitarme. Primero he de decir que en los últimos tiempos llamaba la atención un cambio en su carácter; estaba intranquilo, su habitual temperamento enérgico y, sin embargo, encantador, había dado paso a ensimismamientos, a episodios de mal humor con arrebatos coléricos. A veces temblaba, como si un miedo terrible le torturara. Ese estado me llamó especialmente la atención durante esa visita, y cuando le pregunté si le pasaba algo, me respondió con evasivas. Trascurrido un rato, finalmente, cuando ya no era capaz de dominar por más tiempo su inquietud, comenzó a decir:

»—Hoy me han enviado a casa su cuadro.

»—¿Qué cuadro?

»—El retrato de la hermana Ágata, la monja mala.

»—¡Pero qué ocurrencia! El cuadro cuelga en la sacristía, y está fijado de tal manera que no es posible descolgarlo de la pared.

»—Eso no es verdad —dijo él—, usted no habrá podido descolgar el cuadro, pero yo le juro a usted que ahora cuelga en mi dormitorio.

»—¿Quién se lo ha llevado a casa?

»—No lo sé, llegó en mi ausencia. Lo trajo un hombre desconocido, lo colgó de la pared y se fue sin decir quién le había enviado.

»—¡Pero se podrá averiguar quién le encargó llevárselo!

»—Precisamente ahí está el quid de la cuestión, no puedo averiguarlo. Fui a ver al sacerdote y él no sabía nada del asunto; cuando le pregunté si quería hacer valer sus derechos, ya que el cuadro pertenecía al inventario de la iglesia, opuso que se alegraba de liberarse de ese cuadro, y que ya se había propuesto desde hacía tiempo quitarlo de donde estaba. Lo terrible del caso es que tampoco puedo devolver el retrato, aun cuando quisiera.

»—¿Por qué?

»—Porque ahora cuelga de la pared de mi casa con la misma fuerza con que colgaba en la sacristía. Es incomprensible y, no obstante, incontrovertible, y yo le pido que me visite para convencerse de que le estoy diciendo la verdad.

»He de confesar que a mí esta declaración confidencial del ingeniero me pareció de lo más extraña; pues el cuadro del que estamos hablando era, según la afirmación de Hans Anders, el retrato de la hermana Ágata, una de las monjas cuyas momias encontramos en la cripta. Para tranquilizar su inquietud le prometí que le visitaría uno de los días siguientes, y me acordé de mi promesa cuando al final de la semana pasé casualmente por su casa. Hans Anders había salido, pero encontré a una mujer en la vivienda.

»—¡Ah, me alegro mucho de que haya venido! —dijo ella—, ya había decidido ir a buscarle. Usted es el único conocido de mi marido y con el que trata casi a diario; le tiene en mucha consideración, y tengo la esperanza de que pueda influirle en algo.

»Una vez que hube expresado mi buena voluntad y disposición a ponerme a su servicio, comenzó a quejarse entre lágrimas de que su marido deambulaba completamente perturbado, por el día apenas hablaba, y por la noche se revolvía en la cama sin poder dormir. Hacía unos días le había prometido que tomaría de inmediato unas vacaciones y que saldrían de viaje, pues estaba claro que sufría por el exceso de trabajo y estaba cansado, pero no hubo manera de convencerle de que abandonara la ciudad.

»—¡Dios mío! —dijo ella—, apenas me atrevo a hablar del médico. Al oír esa palabra se enfurece y me hace reproches como si quisiera obligarle a una acción humillante.

»Le aseguré a la señora Blanca que haría todo lo posible por convencer a su marido de que partiera de viaje. Poco después, Anders llegó a casa.

»Me saludó con visible alegría, también saludó a su mujer, pero un presentimiento me dijo que había algo entre los dos cónyuges. Una sombra, un ser inmaterial, una influencia invisible que obraba en los dos y los separaba. Esa influencia se manifestaba en la señora Blanca en forma de miedo, en Anders —al principio creí equivocarme, pero vi mis observaciones confirmadas—, en forma de aversión hacia su mujer. Una repulsión mezclada con temor. Eso me pareció sumamente extraño, pues yo sabía que Anders había amado anteriormente a su mujer de manera indecible. Tras una conversación breve e indiferente, la señora Blanca se retiró para darme la oportunidad de ejercer mi prometida influencia en Hans. Apenas había salido, Anders me tomó del brazo y me llevó consigo al dormitorio.

»—Venga —me susurró—, tiene que verla.

»Sobre una otomana colgaba, frente a las camas, el cuadro de la sacristía, un velo verde pendía retirado junto a él. Es un cuadro algo siniestro, un rostro que parece hablar de horas desenfrenadas, y si en verdad se retratara en él a la hermana Ágata, se adapta perfectamente a todo lo que una vieja crónica cuenta de las actividades viciosas de la monja. Me acerqué al cuadro con la intención de descolgarlo. Pues yo

quería demostrarle a Anders que sus absurdas imaginaciones habían de ceder ante la realidad. Pero él se abalanzó sobre mí con un gesto tan furioso que me asusté, y me alejó de un empujón.

»—¡Pero cómo se le ocurre, es imposible! Ahora cuelga de esa pared y ningún poder del mundo podrá bajarlo de ahí.

»Al parecer había olvidado que él mismo me había pedido unos días antes que fuese a visitarle para que me pudiera convencer de la verdad de lo contado.

»—¿Pero por qué ha dicho que le pusieran el cuadro en su dormitorio? —pregunté yo—. Ese rostro puede causar desasosiego en los sueños más pacíficos.

»—Ya le dije —respondió Anders— que yo no estaba en casa cuando llegó el cuadro. El hombre que lo trajo, lo colgó, sin preguntar más, y ahora no lo puedo descolgar. Pero —y su voz se tornó ronca por la excitación— tampoco tolera que se cubra. Cuando por la noche le pongo un velo por encima, a la medianoche ya está retirado. No para de mirarme con esos ojos espantosos. No lo puedo soportar. ¿Y sabe por qué me mira así? Se lo diré.

»Él me alejó del cuadro y me susurró al oído, tan bajo que apenas pude entenderle:

»—Ha jurado vengarse de mí, y mantiene su palabra. Planea algo terrible, y creo sospechar qué es lo que quiere.

»Y de repente se interrumpió con una pregunta, como a mí me pareció entonces, sin relación alguna con sus pensamientos.

»—¿Se ha fijado bien en mi mujer?

»Pero antes de que pudiera responder, continuó impertérrito:

»—¡Un disparate! Es un disparate que a veces me imagino.

»Y entonces reincidió de nuevo en la actitud anterior:

»—Quiere destruirme por haber descubierto el pasadizo secreto, por haber mandado la perforación a la calle, dándoles así la oportunidad a sus perseguidores de entrar en la cripta.

»Anders rechazó mis objeciones con un gesto de la mano:

»—Créame, doctor, es así. He sopesado todo lo ocurrido y si usted hubiese visto lo que yo he visto, coincidiría conmigo.

»Más tarde averiguaría a que se había referido Anders con esas oscuras alusiones. Las palabras de esa conversación se quedaron grabadas en mi memoria, y nunca olvidaré tampoco el rostro del ingeniero cuando se aproximó para susurrarme al oído lo narrado. De su comportamiento deduje que estaba muy enfermo, pero mi intento de persuadirle para que abandonara la ciudad y se fuera unos días a la montaña fue en vano.

»—Tengo que resistir —dijo él—, no serviría de nada tratar de escapar de ella. Me encontraría a tres mil metros de altitud tanto como aquí.

»Lo más siniestro en su comportamiento era que al parecer tenía que luchar con una noción fantasmal como si fuera un poder real, y yo llamé la atención de la señora

Blanca de que ahí tenía que ejercer su influencia.

»—¿Influencia? —dijo ella, y la pobre mujer se puso al borde de las lágrimas—, ni siquiera tengo influencia para que me deje traer al médico.

»Para hacerle un favor a la señora, a la mañana siguiente envié a su casa a mi amigo el Dr. Engelhorn. Pero el ingeniero sufrió un ataque de furia y Engelhorn tuvo que emprender la retirada a toda prisa. Precisamente entonces tuve que salir de viaje, pues quería investigar en el archivo del palacio de Pernstein para encontrar un documento importante. Tardé unos días en encontrarlo, pero mientras buscaba, encontré otros escritos sumamente interesantes, de modo que mi estancia allí se prolongó unos días más. Regresé por ferrocarril pero solo el trecho de algunas estaciones, luego me bajé para alcanzar la ciudad a pie dando un largo paseo por el bosque. Cuando pasé por una venta en un lugar muy concurrido por excursionistas, miré casualmente sobre la valla del jardín y vi a Hans Anders sentado a una mesa. He de reconocer que su historia había pasado a un segundo plano debido a mi trabajo y en ese instante me pesó haber descuidado mi deber de amigo. Para al menos enterarme enseguida de cómo le iba, entré en el jardín de la venta y le saludé. Me percaté de que Anders había bebido mucho y como eso era completamente inhabitual en un hombre tan sobrio, lo relacioné inmediatamente con su oscura historia.

»—¡Oh, doctor Archivarius! —exclamó al verme—, me alegro mucho de encontrarme con usted, realmente, muchísimo, y le saludo en nombre de la ciencia.

»Anders hablaba mucho y en voz muy alta, de modo que llamaba la atención de los diez o doce huéspedes que se hallaban dispersos por el jardín. Mientras yo me bebía mi cuartillo de vino moravo, él se bebió tres, y solo cuando comenzó a anochecer logré convencerle de que se fuera a casa. Caminábamos a lo largo del río y veíamos, a través de la niebla que invadía el valle, las luces de Königsmühle, cuando Anders, por fin, comenzó a hablar de aquello que, como observé, le obsesionaba una enfermedad.

»—Bueno, por fin sé lo que ella quiere.

»—Pero no hable siempre de “ella” —dije yo— como si estuviese tratando con una persona real.

»Hans Anders me miró y no entendió mi objeción, tan sumido estaba en sus imaginaciones.

»—¿Y sabe usted lo que ocurre ante mis propios ojos? Es horrible. Se ha apoderado de mi mujer.

»—Vamos, ¿y qué quiere decir con eso?

»—Se ha apoderado de mi mujer y la transformación se está produciendo en mi presencia. Ha comenzado con los ojos, en ellos se muestra una mirada extraña, acechante, con la que me observa, vigila mis movimientos. Cuando digo algo, en esos ojos horribles arde la burla. Después cambió su figura. Mi mujer era más baja y más fuerte, la que ahora se sienta y duerme a mi lado, o finge que duerme, pues me sigue observando por debajo de sus párpados, es más delgada y más alta. Ella me envuelve,

me enreda en su tela de araña. Ha asesinado a mi esposa y ha poseído su cuerpo, para así estar muy cerca de mí y, en el día en que ella haya adquirido un parecido completo al del retrato de la pared, se apoderará de mí también. Pero estoy decidido a anticiparme a ella.

»Reconocí con espanto que la agitación nerviosa del hombre había progresado ya tanto que casi se podía hablar de una perturbación mental. No se podía esperar más, había que intervenir con energía. Al día siguiente discutía con mi amigo el Dr. Engelhorn sobre qué podíamos hacer para ayudar a la pobre mujer, cuando la señora Blanca entró en mi casa. Se la veía muy afectada, pálida, con ojos inquietos y ojerosos y había adelgazado mucho, de modo que parecía más alta.

»—Lo sé todo, señora mía —dije yo.

»Ella comenzó a llorar:

»—¡Ay, qué va a saber! Ni siquiera puede sospechar lo que sufro. Mi vida se ha convertido en un infierno. Y en este caso no es una mera frase sino amarga realidad. Ya no puedo más; mi marido ha cambiado por completo, veo claramente que siente una gran aversión hacia mí. Me observa incesantemente, no dejo de sentir sus miradas terribles y hace como si esperara algo maligno de mí. A veces se gira repentinamente y con un gesto furibundo, como si creyera que le ando espiando. Aparte de esto, prácticamente no habla nada, y cuando me dirijo a él, me responde como si cada palabra fuese una trampa. Y cuando intento averiguar los motivos de su comportamiento tan extraño, se ríe de una manera tan horrible...

»»Ayer por la noche, él había estado toda la tarde fuera y llegó algo embriagado a casa; cuando me disponía a desvestirme, de repente estaba detrás de mí. Antes había estado en su despacho y yo había visto a través de la puerta de cristal que leía en un cuaderno y lo hojeaba. Pero de repente estaba detrás de mí. Me había seguido sin hacer ruido y cuando me di la vuelta, me agarró del cuello y dijo:

»»—Qué cuello tan bello y ya lo han cortado una vez.

»»Me asusté y quise saber a qué se refería. Pero él volvió a reírse de esa manera tan espantosa y señaló el viejo cuadro que cuelga en nuestro dormitorio:

»»—Pregúntale a esa, o mejor, pregúntate a ti misma.

»»No pude dormir en toda la noche y reflexioné sobre sus palabras. Por la mañana me levanté y fui a su despacho para ver el cuaderno del que me parecía podía obtener alguna clave sobre la alteración en su comportamiento. Seguía sobre su escritorio y mi marido prácticamente lo había escrito entero. Recordé que en las últimas semanas había estado escribiendo en ese cuaderno, en un extraño encierro, a menudo como perturbado y tan irritado que cualquier ruido en su cercanía lo indignaba, y yo habría dado mucho por saber qué trabajo era el que le obsesionaba y le irritaba tanto. Pero cuando quise comenzar a leerlo, se apoderó de mí un miedo espantoso y superó mi curiosidad. Ni siquiera me atreví a abrirlo porque... temía averiguar algo horrible. Por eso le traigo a usted este cuaderno y le pido que lo lea y que luego me diga qué se puede hacer. Comparta conmigo todo lo que crea conveniente.

»Y con estas palabras me entregó este cuaderno que yo ahora pongo en sus manos, señor juez; en él encontrará anotaciones sumamente extrañas, y dejo a su perspicacia que se oriente en esta historia que para mí se ha vuelto tanto más intrincada^[1]. El doctor Engelhorn y yo tratamos de disuadir a esa mujer y de quitarle sus preocupaciones; aunque estábamos convencidos de que el peligro era inminente, fingimos que no tenía nada que temer. Así logramos que se fuera a casa algo tranquila, después de haberle prometido leer las anotaciones de su marido e informarle al respecto al día siguiente. Y eso fue una negligencia imperdonable. Esa falta de presencia de ánimo, de enérgica resolución por parte de sus amigos, le ha costado la vida a esa pobre mujer. Así ocurre con nosotros, los seres humanos, vemos claramente el peligro pero evitamos enfrentarnos a él a tiempo. Cuando nosotros, el doctor Engelhorn y yo, leímos el cuaderno, nos miramos. “Está loco”, dije yo. Pero el doctor Engelhorn es un hombre peculiar. Aunque es el representante de una ciencia exacta, ha mantenido al mismo tiempo una suerte de superstición sobre toda índole de “estados nocturnos” del alma humana. Suele citar con cualquier ocasión las palabras “Hay más cosas entre el cielo y la tierra, etc...”, y cuando la ciencia médica se encuentra ante un enigma, no hay nadie que se alegre más que el doctor Engelhorn. Así que no me asombré mucho cuando me miró dubitativo:

»—¿Loco? No sé si te puedo dar la razón en eso. A mí no me da esa impresión. Hay estados que se parecen desesperadamente a la locura y que, sin embargo, no lo son. Para explicarte esto, no obstante, tendría...

»—¿Y entonces qué puede ser? —le interrumpí. Pero él se limitó a encogerse de hombros:

»—No lo sé.

»Esta conversación, señor juez, se produjo por la noche. A la mañana siguiente me enteré de que la señora Blanca había sido asesinada. Lo que precedió inmediatamente a una acción tan horrible, lo podremos averiguar por Hans Anders. Solo podemos suponer que con el asesinato ha querido liberarse de su fantasma, y la destrucción del cuadro se puede relacionar perfectamente con lo anterior. Será asunto del juez decidir si la última palabra en esta extraña historia no la tendrá que decir el psiquiatra.

Hasta aquí la declaración del archivero doctor Holzbock.

El misterioso caso de Hans Anders encontró una suerte de final con la muerte, dos días después, del ingeniero. Se le encontró en la prisión preventiva, en posición sedente, apoyado contra la pared, con una mano en el corazón y el brazo derecho colgando, en una postura tan retorcida que el médico de la prisión comenzó a examinarlo sacudiendo la cabeza. Concluyó que el brazo, con varias fracturas, estaba dislocado, como si hubiese sido aplastado por una fuerza terrible. Como causa de la muerte, sin embargo, el médico diagnosticó un ataque al corazón por efecto de un susto repentino.

EL HOMBRECILLO DE LA SANGRÍA

Los vidrios rotos con los que por precaución el enterrador había sembrado el borde superior del muro del cementerio crujieron bajo suelas claveteadas. Tres mozos subieron por los peldaños de una escalerilla, salieron de la sombra y brincaron a la luz de la luna, que hacía saltar chispas verdes de la superficie vidriada. A continuación, uno de ellos se inclinó hacia atrás y ayudó a pasar por encima del muro a un hombre con una peluca empolvada. Bajo la peluca resoplaba el honorable doctor Eusebius Hofmayer. Sobre los pantalones de media pierna, las medias de seda y los zapatos de hebilla, se había calzado unas botas de montar muy anchas en cuyos tubos bailaban unos muslos escuálidos. Se balanceó en los brazos de un tipo oscuro, cuyo paso allí arriba era tan firme y seguro como en cualquier camino principal y cuya sangre no conocía nada parecido al vértigo.

Los otros dos saltaron del borde del muro y cayeron sobre una zarzamora, de tal modo que las ramas se rebelaron contra ellos y cientos de espinas atacaron sus pantalones como si fueran enemigos. El tercero bajó lentamente, suspirando por la actitud pusilánime del doctor, siguiendo el camino seguro de la escalerilla, que llevaba al país de la muerte. Sobre las cruces de madera destacaba en la noche clara el tejado negro de la casita del enterrador, y la torre de la pequeña iglesia apuntaba precisamente en ese momento a una nube plateada, como si quisiera atravesarla. Ante la puerta del enterrador ardía una llamita roja sobre el pequeño acetre de estaño consagrado, una protección doble contra espíritus y fantasmas, y la luz eterna arrojaba las sombras de los hombres sobre los túmulos, donde eran descompuestas por la maleza. Eusebius Hofmayer tropezó en medio de sus acompañantes, que ahora de nuevo superaban las tinieblas con el paso seguro de los depredadores. De las filas de lápidas antiquísimas llegaron a pastos de la muerte más recientes y por fin buscaron entre los túmulos de los últimos días, cuya blandura delataba los dolores recientes.

—Aquí tiene que ser —dijo el doctor, y su bota de montar tropezó con algo. Los otros tres eligieron una dirección mejor y se lo llevaron un trecho más, a través de las tinieblas, bajo las pesadas ramas de las tuyas. Del acero y de la piedra saltó una chispa y creció hasta convertirse en la claridad de una pequeña linterna. El doctor maldijo el estridente ruido producido por los picos y las palas que, como si tuvieran miedo a la noche y a la actividad en que se estaban ocupando, se apiñaban en un espacio reducido. Los tres hombres comenzaron a jadear por el trabajo mientras deshacían el túmulo.

—Era una buena mujer, la Verónica Huber —murmuró uno de ellos y clavó con fuerza la pala en el suelo blando.

—Una mujer honrada y limpia.

—El novio quiere ir a la guerra. Su madre llora, pero ha sufrido tanto que ya está harta de la vida.

La lata de tabaco de esnifar del doctor tintineó con fuerza, como si con ese ruido quisiera acallar las palabras de los mozos. Eusebius Hofmayer estaba impaciente, pues le parecía que tardaban demasiado en llegar al fondo de la tumba. Los árboles murmuraban alrededor con enojo, y desde sus copas aleteaban sombras como pájaros negros cuyas alas quisieran apagar la luz. En algún lugar se vislumbraba un perdido claro de luna, un osado resplandor atravesaba espesos bancos de niebla, pero con la potencia precisa para llenar las tinieblas de presentimientos, que se petrificaban como máscaras. En medio del cielo vacío destacaba, sobre la punta de la torre, una grácil arca, que recibía su brillo argénteo de la luna oculta en el oeste. El doctor llegó con su pensamiento, por unos atajos inspirados por esa nube, a las galeras españolas que con enormes cargamentos de plata se habían hundido en el mar. Pero luego descendió de nuevo al asunto que le ocupaba esa noche. Los mozos conversaban y no avanzaban en su trabajo.

—Pero ¡queridos, qué retraso! ¡Qué despilfarro de minutos valiosísimos! ¡Mon dieu! ¡Miguel, quiere que nos atrapen a todos! Ahí está de pie y escupiéndose en las manos pero sin dar un palo al agua. Si hubiese contratado a tres topos para hacer este trabajo, no cabe duda de que habríamos avanzado más que con vuestra lentitud. Bueno, eso ya es algo...

—¡Qué fastidio! —dijo alguien que apareció de repente al lado de Eusebius Hofmayer y tenía el aspecto de un señor en bata. Una serpiente fría se deslizó por la espalda del doctor y se ensortijó en torno a su cuello, mientras las piernas escuálidas temblaban dando con las cañas de las botas de montar. A los tres mozos se les cayeron las herramientas de las manos sucias. El señor se limitó a sonreír amigablemente, mostrando dos hileras de dientes puntiagudos como una sierra, que asomaron entre los labios contraídos.

—Por favor, siga con lo que estaba haciendo, *mon cher*, no quiero importunarle. Me alegra ver que usted también se interesa por tumbas frescas y soy... cómo diría, lo suficientemente desprendido como para desearle mucho éxito.

—Es usted muy amable —dijo el doctor sin poder apartar la mirada de la espalda del hombre, de la cual caían dos sombras puntiagudas y dentadas, como si llevara dos alas adosadas a los hombros.

—La difunta joven y soltera Verónica Huber estoy seguro de que tiene cualidades muy especiales. Pero yo se la cedo, de verdad, se la cedo. ¡La ciencia, señor mío, la ciencia! Se merece todos los apoyos. Y la miopía de las autoridades es el mayor impedimento para una anatomía practicada con seriedad.

—Es usted muy bueno, ¿también de la profesión?

—¡En cierta manera... en cierta manera! No del todo, pero en cierta manera.

Bajo la bata zumbó un reloj y el señor mostró sus dos sierras desnudas. Y sus palabras siguieron tropezando en esa extraña sonrisa:

—En cierta manera... en cierta manera. Pero, señor mío, las autoridades protegen la descomposición. Obligan a enterrar los cadáveres y prohíben a la ciencia que los

molesten. La descomposición, ¡sí, señor!, la descomposición está protegida por las autoridades. Pero yo, señor mío, no quiero hacerle ninguna competencia. Para usted será la difunta Verónica Huber.

—Muy amable, muy amable. Se lo agradezco. Pero puedo preguntar qué...

Una mano se levantó contra el doctor. Cinco garras negras se retorcieron contra la temeraria boca.

—No, querido, no puede preguntar. O no debe preguntar. Ya sé que es la costumbre de una ciencia seria preguntar en todas partes. Pero esa costumbre ha de enmudecer en los cementerios. Ya ve, yo no pregunto.

La luna se había elevado por encima del banco de nubes al situarse cerca del horizonte. La noche se tornó más pálida y la galera de plata sobre la torre de la iglesia se desdibujó en un cielo verde y terriblemente vacío, como si se detuviera, desesperando de encontrar la dirección y la meta. Entre los árboles brilló el cráneo desnudo del señor desconocido, en cuyas suturas dentadas se marcaban las líneas limítrofes de los huesos; una coronilla de pelos amarillentos asomaba como una gorguera entre la nuca y el cuello de la bata. Los dos caballeros se miraron. Al Dr. Eusebius Hofmayer se le movían los dientes en la boca cuando veía resplandecer los serruchos del otro, y constató con asombro que entre esos serruchos y las dos cuencas de los ojos, en las que no parecía habitar mirada alguna, se asentaba la nariz arremangada de un murciélago.

Un movimiento del señor desconocido pareció invitar a que se continuara con la labor. Los tres mozos agarraron sus palas, pero por debajo de la bata rechinó un reloj oxidado:

—No, querido, su método es realmente tedioso, un aburrimiento. Le mostraré cómo suelo actuar yo. Pero antes ha de prometerme que me reservará una indemnización por el esfuerzo.

El doctor percibió con alivio que recobraba sus sentidos y que su respiración volvía a transcurrir, aunque eso sí, aún jadeante, por canales menos bloqueados por el miedo. Todo se disolvió en explicaciones de lo más comprensibles: un pobre estafador que deseaba que le pagaran por mantener su silencio, un hombre que quería aprovecharse de esa oportunidad que le había dado el azar para ganar algo de dinero. A su pregunta, que pretendía sondear la cifra en que estaba pensando el otro, se anticipó el señor de la bata:

—No, no. En el Sacro Imperio Romano está en vigor el derecho romano. Confío en que su honradez no me negará una contraprestación por mi servicio. Suscribimos, por tanto, un contrato innominado, y usted verá que es en su interés. Ahora, entonces, el servicio.

De la bata salieron dos manos, y diez garras negras se extendieron hacia la tumba, como barras imantadas hacia una masa muerta a la que querían otorgar la vida, y pareció como si la tierra se moviera por obra de una enigmática atracción. Los terrones se sucedieron y se elevaron dejando un socavón, la tierra reptó hacia los

bordes con el borboteo de un fluido hirviente y arrojó burbujas que crecían y se inflaban. Toda la masa comenzó a cobrar vida, arrojó a los dos mozos del agujero, se empinó, rebosó por fuera como bajo la presión de gases, se abombó formando una colina y reventó con el estallido de una explosión. La tumba quedó abierta y en su fondo se encontraba entre una madeja de coronas y de flores aplastadas el ataúd de la difunta Verónica Huber.

Los tres mozos arrojaron sus herramientas y salieron corriendo y gritando, metiéndose por unos arbustos y dejando su recompensa en las fauces del horror. El doctor se quedó como paralizado, su lengua de repente estaba pegajosa y pesada, apenas podía moverla para pronunciar unas palabras:

—Y la contraprestación...

—No debe preguntar, *mon cher*. De eso ya hablaremos más adelante. Váyase ahora tranquilamente a casa. Allí me encontrará a mí y a la difunta Huber. ¡Váyase!

Una inclinación cortés y un gesto con la mano obligaron al doctor a emprender el camino bajo los árboles. El señor desconocido en bata caminó a su lado entre las tumbas. Sombras dentadas subían y bajaban a sus espaldas, y arrastraba las borlas de la bata por los senderos ahora iluminados, como si fueran rastros de sangre. Una repentina sensación de soledad desgarró el espanto del doctor con otro aún más terrible. El hombre de la bata había desaparecido. Y a su lado solo se veía, a la luz de la luna, una vieja lápida, alta, delgada y firme como una señal espeluznante, y en la cruel claridad gritaba el nombre de un hombre fallecido hacía mucho tiempo: el Chevalier de Saint-Simon.

El doctor comenzó a correr con sus pesadas botas de montar, fue azotado por las ramas, se desgarró con vidrios rotos y superó obstáculos como si fuera en una pesadilla.

Recobró la presencia de ánimo al llegar a su casa. La calle larga y estrecha con las elevadas fachadas ocultaba una amenaza en su fruncida oscuridad. La luz crepuscular de la luna se abría paso entre las sombras y se reflejaba en las somnolientas ventanas. Sobre una cornisa aleteaba una bandada de pájaros petrificados entre las ramas entrelazadas de una escena tallada en piedra, y a su lado estaba la Butterhanne^[2] sobre el estudio del doctor, metiendo con fuerza la mano del mortero en la cubeta. La erudición, que había llenado esa casa a través de la larga serie de propietarios hasta llegar a Eusebius Hofmayer, se seguía enmascarando hacia la calle por el humor, un poco grotesco e inclinado a lo extravagante, del constructor. El doctor levantó oblicuamente la cabeza, como un pájaro, hacia las ventanas. Bajo la Butterhanne había silencio y el claro de luna se filtraba entre las inertes ventanas emplomadas. La llave, ahora, dudaba en introducirse en la puerta de la casa, en la que se había tallado una cacería del jabalí, y encontró un cerrojo bien cerrado. Más confiado y liberado del miedo atroz que le había poseído, el doctor subió a su estudio y cuando entró en él... vio en la mesa de disecciones el cuerpo desnudo de la difunta Verónica Huber, y en su butaca: las garras duras y negras, apoyadas en los brazos del mueble; el cráneo

desnudo, marcado por las suturas; y la cabeza reclinada hacia atrás, del señor de la bata. En un rincón se apilaban unas tablas negras. La luna estaba a punto de abandonar la habitación.

—Bienvenido —dijo el señor de la bata desde su butaca, como si fuera el señor de la casa. El doctor no pudo sino balbucear «bienvenido».

—Pues bien, querido amigo, ahora me puede preguntar lo que quiera.

—Entonces le pregunto cómo ha podido entrar aquí.

—Conozco esta casa mejor que usted, pues la conozco desde hace más tiempo y por ello conozco caminos que a usted le son desconocidos. Espero otra pregunta.

La luna se perdió por el borde superior de la ventana, pero la habitación permaneció iluminada por una luz pálida que parecía irradiar de la joven Huber en la mesa de disecciones, como una suerte de fosforescencia con la que comenzaron a abrirse las flores multicolores de la bata turca. El señor desconocido tomó una de ellas de la tela, la olió y la volvió a poner en su lugar. Esperaba una pregunta que el otro no se atrevía a formular. Había tal silencio que se oía cómo la Butterhanne, afuera, removía la mano del mortero en la cubeta y cómo los pájaros pétreos triaban a su lado. En el rincón oscuro crujieron las tablas húmedas.

La pregunta quedaba sepultada por una montaña de miedo, hasta que el señor desconocido se levantó y con su bata florida y multicolor, cuyas borlas se arrastraban por el suelo como rastros de sangre, se aproximó a la mujer. Dio un pellizco a la carne y estiró la piel:

—Mire, querido colega, está en buen estado y puede servir para *experimentis, demonstrationibus y studiis*. Sus especialidades científicas, los riñones y la bilis, harán progresos considerables. El servicio que le he prestado ha sido impecable, lo he prestado limpiamente y sin dilación.

—Y mi contraprestación...

El señor de la bata respondió antes de que pudiera seguir con su pregunta:

—Es sencilla y fácil, casi ridícula en comparación con mi trabajo. No quiero nada más que el señor colega renuncie mañana a ir al convento y que delegue en mí la tarea de sangrar a las hermanas.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Es usted acaso un médico? ¿Y sabe emplear la lanceta de modo que pueda fluir tanta sangre como sea necesaria para mantener la salud de las hermanas y que sirva a su devoción?

—Puede confiar plenamente en que no dejaré en evidencia su sabiduría y que me comportaré como un hombre de ciencia y no como un matasanos.

—¿Es usted médico?

—Al menos algo semejante. Y en cuanto a las sangrías y a la extracción de sangre, en esos dos delicados procedimientos dispongo de una experiencia incomparable.

Las reflexiones del doctor oscilaban entre dos decisiones. El cadáver desnudo de la difunta Huber mostraba a sus ojos todos los atributos recomendables para la mesa

de disección, y las manos del doctor ya se extendían involuntariamente hacia el estuche con los instrumentos, dispuesto a encontrar respuestas a las cuestiones acuciantes que habían ocupado las investigaciones de sus últimos años.

—Pero... pero... señor, es imposible de todo punto. Aun cuando le otorgara toda mi confianza, aun cuando estuviera lo suficientemente seguro de sus conocimientos, aun cuando creyera que el señor colega puede realizar todos esos procedimientos para fomentar la salud de una manera impecable y eficaz, no puedo dudar que las damas del convento rechazarían al desconocido con protestas. Yo soy el médico elegido y confirmado por la autoridad al que se le ha confiado la tarea del sangrado mensual y el único individuo masculino al que se le permite la entrada en el convento. No veo cómo el señor colega va a poder penetrar por las puertas de esa fortaleza de la virginidad y, una vez dentro, cómo va a lograr sus intenciones.

—Las dificultades, *mon cher*, solo están en su mente y en la lentitud y torpeza con que se desenvuelven nuestras representaciones.

De la garra negra se elevó un dedo en un extraño y pedante gesto doctoral, junto a la mesa de disección en la que el cadáver desnudo de Verónica Huber lanzaba destellos fosforescentes. El doctor quiso obedecer ese gesto de las disputas académicas y ya iba a responder con su réplica, en defensa de la corrección intachable de las representaciones humanas, cuando el señor desconocido cortó de raíz todas las objeciones.

—Usted no se lo puede «representar», ¿verdad? Lo tiene por imposible y eso quiere decir que aún no lo ha visto. Por eso quiero mostrárselo. Le pido que me contemple con algo más de atención.

Los favores resultan difíciles cuando las miradas quedan atemorizadas por algún absurdo monstruoso, pensó el doctor mientras se obligaba a cumplir su petición. Estaba solo en su estudio, en una terrible soledad, que era tanto más terrible porque la tenía que compartir con un segundo yo. El doctor Eusebius Hofmayer estaba frente a sí mismo, duplicado por una repentina inspiración fantástica de un poder creador y solo se diferenciaba del otro doctor Eusebius Hofmayer en que él temblaba mientras el otro sonreía, que él llevaba bajo el brazo dos botas de montar dobladas, mientras que el otro mantenía en la barbilla el puño de plata de un bastón.

—Creo —dijo Eusebius Hofmayer II— que las hermanas no me impedirán la entrada con este aspecto, eso supondría que no dejarían entrar en el convento al médico confirmado por la autoridad, lo cual sería infringir toda costumbre e iría en contra, incluso, de sus propias necesidades.

La completa perplejidad de Eusebius Hofmayer I apenas se ocultó tras un desmayado murmullo. Esa perversa duplicación que amenazaba al entendimiento bien asentado del doctor se extendía desde los botones cómodamente holgados hasta las puntas manchadas de la pechera; desde los pantalones de media pierna, los zapatos de hebilla y las pantorrillas descarnadas hasta la verruga sobre la ceja izquierda y el lunar en la mejilla. Ese reflejo tan cruel de su persona desvaneció el

placer de elevarse por encima de la situación aprovechándose de la dialéctica, como si supiera que no iba a disponer de las fuerzas necesarias para recuperar su elocuencia.

—Así que me considera lo suficientemente semejante para, con su gentil autorización, ocupar mañana su puesto en el convento, y añado que oso decir «ocupar» con toda modestia, y me da plenam potestatem, plenos poderes, para ejercer su oficio con las hermanas. En caso de que dudara, le recuerdo que al mismo tiempo que aceptó mi prestación, según el derecho vigente, se obligó a realizar una contraprestación y que no podrá escapar de ese consentimiento.

El doctor Eusebius Hofmayer I estaba demasiado abúlico como para buscar excusas y dio al doctor Eusebius Hofmayer II todos los plenos poderes que quiso.

—Un apretón de manos, colega —exigió el II.

El I extendió una mano temblorosa, pero antes de que el II pudiera estrecharla, ocurrió algo sumamente inesperado. La difunta Verónica Huber se sentó en la mesa de disecciones, deslizó las piernas por el borde y, mientras hacía con la mano el gesto del pudor, levantó el otro brazo rígido en actitud de advertencia. Los movimientos silenciosos desencadenaron una cascada de improperios en Hofmayer II:

—¡Échese, sabihonda, y no se meta en lo que no le llaman! Menuda desvergüenza, ¡ya le tocará su turno!

El arrebató de furia fue seguido por un murmullo rencoroso:

—¡Chusma! Y encima exige: *de mortuis nil nisi bene!* ¡Échate! —volvió a gritar y golpeó al cadáver con el puño del bastón entre los senos, de modo que cayó y volvió a adoptar su rigidez originaria. El doctor Hofmayer I estrechó la mano extendida del II; habría puesto su mano en hierro ardiente sin pensárselo dos veces.

Una carcajada estalló en la habitación como si fuera un meteoro en la más siniestra oscuridad, y siguió un silencio en el que se podía oír el rumor de la Butterhanne: Eusebius Hofmayer II había desaparecido, como si la risotada lo hubiese pulverizado y el silencio se lo hubiese tragado en su oscuro cráter.

* * *

Entre Adán y Eva en la puerta del convento, esa mañana se abría la mirilla de la portera por tercera vez. A la vuelta de la esquina se sentaba el zapatero encorvado, mostrando su laboriosidad hacia la calle; el panadero disfrutaba de su habitual pausa entre la remesa de la mañana y la de la tarde, hurgándose reflexivo en la nariz, con el dedo índice y el pulgar, desde los escalones que llevaban a la puerta de su casa; el perro del carnicero estaba tendido con las patas estiradas en medio del camino y no se movía, por más que el tráfico de personas de esa calle silenciosa le pasara por encima. Entre Adán y Eva, los primeros padres representados a ambos lados de la puerta del convento con una simplicidad crédula y una voluntad ingenua, se abría el camino hacia el hogar de las monjas. Adán y Eva estaban de pie y muy erguidos; los

cuerpos, privados de sus atributos más llamativos, no se podían diferenciar, y se situaban bajo los árboles de un Paraíso petrificado, cuyo follaje se unía sobre la puerta y se entrelazaba hasta que las hojas, los frutos y los animales de esa confusión aparecían como jeroglíficos y letras de un texto simple y despreocupado. Aquí se había de leer la inocencia del placer, la confianza en la gracia divina, la beatitud que habían sido comunes al escultor y al constructor de esa antigua casa patricia.

La hermana Úrsula dijo a la hermana Bárbara, que rellenaba el corredor con toda su humanidad:

—Aún no viene. Cuando una se ha acostumbrado a la puntualidad, esta imperdonable negligencia...

—Claro que sí, claro que sí —suspiró la hermana Bárbara e intentó darse la vuelta en el estrecho pasillo, pero tras un breve giro se quedó irremediadamente atascada. Su alma sosegada con el tiempo había ampliado el templo de su cuerpo al triple del contorno normal y se resignaba, suspirando, con las pequeñas inconveniencias de esa enormidad. Había preferido encerrarse tras gruesos muros contra la incomodidad de un mundo en movimiento y yacía entre los monstruosos almohadones de su grasa como un perrito faldero asmático. La hermana Úrsula se acordó de su deber, se apoyó con fuerza contra la pared trasera y empujó a la hermana Bárbara por el pasillo hasta el pequeño jardín. Las hermanas pasaban su vida entre unos arbustos algo mezquinos, que parecían avergonzarse de estar entre esos muros, de dar semillas y frutos. Para la fantástica Dorotea esas zarzamoras se convertían en los jardines de Armida, y la sombra raquíca de un peral lisiado en la oscura selva de Ceilán. A la maliciosa Ágata todos los sucesos en ese palmo de tierra, todas las pobres contingencias de la vida que lograban filtrarse hasta allí, daban motivo a sus observaciones sarcásticas, a las cuales se exponía la devota Anastasia por alguna necesidad de sufrir, intencionada e incesantemente, humillaciones. Entre ellas mediaba la laboriosa Tecla, que sentía en su interior la necesidad de actividad como una piedra ardiente. La melancólica Ángela deambulaba con glándulas lacrimales inflamadas entre las hermanas, como el pensamiento en una desgracia inevitable, y gustaba, con el placer que provoca la contrición, de caminar con pies descalzos por la gravilla cortante de los senderos. El espíritu de la más completa improductividad invadía todas las estancias y el jardín de la antigua casa patricia, y hacía hervir la sangre de esas mujeres hasta que clamaban por la lanceta del médico. En algún lugar en rincones escondidos de la casa, en las secretas dependencias de esas almas aún podía encontrarse un espectro pálido y ajado, que casi ni se podría osar llamarlo esperanza, la esperanza de algo más allá de los muros, ya viniese de arriba, de las nubes resplandecientes estivales, o de abajo, de la tierra murmuradora: una ilusión intimidada que en vano intentaba encontrar un nombre. En la abadesa Basilia parecía haberse concentrado toda la fuerza del espíritu de la improductividad, y su sobria indiferencia se hizo patente, como un escudo, en su réplica a la excitación de la hermana Úrsula, que moderó con una de sus típicas expresiones:

—Pones esas cosas en una balanza demasiado sensible, niña. Vendrá, pues es su deber y en el cumplimiento de sus deberes nunca se ha mostrado negligente sin un motivo bien fundado.

La laboriosa hermana Tecla irrumpió entre dos zarzamoras y propuso que tal vez fuera indicado enviarle un mensaje, y la melancólica Ángela pronunció una sentencia oracular que podía interpretarse como una alusión a la muerte del doctor Eusebius Hofmayer. Una excitación apenas encubierta condujo a todas las hermanas a reunirse en torno a la abadesa y a celebrar un consejo que incluso logró traer a Dorotea de las selvas de Ceilán. Todas temblaban por ese acontecimiento insignificante, en el cual la vida de todo un mes alcanzaba su punto álgido y se sentían impulsadas por ese deseo a una rara unanimidad. Los suspiros de la devota Anastasia y el jadeo de la flemática Bárbara decían lo mismo que el enmudecimiento de la maliciosa Ágata.

Los ladridos de la campanilla, sostenida por la mano petrificada de Adán, anunciaron el cambio de escena e introdujeron la aparición del doctor Eusebius Hofmayer ante la hipocresía de la indiferencia.

—Gracias a Dios —susurró Úrsula a Tecla, quien completó la frase, asintiendo satisfecha con la cabeza:

—Nuestro hombrecillo de las sangrías viene pese a todo.

Y la tranquilidad de la apatía recibió al esperado.

El doctor se aproximó sonriente a la abadesa y se inclinó ante ella, pidiéndole perdón por su retraso:

—He sido retenido por negocios urgentes... («negocios», suspiró Tecla en su interior) y no necesito asegurar a mis venerables y reverendísimas protectoras que realmente han sido negocia de lo más perentorios y graves los que me han impedido cumplir con un deber que a mí me parece, entre mis actividades hartamente desagradables, un verdadero oasis en el desierto.

—¡Oh! Tenemos paciencia y podemos esperar, no hay prisa —dijo la abadesa y cogió con la punta de los dedos el rosario que colgaba de su cinturón.

—Por lo demás, estoy convencido, permítaseme decirlo con toda modestia, en virtud de mis investigaciones, de que es incluso propicio y conveniente que la sangre, con un pequeño retraso, ¿cómo lo diría?, se caliente un poco más, casi, con permiso, que hierva, para que toda la espuma se acumule en la superficie y las impurezas fluyan de inmediato.

Eso sonó esclarecedor a las hermanas, pues todas las semanas había una distinta que se encargaba del servicio de cocina.

El doctor Eusebius Hofmayer sacó la cajita de tabaco y, mientras recibía con satisfacción el reconocimiento a su profunda sabiduría, disfrutó de una pulgarada de rapé.

—Si le place, señor doctor —dijo la abadesa y precedió al doctor, como siempre, a una distancia de medio paso. Las hermanas se sumaron y entre los matorrales del jardín crujieron los hábitos negros y feos con un murmullo de impaciencia. En la

entrada al refectorio el doctor dejó, con una galante inclinación, que la comitiva pasara por delante de él. A continuación, entró el último y cerró la puerta mientras contaba sonriendo para saber si estaban todas.

En el comedor rodeado de paredes desnudas, sobrias y encaladas de blanco se hicieron los preparativos para las sangrías. La silla de operaciones acolchada extendió sus brazos y se dispuso la bacía para recibir la sangre, paños blancos anhelaron la vida del color rojo. El agua en la gran cubeta temblaba en la superficie formando círculos de esperanza, y en torno a estas cosas y las hermanas, Eusebius Hofmayer puso sus instrumentos relucientes en una mesita.

—Qué raros tintineos saca a su lanceta —osó susurrar la fantástica Dorotea, y la maliciosa Ágata replicó:

—La música de los médicos.

Eusebius Hofmayer asintió hacia ella con tal fuerza que su malicia se congeló y él repitió:

—¡La música de los médicos, reverendas hermanas! ¿Por qué no han de hacer música los médicos? Mis investigaciones han llegado más lejos que las de mis colegas y han descubierto la relación entre la música y la medicina; la música es movimiento y el proceso de la vida es movimiento y lo semejante obra sus efectos en lo semejante.

A las hermanas les gustó que sus palabras parecieran penetrar como un extraño canto hasta en los rincones de la sala y que desde allí regresaran oscilando como sonidos. Sobre estas armonías vibraba, agudo, el excitante tintineo de los instrumentos, hasta que un grito de la abadesa rompió el ensimismamiento de las hermanas.

—¡El cuadro...! ¿Quién ha puesto el cuadro contra la pared?

La imagen del Salvador crucificado, del esposo de las hermanas en ese refugio del ruido de este mundo, que, pintado por la mano inspirada del maestro Burgmeier, colgaba en el refectorio y vigilaba las comidas de las mujeres, estaba contra la pared. Eusebius Hofmayer se mantenía con su sonrisa acerada entre las espantadas hermanas, mientras la abadesa se aproximaba al cuadro y le daba la vuelta. A continuación regresó a su lugar agotada como si hubiese realizado un gran esfuerzo y vaciló bajo la carga de una sensación de espanto, ya que el rostro del médico se le mostraba extrañamente alterado. Sus mandíbulas se prolongaron y descubrieron, rechinando, dos hileras de dientes puntiagudos como los de una sierra entre los delgados labios contraídos. La mano con la pulgarada de rapé se había detenido ante una nariz que se asemejaba a la de un murciélago. Y la abadesa buscó en vano la vida de una mirada en las cuencas sobre los pómulos huesudos.

Miró, como en largas noches siniestras llenas de voces quejumbrosas, en los ojos de las tinieblas.

Las hermanas estaban acostumbradas a seguir a la abadesa, y, ligeramente inclinadas, se quedaron rígidas, ya que vieron quedarse rígida a Basilia. De repente,

sintieron en la garganta todos los sapos viscosos del miedo y estos se inflaron, de modo que la respiración comenzó a agitarse luchando por algo de aire. Y todos los fantasmas de sus deseos concupiscentes se manifestaron detrás de ellas, les tiraron de los hábitos y de los velos, azotaron sus almas con los flagelos del pecado.

Eusebius Hofmayer se distanciaba cada vez más de los rasgos habituales de una erudición melindrosa, creció como una sombra entre ellas y pareció expulsar toda la luz de esa amplia estancia. Los claros dibujos del sol en el suelo y en las paredes perdieron la primorosa regularidad de sus líneas, se movían como atormentados y se contraían distorsionados e intranquilos, reptaban como abortos martirizados sobre las losetas del suelo rojas y blancas y terminaron por huir a través de la ventana, donde fueron absorbidos por una suerte de gelatina. El aire del jardín en las ventanas parecía haberse enturbiado y corría espeso entre las flores y los arbustos, de modo que estos parecían encerrados en una masa pegajosa, toda rama y toda hoja cobraba una naturalidad petrificada e improbable.

—La sangre da poder sobre la sangre —dijo Hofmayer, agarró a la hermana Tecla por el cuello y clavó sus garras de acero con una breve presión en su piel, y pequeños y finos chorros de sangre brotaron de los agujeros.

Las monjas lanzaron gritos estridentes de desesperación.

—¡El cuadro... el cuadro!

El Redentor volvía a estar de cara a la pared. Las hermanas se sintieron abandonadas y entregadas a la crueldad de otro dueño. Basilia y otras corrieron hacia la puerta, pero el picaporte se rebeló contra la abadesa y la mordió en el brazo con dientes de víbora. Todos los adornos y las volutas comenzaron a ensortijarse y de ellos surgieron pequeños hocicos que humeaban y siseaban. Las hermanas que corrieron a las ventanas con la intención de salir por ellas al jardín quedaron retenidas como moscas por el aire pegajoso procedente del exterior.

La sala era una prisión en la que una voluntad perversa destruía la vida. Eusebius Hofmayer, terriblemente alterado en su aspecto, contemplaba, con sus labios delgados retraídos mostrando sus rechinantes serruchos, los esfuerzos demenciales de las hermanas. Entre sus garras juguetonas se prolongaba el cuello de la laboriosa Tecla. Al compás de una música que parecía compuesta de risitas maliciosas, las lancetas y los bisturís se ordenaron por parejas en la mesita del instrumental y bailaron un tintineante y gracioso minué con la mayor perfección.

—Señoras, les ruego que me presten un poco de atención. Lo que tengo que decirles es muy breve y no retrasará mucho lo que es el objeto propio de mi visita.

Las hermanas regresaron bajo la compulsión del médico al círculo de las sillas y formaron en él una corona de mujeres medio muertas. Pero a su gesto de invitación siguió otra apariencia de movimiento. Las paredes encaladas y el techo de la estancia se oscurecieron y temblaron como por obra de colores enterrados y ahora regresados a la vida. Formas nuevas se agitaron bajo el sobrio y homogéneo enlucido. El blanco reventó, y entre sus andrajos en proceso de desaparición surgió la pintura viviente del

fondo, los frescos de la alegría y del goce con que un tiempo olvidado había adornado la sala. Todas las atrevidas desnudeces, todas las bromas traviesas que resonaban de los grupos en las paredes irradiaron en el círculo de las mujeres semimuertas. Las mujeres tendidas en las nubes levantaban las cabezas sonrientes y curiosas, angelotes maliciosos señalaban con los dedos a las condenadas, y jovencitos ebrios dejaban las caderas de las bacantes para con actitud burlona, ofrecerles vasos dorados a las hermanas. Las risas de ese paisaje festivo resonaban entre los compases musicales de los instrumentos. Y como una lluvia de perfumes y de luz se renovó todo el mundo aprisionado en el blanco del techo con una explosión de fuerza y de ruido.

—¡Te saludamos, Saint-Simon! —gritaron desde las paredes y el techo.

—Os invito a descender.

—Vamos, vamos.

El placer inofensivo de los sentidos que se expresaba en la puerta, en Adán y Eva, con gran prudencia, aquí había fermentado hasta la exuberancia, variadísimo y seductor como los pecados y anulaba la hipocresía de simplicidad paradisiaca de la entrada. El placer de los sentidos descendió allí en cien formas distintas y se dispuso en un círculo de desenfrenados espectadores alrededor de las hermanas condenadas. Grupos se entrelazaron en figuras teatrales y parecían esperar consignas secretas para volver a entrelazarse y a oscilar en formas distintas, mientras que las cadenas de flores desprendidas, los ornamentos aflojados de las molduras se bamboleaban del techo entre la carne resplandeciente.

Las hermanas se sentaban rodeadas de esa danza alocada y dichosa, como un círculo de cadáveres cuyos ojos aún mostraban la pátina del miedo. En su centro estaba de pie el falso Eusebius Hofmayer, que se quitó de un soplo algo de tabaco de esnifar que se le había quedado en la camisa. Tras interrumpir con un crujido seco de las mandíbulas y una súbita agitación de las manos, los típicos movimientos del médico y la presión simiesca sobre el cuello prolongado de la hermana Tecla, comenzó a hablar como un abogado acusador:

—¡Señoras mías, reverendísima hermana Basilia y demás veneradísimas hermanas! Estas encantadoras personas me han ahorrado la molestia de presentarme al saludarme enseguida por mi nombre. Se asombrarán algo, si recuerdan la lápida que lleva mi nombre, de encontrarme aún de tan buen humor y gozando de un estado físico aceptable. Realmente gozo de buena salud y me las he arreglado muy bien con esa señora a la que mis amigos, los médicos, llaman Muerte. A cambio de algunos pequeños favores por mi parte me da de su mesa los mejores platos e incluso me ha reconocido ciertas prerrogativas en regiones lindantes con la putrefacción. Ustedes se preguntarán, veneradísimas hermanas, con qué derecho extiende estas prerrogativas sobre sus personas. ¡Por la fuerza de mis mandíbulas!, pues en virtud del derecho que se me ha concedido sobre todos los cadáveres en la fase previa a la putrefacción.

—¡Evoe, evoe! —gritaron las mujeres en torno, mientras las hermanas se hundían aún más en sus asientos, como si la última chispa de esperanza hubiese escapado de

sus cuerpos.

—¡Saint-Simon! ¡Saint-Simon!

El odio lanzaba gritos de júbilo y arrojaba palabras de ira como flagelos sobre los cuerpos de las condenadas. La monstruosidad de una orgía cruel se apoderó de la vida pintada y se cernió sobre las muertas vivientes. La desnudez y el deseo voluptuoso y chorreante se pusieron en orden de batalla. Pero un gesto del amo los retuvo.

—La fiesta es mía. Y quien quiera algo más que calentarse con la contemplación, deberá volver a la pared.

Se inclinó entonces ante el círculo del miedo mortal, que a él parecía alegrarle y darle placer, y dijo con el estilo de Eusebius Hofmayer:



—Pongo en conocimiento de las veneradas hermanas, con permiso de la reverendísima abadesa Basilia, que se preparen para la deseada sangría, que esta vez se efectuará a fondo, y que me permitan realizar mi labor con toda modestia.

Soltó a la laboriosa Tecla, cuya cabeza, con los ojos cerrados, se bamboleaba de

un cuello larguísimo como una flauta llena de agujeros, y pasó por encima de su cuerpo desfallecido acercándose a la abadesa, dos pasos de minueto hacia delante y uno hacia atrás, hasta que, con una cortés reverencia, clavó sus garras de acero en sus hombros y con los serruchos de su hocico abierto mordió su cuello, mientras los entusiasmados espectadores tocaban panderetas y platillos, aullaban, se echaban unos encima de otros con sus cuerpos cachondos, intentando en vano atraer la sangre que manaba de las heridas y que tanto ansiaban.

* * *

La estrecha callejuela ante las figuras de Adán y Eva se animó por la inquietud provocada al oírse unos ruidos inhabituales. Del convento procedía un tumulto, un griterío salvaje y se percibía, con toda claridad, el chasquido de platillos tocados con fuerza. El zapatero y el perro levantaron las cabezas, se miraron e intentaron recobrar su tranquilidad. Pero había algo tan amenazador e inquietante en ese ruido que el perro huyó con el rabo entre las patas y el zapatero se convirtió con el panadero en el centro de una pequeña reunión. La noticia corrió como la pólvora por toda la ciudad, movió a la risa y al miedo, a la curiosidad y a la preocupación, y provocó un alboroto ante la puerta protegida a ambos lados por Adán y Eva.

—El demonio ha debido de poseer a las hermanas —dijo un burlón.

—Pero no cabe duda de que se están defendiendo con valentía —replicó un devoto.

La masa comenzó a borbotear y pareció querer desbordarse sobre las casas; se abalanzó hacia un hombre que gritaba y hacía gestos con las manos entre la gente. Al zapatero le resultaba incomprensible cómo era posible que el doctor Eusebius Hofmayer, a quien aún no había visto salir del convento, apareciera allí con su peluca torcida y blandiendo el bastón. Sus manos se extendían hacia la puerta. Pero nadie le entendía. Entre los árboles de piedra del Paraíso, sonreían Adán y Eva, una sonrisa congelada, que parecía tan cruel y terriblemente sabedora. La sonrisa de los adeptos a un misterio en el que la vida y la muerte solo son las personas de un juego de máscaras. La excitación batió como una ola la puerta, pero la audacia de un asalto quedaba lejos y era inconcebible, así que cuando se abrió la puerta de par en par, en la multitud se formó un corredor. El edificio abrió la boca para revelar su secreto, el señor de la bata salió y avanzó lentamente, mientras inclinaba la cabeza hacia el pueblo. En el cráneo desnudo se dibujaban en zigzag las suturas óseas, los belfos se retrajeron dejando al descubierto unos serruchos relucientes, y de las comisuras de los labios corrían dos delgados chorros de sangre. Las borlas de la bata florida se arrastraban por el polvo y dejaban rastros rojos y húmedos sobre el empedrado de la calle.

Sobre la escena brillaba el sol de mediodía. Nadie osaba abrir la boca; solo se oía el ronroneo alto y fuerte de un reloj bajo la bata del desconocido, una burla a ese

silencio y al tiempo que corre.

Una vez que se perdió de vista, se produjo un griterío y la masa se encendió con ánimo renovado, de modo que cerró el largo corredor que había abierto y se comprimió por todas partes en un solo cuerpo. Penetró en el refectorio con Eusebius Hofmayer.

Allí estaban sentadas las hermanas en círculo, aún se mantenían fijas en un punto central, hundidas en sus asientos, como cáscaras de su antigua corporeidad, ovillos de piel y ropa. De sus cuerpos se había absorbido todo el contenido, y en ellas se había ejecutado una sangría terrible sin que hubiera huellas de sangre derramada. Las paredes habían sufrido una extraña transformación; en vez del color liso y blanco del encalado se veían escenas multicolores de alegría licenciosa, grupos de bacantes, desenfreno de los sentidos, pintado todo por una mano vigorosa y audaz con un trasfondo de paisajes soleados. El cuadro con el Salvador, sin embargo, colgaba entre dos mujeres de curvas exuberantes y miraba desde cuencas oscuras, pues le habían recortado los ojos, hacia el círculo de las hermanas muertas. En su rostro, en su cuello, su pecho, habían penetrado innumerables veces lancetas, bisturís y agujas, como si hubiesen utilizado al Crucificado como blanco. Y Eusebius Hofmayer, que conocía bien el cuadro, notó la terrible alteración de los rasgos, la distorsión del rostro recortado y vio que la boca, anteriormente bien cerrada, estaba del todo abierta como lanzando un grito de horror.

MI AVENTURA CON JONAS BARG

—Caballeros —comencé yo—, ¡la vida!, ¡la vida! ¡La vida no es el mayor de los bienes!, dice el poeta, pero no tiene razón. No solo es el mayor de los bienes, sino que es, incluso, nuestro único bien. Lo que sentimos como fortuna, como alegría, como embriaguez dionisiaca, como un agradable sosiego, son proyecciones de la vida en nuestras almas. ¿Y nuestras almas? ¿Qué son si no vibraciones de una vida infinita, intersecciones de las dos grandes posibilidades de lo existente, del tiempo y del espacio, conciencia esférica y, en general, la vida, caballeros? ¡Hurra!

Podría haber seguido hablando de esa manera durante un largo tiempo acompañado del murmullo de aplausos y de las estimulantes exclamaciones de mis compañeros de club, si no hubiese resonado esa voz odiosa. Al hilar algunas frases más para acallarla, me di cuenta de que prestaba más atención a las palabras de mi contrincante que a las mías. Mi himno quedó partido en dos.

—Mire, querido amigo —dijo él—, todos están afectados por un delirio químico, preparaciones animadas que se creen señores de una creación y que no es más que la capa verde sobre un pantano lleno de podredumbre y porquería. La vida es un proceso de combustión, de oxidación, o, si quieren, un metabolismo, en tanto que crea en el ídolo de la materia. La vida es un proceso oscuro en el sistema ganglionar de un espantajo monstruoso, cuyo nombre mejor me callo, ventosidades en sus entrañas, y su fluorescencia, señores, es la fluorescencia de la putrefacción.

Estas palabras causaron su efecto según el grado de nuestra embriaguez. Los más sobrios se pusieron serios y de mal humor, contemplaron el fondo de sus vasos y arrojaron miradas iracundas al enemigo de la vida; los más achispados comenzaron a ofrecerle resistencia dando gritos y empleando argumentos contradictorios, los completamente borrachos se colgaron de su cuello llorando, intentaron besarle y le pidieron perdón con sollozos porque la vida fuera un mal tan grande.

Jonás Barg estaba en el centro, inmóvil como un mástil, y me miraba a mí con ojos ardientes por las largas noches en vela, como si esperara mi respuesta.

—Niños —dije yo—, niños, ¿de qué sirve tanto razonar? La vida nos tiene y nos mantiene, nos regala todos los días nuevos prodigios y vence de la mañana a la noche, incesantemente, a todos sus adversarios.

Creo que dije algo de lo más insignificante, una excusa de emergencia, una evasiva, pero Jonás Barg gritó como si le estuvieran quemando con una barra de hierro candente, tiró su copa a un lado y cayó sobre su silla. Los borrachos lloraban a su alrededor, se apoyaban mutuamente y mojaban los hombros de sus chaquetas, mientras los otros, enojados por su importuna y desconsiderada intervención, se apartaban de él y se reunían a mi alrededor.

—Déjele —dijo el ingeniero Munk—, ya se tranquilizará.

Cuando me trasladaron de mi destino anterior a esta ciudad, encontré compañía aquí, en el Club de los Insensatos, con camaradas de similares inquietudes. Todos

íbamos con actitud recogida y devota por el templo de la vida, pero tampoco despreciábamos, en pequeños y ocultos aposentos de este templo, celebrar sus misterios con orgías desenfundadas. Mis superiores, que me habían apartado de mi puesto anterior debido a mis bromas alocadas, me ayudaron así a entrar en un entorno que se adaptaba aún mejor a mi carácter al admitir propuestas más alocadas si cabe. Me sentía bien en el Club de los Insensatos, pero desde el primer instante supe que yo era el objeto de un odio, y que contra mí se enfrentaba un poder que aspiraba a destruirme. En los ojos extrañamente vacíos, como si estuvieran encajados al final de un largo tubo, de mi compañero de club Jonás Barg me amenazaba algo peligroso. La amabilidad con que intentaba aproximarse a mí aún me volvía más receloso y me daba motivo, a mí, que solía derrochar abiertamente mi amistad, para albergar mil precauciones y escrúpulos contra él. Mis compañeros sentían lo mismo pero no con tanta claridad. Cuando pedí que me explicaran el hecho tan extraño de que ese hombre cerrado y siniestro, de cuya vida civil nadie sabía nada, hubiese sido acogido en el club, todos callaron perplejos. Nadie lo había preguntado antes. En una borrachera épica, al final de una fiesta larga y desenfundada, se le había prometido la entrada en el club, con aquellas simpatías producidas por la embriaguez que incluso ahora, extrañamente, le seguían favoreciendo. Cuando al día siguiente se tenía que decidir sobre su admisión, nadie quiso estar en contra. Un miedo no confesado impidió cualquier objeción. Así fue, por lo tanto, como se hizo miembro del club, aunque los demás le temían y odiaban. Todo eso había quedado oculto como por un acuerdo tácito, hasta que salió a la luz con mis preguntas. Ahora es cuando comenzaron a asombrarse de que una y otra vez su presencia estropeará las mejores fiestas y se sopesaron todas las posibilidades para expulsarlo del club. Entretanto, todos se apegaban a mí como si trataran de buscar protección ante un adversario desconocido.

Aquella noche en que Jonás Barg interrumpió groseramente mi himno con su odio contra la vida, esa relación se mostró con especial claridad. Pero Jonás Barg se liberó de los amigos llorosos y vino hacia mí. Me ofreció la mano. Era una mano cuya piel parecía tan fría e inane como el cuero, y cuyos dedos se cerraron sobre los míos como un cerrojo.

—La rivalidad en los principios —dijo— no nos debe enemistar. Usted es un amigo de la vida, yo no la considero ni grande, ni bella, ni buena. Pero por estas ideas opuestas no se ha de ver afectada nuestra relación personal.

—Escuche —dijo el ingeniero Munk—, no se trata aquí de las diferentes convicciones, sino del tono y de los modales...

En mi proximidad siempre cobraba ánimos.

—No ha hablado como alguien que se opone a la cuestión, sino como una persona enloquecida por la ira.

Fue imposible seguir con esa conversación, pues el banquete se reanudó y arrolló con su estrépito todas las objeciones y resistencias. Barg se sentó a mi lado y me

arrojó una fría cortesía que sentí como una malla en mi rostro y en mi cuello. Nuestra ebriedad nos hacía espectadores de flores grandes, rojas, fantásticas, cuya contemplación nos enloquecía y que despertaban los instintos destructivos más bajos. Pusimos todos los objetos de adorno en un montón y los trituramos en un mortero; de la masa metálica cada uno metió una pieza en su copa, echó en el interior algo de las coronas de laurel que colgaban de las paredes, y con el champán se bebió a un mismo tiempo oro y gloria. Algunos tomaron agujas y se las clavaron en los brazos y en los muslos, otros quemaron sus cuerpos con velas y no daba la sensación de que sintieran el dolor por la embriaguez. Las paredes comenzaron a girar lentamente en círculo, terminaron por inclinarse, y al nivelarse todas las esquinas, se formó una cúpula sobre nuestras cabezas que dio vueltas a gran velocidad en torno a un eje de alguna manera torcido.

Conforme fue avanzando la noche, más desenfadada se tornó la embriaguez y tanto más amables se volvieron todos los miembros con Jonás Barg, que inmóvil como un poste se sentaba en nuestro centro; en los grandes recipientes que íbamos pasando llenos de champán, él bebía cantidades ingentes. El ingeniero Munk se había sentado a su otro lado y sus muestras de amistad se hicieron cada vez más expresivas y cariñosas. Eso ya me estaba comenzando a parecer de lo más extraño cuando de repente vi con desagradable claridad que todos nosotros estábamos sentados en torno a él y que le concebíamos como el centro de la reunión. Me levanté y salí para refrescarme con agua fría. De la gran cabeza de león sobre el lavabo de mármol negro cayó un amplio chorro de agua sobre mi cabeza y ayudó a mi fuerza de voluntad a recuperar una sobriedad tan contraria a la ocasión. Cuando me enderecé, sentí a Jonás Barg detrás de mí. Me miraba con sus ojos vacíos, como desde una gran lejanía, y el odio oscureció su voz cuando dijo:

—Usted es un mal miembro del club. ¿Es esta la tan elogiada insensatez? ¿Interrumpe el punto álgido de esta fiesta maravillosa con una cura de agua?

Cobré ánimos como un luchador ante un contrario fuerte:

—La vida reclama límites al delirio. Y, además, ¿dónde está la insensatez que usted también elogió como miembro del club? Aún no le he visto tambalearse de alegría.

Su cabeza se hundió entre los hombros como si hubiese caído un rayo sobre ella. Me dejó pasar por su lado hacia la sala. Allí la embriaguez había tumbado a la mayoría de los compañeros y estaban unos encima de otros en las posturas más despreciables. Los demás se sentaban con la boca espumosa y balbuceaban palabras sin sentido.

—¡El banquete de Platón, de Sófocles! —gritó el ingeniero Munk.

Pero cuando comenzó a amanecer y los demás dormían bajo la mesa, aún seguían sentados. Mi Platón hablaba llorando en las barbas alborotadas de Jonás Barg y sorbía de emoción.

—Vayámonos —dijo Barg ofreciéndome su brazo—, tómelo, regresaremos

uniendo nuestras fuerzas.

—Se lo agradezco, pero mis fuerzas me bastan. Si quiere hacer méritos, ayude a su amigo Munk.

Nada me resultaba más terrible de ese hombre extraño que sus miradas. Su peligrosa voluntad parecía poder controlarlas menos que sus labios. En silencio agarró al beodo por debajo del brazo y, una vez que nos hubo vestido el sirviente, tan borracho como nosotros, nos siguió por la escalera, de cuyas paredes colgaban máscaras burlonas.

La mañana era húmeda y neblinosa, y a esas horas la ciudad comenzaba a despertar y a ponerse a trabajar. Por la noche habían caído masas ingentes de nieve, se depositaban en grandes cantidades sobre los tejados y obligaban a los barrenderos a esforzarse para dejar las calles libres al tráfico. Apenas habíamos avanzado unos pasos, cuando detrás de nosotros se oyó un fuerte ruido y, en el mismo instante, nos sacudió una ola de nieve. Esta nos empujó hacia delante. Jonás Barg se encontraba junto a un montón de nieve, inmóvil como un poste, y sus ojos ardían a través de la aurora.

—¿Dónde está Munk? ¡Munk!

Barg señalaba el montón de nieve, que aún se movía goteando y sin hacer ruido, como un animal que tras un salto afortunado se encoge en una perezosa inercia. Nos arrojamos sobre la montaña de nieve que ocupaba media calle y comenzamos a retirarla con manos y bastones. Los barrenderos, tras sopesar lo acontecido, participaron en los esfuerzos para salvar al accidentado; unos aprendices de panadero se valieron de sus cestas para excavar hasta que apareció medio cuerpo entre la nieve. Los últimos juguistas que salían de los locales, beodos ateridos de frío, se agruparon en torno a nosotros con curiosidad y fueron dispersados por algunos policías, que inquirían con insistencia las causas del accidente y el número de la casa de cuyo tejado inclinado había caído el alud, anotándolo todo en sus libretas.

Cuando tras media hora logramos liberar al amigo, estaba muerto ante nosotros. Con la cerviz rota, asfixiado o por un ataque al corazón, eso no lo sé.

No lo preguntamos, ya que la ley principal del Club de los Insensatos prohibía hablar de la muerte o de los muertos. Cuando moría alguien de nuestro círculo, para nosotros era simplemente como si se hubiera marchado, y no cabía expresar sentimiento alguno en su recuerdo. Durante un año, en cada fiesta se ponía una copa en su sitio. Eso era todo lo que nuestros estatutos permitían como recuerdo tácito.

Me resultó difícil superar solo mi dolor y mi espanto. A menudo estuve a punto de comunicar mi horror a mis amigos; pero era todo tan incierto, estaba tan lleno de supuestas vilezas que ni siquiera me atrevía a reconocerlo ante mí mismo. En el mismo momento en el que vi a Jonás Barg, muy enhiesto y milagrosamente ileso junto a la montaña de nieve semejante a un enorme túmulo funerario, sentí como si su ademán fuese artificial y en sus labios desagradablemente delgados se dibujara una sonrisa bestial. Desde que estos pensamientos comenzaron a obsesionarme, me

introduje en un laberinto de preguntas. ¿Y si hubiese ido en el lugar de Munk con Barg? ¿Me habría matado el alud? ¿Me ofreció por eso su brazo?

Para mí no cabía duda de que mis amigos sufrían por los mismos pensamientos, pero, no obstante, callábamos y reprimíamos nuestro miedo con una lucha heroica.

Mantuvimos firmemente nuestros principios, aunque como suele ocurrir en esas ocasiones, con una jovialidad algo crispada; nos animábamos mutuamente a hacer travesuras tanto más alocadas y nos dedicábamos a las danzas más salvajes en el parque de la sociedad. He de reconocer que las historias más disparatadas partieron de mí, y que yo fui también quien maquinó el asunto de los números acrobáticos. Atormentado por una sed insaciable de extravagancias, se me ocurrió transformar todo el club en una compañía de artistas, prescindir de todos los goces burgueses y tranquilos o incluirlos con dificultades añadidas y sumar a nuestros viejos entretenimientos las nuevas y extrañas sensaciones del peligro o de la aventura. Como todos los miembros del club estábamos obligados por los estatutos a realizar ejercicio físico, y la mayoría de nosotros éramos estupendos gimnastas, otros también nadadores, remeros, esgrimidores o jinetes, logramos pronto ejecutar los números más simples, como saltar a través de aros, equilibrios, las caídas del trapecio. En la medida en que fuimos pasando de ejercicios más fáciles a los más difíciles, se incrementó nuestra diversión con estas cuestiones y ya apenas éramos capaces de comer sin estar boca abajo colgando del trapecio, haciendo girar los platos sobre un tenedor o en cuclillas sobre una cuerda que se incrustaba en nuestra carne. Sí, incluso acogimos el funambulismo en nuestro programa; y más que los demás, en este ámbito nos distinguíamos mi querido amigo Dittrich, que ocupaba ahora el lugar de Munk, y yo mismo. Así pudimos competir con artistas ambulantes que exhibían sus trucos ante campesinos asombrados, y aplicamos tal fuerza de voluntad que con ella compensamos el entrenamiento de años de un artista profesional. Las estancias de nuestro club se convirtieron en un circo, sus perfumes refinados dieron paso al olor del sudor y al vapor de los cuerpos recalentados. En esa tensión de todas las fuerzas nos sentíamos bien y también olvidamos lo que, por lo demás, estábamos obligados a olvidar. El único que no parecía de acuerdo con la transformación era Jonás Barg. Él, que parecía florecer con nuestra aniquilación y que al mismo tiempo se ufanaba al observar nuestra jovialidad crispada, acogió nuestra nueva afición con desagrado y se encogió tornándose aún más burlón y pedante. Cuando se le animaba a participar en nuestros números, lo hacía tan bien como el mejor aun cuando nadie le viera ejercitarse seriamente. Pero su estilo mostraba una extraña torpeza, como si se tratara de una araña, una flexibilidad sin articulaciones, que daba la sensación, extremadamente desagradable, de que a su arte le faltaba la condición humana.

Pero la idea más disparatada en esa fase de nuestro club no procedió de mí:

—¿Sabéis, niños? —dijo un día mi amigo Dittrich—, ¿sabéis que mañana por la mañana comienzan las funciones en el circo Barnum?

Se sentaba por encima de la mesa con las piernas cruzadas sobre un cable, cortó

el cuello de una botella de champaña y bebió de ella mientras nosotros reíamos.

—¡Claro que lo sabemos! ¿Y qué más?

—¿Qué más? ¡Caballeros! ¡Niños! ¿Qué más? Nunca se cae en lo más evidente. Vamos a la función y saludamos a sus artistas como colegas.

La propuesta era lo bastante disparatada como para obtener nuestra aceptación. Yo estaba entre los partidarios entusiasmados por esta idea, hasta que el fuerte interés de Jonás Barg despertó mi recelo. Se aproximó con su repulsiva amabilidad, que me perseguía incesantemente, y dijo:

—Esa ocurrencia es tan buena que podría ser de usted.

—Se lo agradezco.

—Ahora podremos mostrar nuestros números ante un público que sabrá apreciarlos. Solo quien conoce bien las condiciones de un arte, apreciará correctamente la maestría en su ejecución.

—¡Claro, claro! —y le dejé plantado, no podía soportar sus ojos saltones. Pero sentí su mirada clavada en mi espalda.

Barnum entró al día siguiente en nuestra ciudad con todo su tremendo aparato, montó una carpa enorme en pocas horas y esa misma noche ya pudo celebrar su primera función. Contemplamos sus repulsivas anormalidades y seguimos después, en la gran pista, los números de sus artistas con la mirada crítica de los entendidos. En el guardarropa los sirvientes tenían dispuestos nuestros «maillots». Tras la representación hablamos a uno de los directores de nuestra intención, superamos sus dudas prometiéndole una noche alegre y opípara. Cuando después de transformarnos volvimos en breve a la pista, nos esperaba un grupo extraño. Al principio nos medimos como si fuéramos ejércitos enemigos, pero cuando las mesas rápidamente dispuestas oscilaron bajo la carga de los platos, ganamos en confianza.

El desconfiado director al principio solo empleó las luces débiles de su encendedor de gasolina, de modo que el espacio enorme elevó un muro de oscuridad en torno a un grupo siniestro. Tras los primeros platos, preparados por uno de los mejores restaurantes de la ciudad, el ambiente mejoró considerablemente, y el director se levantó para, en un alemán macarrónico, pronunciar un discurso en honor de la inesperada hospitalidad de amables aficionados. Uno de nosotros le respondió en un inglés aún más macarrónico y las lámparas de arco se encendieron proporcionando una iluminación festiva. Nos sentábamos juntos como inspirados por un capricho grotesco. La mujer serpiente se sentaba en el regazo de un consejero financiero; la mujer barbuda, de enorme tamaño, sostenía a un teniente coronel en los brazos como si fuera un bebé, atravesado junto a sus monstruosos senos; y la mujer mono se dejaba acariciar la piel por un fabricante de paños. Dos secretarios de juzgado y un catedrático estudiaban en el cuerpo de una malaya tatuada, el mapa de Borneo. También las particularidades masculinas habían encontrado a sus amigos. El hombre esqueleto conversaba con un médico sobre cuestiones médicas, el hombre más alto del mundo se sentaba, tal vez sometido a la atracción de los contrarios, junto

a un abogado escuchimizado y bajito, y el hombre más pequeño del mundo, un rey de los enanos de cuento de hadas, había puesto una silla enorme junto a un farmacéutico gigantesco, de quien la leyenda decía que cuando se enfadaba era capaz de destrozar un mortero de porcelana apretando la mano. Los demás socios del club eran más modestos y se sentaron junto a los artistas propiamente dichos: los acróbatas, los malabaristas japoneses y los saltadores en cama elástica. Junto a la bella equilibrista, Miss Ellida, que brillaba como una serpiente, desplegó mi amigo Dittrich su estupenda ciencia del funambulismo como si fuera un gran ramo de flores. Vi que él se pavoneaba de placer, mientras que yo mismo mantenía una conversación, en el familiar dialecto vienés, con la domadora árabe Fatme sobre cómo adiestrar animales salvajes. Y Fatme tuvo la amabilidad de enseñarme ciertos trucos de su profesión, bastante dolorosos, en mi propia carne.

Nuestra alegría se tornó tan ruidosa que las bestias, encerradas en sus jaulas alrededor de la misma pista, respondieron con rugidos. Parecía que estábamos sentados en un círculo, rodeados de demonios infernales y aulladores. Las pruebas de amistad se fueron volviendo cada vez más fogosas, esas caricias y ternuras que en rincones apartados ardían hasta explotar. Sentí que algo se avecinaba, algo que me obligaba a emplear toda mi precaución. Entre los susurros tórridos de Fatme, que en ese momento me volvía a mostrar una llave con sus puños, oí de repente la voz de Jonás Barg, que estaba sentado en medio de todo ese hermanamiento, inmóvil como un poste.

—Nos sentamos aquí, nos celebramos mutuamente como colegas, pero aparte de nuestros trajes no hemos demostrado nada que nos legitime para estar a su altura. Tenemos que enseñar lo que sabemos hacer.

Los demás no se hicieron esperar, saltaron a la pista y comenzaron a mostrar sus números, mientras los artistas del circo Barnum los contemplaban con algo de asombro por una habilidad tan inesperada. Pero Jonás Barg no pareció satisfecho con ese triunfo y propuso que Dittrich y yo exhibiéramos nuestro talento de volatineros.

—Solo allí arriba se decide si se tiene fuerza, valor y resistencia —y señaló el cielo de la carpa, del que aún colgaba, desde la representación, la cuerda de Miss Ellida.



Considero mi deber admitir aquí que en ese momento se apoderó de mí tal espanto, una angustia mortal tan intensa, como si me hubiesen arrastrado al borde de un abismo y escuchara la sentencia inapelable de saltar en él. Pero Dittrich miró en los ojos burlones de la bella Ellida y, excitado por su cuerpo sinuoso y brillante,

aceptó y de manera tan incondicional que yo apenas me atreví a llevarle la contraria. Se ignoraron todas las objeciones del director y ya mantenían algunos artistas serviciales la cuerda con la cual habíamos de trepar hasta el elevado cable metálico. Mi mente barajaba a una velocidad incalculable todas las posibilidades de salvación, incitado por un terror como solo se puede sentir en el delirio de la persecución. No encontraba nada... nada... solo grité:

—¡Pero si no hay red... no hay red!

—Con la red deja de ser una insensatez —sentenció Jonás Barg como un verdugo.

—Con la red no es más que un trabajo remunerado —dijo la bella Ellida y se rio.

—¡Vamos, venga! —gritó Dittrich y cogió la cuerda colgante. Percibí cómo se inflaban los músculos de su brazo bajo el mallot rosa, pero hubiese querido retirarlo de allí a la fuerza, pues vi los ojos de Jonás Barg como si fueran hierros ardientes en el interior de dos cavernas. No me quedó otro remedio que seguirle. Di dos pasos dubitativo, tropecé con una botella medio enterrada en la arena de la pista, grité por el dolor y caí de rodillas. Vinieron en mi ayuda y me levantaron, comprobaron que me había doblado el tobillo y me sentaron en una silla. Con eso se acabó la posibilidad de enseñar mis artes de volatinero y mis gemidos suscitaban hasta tal punto la compasión de la bella Fatme, que sus recios puños se volvieron de lo más suaves y tiernos. Dittrich, sin embargo, agarró enfurecido la cuerda, se elevó y trepó por encima de nuestras cabezas, mientras a mí me caían las lágrimas por las mejillas, y Fatme, enternecida por mis dolores, sufría conmigo. Ahora emergió Dittrich en las regiones aéreas, se situó en la cuerda y comenzó a caminar sobre ella ayudándose del balancín. Adelantó con cautela un pie tras otro hasta que se sintió seguro y, lanzando gritos de excitación, cada vez avanzó más deprisa. Le respondieron desde abajo los ladridos, gruñidos y rugidos de los animales, y los sonidos se amalgamaban, se elevaban por encima del suelo y parecieron impregnar mis pulmones como vapores. Apenas me atrevía a respirar, pues sentí a Jonás Barg junto a mí, y en el momento preciso en que Dittrich, allá arriba, se detuvo en la mitad de la cuerda para tomar un respiro, me dijo al oído:

—Es usted demasiado precavido, querido amigo, para un miembro del Club de los Insensatos. ¿Acaso se cree que me he tragado eso de que se ha torcido el pie?

Él lo sabía... lo sabía, sabía que lo mío era una comedia, ¡por Dios!, una miserable comedia para no tener que subirme a aquella cuerda, sabía que, cobardemente, había dejado en la estacada a mi amigo por miedo a la muerte, porque yo le temía a él, a Jonás Barg. Se rio a mi lado, y sin verle, sentí que me dejaba. Echado junto a la cariñosa Patine, intenté apoyar a mi amigo allá arriba con mis miradas, y mis piernas se movían convulsivamente imitando sus pasos. De repente vi una sombra, una sombra alargada con una espalda angulosa, trepando por la cuerda colgante con una flexibilidad mecánica. Esa sombra... esa espantosa sombra con patas de araña... era él. Nadie le veía. Nadie gritaba. Yo solo podía agitar los brazos y

saltar como un loco, mientras veía que la sombra alcanzaba la cuerda del volatinero, se erguía y a la plena claridad de la luz eléctrica, se deslizaba claramente como una columna de niebla. Dittrich casi había llegado al final y comenzó a darse la vuelta cuando la sombra le alcanzó. Aún lo veo ante mí, veo cómo los extremos del balancín comenzaron a mecerse con fuerza, cómo Dittrich se detuvo, intentando recuperar el equilibrio. En ese instante la sombra saltó sobre la espalda de mi amigo, y por encima del rostro pálido y desgarrado de Dittrich, dirigido hacia nosotros, creí ver por un instante la sonrisa sardónica de Jonás Barg.

Dittrich lanzó un grito, muy diferente al anterior, no de excitación y júbilo, sino de una angustia mortal, y dejó caer el balancín, llevándose las manos al cuello, como si quisiera liberarse de unas manos que le estrangulaban. A continuación, se vio como una breve lucha, una pelea contra la inexorable gravedad de la tierra, que acabó arrojando su cuerpo al vacío con los miembros contraídos. Cayó tan cerca de los pies de Miss Ellida que su cuerpo sinuoso y brillante dio un salto hacia atrás.

No me abrí paso hacia el accidentado, ante ese suceso no podía pensar en otra cosa que no fuera en buscar a Jonás Barg. Cuando me di la vuelta, estaba a mi lado, y sus ojos, que yacían como hierros candentes en grises cavernas, me retuvieron vergonzosamente cuando me disponía a abalanzarme sobre él. Aún no tenía poder sobre él, aún tenía que buscar la palabra que me liberara de él.

El silencio después de la muerte de Dittrich fue más insoportable que un dolor físico, y para el que más, para mí, por haber creído ver algo tan extraño. La severa clausura casi me destruyó. Sentía la necesidad de infringir los estatutos del club, y a menudo, cuando en el crepúsculo nuestra jovialidad esforzada se desvanecía, me veía tentado a expresar lo que todos pensaban. La aversión de los miembros del club hacia Jonás Barg se había ido incrementando cada vez más y se había revelado evidente, como si supieran de la sospecha que me oprimía, sin que yo le hubiera encontrado un nombre. Solo el mismo Jonás Barg parecía no notar nada, venía y se iba como siempre, sin que a ninguno de nosotros nos fuera posible desvelar el secreto de su vida civil. Pese a mis esfuerzos yo tampoco llegué a ningún resultado; solo pude deducir que no vivía en la ciudad. Carecía por completo de relación alguna, como una fuerza de la naturaleza.

En las primeras semanas no surgió ningún nuevo juego para sustituir a nuestros ejercicios artísticos. El catedrático Hannak, que en las pausas entre nuestros banquetes se dedicaba a realizar estudios históricos, nos sugirió la idea de organizar mascaradas históricas en las que, alejados del presente, nos trasladáramos al espíritu de tiempos pasados. En nuestros afanes por encontrar algo nuevo y olvidar a los dos amigos, cuya memoria tácita se mantenía viva con las copas vacías en sus sitios, nos concentramos sobre todo en aquellos periodos en los que la jovialidad parecía instigada por una cruel premura, como un terrible torbellino. El derroche con que organizamos nuestras orgías con el estilo de los reyes persas, de la época decadente romana, del rococó francés, alcanzó, en una escala menor, casi el lujo de aquellos

tiempos. En toda la ciudad, cuyas murmuraciones habíamos aprendido a odiar en nuestra sociedad rigurosamente cerrada, se hablaba de nuestras actividades. Se nos consideraba como gente perdida, y cuanto más llegaban a nosotros, pese a todas las precauciones, las profecías de que íbamos a acabar mal, tanto más nos reíamos y tanto más desmesuradas fueron nuestras empresas megalomaniacas.

Algo nos empujaba hacia delante de lo que tratábamos de escapar porque lo odiábamos, y me parecía como si entre ese impulso y Jonás Barg, que participaba con su inmovilidad de poste en todo lo que emprendíamos, existía una relación. Ya no era una intensificación de la pasión de la vida, sino algo diferente, tal vez precisamente lo contrario, como me reconocía a mí mismo en los días grises que seguían a nuestras noches desenfundadas. Ya no era la insensatez, sino la pura demencia la que nos arrastraba por todos los laberintos del placer, y ninguno de nosotros dudaba un instante de que solo la suerte había impedido hasta ese momento que la policía abriera una investigación contra el club.

Un día Jonás Barg se levantó y, fijando sus ojos en mí, nos invitó a una fiesta en su casa.

—Los veo asombrados, caballeros —dijo él—, les invito porque hasta ahora no he introducido a ninguno de ustedes en mi casa. Pero les pido que comprendan que mi actitud reservada, a menudo tan fastidiosa, ha sido más fuerte que el deseo de verles en mi morada. Pero ahora que con sus intereses se han adentrado en mi propio ámbito, me atrevo a proponerles mi invitación. Yo también soy historiador, aficionado, por supuesto, y en estos bellos días otoñales habito durante algunas semanas, desde hace ya años, las estancias del castillo Neufels.

—¡Pero si Neufels es una ruina! —exclamó el teniente coronel.

—Precisamente por eso me gusta tanto el castillo, pues como sabe, busco la decadencia. Por lo demás, puedo tranquilizarles, en mi casa encontrarán todo lo que exigen (y sus ojos vacíos ardieron) sus fuertes instintos vitales. Dejen a mi cuidado que organice su estancia de la manera más divertida posible, de modo que no deseen abandonar mis dominios. No echarán nada en falta, no codiciarán nada que ahora tengan por indispensable.

Pero por más que Jonás Barg intentara cambiar su voz ronca y chirriante en un susurro amable, mi inquietud encontró en sus palabras amenazas ocultas, el sentido de maldades disfrazadas. Y los demás sintieron lo mismo, pues su aceptación apenas lograba encubrir un odio inmenso hacia ese hombre, que parecía influir su decisión con su voluntad. Todos nosotros gruñimos como bestias salvajes contra el domador, y en vano me resistí a la sugestión e intenté liberarme de ella. No pude recobrar la seguridad que me hacía fuerte y seguro del triunfo contra Jonás Barg. Fue una lucha por mi propio yo, cuya mejor parte, cuyo valor y confianza, parecían hechizados.

En esos estados los cambios más importantes solían producirse de una manera casi inexplicable, sin control por parte de la conciencia. Un motivo casi imperceptible, como el color del cielo, una palabra olvidada y recobrada, los

compases de una melodía lejana, el canto de un pájaro, el murmullo de las olas al vaciarse en la orilla, obra como un golpe fuerte, desata una gran variedad de relaciones, un vértigo repentino arrolla todas las leyes de la psicología y de la lógica, se eleva por encima de todas las posibilidades y efectúa las transformaciones más increíbles. De todo lo extraño que aún tengo que contar, lo más extraño aconteció la noche anterior a la fiesta. Estaba en el puente sobre el río, contemplaba el agua sucia, en la cual flotaban los residuos de las fábricas, y sentí cómo me deslizaba lentamente a contracorriente. Las sirenas de las fábricas a mi alrededor anunciaban el final de la jornada laboral. Dos jovencitas pasaron por detrás de mí y se rieron. Alguien me empujó. Al otro lado estaba un policía junto al hombre que vendía miel turca e higos y entablaban una conversación pacífica.

En ese instante pronuncié para mí con toda tranquilidad y a media voz:

—Si se lee al revés el nombre Barg... B...a...r...g sale Grab [Tumba].

Me asusté y mi cuerpo tembló tanto que me tuve que agarrar a la balastrada del puente. Pero con el regreso de todas mis fuerzas sentí un tremendo júbilo, pues sabía que había encontrado la palabra que me daba poder sobre mi enemigo.

Según la propuesta del catedrático Hannak íbamos a evocar para la fiesta los tiempos de Velázquez en España, y a la noche siguiente en una garita ferroviaria al pie de la ruina nos transformamos en Grandes de España, monjes, pintores y soldados. Nuestra comitiva dejó consternados a algunos campesinos que nos vieron subir por el estrecho sendero que llevaba a la ruina, pues con una seriedad opresiva manteníamos alejados todos los pensamientos en una festiva mascarada. Yo iba el último de todos, plenamente consciente de enfrentarme a una experiencia terrible y decidido a defenderme por todos los medios.

En el patio del castillo, entre escaleras en ruinas, nos esperaba sentado sobre una piedra Jonás Barg, disfrazado de bufón, y tras un breve saludo se puso a danzar mientras nos guiaba. Los muros hendidos nos rodeaban por todas partes y nos comprimieron en un corredor estrecho, cuyas paredes, a tramos regulares, disponían de lámparas de acetileno. Surgían de los muros húmedos como tulipanes e iluminaban un camino por el que Jonás Barg nos guiaba saltando y haciendo las contorsiones más extrañas. De vez en cuando volvía hacia nosotros su rostro para cerciorarse de que le seguíamos todos. El corredor, de cuya claridad se abrían otros pasadizos oscuros laterales, era infinito, y a mí me parecía como si Barg nos estuviera llevando en círculo. El gigantesco farmacéutico se mostró, incluso allí, tan intrépido, como para atreverse a bromear, mientras que los demás se veían aquejados por una suerte de parálisis. Sus esforzadas exhortaciones de ánimo caían en saco roto y solo cuando ya se estaba en la gran sala del banquete, encontraron los demás el valor para hablar. Allí el anfitrión había acertado de pleno con aquel periodo fanático y cerrado. Esa fiesta parecía haber sido organizada con un lujo puesto al servicio de una incomparable crueldad, con una devoción que se unía sin vergüenza con la voluptuosidad. En aquella sala abovedada bajo las ruinas de un viejo castillo se

exhibía toda la suntuosidad de un palacio indio y se había dispuesto con una sombría magnificencia, como solo podía lograrlo el impío refinamiento de España espoleado aún más por el espíritu del éxtasis religioso.

Junto a instrumentos que, con arte desvergonzado, tomaban sus motivos de los ámbitos más peregrinos de la obscenidad, había vasos que con arte sublime y magistral, mostraban la Pasión de Cristo. Con burla impía, se había grabado en los panes que estaban en los platos, como para consagrarlos, las letras I. N. R. I, y las servilletas, del más fino tejido, reproducían el sudario de la Verónica. Como platillos se habían empleado las pieles más delicadas de conejos de un gris argentado, a los cuales se los había despellejado vivos y yacían cubiertos de sangre aún convulsos bajo una campana de cristal ante el plato de cada comensal. Y en el centro de la mesa se elevaba una cruz con un Cristo de mármol de tamaño natural, cuyos ojos, iluminados desde el interior, alumbraban toda la mesa. Además de esta fuente de luz, cada comensal tenía a su lado pequeños candelabros en los que ardían velas extrañas. Tenían el aspecto de carne seca y olían a especias y resina.

Alrededor de la mesa, a la cual nos sentamos con repugnancia y aversión, tapices valiosos mostraban escenas elaboradas de la vida cortesana, representaciones de las estaciones y paisajes de los enormes territorios de una España que dominaba el mundo. Nuestros sirvientes trajeron los platos de una estancia contigua, donde estaban ya preparados en contenedores cerrados. Iban y venían temblorosos, mientras Jonás Barg saltaba de un lado a otro entre ellos, les pegaba con su látigo y los insultaba por su torpeza y lentitud.

Yo me sentaba entre el catedrático, cuyo largo bigote se alzaba de la barbilla como un cuerno, y el abogado, cuyos miembros temblequeaban en su hábito de monje, y no podía apartar la mirada de los animales palpitantes que agonizaban ante mí bajo la campana de cristal. Estaba decidido a no probar nada de esos platos y a no beber nada de esas copas, cuya forma reproducía en oro una broma procaz. Jonás Barg era muy diferente a como solía ser, su inmovilidad parecía haber caído de él como una máscara, el comportamiento bufonesco con el que cumplía los deberes de anfitrión aún lo hacían más espantoso. Sus ojos ardían, y de repente encontré la comparación que tanto había buscado en vano: así se hace visible el fuego del infierno entre las grietas de la corteza terrestre. Brincaba de un lado a otro, nos instigaba a beber y a comer y se detenía igualmente, con las mismas ceremonias, ante los asientos vacíos, donde, como siempre, había dos copas en recuerdo de nuestros amigos muertos.

Así avanzó la noche hasta llegar a su mitad, y una suerte de delirio furioso se apoderó de mis amigos, que surgía del mismo instinto que impulsa a los criminales a embriagarse antes de ser ejecutados. La penosa fiesta bajo los ojos ardientes del Cristo se convirtió para mí, ante el espectáculo de los cadáveres sangrientos bajo las campanas de cristal y el olor de esas velas de carne seca, para mí, que era el único que mantenía la sobriedad a la espera de un peligro, en algo tan repugnante que

apenas pude contener una náusea furiosa. Lo más repugnante fue cuando a eso de la medianoche entraron unas putas conocidas hasta la saciedad en la ciudad para, con sus danzas obscenas, demostrar sus habilidades y revolcarse en la gran alfombra, jaleadas por los relinchos de los espectadores. Después de que Jonás Barg las hubiera expulsado con el látigo, se levantó de su asiento, bamboleándose, el gigantesco farmacéutico y comenzó a balbucear un elogio del anfitrión, sazonado con numerosas maldiciones y tacos en español, aprendidos durante una estancia veraniega en los Pirineos. Jonás Barg se levantó para contestarle, con sus ojos acechantes dirigidos a mí, y habló como si hiciera rodar las palabras en su boca:

—¡Oh, amigos míos, cómo me alegro de que mi banquete sea de su gusto! He dudado largo tiempo en introducirles en mis dominios porque me preocupaba que sus ánimos y su alegría desbordante encontraran este ambiente algo sombrío y lúgubre. Pero ahora compruebo para mi sorpresa que precisamente entre las sombras de aquello que prohíben nuestros estatutos, la vida florece con más brillo y esplendor. Aquí, rodeados de los símbolos de su poder, cercados —si se me permite la expresión— por las transformaciones más variadas de lo mismo, su jovialidad se manifiesta de una manera muy diferente que sobre la superficie indiferente de las cosas. Y presten atención, caballeros, la diversión solo ha comenzado.

Ordenó que se sirviera el vino y levantó su copa con el fluido espeso y rojo oscuro después de cerciorarse de que las valiosas copas vacías ante los asientos vacantes de los amigos muertos se hubiesen llenado.

—Ahora espero, caballeros, que les guste este vino, el mejor de la colección de mi bodega española. ¡Por una continuación alegre de nuestra fiesta! Aunque, como saben, no comparto su amor entusiástico por la vida, conozco, no obstante, los deberes del anfitrión, y les solicito a ustedes que saluden a la vida así como los gladiadores aclamaban a su César en la hora de la muerte.

Mientras todos los demás brindaban con este extraño brindis, yo derramé mi vino en el suelo, como había hecho con el contenido de innumerables copas más. Y al mismo tiempo miré con el deseo de aparentar despreocupación hacia los asientos de los amigos muertos, ante los cuales estaban las copas llenas y vi... cómo el contenido rojo oscuro fue desapareciendo lentamente sin que fuese tocado ni por la mano ni por los labios de persona alguna.

Supe entonces que había llegado el momento de luchar.

Jonás Barg miró con una sonrisa repugnante a toda la ronda de bebedores, que ya habían olvidado el sentido de sus disfraces; clavó sus ojos en el rostro de cada uno de ellos y habló mientras golpeaba su mano con el mango del látigo:

—Ahora, niños, demos un paseo. En la pausa de una fiesta la corte solía salir al gran parque de El Escorial. Sigamos esa vieja y buena costumbre, y les pido que vengan conmigo a mi parque.

Su mano se extendió imperativa hacia uno de los grandes tapices en la pared, en cuya superficie multicolor se representaban con arte refinado grupos de árboles y

praderas en un parque. Al seguir la dirección marcada por su mano, vi cómo los árboles y los arbustos destacaban con creciente claridad, cómo adoptaban una forma plástica, uniéndose en grandes masas y cobrando vida. Entre los grupos se extendieron las superficies de césped con senderos sinuosos hacia la lejanía que conducían a un paisaje silvestre. Hasta ahora todo se había mantenido en los límites de un modelo, pero los árboles crecieron del tamaño de un juguete al natural de la realidad, se doblaron por el viento y ocultaron las superficies libres entre sus ramas con sombras húmedas. La imagen oscurecida adquirió profundidad y se volvió tan peligrosamente bella que yo, que estaba preparado para todo, temblé de emoción.

Un parque enorme y enigmático se desplegaba ante nosotros.

—Ahora, niños, tomen antorchas para iluminar nuestro camino. Las bonitas velas de momia, consistentes en dedos de la mano y de los pies, de fémures y clavículas, nos darán luz.

En el paroxismo de la victoria, Jonás Barg no me prestó atención, cogió su antorcha, y todos los demás cogieron las velas situadas junto a sus platos y formaron una larga fila. Y todos... todos se dispusieron a seguirle. Jonás Barg avanzó dando brincos y estaba a punto de entrar en la sombra del primer grupo de árboles, cuando yo, muerto de miedo, clamé:

—¡Jonás Barg! ¡Jonás Barg! ¡Devuelve a la tumba lo que ha salido de la tumba!

Fue como si una repentina sacudida sísmica borrara los contornos de todos los objetos situados ante mí. Los árboles y los arbustos, el parque entero en el paisaje nocturno, desaparecieron en la lejanía de un trasfondo nebuloso, ante el cual se producía un espectáculo grotesco. Ante ese trasfondo, que destacaba como una decoración todo gesto o ademán, estaba Jonás Barg, agitado por horribles convulsiones que le desgarraban y que ora le estiraban ora le contraían. Intentó rebelarse y alargó su brazo hacia mí. Pero la mano cayó, su rostro se puso rígido como una máscara mortuoria y de repente desapareció con un grito espantoso en unas tinieblas inesperadas.

No puedo decir cuánto tiempo permanecimos cubiertos por esas tinieblas; apenas duró algunos minutos, porque cuando la vida se precipita así en los abismos del espacio, también parece haber arrebatado consigo el tiempo. Las primeras sensaciones que experimenté al recobrar la conciencia fueron las de una respiración opresiva. Era mi propia respiración, pero pronto pude distinguir también a los que estaban próximos a mí, y tanteando y con susurros vacilantes nos cercioramos de que todos vivíamos. Apenas nos atrevíamos a concebir la idea de una salvación y nos esforzábamos por demostrarnos mutuamente la serenidad en el infortunio, prescrita por nuestros estatutos, cuando luces y voces de la orilla lejanísima de nuestro mar, desde el silencio y las tinieblas, nos volvieron a llamar a la vida.

El grupo de nuestros salvadores se abrió paso por los estrechos pasadizos. Los campesinos, que habían contemplado nuestra extraña procesión, dieron la alarma cuando vieron que trascurridos tres días no habíamos vuelto a salir de la ruina, y la

expedición de salvamento nos encontró después de una larga búsqueda e incursiones peligrosas por las galerías semiderruidas. Las antorchas arrojaron nuestras sombras, en esa estancia subterránea, contra la pared como monstruos prehistóricos. Donde había estado la mesa, había un montón de escombros, las paredes estaban desnudas y brillaban por la filtración de la humedad. En el lugar que había ocupado el tapiz, cuyo parque tejido se había transformado en la apariencia de realidad, en ese lugar donde Jonás Barg había desaparecido con un grito espantoso, se abrió entre los sillares de los fundamentos, un agujero negro, tras el cual nuestras investigaciones encontraron un precipicio. Hacia allí llevaba el camino de Jonás Barg, esa era la dirección de la comitiva que él guiaba.

No cejé hasta conseguir que con la ayuda de escalas unidas entre sí, de cuerdas y de antorchas, descendiéramos, y llevé conmigo a todos los demás, pues me dije que al menos en parte nos deberíamos librar de la carga de lo inexplicable si queríamos volver a mirar la vida de frente. Descendimos lo equivalente a la altura de un pozo y seguimos descendiendo en aquel antro de asesinos, que en castillos antiguos servía para mantener secretos sangrientos. Y cuando por fin llegamos al fondo, encontramos un esqueleto junto a una grieta, que seguía descendiendo y de cuya oscuridad procedía el rumor de agua; las manos estaban atadas a la espalda, las piernas dobladas, y entre los dientes de la calavera había una tela, que ya estaba podrida, pero aun en ese estado se apreciaban claramente las señales de la lucha, en tanto que la habían presionado violentamente en esa boca ya hacía tiempo muda.

Aunque no había nada que indicara que ese esqueleto estaba relacionado con nuestro anfitrión desaparecido, todos sabíamos que ante nosotros estaban los restos mortales de Jonás Barg. Y fue como si mis amigos se liberaran con repentinas explosiones de su odio largamente acumulado y oprimido. Sus dientes rechinaron, comenzaron a rugir como bestias salvajes y quisieron arrojarse sobre el esqueleto con puños y cuchillos. A mí me sobrevino la compasión, que ya se había anunciado oscuramente cuando le vi oscilar en esas convulsiones crueles ante el trasfondo del parque nocturno; esa compasión me invadió de una manera grande y radiante, hizo retroceder a mis amigos y me puso las siguientes palabras en mis labios:

—Amigos míos, conservad la magnanimidad de lo viviente incluso frente a la muerte. Cómo debió de amar la vida este hombre y cómo debió de haberla gozado para verse obligado a buscarla de nuevo, por más que la odiase y la quisiera destruir.

Mis amigos se apartaron, sobrecogidos, del esqueleto, bajaron las cabezas y me siguieron, saliendo del pozo y del viejo castillo hacia fuera, donde la vida nos esperaba con un radiante día otoñal.

LAERTES

El director se lo comunicó por teléfono al secretario del teatro, que tuvo que sufrir todos los aullidos de la lobera; el secretario del teatro lanzó enseguida la tremenda novedad sobre el director escénico; este se la transmitió a Samiel, a Ágata y a Gaspar; Ágata se lo dijo a un colega al que admiraba desde la oscuridad de los bastidores, y como una cascada que se precipita desde las alturas, la noticia se difundió por todos los canales, ramificándose y amplificándose, saltándose todos los obstáculos, centelleando y ensordeciendo hasta llegar a los últimos rincones de los operarios teatrales. Se murmuraba sobre el asunto entre el escotillón uno y dos, entre «crepúsculo» y «claro de luna» en el telar, bajo el puente en el que aparece el espíritu de Ágata, tras el espinazo peludo del jabalí y junto al gran redoble de las aguas vertientes. Luego la noticia se esparció por toda la ciudad y suscitó vivos comentarios en el mundo, cuyo interés gravita en torno a los chismes del teatro. El camarero en el Café Stadttheater servía discretamente, con el café con leche, ese nuevo acontecimiento escénico y calculaba, por el grado de sorpresa con que el cliente le miraba, la cuantía de la propina. Todos los amigos del arte sacudían la cabeza y los mayores de entre ellos no querían volver a oírlo, como si se hubieran transformado en pagodas por el susto. De esta noticia se derivaron muchos temas de conversación, de suposiciones, de aforismos, de chistes buenos y malos, como salen ramos de flores, conejos, palomas o pañuelos del sombrero del ilusionista.

A las once de la mañana Josef Prinz había comunicado al director que estaba dispuesto a interpretar el Hamlet, y cuando llegó a casa a las tres, le esperaba su casera con doble capa de maquillaje festivo y unas cejas algo torcidas por la excitación.

Las puntas de sus pies se atormentaban intentando flotar y sus brazos bajaban y subían como las aspas de un molino abandonado.

—¡He oído... he oído! ¡Oh, estoy excitadísima! ¿Es posible, señor Prinz? ¡Quiere darnos otra vez... no puedo creerlo! ¡Nos quiere regalar otra vez su Hamlet! ¡Oh... ese monólogo! ¡Cómo lo recitaba...!

Prinz pasó junto a las aspas de molino y logró llegar hasta la puerta de su vivienda. Después de girarse tres veces y de lanzar tres exclamaciones, escapó del peligro, adoptó en el umbral de su puerta la pose de un César que regala todo un continente y exclamó:

—¡Le regalaré una entrada!

A continuación, se protegió mediante un cerrojo fuerte y a prueba de ladrones. Pero a eso de las cuatro tuvo que abrirle al ujier del teatro, quien le traía el papel y un ramillete de preguntas e insinuaciones desconsideradas. A las cinco el cartero le entregó treinta y tres cartitas en colores desde el lila al rosa, aromatizadas con perfumes que abarcaban desde el almizcle al heliotropo, con las expresiones más ardientes de íntima veneración y anhelo por volver a ver al divino Hamlet.

A las seis y media, cuando comenzaba a anochecer, vino su amigo Gustav Rietschl. Encontró a Hamlet vestido de gris, reflexionando con dos manchas de sangre del crepúsculo en el pecho y en el hombro, y la espada en la mano, de modo que la delgada hoja saltó trazando un semicírculo de la vaina al suelo. El espejo reprodujo todo esto una vez más, pero más pálido, gris e inane, más rígido que la realidad.

—He oído que quieres volver a interpretar el Hamlet.

—Me he decidido. El director me ha insistido tanto para completar el ciclo de Shakespeare y yo... ¿por qué no debería volver a interpretar el Hamlet? ¡Mi mejor papel... ridículo!

—Si has superado lo que ocurrió aquella vez, ¿por qué no ibas a interpretarlo? Claro que sí.

—Lo he... lo he superado.

Prinz volvió a envainar la espada y la vaina chirrió. Las manchas sangrientas en el pecho y en el hombro se extendieron por el gris, se fueron desvaneciendo y terminaron por desaparecer, temblando, en la oscuridad.

El otro vio cómo la mano de Prinz volvía a sacar la hoja de la espada, en un gesto que parecía una voluntad dirigida a lo incierto.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tú tienes suerte por no haber tenido que contar los años. Cinco años privado de mis mejores energías.

—Puedo imaginarme que cada repetición habría revivido también todo el espanto de aquella ocasión.

—Una locura, amigo mío, una locura. ¿O acaso crees, tal vez... mi conciencia... no querrás decir que fue algo más que una desafortunada casualidad...?

—¡Pero Prinz... cómo puedes decir eso! No parece haberlo superado del todo. La agitación de aquel día ha afectado seriamente a tus nervios.

—Sí, fue terrible cuando le vi yacer así ante mí. Sangre en su jubón y mi espada llena de sangre. No la muerte teatral, ante la cual el público se levanta para aplaudirla sonriendo, sino la muerte real. Unas convulsiones más y sordo para las ovaciones. Esos aplausos fueron terribles. No sabían nada y creían en un triunfo del arte dramático. Fortimbrás tuvo que encontrar las palabras mientras todos los demás nos quedábamos estáticos.

La casera trajo la lámpara, contenta por haber encontrado una excusa para entrar en la vivienda de Prinz. Pero ni su afabilidad ni la incrementada coloración de su rostro recabaron atención alguna. Una vez que se hubo retirado enfadada, puso Hamlet la espada sobre la mesa.

—Una casualidad, amigo mío, una desgraciada casualidad. Un descuido del aderezador y la muerte estaba entre nosotros. Te lo juro, una casualidad.

—Nadie duda de eso.

—Desde entonces llevo mis propias armas, de las que sé que son inofensivas y

romas.

Clavó y retorció la punta de la espada en la palma de la mano como si quisiera convencer a un juez de su inocencia.

—Y, pese a todo, cuando en el escenario se cruzan las hojas, tiemblo y mis artes esgrimidoras no son mejores que las de un figurante cualquiera.

—Lo he notado.

—¿Lo has notado? ¿A que es verdad? Tal vez también lo haya notado el público. Y además, ¿sabes?, desde entonces no me siento del todo capaz. La crítica es indulgente conmigo. Pero no quiero aplausos como si fueran una limosna. Cuando haya vuelto a interpretar el Hamlet, seré libre. He de enfrentarme de nuevo a un Laertes, he de volver a verlo levantarse y sonreír, así habré vencido a este espantoso fantasma.

Se elevó en toda su delgadez y adoptó una posición de esgrima lanzando algunas estocadas que atravesaron a un enemigo incorpóreo. Después bajó la espada como desesperando de la victoria.

—Tú estuviste... en aquel entonces la mayor parte del tiempo conmigo, ¿verdad? Cuando yacía aquejado de aquellas fiebres nerviosas. ¿Qué dije en mis delirios? Quiero decir, ¿en qué consistían mis fantasías?

—La mayoría, fragmentos del Hamlet. Hablaste mucho de Ofelia y también de Laertes. La llamaste por su nombre en la vida civil y confundías las relaciones. Algo de realidad se mezclaba en todo ello, corría el rumor de que mantenías una relación con la Witte.

—¡Eso es absurdo!

—¿Entonces no? Pensé que por eso había abandonado la compañía inmediatamente después. Se rumoreó sobre ello y algunos quisieron saber si os habíais peleado por el asunto de Laertes-Tiefenbach.

—¡Absurdo! ¡Absurdo!

—Pero parece haberte inquietado. Tú dijiste... aunque es cierto que eran delirios febriles.

—Nada más que delirios febriles. Mi cerebro absorbió lo que encontró y lo confundió todo. Te lo agradezco... tú no hablaste de ello, creo que lo mejor será que no volvamos a hablar del asunto. Ven, espíritu de mi padre, vayámonos y conjurémonos con el demonio Alcohol.

Salieron, pasaron junto a la casera festivamente pintada, grandiosos como reyes y enigmáticos como conspiradores, y en un apartado de la taberna «Blauen Affengattin» se entregaron al demonio Alcohol.

Los ensayos para el Hamlet se tomaron esta vez muy en serio. Prinz, que estaba en el escenario mordiéndose los labios, pálido y decidido, protestaba por cualquier descuido y todos temblaban ante la posibilidad de que se repitiese un segundo arrebato como el acontecido en el primer ensayo. Había agarrado a un figurante negligente y, tras propinarle dos bofetones, lo había arrojado a los bastidores, de

modo que cayó gimiendo a los pies de Polonio. El figurante había denunciado al grosero de Hamlet, pero los demás se guardaban de provocar su ira por errores en los ensayos. Casi siniestro, Prinz se mantenía inmóvil, como el convidado de piedra, entre sus abatidos colegas, y las bromas habían quedado relegadas a los rincones más apartados. Ante su rostro imperturbable las bromas y los chistes se descomponían en palabras incoherentes llenas de modestia y de miedo, como si ante ellos hubiese algo cuya importancia fuese más lejos que la apariencia escénica.

—Es como alguien que escenifica su propia muerte —susurró el rey Claudio a Gustav Rietschl, a quien le correspondía encarnar al fantasma del padre de Hamlet. El joven actor que iba a hacer de Laertes, y que llevaba ya dos años en la compañía, osó formular la pregunta acerca del accidente de su predecesor. Su curiosidad chocó con el silencio de Rietschl y hubo de conformarse con los rumores inconexos, suposiciones osadas y alusiones malignas, que le contó el rey Claudio por la tarde mientras jugaban a las cartas. Lo que escuchó, de alguna manera le estimuló, y sintió una comezón excitante por hacer un papel maldito y consagrado a la muerte. Prinz se revistió para su fantasía con la coraza de lo extraño y enigmático, y de una palabra susurrada se elevaban en él los exquisitos placeres de una temible aversión. Entre dos ensayos el rey Claudio se inclinó para que Goldenstein, el Kiebitz, no le pudiera oír:

—Se cuenta, pero tú no digas ni una palabra, que lo de aquella vez no fue una casualidad, sino... bueno, intencionado, porque el Tiefenbach... con la Ofelia.

Un anuncio llevó al rey Claudio a otras ideas, y el joven Laertes tuvo que ponerse él mismo a la búsqueda en el bosque mágico de las posibilidades. Su ansiedad y su tensión nerviosa se incrementaron cuanto más maravillosa le parecía la experiencia de tener que cruzar aceros con un asesino. Esa idea le atraía como un abismo, y se empezó a considerar tan interesante como un domador ante un peligro terrible, que por ser inconcebible resulta tanto más grande y bello. Por consiguiente, estaba fuera de sí y dudó de la justicia divina cuando, el día anterior a la representación, sintió los síntomas de una fuerte gripe. Pese a que invirtió una parte de su sueldo mensual en coñac, la fiebre le obligó a guardar cama por la tarde, y el médico le privó de cualquier perspectiva de participar en la gran experiencia en la noche del día siguiente.

El director y el secretario del teatro no estaban menos desesperados, maldijeron el mal tiempo, que hace caso omiso del programa de la temporada y recurrieron, asimismo, al coñac. Con la quinta copa el secretario propuso sustituir a Laertes por un actor de menor rango. Pero el director le comunicó, manoteando, todos los argumentos en contra:

—Prinz... nunca, nunca... aceptará que se ocupe esa vacante con un actor inferior. Quiere, en cierto modo, rehabilitarse. Quiere una interpretación espléndida, mostrar a todos lo que sabe, y puede hacer. Eso es sencillamente imposible.

Con la séptima copa, por fin, se mostró la solución con una claridad deslumbrante.

—¡Hildemann, de Praga, como sustituto! —gritó el secretario y se levantó a medias de su sillón.

Y el director corroboró como un trueno:

—¡Hildemann, de Praga!

Llevaron su propuesta a Prinz y él asintió con el gesto sombrío de un consentimiento hamletiano.

—Hildemann, de Praga, está bien —dijo Gustav Rietschl y apaciguó al amigo, a quien el cambio había intranquilizado—. Con Hildemann no necesitas ensayar, es sólido y ya ha actuado con los mejores, confía en él.

Hildemann aceptó y prometió llegar a tiempo, poco antes de la representación, pues antes le resultaba imposible. Para Prinz el día de la representación era un rosario de inquietudes.

—Me hubiera gustado ensayar con él —le dijo por la noche al guardarropa cuando le colgaba la espada. Después comenzó a caminar, en la oscuridad, de un lado a otro del escenario y miraba una y otra vez en la casa vacía, regresando de nuevo con su amigo, envuelto en los velos fantasmales.

—Estoy muy nervioso, te lo ruego, no me dejes solo.

—No puede extrañar que hoy tengas fiebre de candilejas...

—¿Fiebre de candilejas?... Casi podría decir que miedo... ¡Demonios! ¿Ha llegado ya Hildemann?

—No lo sé, pero seguro que estará ya aquí.

Y Prinz siguió caminando por un escenario aún lleno de las sombras grises de lo inanimado, desde el telón hasta el borde de la terraza del castillo de Helsingor y de vuelta, como si con sus pasos quisiera destruir el tormento de la soledad. La guardia salió a escena y dejó las alabardas apoyadas en las torres pintadas para subirse las botas y arreglarse las gorgueras, y Hamlet se estremeció ante sus sombras, como si reptaran por el escenario salidas de un mundo extraño e inconcebible. Del teatro, lleno de un público bullicioso y esperanzado, esta vez no le venía ninguna confianza, y en su inquietud no se atrevió a preguntar entre bastidores si aún se echaba de menos a alguien.

El timbre que avisaba el comienzo le sobresaltó, y con ese susto repentino comenzó a lamentar lo que ya era irrevocable. La cuestión de por qué se había aventurado a un juego cruel lleno de recuerdos desagradables, de figuras sangrientas, le abrumó y puso sus esperanzas en que el ir y venir del personal entre bastidores se debiera a la ausencia de Hildemann. Entonces la representación sería imposible, tendría que ser cancelada en el último minuto, y un camino de salvación conduciría para él fuera de todos esos miedos. Pero después de la primera escena le esperaba una sombra que se aproximó a él:

—¿Señor Hildemann?

—¿Señor Prinz?

El padre de Hamlet bromeó por el retraso.

—¡Oh, yo soy de plena confianza! Si he aceptado, vengo con toda seguridad. ¿No quiere ensayar rápidamente la última escena?

—¿El combate? No es necesario. Usted esgrime bien, y verá que a mí tampoco se me da mal. Ya nos saldrá...

Laertes se despidió de Polonio y de Ofelia. Su advertencia ante Hamlet fue seca y rutinaria y, no obstante, de algún modo emocionante. A continuación, desapareció, y cuando Hamlet quiso buscarle, impulsado por una terrible agitación, no había manera de encontrarlo, como si realmente estuviera más allá de un mar insalvable. Su alma estaba temblorosa en la escena con el espíritu de su padre, en la que se puso de rodillas. Lo inexplicable y fantasmagórico de un proceso tan familiar para él obraba como veneno en su sangre, hasta que al final casi se derrumbó viendo chiribitas y con un zumbido en los oídos.

El público presintió con escalofríos el miedo que impulsaba a Hamlet a los límites del arte. Se sentía como ante la revelación de acontecimientos místicos, ante una extraña simbiosis de actuación y realidad, y atribuyó al actor toda la emoción de esa incomparable puesta en escena.

Hamlet apareció en el proscenio y se inclinó, pálido como un muerto y con manos convulsas ante el público entusiasmado. Después siguió buscando a Hildemann sin poder encontrarlo. Rietschl se había recogido el velo del fantasma y parecía un jefe beduino. Quiso tranquilizar a su amigo con un apretón de manos, pero Prinz lo agarró y casi lo tiró al suelo:

—¡Ese no es Hildemann! ¿Me oyes? ¿Me oyes?

—Perdona, pero entonces quién es...

—Hildemann desde luego no. Le conozco por las fotografías.

—Y yo le conozco personalmente y te digo que es Hildemann.

—Pero, ¡por Dios!, ¿no te das cuenta de que bajo su rostro siempre quiere asomar otro distinto? Es como si tuviera dos capas superpuestas. Un rostro lucha con el otro y hace que retroceda... pero terminará por salir del todo.

—¿No habrás bebido demasiado coñac por eso de la gripe?

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no ve nadie que me odia? En la escena con Ofelia... cómo él rechinaba con los dientes y revolvía los ojos cuando hablaba de Hamlet. Eso no es actuado, eso es auténtico odio... un odio desmedido... ¿Y dónde está, dónde se mete? Quiero pedirle explicaciones.

—Vamos, vamos, tranquilízate, bájate del caballo.

—Nada de bromas. Te lo suplico, no me dejes... quédate cerca, siempre. Voy a decirte algo terrible... tengo... tengo miedo.

Rietschl comenzó a preocuparse de que la función acabara cancelándose y aplicó todos los recursos persuasivos de su amistad. La interpretación de Hamlet continuó entre unas cavilaciones embobadas, una indiferencia ausente, unas convulsiones bruscas y una irritabilidad inconstante. Parecía la actuación de un condenado que ante la destrucción se refugia en sí mismo para poco después golpear con los puños las

paredes. El monólogo sobre ser o no ser osciló entre la indolencia melancólica y terribles arrebatos; las últimas frases salieron con esfuerzo e imprecisas, mientras los dientes mordían los labios, de modo que tras pronunciar las últimas palabras dos delgados hilos de sangre corrieron por la barbilla. Nadie había reído hasta entonces con tanta crueldad, nunca había sido la burla en un escenario tan chirriante y afilada, un conjunto de sofisticados instrumentos de tortura, y el público daba gritos de júbilo y estaba extasiado. Se sentía arrebatado, participando en la acción, sentía con voluptuosidad los tormentos de ese cerebro, como el rechinar de la sierra en la sala de operaciones se abre paso agradablemente por los propios huesos.

El médico del teatro vino en un entreacto y logró atrapar a Hamlet en un rincón.

—Se está matando. ¿Qué le pasa hoy?

Pero Prinz se rio, apartó al médico con violencia y salió corriendo, acompañado de su desesperado amigo para buscar a Hildemann. Su miedo influyó en los demás actores, y la representación comenzó a elevarse por encima de la apariencia escénica a un presentimiento de espantosa catástrofe. La dicción temblaba en ese ambiente distorsionado y los actores se miraban mutuamente en los entreactos por si alguien sabía lo que estaba pasando.

—¡Busquen, busquen! —gritó Hamlet a los ujieres, al director, a los guardarropas, y todos buscaban al desaparecido Laertes.

Cuando llegó la escena en el acto IV en la que volvía a aparecer, de repente allí estaba, salió a escena y se introdujo con frialdad en la obra, como si no notara que todos los demás tenían miedo de estar junto a él. Habló con el rey Claudio sobre el asesinato de Hamlet y permaneció tranquilo y seguro, aunque animado por una siniestra alegría, como si algo muy anhelado fuera a cumplirse por fin. Hamlet escuchaba entre bastidores, tenso y cargando su peso sobre el amigo, todos los pormenores del ataque, y parecía como si tuviera que superar en sí mismo nuevas e inesperadas noticias. Su inquietud fue oprimida por una gran pesadez y se quedó petrificado ante un coloso amenazador y torpe que parpadeaba con unos ojos pequeños y crueles. Pero la acción corría incontenible saltando por encima de todos los retrasos que Hamlet trataba de inventarse en los entreactos. Se prolongaron las pausas y él las disfrutó como un plazo de gracia, caminando mudo con el amigo entre las tumbas que se estaban preparando para la escena siguiente.

En el cementerio, en la tumba de Ofelia, Hamlet y Laertes se encuentran inesperadamente. Fue un choque que estremeció al público, y con una seriedad espantosa la lucha se relaja en la tumba abierta, una lucha de la que Hamlet escapó con ojos vacíos y rodillas vacilantes.

La ovación del público expresó el miedo, y solo Laertes apareció en el escenario, bamboleando extrañamente los brazos largos y con una sonrisa que pareció impropio y esperpéntica, mientras Hamlet se mantenía abrazado a su amigo entre bastidores.

—¡Es la Muerte! —jadeó él—, ¡es la Muerte!

—Qué tontería. Aguanta, que ya estamos llegando al final.

—Todo ha acabado... es la Muerte. Me había atrapado y me dejó, ¿no has visto cómo emergió su otro rostro cuando me presionó...? Yo noté, noté... que no respira. ¡No respira!

—Después tienes que meterte directamente en la cama. Tienes fiebre. Te ha afectado demasiado. El recuerdo sigue siendo demasiado fuerte...

—Ha vuelto a cobrar vida, me va a matar. Ese Laertes me va a matar. Ya no quiero salir más...

Tanto el director del teatro como el director de escena lucharon por superar su resistencia, lo lograron y le empujaron para que saliera.

—¡Señor Prinz! —exclamó el traspunte.

—¡Voy enseguida!

Agarró al amigo por los hombros, acercó su cabeza y le dijo:

—Te lo tengo que confesar antes de salir. Alguien debe saberlo y has de ser tú. Lo de aquella vez no fue una casualidad. Fue intencionado... fue un asesinato. Laertes fue asesinado, yo le maté.

—¡Señor Prinz!

—¡Voy!

Y Hamlet se aproximó a Horacio en la sala donde iba a celebrarse el duelo. Laertes estaba cerca, en algún lugar entre bastidores esperando su pie. No se le veía, pero se sabía que estaba allí y que nada le impediría aparecer en escena. Confuso por el miedo del amigo y su confesión, Rietschl no se atrevía a buscarlo y solo vio cómo se fueron arrastrando los acontecimientos en el escenario, cómo se sucedían, dubitativas, las palabras de Hamlet esforzándose por hacer pequeñas pausas. El rey Claudio puso sus gestos expresivos y agitados casi en el mismo rostro del médico del teatro, luego volvió a introducirse en el torbellino de la acción, donde vibraba un extraño suspense y esperaba a su liberación.

Detrás de Rietschl dos bomberos hicieron un par de observaciones a media voz:

—El papel del Hamlet hoy es todo un lujo.

—Sí, parece que actúa a vida o muerte.

De repente Laertes estaba entre los personajes de la escena. Rietschl vio cómo todos se volvían hacia él, al mismo tiempo atraídos y repelidos y cómo todos, después, intentaban reunirse involuntariamente en torno a Hamlet como si se tratara del polo opuesto. La estructura del drama vacilaba como una torre azotada por una tempestad, sin peligro para que se derrumbara, pero lo suficiente como para sentir el temblor de la construcción. Laertes estaba entre los cortesanos, delgado, flexible, sonriente, y ahora también le pareció a Rietschl que no podía ser Hildemann. Jugó de manera prometedora con la hoja y puso a prueba su flexibilidad trazando líneas prodigiosas, que por un instante quedaron en el aire como signos.

Comenzó el combate. Las hojas se encontraron y chocaron, sisearon como serpientes y se encontraron en salvajes paradas y estocadas. Eran rápidas y pérfidas,

acechantes y brutales, seres vivos que luchaban mutuamente al borde de un abismo. El duelo se prolongó más allá de la duración habitual en una función, y mientras el director, desesperado, se dirigía a Fortimbrás, Rietschl vio espantado que Hamlet tenía que defenderse en serio y que Laertes le presionaba acribillándole a estocadas. Los espectadores seguían con miedo real la mímica del combate, e incluso las mismas máscaras muertas de los figurantes se animaron.

Rietschl vio entonces que Laertes tocaba con doble estocada el pecho de Hamlet, y que retiraba la hoja lentamente y sonriendo. Hamlet cayó al suelo, se intentó levantar, se llevó la mano al cuello y volvió a caer. Con dedos convulsos intentaba agarrar el vestido de la reina y rodó hacia un lado oyéndose un estertor.

—¡Telón! ¡Telón! —gritó el director. El médico del teatro casi atropella a Rietschl y corrió hacia el caído. Mientras el director se dirigía hacia el intranquilo murmullo del público, hablando de un pequeño y lamentable accidente y rogaba que se abandonara el teatro con calma, el médico reconocía el cuerpo del infortunado.

Hamlet estaba muerto.

—¡Laertes, Laertes! ¿Dónde está Hildemann? —gritó el director, y el comisario de policía salió corriendo a buscarle. Pero Laertes había desaparecido.

Un mensajero atravesó el círculo de mujeres lanzando chillidos y de hombres enmudecidos con un telegrama para el director. Contenía una noticia de lo más extraña. El tren con el que Hildemann quería venir a la función nocturna había tenido un accidente por la rotura de una vía. Había dos muertos y algunos heridos graves. Y en cuanto se pudo constatar la identidad de los fallecidos en la siguiente parada, el jefe de estación se había apresurado a comunicar a la dirección que disculparan la ausencia de Hildemann debido a su muerte.

GESTOS MALDITOS

Después de la muerte de su novia Bettina, con la que Herbert Ostermann, un estudiante de medicina, había convivido casi dos años, el solitario se veía ahora en camino de convertirse en un huraño.

Sobre el zócalo de innumerables semestres, que le acercaban desagradablemente de la juventud académica a la edad adulta, Ostermann ya había estado, en cualquier caso, en una situación difícil. A ello se sumó el dolor por la pérdida de su novia y ambas cosas parecieron apartarle por completo de sus compañeros más jóvenes. Lo que había tenido de arrogancia y de imprudencia, quedaba tras él o por debajo de él.

Pero Ostermann tenía más amigos en los primeros semestres de los que creía. Su actitud no adulatora sino siempre cortés, la seguridad con que cumplía las promesas, la impresión que daba de confianza incondicional, influía en que sus camaradas le consideraran un modelo en todas las virtudes masculinas esenciales. Y tampoco se puede olvidar que por su relación con la pequeña ruso-alemana era mucho más interesante de lo que él jamás hubiese podido pensar, una relación que había terminado dolorosamente por una muerte rápida y algo enigmática.

Conocían muy bien a la pareja debido a su paso por las aulas, se les había visto juntos innumerables veces, pero solos únicamente en ocasiones excepcionales. El hombre alto y delgado y la grácil y vivaz alemana del Báltico no ofrecían, por su aspecto externo, una buena pareja. Los movimientos de él, algo torpes y mecánicos, y los de ella, fruto de las curvas más encantadoras, no llegaban a armonizar. No obstante, había algo que iba más lejos de esa desigualdad exterior y que apuntaba a un entendimiento íntimo. Por ello nadie osaba intentar, lo que en otras circunstancias acontece con tanta frecuencia, apartar de su novio a la que era considerada la más bella de las estudiantes y ganársela para sí.

Ostermann acompañaba a la aplicada estudiante, entusiasta de la ciencia, a clases que estaban muy por debajo del nivel de sus semestres y escuchaba de nuevo con paciencia los fundamentos de la anatomía; parecía como si después de ese segundo comienzo fuera a llegar, gracias a su novia, a finalizar con provecho unos estudios ya demasiado prolongados. Se acostumbraron a considerar la relación entre estas dos personas como algo fijo e intocable, la sentían como un lazo consagrado y dejaron de contemplar la relación con una curiosidad mordaz. La muerte de Bettina estremeció a todos. Aun aquellos que solían destacar por una cierta dureza de alma y tenían el cinismo como una virtud inexcusable del médico, no pudieron escapar a la impresión causada por esa tragedia.

Como consecuencia de esa compasión general y de la veneración que se sentía por Ostermann, un paisano suyo mucho más joven, el estudiante Richard Kretschmer, le propuso que se mudara a su casa. Al principio Ostermann rechazó la bienintencionada oferta, pero después, debido a la insistencia, al menos comenzó a sopesar la posibilidad. Y, finalmente, aceptó, tal vez por la sensación de no poder

soportar más la soledad.

Así pues, Ostermann abandonó su vivienda, una casita en las afueras cubierta de parras silvestres, en la cual había una pieza con forma de torre en la que había vivido casi dos años con Bettina, y se mudó con su paisano. De un rincón aún impregnado de un resto de poesía pasó a un desnudo cuchitril de estudiantes en la gran ciudad. No dejó traslucir que echaba algo de menos, pero tampoco participó en la vida social de su compañero. Este, que sentía un afecto sincero por Ostermann, intentaba que dejara sus cavilaciones infructuosas y peligrosas, y no cesaba de invitarle a pequeñas fiestas y a otras celebraciones estudiantiles.

Y así llegó el tiempo de carnaval, el primero desde la muerte de Bettina, y el personal clínico de la universidad, que hacía poco se había unido en una asociación, planeó celebrar una noche, al mismo tiempo, esa circunstancia y la alegre festividad. Se iba a organizar un gran banquete en el que se representarían piezas cómicas acordes con el estado de ánimo carnavalesco. El amigo se había propuesto firmemente sacar a su amigo de la caverna con esa ocasión tan especial.

—No quiero cometer ninguna infidelidad —dijo Ostermann, mientras Kretschmer le insistía.

—No cometes ninguna infidelidad —replicó su amigo con fuerza—, los muertos están muertos, eso no lo puede cambiar aflicción alguna.

Ostermann miró al más joven con seriedad, y fue como si quisiera oponerle algo. Pero se quedó en ese conato, y como Kretschmer no dejara de abordarle, terminó por consentir y participar en el banquete. Aunque Ostermann no podía suprimir esa sensación de infidelidad, la buena voluntad de su camarada era demasiado sincera y patente como para negarse.

La gran sala del restaurante, en la que se iba a celebrar la noche de carnaval, estaba llena de jóvenes médicos. Los estudiantes de último año estaban presentes, los médicos recién graduados mostraban su orgullo y también asistía un gran número de profesores que contemplaba el bullicio con benevolencia paternal. Los manteles, que aún cubrían immaculados las largas mesas, emanaban un olor a ropa limpia, las lámparas del techo arrojaban rayos de luz finos, ardientes y punzantes en la sala, de la cocina procedía de vez en cuando, con el ruido de las vajillas, una pequeña nube de olor concentrado a comida.

Sobre una mesa habían colocado los bombos de una lotería, artículos de broma inofensivos y otros objetos decorativos, como los que apreciaban los jóvenes médicos para sus escritorios; huesos preparados y de una blancura deslumbrante como pisapapeles, mitades de cráneos que mediante una base consistente en un omóplato y una clavícula formaban amplios ceniceros. Los jóvenes, entre los que había una gran cantidad de mujeres, iban de un lado a otro, se agrupaban y volvían a dispersarse.

Ostermann, que era la primera vez después de mucho tiempo que se encontraba entre tantas personas, no lograba adaptarse a ese ambiente alegre y distendido. Mientras Kretschmer a su lado se esforzaba por involucrarle en brindis y

exclamaciones a lo largo de toda la mesa, el descontento de Ostermann fue empeorando. Ese ruido, la luz afilada de las lámparas, sus finos rayos, todo ese alboroto, en parte desmesurado y grosero, en parte estridente y exagerado, penetraba en su interior. Comenzó a lamentar haber acompañado a su amigo.

Entretanto, el banquete seguía su curso habitual. Se sucedían discursos y cantos, los profesores mostraron jovialmente su satisfacción con el sano sentido común de la juventud académica, y a veces, con giros chistosos, las jóvenes se reían a carcajadas. Cuando Ostermann oía esa risa o veía ondear uno de sus claros vestidos, su corazón se desgarraba, su cuerpo se veía recorrido por escalofríos que parecían cristales de hielo.

Por fin, a eso de las once, creyó haber resistido lo suficiente y anunció a Kretschmer su intención de irse.

—De eso nada —se rio el otro—, ahora es cuando viene lo mejor. La puerta está vigilada, ¡nada de rendirse!

Y, en efecto, uno de los señores del comité anunció brevemente que se prepararan para algunas bromas carnalescas. En el signo del príncipe Carnaval estaban permitidas muchas cosas, «honny soit, qui mal pensé», etc. Tras esas palabras admonitorias, que más parecieron un «sketch», se alzó el telón ante un escenario situado en el lateral de la sala, frente a los asientos de los profesores, y se vio una mesa de autopsias en la cual yacía un cadáver solo cubierto con un taparrabos.

Se desarrolló una escena entre el profesor de anatomía y unos estudiantes, que se presentaron agotados por haber trasnochado y que preferían una partida de tresillo al trabajo. Lo más gracioso de la representación estuvo en la logradísima interpretación de uno de los profesores más conocidos y queridos, que fue puesto en escena con todas sus peculiaridades de carraspeos y escupitajos. Eso desencadenó las risas de todos los presentes, pero de quien más, del mismo representado, que se veía frente a su reflejo distorsionado. Junto a la sátira del profesor se había pensado también en tomar como modelo de la pieza la Anatomía de Rembrandt. La escena final mostraba al profesor con la postura del doctor Tulp junto al cadáver, rodeado de sus discípulos. Solo que no señalaba los nervios y las fibras musculares, sino que de las profundidades del cadáver sacaba los objetos más insólitos: llaves, encendedores, posavasos y un cancionero estudiantil. Pero cuando le dio la vuelta al cadáver y comenzó a trabajar con su espalda, el muerto saltó de la mesa lanzando un rugido furioso y la representación anatómica finalizó con una huida alocada.

El humor grotesco, que dejó en todos los comensales el mejor estado de ánimo, tampoco dejó de causar alguna impresión en Ostermann. Pero al final terminó por desembocar en una sensación desagradable y consideró que ese juego con el horror de la muerte no era recomendable en medio de una juventud tan revoltosa. Con todo, Ostermann pensó también que tal vez fuese su propia sensibilidad la culpable de ese modo de mirar las cosas y, en cualquier caso, se sintió tan extrañamente fascinado que por el momento ya no contempló irse.

Pasado un rato, apareció ante el telón violeta un joven médico con un libro en la mano, del cual comenzó a leer, con poco talento y demasiado énfasis, un poema. Era la “Danza de los muertos” de Goethe.

«El guarda de la torre mira en la oscuridad de la noche,
hacia abajo, hacia las sepulturas...»

Ostermann encontró esa declamación hartó superflua, pero con las últimas palabras la sala se oscureció de repente y ahora se podía comprobar a qué finalidad serna el poema.

El escenario, abierto de nuevo, mostraba un cementerio. En las tinieblas más impenetrables se agitaba algo blanco y se pudo percibir una figura envuelta en una sábana que andaba a tientas entre las lápidas. El fantasma se repantigó sobre una de las tumbas, apoyó un violín en su huesuda barbilla y comenzó a tocar de la manera más absurda.

Ahora dieron las doce en algún lugar, como si el sonido procediera de un campanario.

La pequeña orquesta ante el escenario imitó la música espectral del violín y la entretejió con otros compases, formando una música extraña y realmente espantosa, cuyas peregrinas armonías y ritmos entrecortados parecían conjurar todos los horrores de la oscuridad. A continuación, de la misma manera en que se describe en el poema de Goethe, salieron desde la izquierda y la derecha moradores de las sepulturas, tropezando, oscilando, caminando con piernas esparrancadas; bajaban de los túmulos abiertos, surgían entre las lápidas y se tambaleaban entre los terrones de la oscuridad. En torno a sus miembros ondeaban y se arrastraban largas mortajas, en los rostros llevaban máscaras blancas y fosforescentes que representaban cráneos con fosas nasales y ojos negros y la sonrisa maliciosa de dientes desnudos. Se movían al ritmo de tan horrible música, se encontraban mutuamente con contorsiones y con burlonas genuflexiones, un escarnio de las formas del trato social entre los vivos. Era como si se oyera el rechinar de los huesos, el crujido de las esqueléticas articulaciones por debajo de las sábanas blancas, como un repique de castañuelas que servía de persistente acompañamiento a la música.

Estaba claro que el inventor y director de esa representación, algún estudiante, era una cabeza original con mucha fantasía.

Ahora se formaron nudos en el oscuro escenario, en el torbellino de los movimientos, se fueron uniendo por parejas y resultó que aún en el ámbito de las sepulturas se producía una separación por sexos. Se percibió, ahora que el público se había acostumbrado a la oscuridad, cómo hombres y mujeres se emparejaban y cómo un corro de fantasmas comenzó a entrelazarse entre las lápidas.

Aunque cada uno de los espectadores sabía que esa escena había sido ideada y ensayada por sus colegas, aunque creían reconocer entre las coberturas espectrales a uno u otro, no obstante se sumieron en un estado de ánimo sumamente extraño, en una suerte de agitación de los nervios impredecible. De la jovialidad del banquete se

había pasado a una tensión nerviosa, que aunque se considerara frívola no se podía escapar de ella. Esa mezcla de lo espantoso y lo grotesco era repulsiva y fascinante a un mismo tiempo, angustiada y cautivadora como la mirada en un abismo. Los jóvenes, cuya juventud y profesión les impulsaba a aceptar la muerte como algo cotidiano e inevitable, sintieron de algún modo esa danza de los muertos, ese juego con la descomposición, como el reto de un peligro; en el subconsciente algo se oponía a la oscura influencia de esa escena: la voluntad de vivir, de luz, de salud.

La danza, entretanto, seguía su curso, unía y separaba a las parejas, las entretejió en una cadena, las aglomeró en un ovillo que giraba en torno a sí mismo a gran velocidad, mientras una luz blanco-azulada, el resplandor fosforescente de la putrefacción, que recaía sobre ellos desde los bastidores, ahora parecía emanar cada vez más de los mismos fantasmas. Fieles al poema de Goethe los actores se esforzaron por dar a sus gestos un aire de maldición y de malignidad, también de la artificialidad y torpeza de la marioneta, como podría suponerse en miembros descarnados que danzan.

Herbert Ostermann al principio de la representación solo sentía una indignación larvada, que se vertía como de un depósito, a gran presión, en su cuerpo, una suerte de furia que le impulsaba a levantarse de un salto y con un absurdo pretexto impedir que se siguiera con ese espectáculo. Se le vino a la mente que podría golpear la mesa o tirar al suelo una jarra de cerveza o simplemente gritar con todas sus fuerzas: «¡Aaaaalto!» Pero mientras aún sopesaba rápidamente todas esas posibilidades, sintió cómo esa indignación furibunda volvía a abandonar su cuerpo, se vaciaba y desaparecía y cómo él se quedaba impotente y lánguido, vacío y agotado, entregado sin defensa a cualquier sobresalto desproporcionado. Y ahora en ese vacío se deslizó como un fluido denso, oscuro, viscoso, que fue subiendo por las paredes de su yo, el sedimento del mundo, miedo y espanto ante lo oculto de las cosas. Amplias porciones de su conciencia se apagaron en ese desbordamiento, se hundieron mientras otras se elevaron como islas, iluminadas apenas por una luz antinatural.

Se sentaba allí, con una mano crispada asiendo la jarra de cerveza; la otra cerrada en un puño, apoyada sobre la rodilla, con el rostro inclinado hacia delante, en el cual los glóbulos oculares parecían hinchados y a punto de reventar. Lo que ahora pululaba por el escenario eran tumefacciones purulentas de la descomposición, florescencias sepulcrales, flemas de la muerte. ¿No sentía nadie salvo él esas radiaciones oscuras y abrasadoras que procedían de esa danza, comparables a las radiaciones invisibles y malignas de algunos metales o piedras, esas secreciones corrosivas de la danza que carcomían carne y huesos hasta llegar al alma? ¿No notaba nadie cómo bajo ese venenoso flujo de pus se originaban úlceras que se extendían con furiosa rapidez y destrozaban al hombre entero?

Mientras Herbert absorbía de esa manera el espanto, sintió como si de repente percibiera algo familiar entre los gestos de los danzantes. Fue algo así como cuando se vuelve a ver algo bien conocido en una distancia distorsionadora, como cuando un

recuerdo se aglomera en vano para adoptar una forma. A través de los movimientos tambaleantes, desequilibrados, a veces atolondrados y luego de nuevo como entrecortados de la danza de los fantasmas, se condensaba esa sombra de un recuerdo, avanzaba, se disolvía en el torbellino y volvía a emerger. Herbert, después de un largo estupor, comenzó a respirar con más fuerza, emocionado en lo más íntimo por esos fragmentos de un gesto, de una inclinación, de un paso, de una mano levantada. Ahora la sombra, esa nada del recuerdo, se juntó con otra figura, con uno de los fantasmas femeninos, con el que iba y venía. Era un crecimiento a tientas de formas procedentes del caos, un indeciso arrastrarse desde oscuridades, durante lo cual Herbert sintió además de miedo también algo como la irrupción de una ardiente ternura, una profunda compasión por sí mismo. Se había enredado en una gran madeja de hilos imposibles de desenredar, que le cubrían y le mantenían sujeto a una porción indeterminada de su pasado.

Los fantasmas en el escenario giraban cada vez más alocados entre las lápidas; las máscaras inmóviles con las calaveras contrastaban espantosamente con sus saltos, que ejecutaban subiéndose las mortajas; los huesos crujían con fuerza creciente al entrechocar entre ellos, un torbellino de ruidos secos y duros comenzó a extenderse del escenario a la sala; parecía como si una voluptuosidad aún no extinguida más allá de la tumba espoleara a los fantasmas a estrechar sus abrazos y como si se preparara una horrible orgía de esqueletos.

En medio de la danza sonó, como si procediera de una gran altura, una campanada. Fue como si los espectros fuesen diseminados por una explosión, la danza se interrumpió, las figuras se caían, se tambaleaban de un lado a otro, tropezaban privadas de toda seguridad sobre las lápidas, parecían perder parte del esqueleto que buscaban angustiadas para luego volver a ensamblarlo. Privadas de su libertad, con las sábanas arremangadas, desorientadas, dando tumbos, se agacharon tras las lápidas y desaparecieron en la oscuridad.

Un gran respiro recorrió toda la sala antes de que se iniciara un tímido aplauso. Poco a poco se fueron sumando manos, como si ese ruido alegre fuese adecuado para desgarrar un delgado y gris tejido que se había extendido sobre las mesas procedente del escenario.

El presidente dio un bastonazo sobre la mesa y rugió una orden.

—¡Demonios, eso ha causado sensación! —exclamó Kretschmer y bebió un gran trago de cerveza, que ya se había quedado algo tibia. A continuación, se levantó, se agarró del cinturón, flexionó las rodillas y volvió a estirarse, como si comprobara que en él la carne y los huesos seguían en su sitio.

Herbert Ostermann no respondió, estaba ocupado consigo mismo, intentando recuperarse del estremecimiento sufrido, tenía un raro sabor de boca y le había quedado una sensación extraña que designó como un ataque de amargura procedente de una acidez del espíritu. Se volvió y vio que los participantes en la danza de los muertos venían a la sala bajando por la pequeña escalera situada detrás del escenario.

Aún llevaban sus mortajas, pero se habían levantado las máscaras y mostraban sus rostros frescos, rojos y juveniles. Ese era el mejor camino para superar la opresión de la última media hora y recuperar la anterior alegría. Los rodearon, les preguntaron y elogiaron y con bromas y chistes algo forzados salvaron los abismos que habían sentido.

Cuando Herbert Ostermann se volvió de nuevo hacia la mesa, se quedó como si algo helado y ardiente al mismo tiempo le hubiese atravesado el corazón.

Junto a él, en el asiento que Richard Kretschmer acababa de dejar libre, se sentaba una de las danzarinas, en silencio, con las manos enfundadas en guantes de hilo blanco dobladas sobre el regazo. Ella también llevaba aún la mortaja como las demás, pero aún no se había subido la máscara de calavera, y ahora cuando dirigió su rostro a su vecino, la mirada de los ojos fue un lejano destello en una oscura caverna. Parecía como si esperara a que le hablase, y Herbert logró, tras luchar algo, obligarse a esbozar una sonrisa y a preguntar si la joven había quedado satisfecha con el éxito de la representación.

La danzarina, que parecía muy parca en palabras, se limitó a asentir.

En el escenario tendrían que haber sentido la enorme tensión de los espectadores, pues la danza, que al principio solo aquí y allá presentaba algún signo de diletantismo propio de aficionados, se volvió cada vez más libre, osada y artística, y una superación como esa de una capacidad limitada solo se produce por un intercambio de lo más animado entre el escenario y el público.

Herbert siguió hablando, como impulsado por esa mirada inalterada y ligeramente ardiente dirigida a él, como si fuera una pregunta continua; habló de cosas que jamás se le habrían ocurrido. Se esforzó por analizar y explicar, según las reglas de la razón, el estado de ánimo en el que se habían sumido, y sintió sus palabras al hacerlo como el nadador, privado ya de sus fuerzas, la tabla abandonada en la que había puesto sus últimas esperanzas.

—Sí, es extraño —dijo su vecina— representar así a los vivos el espectáculo de la muerte.

—Y esa música de cementerio —continuó Herbert con gran agitación—, esa música moderna con sus extrañas modulaciones y ritmos entrecortados que parece creada específicamente para que el oyente experimente todo el espanto de la tumba. Es una música ilógica, la lógica de la música es la melodía, Mozart por ejemplo, era un lógico, por eso, cuando quiere comunicarnos una sensación espectral, como en algunas escenas del «Don Juan», no nos llega al corazón... la música moderna ilógica, en cambio, armoniza perfectamente con la muerte, ya que lo ilógico en sí...

—¿Y usted es médico? —preguntó la vecina. Su voz era contenida y opaca, como si fuese filtrada por un medio impuro, no obstante en esa opacidad había una armonía originaria inequívoca y Herbert lamentó que el sonido saliera tan alterado y roto por la máscara. Ese pensamiento dirigió su atención y la concentró en esa cosa de papel maché, con la cual la muerte se tenía que convertir en una broma de carnaval. Había

que reconocer que no se habían contentado con un artículo barato de los comercios dedicados a esos menesteres. La máscara mostraba, en su género, una perfección artística. El material inofensivo por el que se representaban los rostros de suegras malas, caras de campesinos estúpidos, de ancianos verdes y lujuriosos, pómulos inflados, narices rojas, todas las aberraciones y desvaríos de la carne, esta vez se había diseñado como si fueran huesos tan parecidos a los reales que se podrían confundir. Por el color y la estructura todo era exacto, cada hueso era casi anatómicamente correcto y la proximidad hacía creer que el cráneo se componía de ellos. Se podría haber considerado ese cráneo como un preparado y haberlo empleado así para el estudio, aún más, el excelente modelador había llevado tan lejos la imitación que en algunos lugares, como las fosas nasales o las cuencas oculares, o entre los dientes, se percibían restos de carne putrefacta. Pero lo más espantoso estaba en que de la parte trasera del cráneo colgaba algo de pelo, del cual no se podía decir cómo estaba agarrado al hueso. Así, no obstante, se contravenía la verosimilitud, puesto que como ya no tenía cuero cabelludo, el cráneo tendría que haber estado completamente desnudo; ahora bien, si al modelador de la máscara le hubiera interesado ante todo incrementar en lo posible el espanto, lo había logrado, ya que esos pelos, descoloridos y enredados, entretreídos con pequeños trozos de barro, parecían como si realmente vinieran de la sepultura.

Herbert Ostermann contemplaba todo eso con una tranquilidad que a él mismo le parecía incomprensible, lo veía clara y nítidamente, como se suele ver en instantes de gran peligro en los cuales todas las energías del enorme centro de fuerzas del hombre se orientan a la afirmación del yo.

—¿Y usted es médico? —repitió de nuevo su vecina la pregunta.

—¿Qué quiere decir? ¡Claro! ¿Me conoce?

—¡Le conozco!

—¿No quiere quitarse la máscara? ¡La representación se ha terminado! Las otras damas ya lo han hecho.

Entre los dientes de la máscara salió como un ligero susurro que debería ser una risa, pero a Herbert le recordó enseguida, dolorosamente, a un ruido de la infancia, cuando el comerciante Prusik arrojaba en el mostrador los trozos, de extrañas formas, del eglefino desecado. Y enseguida brotó otra imagen: las cuerdas vocales negras, perfectamente desecadas y momificadas, que se agitaban con esa risa a empujones y que crujían como coronas funerarias.

La danzarina dejó de reír.

—Las otras damas creen que la máscara no les sienta bien. Yo no soy vanidosa. A mí me va muy bien. Y, además, así tiene que adivinar quién soy.

—¿La conozco?

Ella aproximó su rostro a Herbert con un ligero impulso:

—¡Sí!

Sintió otra vez ese pinchazo helado y ardiente en medio del corazón. Pues ese

movimiento diminuto, ese giro insignificante de los hombros volvió a arrojar sobre Herbert el desasosiego del recuerdo, en ese fragmento de gesto reconoció que la danzarina que se sentaba a su lado era la que le había atraído durante la representación.

Y de inmediato volvía a estar allí el miedo ciego e indomable que interrumpió la tranquilidad de la contemplación concentrada y le volvió a arrojar a la oscuridad.

Miró a su alrededor; a derecha e izquierda hablaban sus colegas por encima de sus jarras de cerveza, escribían postales, brindaban, nadie se preocupaba de ellos, era como si Herbert y su vecina fuesen invisibles.

No obstante, de repente todo eso se le volvió insoportable. El ruido y la luz le asediaron. Se levantó súbitamente:

—Venga conmigo, vayámonos a otra parte.

Ella se mostró enseguida de acuerdo, le siguió al guardarropa y al instante estuvo a su lado con el abrigo puesto. Salieron a la calle y caminaron por una fina capa de nieve mientras que en el cielo se dejaban ver un par de estrellas entre los cables de los postes telefónicos. Parecían pequeñas y luminosas cabezas de notas musicales apresadas en un pentagrama y daban una melodía infinitamente amarga y dura de la degradación de la luz celestial en el ámbito terrenal.

Herbert se quitó el sombrero y el frío presionó su cabeza, tensó la piel en el rostro y en el cuello. A su lado iba la danzarina, con un aspecto extraño debido a la sábana blanca de la cual colgaba el abrigo como un doble par de alas cortas y negras. Junto a ellos pasaban coches de caballos al trote, los automóviles doblaban las esquinas con un quejido o repentino frenazo, arrojaban conos de luz contra muros de casas que daban gritos estridentes o se los veía venir de lejos, dos diminutos ovillos de luz al final de una calle, que se aproximaban rápidamente por un reguero de zumbidos hasta que ya estaban muy cerca, barriendo la acera con un surtidor de luz. De repente se estaba inmerso en un estremecimiento deslumbrador para, al instante siguiente, quedar envuelto por una fría oscuridad.

A veces de algún local cuyas puertas se abrían, salían algunos compases de música de baile, fragmentos de risas atravesaban un trecho de la noche, el carnaval arrojaba pequeñas olas de alegría en el camino de Herbert y de su acompañante; pero todo eso a Herbert le parecía irrelevante frente a la sensación espantosa que tenía en su interior, que le invadía el alma como una bocanada de humo denso y frío.

Entraron en un pequeño café en el cual Herbert a veces, menos por necesidad que por sentimiento del deber, solía sentarse una media hora detrás de un periódico. En el umbral se le ocurrió que su acompañante tenía que quitarse ya la máscara, pero ella dijo que prefería permanecer un rato más sin ser reconocida y a una hora en que en todos los locales nocturnos se estaba celebrando el carnaval, disculparían que ella se mostrase así disfrazada.

Y pareció tener razón pues en la humareda que cubría las mesas se distinguían disfraces folclóricos de venecianas, españolas, turcas, acompañadas de tirolese,

esquimales e indios. Por poco que se adaptara el disfraz y la máscara de una fantasma a esos trajes tradicionales gastados y raídos, la acompañante de Herbert no llamaba la atención. Se abrió paso por los grupos más nutridos sin que nadie tuviese que apartarse especialmente y una vez más percibió esa familiaridad en la actitud y en el movimiento que a Herbert ya le afectaba como un dolor físico.

Cuando ella se sentó a una mesa libre, él la agarró con fuerza del brazo:

—¿Quién eres tú?

Él buscó su mirada pero solo encontró un vago resplandor en el fondo de las cuencas oculares de la máscara.

El camarero se paró ante Herbert. Este soltó el brazo duro y escuálido que no había cedido por su presión y pidió café. Tras un rato mudo, empleado en contemplar la alegría grosera y basta a su alrededor, vino el camarero y solo trajo una taza de café que puso ante Herbert. Cuando este quiso llamar la atención sobre el descuido, su acompañante le rogó que lo dejara, que de todos modos no tenía ganas de tomar nada.

Esas pocas palabras, en cuyo fondo se volvía a percibir esa enigmática familiaridad, sumieron a Herbert en una tristeza tan honda que apoyó la cabeza en las manos, con cuatro dedos en la frente y el pulgar puesto sobre la oreja como si quisiera aislar todos sus sentidos del absurdo mundo exterior.

Se le vino a la mente que su acompañante le había preguntado antes con tono irónico si era médico. ¿Y por qué le había preguntado eso si ella le conocía?

Entre los dedos abiertos la miró soliviantado en las cuencas de los ojos. Él comprendía, continuó, que ella había querido decir que como médico debería haber aprendido, por su profesión, a resignarse con la muerte, esa era la opinión general de la buena gente y de los malos periódicos, que el médico y la muerte estaban en una suerte de compañía, que uno conducía al otro. Y como cada profesión establecía las condiciones de su ramo como elementos del orden divino, como por ejemplo el peletero cree que los animales crecen para él, que el propietario de una mina cree que las selvas vírgenes de la edad de piedra reverdecieron para su bolsillo, y que el arquitecto cree que la gravedad se inventó especialmente para él, así los médicos afirmaban la lógica de la muerte, porque así lo exigía la lógica de su profesión.

Pero él no era de esa opinión.

Él creía que la muerte era algo absolutamente absurdo. No la muerte en sí: que se ponga por fin un límite a la vida de un seboso haragán, de un miserable o de un lujurioso despiadado, eso es justo y natural. Personas egoístas, violentas, envidiosas no merecen nada mejor. Pero que se haya de segar todo lo que es tierno, encantador, alegre, luminoso, esa es la prueba irrefutable de lo absurda que es la muerte.

No, apreciada desconocida, esto no es ningún sentimentalismo al uso, sino una verdad científica. No se duda de que la constitución de este mundo sea sumamente miserable. ¿Y por qué? Porque se puede ver diariamente cómo lo virtuoso y valioso queda oprimido por lo superficial e insignificante, cómo el mal triunfa y el bien se queda en el barro y cómo al final, la muerte, introduce un equilibrio de lo más

cuestionable, al borrar todo, sin distinciones, de la mesa de la vida.

Pero qué diferente sería el mundo, qué luminoso y alegre, si ante la muerte hubiese un salvoconducto condicional en virtud de un valor humano real. Quien por su naturaleza no pueda alcanzar un yo superior, sería eliminado, pero quien pudiera purificarse, su vida se prolongaría en la medida de su bondad, y los más grandes tendrían ante sí la eternidad. Tal vez aún se podría hablar hoy con Dante y con Miguel Ángel y con Durero. Solo así sería la vida un todo pleno de sentido, lleno de amor mutuo y del esfuerzo por ayudarse entre sí...

Las pequeñas llamas en el fondo de las cuencas oculares de su vecina de mesa brillaron más, un ligero golpe de aire, una suerte de cristal gaseoso, rodeó a Herbert y a su acompañante, fuera de esa esfera solo se veían jirones multicolores y caóticos del mundo...

Y él podía hablar de la muerte con conocimiento de causa, pues la había visto de cerca; a él en especial la muerte le había demostrado claramente su falta de lógica. Si el mundo estuviese organizado según ese plan racional, Bettina aún viviría y él no estaría tan solo, tan desanimado, en esa soledad que le envenenaba y le volvía loco. Un Robinsón en medio del mar de la vida, el prisionero de un palacio de hielo con todos los horrores de ambos polos.

¿Bettina? Bueno, si la apreciada desconocida aduce que la conoce, tendrá que haberla conocido. ¿No se le paraliza la sangre en las venas con ese nombre, cuando piensa que aquello que significaba ese nombre ha desaparecido? Ella, que debería pertenecer a los eternos, que aún tendría que haber estado viva en mil años si hubiera una justicia universal. ¡Oh, él conocía muy bien a la muerte, a ese pícaro, a ese miserable bufón, la había tenido en las magos! Se disfraza, se enmascara, pasa desapercibida, pero se comporta como un mal comediante, se salta el pie, se olvida del papel, arruina la actuación de sus compañeros de escena, los convierte en asesinos y en reclusos.

Sí... en asesinos, él lo sabía de sobra. Cuando alguien mataba a su amada, no se le podía llamar de otra manera, ¿verdad? Crece un niño en el seno materno, pero con él crece el miedo al mundo, el cual no quiere que la naturaleza sea su derecho. Ya estiraban los hombres en derredor largos y desnudos cuellos, picos torcidos y garras de buitre, ya acusaban con dedos de yemas relucientes, redondas y grasientas señalando la deshonra, un arsenal de pistolas de carne, puños como culatas y dedos índices como cañones y todos dirigidos hacia el escándalo. Y alguien berrea incesantemente: ¡el pan nuestro de cada día, dánosle hoy...! Para dos puede alcanzar, pero no para tres.

Pues bien, colega, ¡la vida incipiente no ha de destruir lo que ya ha arraigado! Hay caminos para llevar a la oscuridad lo que aún no ha visto la luz. Y si con ello se obtiene la perdición, lo repito: solo hay crímenes contra lo existente, pero no contra lo aún no nacido. Sí... pero en algún rincón se acurruca la muerte, esa miserable, parpadea, huele un poco en el frasco de medicinas, lo agita y una mucosidad invisible

queda pegada a todo, es su baba y su veneno.

Después se ve a la amada retorciéndose con convulsiones, intentando agarrarse a la vida con todas sus fuerzas y, no obstante, ve cómo se escapa la vida, se licúa y se derrama hacia una puerta oscura por la cual desaparece en silencio. Y uno se queda en la otra orilla con todos los conocimientos del que en breve va a ser médico, y cuando la última gota ha desaparecido, borboteando, en los canales de la muerte, entonces una aguja grande y ardiente penetra desde la cabeza y atraviesa todo el cuerpo, una palabra tan dura como el acero forjado, una palabra inmisericorde: ¡Asesino!

Y el arrepentimiento... él busca paso tras paso en el pasado y no encuentra un solo día que no hubiese podido ser diferente, ni una sola hora que no revele una falta o un descuido.

Herbert Ostermann comenzó a sentirse de nuevo, entre los dedos abiertos había una frente ardiente y bajo la mesa dos pies pesados como terrones y ese arriba y abajo estaba unido por un vínculo de dolor. No sabía si había dicho todo eso, o si solo lo había pensado, pero se sintió entendido por su acompañante, como si fuera él mismo.

Al camarero ya le había llamado la atención hacía tiempo el cliente solitario. Tenía al joven, que se sentaba en su rincón y a veces, con la mirada perturbada y con un brusco movimiento de la mano murmuraba ante sí, por un borracho en la miseria. Ahora que la sala se había vaciado y en el exterior comenzaban a circular los primeros tranvías, se acercó al hombre e hizo sonar las monedas del bolsillo de su chaqueta.

Herbert levantó la mirada y vio al desconocido, en blanco y negro bajo una luz nebulosa que se condensaba en una aureola opalina, tenía una expresión agria de vasos vacíos en medio de una sonrisa pegajosa, de cerillas quemadas y ceniceros grises...

—Vámonos —murmuró él.

La danzarina le precedió. Pero ya no había nada extraño, todo era familiar y estaba arraigado en lo más hondo de su vida, aún sin un nombre, aunque lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

Y Herbert asió el vestido de su acompañante. La punta del vestido ondeó en su mano y vio en lo más profundo de las cuencas oculares una breve y crepitante luz azul, como una pequeña descarga de tensión eléctrica. Y también por su brazo sintió una corriente o temblor, como si hubiese recibido una pequeña sacudida.

—¿Adónde... adónde vamos? —preguntó balbuceante.

—¡Yo voy contigo!

Herbert no consideró nada extraño que la joven desconocida hiciera esa propuesta sin más. Todo eso ya se había repetido cientos de veces, cada paso y cada palabra, el sonido de la voz le era conocido, y así era de lo más evidente que caminaran juntos. Cómo podría haberle dicho todo eso a un desconocido, esa confesión salida de lo más

hondo, solo una persona tenía derecho a escucharla. Ahora ella conocía esa confesión, lo desconocido se había transformado en conocido, volvía a irradiar en el emisor, era una luz profunda y melancólica.

Así caminaron juntos por la mañana invernal, la cual aún arrastraba la densa humareda de los sueños en los primeros duros compases del trabajo. De vez en cuando sonaban restos roncacos del carnaval. Como una visión Herbert contempló en la iluminada plataforma de un vagón de tranvía a un pierrot acurrucado, con los ojos semicerrados, un cigarrillo apagado en la comisura de los labios. Su brazo derecho colgaba por detrás sobre el apoyo de la ventanilla y por los dedos corría un cordón del que colgaba por fuera un osito de peluche, el cual daba tumbos y saltos grotescos, arrojado de un lado a otro por los balanceos del vagón, y golpeando con sus patas el empedrado de la calle.

Eso fue lo último que Herbert Ostermann percibió con claridad. A partir de entonces quedó como recubierto por una niebla de la cual solo de vez en cuando destacaba una cosa, un ser humano, con gran prisa para volver a desaparecer enseguida.

Sintió, más que vio, que su acompañante no emprendió el camino hacia el centro de la ciudad, sino hacia las afueras.

—No es por allí... vivo en la ciudad —dijo él.

—No conozco otra casa.

Ella tenía razón y Herbert lo aceptó, caminó junto a la danzarina por calles infinitas y desnudas, siempre con negros raíles de tranvía ante sí.

Pensó que su estado era extraño, a lo mejor ella también lo pensaba así. Ahora se adentraba en el futuro y, al mismo tiempo, en el pasado, o sea, en realidad, en lo intemporal. ¿Y si la muerte no fuera más que lo intemporal y, con ello, la supresión de toda ilusión? Entonces él sería la solución y se podría lograr también, con una voluntad fuerte y tal vez con el poder del arrepentimiento, hacerla volver; pues, si la apariencia jamás puede dar la esencia, ¡la esencia sí que puede servirse de la apariencia! Por lo demás, todas estas preguntas podrían recibir su respuesta una vez que hubiese averiguado su nombre. Ese nombre ya se formaba y concentraba en su interior. Solo dependía de eso...

Se encontró ante una puerta bien conocida, con secas ramas de vid en torno al rodrión y a la ventana, la aldaba con la cabeza de león de cuyo hocico furibundo siempre se habían reído. Subieron y los escalones se perdían sinuosos en la oscuridad, en la cual ahora penetró la niebla matutina... aún crujía el decimoséptimo escalón, y cuando pasaron por la puerta de los caseros, como siempre había que ir de puntillas. La escalera se estrechaba aún más en la torre, ante el pequeño tragaluz que daba a la rama de cerezo, del cual una vez en primavera había arrancado una rama con flores. A continuación venía la pequeña y negra imagen de la Virgen, situada en un nicho de la pared, con una velita roja brillante.

Y se abrió la puerta de la habitación de la torre y ya estaban en casa... Herbert lo

veía ahora todo claramente, cada uno de los objetos queridos, el escritorio y la biblioteca; tras una cortina verde, las dos camas de las que se habían levantado.

Al darse la vuelta, se encontró con Bettina, que llevaba un vestido blanco y fluctuante y el pelo, partido por la mitad, que ahora estaba peinando, caía a ambos lados de la cabeza.

Ella levantó la mirada y Herbert miró en sus ojos, en cuyo fondo había un destello azulado. Pero la carne estaba extrañamente alterada, se contraía como una delgada y pálida capa de gelatina sobre los huesos desnudos de su máscara; como a través del cuerpo de una medusa, se veía cada protuberancia y cada sutura del cráneo y los pelos pendían sueltos y dispersos de esa masa blanda y deshecha.

Y ese rostro estaba carcomido en todas partes, hasta los huesos, por manchas grises, en las comisuras de los ojos y de la boca estaban pegados trozos de barro y los pelos parecían moverse por sí mismos, como si debajo de ellos pululara una vida oculta.

Pero Bettina se quitó el pelo de la cara, levantó los brazos por encima de la cabeza y comenzó a bailar, con gestos exagerados, espasmódicos y victoriosos, la lasciva, torpe, maldita danza de los fantasmas...



EL CASO DEL TENIENTE INFANGER

Sí, es cierto, aún sigo sin tener buen aspecto. No me voy a persuadir a mí mismo de que ya estoy completamente restablecido. Pero de lo que no cabe duda es de que me va mucho mejor que antes. Y pronto lo habré superado todo. En efecto, ha sido una enfermedad grave y harto extraña, tanto más extraña cuanto que en su origen no tuvo nada que ver con el cuerpo.

¿Que cómo se produjo? Sí, ¿verdad?, no podéis haceros una idea clara del asunto después de todas esas noticias en los periódicos. La historia causó sensación. Y me ha traído suficientes sinsabores. Tal vez solo hubiera necesitado ser menos reservado para llevar algo de claridad a la confusión. Pero una timidez peculiar me ha impedido hablar públicamente sobre ello. Pero a vosotros, mis amigos de confianza, os lo quiero contar todo, tal y como a mí me parece que tiene sentido. Si tengo razón con mi versión de la historia, no se puede demostrar irrefutablemente. Como es sabido, la investigación concluyó sin resultado alguno. Pero no puede estar bien si no es como yo me lo imagino. Y con esto se aporta la prueba de que las extrañas fuerzas del hombre, como las hemos conocido en los fenómenos de la hipnosis y de la sugestión, aún son susceptibles de incrementarse considerablemente. Las antiguas culturas del oriente conocieron secretos que nosotros ni siquiera somos capaces de entrever. Y en mi caso yo preferiría hablar —si no fuese demasiado aventurado— de una telegrafía inalámbrica de la voluntad, de una acción a distancia que no necesita de ningún conductor. Durante un periodo me he dedicado a estudiar filosofía de la técnica. En ella se habla mucho de proyecciones orgánicas. Todas nuestras invenciones no son otra cosa que imitaciones de los órganos y de las funciones de nuestro cuerpo. El telescopio tiene su modelo en el ojo humano, el martillo imita el puño cerrado, que está unido al mango o brazo, el cable de la telegrafía común corresponde al sistema nervioso. Se puede suponer sin más que un invento nuevo y sorprendente siempre encontrará un equivalente en nosotros. Pues bien, esa telegrafía inalámbrica surgida hace poco corresponde al extraño fenómeno del que os he hablado.

Por lo demás, no quiero anticiparme a vuestro juicio. Que cada uno se haga su propia idea del asunto.

Ocurrió, como sabéis, el 18 de mayo. Había emprendido una excursión en bicicleta desde Optschina hasta la altiplanicie cárstica. Soy un apasionado ciclista. Si hay algo que echo de menos en mi profesión de teniente de navío, es el montar en bicicleta. Me causa un gran placer recorrer grandes distancias. Las motos y los automóviles me son indiferentes. Lo que me gusta es, ante todo, el empleo de mi propia energía para generar el movimiento más rápido. Siempre que puedo, cuando resido un largo periodo en el campo, hago mi «tour» de bicicleta. Hacía dos días que habíamos arribado al puerto de Trieste y allí pude desahogarme a gusto. El día de que os hablo, hacía mucho calor y yo estaba bastante agotado cuando regresé, ya anocheciendo, a Trieste. Tuve que apresurarme, pues los oficiales de nuestro crucero

tenían para esa noche una invitación, que yo estaba encantado de aceptar. La calle descendía algo, así que pude abandonarme a la agradable sensación de deslizarme sin peligro. En la penumbra, ante mí, advertí confusamente el cuerpo macizo de un automóvil, cuyas luces se acababan de encender. La máquina estaba parada y unas personas formaban un grupo a su lado. Parecían indecisos sobre por dónde continuar el camino, pues en ese lugar la calle se bifurcaba en tres direcciones distintas.

Cuando llegué a su altura, uno de los hombres se aproximó a mí y se quitó el sombrero saludando. Bajo el centelleo de la farola me llamó la atención que el hombre tenía los ojos muy divergentes y casi no tenía cejas. Me preguntó en un alemán muy malo por la calle Görzer. Desde allí era difícil orientarse y por eso saqué un mapa para explicárselo bien. En el momento en que me agache para poner el mapa bajo la linterna, sentí una presión repentina, pero no desagradable, en la cabeza y perdí el conocimiento.

Lo recuperé en plena oscuridad. En mi cerebro aún estaban claramente grabadas las calles del plano. Podría haberlo reproducido con la memoria sin problemas. Pero recordé que aún tenía algo importante que hacer. Se había apoderado de mí la conciencia de un gran peligro y aún sé que no me asombré de encontrarme en una situación sobre la que en un principio no podía entender nada. Estaba atado de pies y manos, después de recuperar la conciencia comencé a esforzarme sistemáticamente para liberarme de las cuerdas que sujetaban mis muñecas. De repente oí una respiración junto a mí. Tenía que saber quién estaba conmigo en ese espacio y pregunté, por lo tanto, aun cuando me arriesgara a recibir otro golpe en la cabeza por un vigilante.

—¿Dónde estamos? —preguntó una voz desde la oscuridad. Me resultaba muy familiar, esa voz, con su tono peculiar y untuoso.

Respondí que no tenía ni idea. Luego añadí, para terminar con el vaivén de las preguntas, mi nombre.

—¡Ah...! —dijo el otro sorprendido, y trascurrido un rato agregó:

—Soy el barón Latzmann.

Así que no me había equivocado. Un conocido estaba a mi lado, atado de pies y manos como yo. El barón Latzmann, el corresponsal de guerra de un gran periódico, que había estado con nosotros en Asia cuando el enfrentamiento con los bóxer. Ya era harto extraño que nos hubieran secuestrado a los dos y que nos hubiesen llevado a esa habitación, la cual estaba sumida en una oscuridad impenetrable. En voz baja nos contamos lo que nos había ocurrido. El barón había caído, como yo, en una trampa. Él había sido desde siempre un mujeriego y en los últimos tiempos había emprendido una aventura cuya meta, por la reticencia de la mujer, parecía de lo más tentadora y atrayente. Hoy le habían traído una noticia que le abría las puertas de la fortuna. Siguió las instrucciones. Le habían esperado en la plaza designada y, como ocurre en las novelas italianas, le habían llevado dando rodeos a una casa solitaria. Tenía que esperar en una habitación forrada de tapices. El barón no sabía qué ocurrió después.

Suponía que le habían adormecido con un gas inodoro.

Mientras el barón hablaba, me llamó la atención un ligero ruido, para el cual el marino tiene un oído muy fino.

—¿Sabe dónde estamos? —pregunté yo cuando hubo terminado—, estamos en un barco. Oigo el batir del agua contra el casco. El barco está parado... aún estamos en el puerto.

—Pero ¿adónde... adónde quieren llevarnos?

Su voz sonaba angustiada y agitada.

De repente sentí como una sacudida. Me recorrió todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies y sentí cómo mis dedos se ponían rígidos. Creo que lancé un grito, un sonido de sorpresa, un quejido, qué sé yo...

—¿Qué le pasa? —me preguntó el barón.

Ante mí había emergido súbitamente una escena, reproducida con todos los colores y a una gran velocidad.

—¿Recuerda... recuerda —le pregunté— la pagoda de Chi-man-fu?

Era ridículo preguntar si él la recordaba. Esos sucesos no se suelen olvidar. No obstante, era difícil de decir qué era lo que en ese instante me había transportado a la pagoda de Chi-man-fu. ¿Acaso era la misma sensación de peligro, tanto antaño como ahora, la sensación que acompaña a sueños grotescos? ¿O la impresión fugaz del rostro del extranjero que me había preguntado por el camino? ¿Los ojos rasgados, el brillo marrón amarillento de la piel? No lo sé. Solo sé que las escenas en la pagoda estaban ahora con toda claridad ante mis ojos.

El barón Latzmann había participado en la expedición a Pekín, había intervenido con valentía en las luchas contra los insurgentes y enviado informes interesantes a su periódico. Tras la entrada en la ciudad imperial se recompensó dándose la gran vida. Apenas se había restablecido la conexión con la costa, cuando se le volvieron a ofrecer todas las oportunidades para emprender aventuras galantes. Venus siempre iba pisando los talones a Marte. Las bellezas locales y las damas que seguían a los colonos desde las grandes ciudades portuarias entraron en la contienda. Se formó un divertido círculo en torno al barón Latzmann y su amiga Hortensia, una francesa graciosa y traviesa. Algunos oficiales de nuestro destacamento también se unieron a él. Y una vez quedaron en hacer una excursión a la pagoda de Chi-man-fu, una obra maestra de la arquitectura sagrada budista. Yo acepté la invitación que había recibido y he de decir que el barón supo animar al grupo de maravilla. Se bebió mucho y ya estábamos en un estado de ánimo algo revoltoso cuando alguien propuso que por fin visitáramos el interior de la pagoda, que era a fin de cuentas el motivo que nos había llevado hasta allí. Nos pusimos en fila y caminamos, cantando e imitando las habituales ceremonias, por un pequeño puente de madera que llevaba al templo. Pasamos junto a unos sacerdotes gruñones que nos abrieron de mala gana y entramos. En el interior reinaba una penumbra perfumada. Sobre un estrado elevado, al que subía una delgada escalera, se sentaba la imagen sagrada de Buda con la sonrisa

rígida en su rostro y las manos dobladas sobre el estómago. Estaba cubierto con espléndidos ropajes de seda. Pese a las objeciones de los servidores del templo, subimos los escalones para contemplar la imagen de cerca. Al parecer la estatua era antiquísima, modelada en arcilla y tenía una mirada extraña como dirigida hacia el interior. Se sentaba justo enfrente de la escalera. De repente a Hortensia se le ocurrió que quería comprobar cómo le quedaban los ropajes. Algunos de nosotros, que aún conservábamos algo de sensatez, intentamos detenerla. Pero la mayoría aplaudió y, jaleada por ellos, Hortensia arrebató las vestiduras a la estatua y se introdujo en ellas. Hizo esto con la habilidad y gracia que la distinguían, y con tal rapidez que los sacerdotes, en el espacio oscuro por debajo de nosotros, se quedaron rígidos de espanto cuando Hortensia había acabado. El Buda se sentaba ahora con su estómago pronunciado y solo ataviado con un taparrabos. La mujer dio vueltas para lucir su nuevo vestido y poniéndose de puntillas comenzó a bailar un minueto. De repente estalló un grito furioso. Sin percatarnos, un pequeño sacerdote se encontraba entre nosotros. Nadie había visto de dónde había salido. Era tan feo como un mono y de su boca caían espumarajos. En su mano vi un cuchillo curvo y antes de que pudiera darme cuenta, ya lo había hundido dos veces en el pecho de Hortensia. El barón y yo nos echamos encima de él, lo agarramos y lo pusimos boca abajo en el estrado. Se originó un tumulto terrible. Junto a mí alguien disparó su revólver contra los sacerdotes, que ahora pululaban por todo el templo. Pero no se vio ningún efecto de los disparos. Una multitud compenetrada se aglomeró en la escalera del estrado, se aferraba a la barandilla, se desbordaba por los escalones. Vimos que estábamos perdidos. Con una mirada me entendí con el barón. Nos arrojamos sobre la estatua de Buda, la empujamos y empleando todas nuestras fuerzas la inclinamos hacia delante. Por un instante se mantuvo en vilo, sé que vi una vez más su sonrisa vacía, luego cayó, se precipitó por la escalera de madera y se rompió bajo su propio peso. Los atacantes fueron arrollados y aplastados. Se oyó un crujido y un estallido. Una densa nube de polvo ascendió cubriendo todo el espacio. Siguieron aullidos diabólicos. Cuando se disipó el polvo, vimos que la imagen de Buda se había hecho añicos. Pero la escalera también había caído y ahora nos pudimos defender mejor contra los atacantes. Duró una media hora hasta que llegó una patrulla de nuestros marineros, que un camarada preocupado había enviado desde Pekín.

Ese fue el incidente que tuvimos en Chi-man-fu, cuyo recuerdo me había asaltado tan repentinamente.

El barón calló un rato después de que yo hubiera hablado. Le oía respirar con dificultad.

—¿Qué quiere decir? —dijo él—, ¿cómo es que se le ha venido a la mente lo de Chi-man-fu?

—¿No ha pensado nunca que esa escena podría tener secuelas?

Yo mismo no lo hubiera pensado nunca, pero con la tensión de esos minutos sentí como si siempre hubiese contado con esa posibilidad, que algo me ocurriera

relacionado con la lucha en el templo.

—Aquella vez profanamos un templo sagrado. Nosotros dos destruimos el Buda de Chi-man-fu. Si hay una gran pasión en la naturaleza del asiático, es la venganza y la crueldad.

—Realmente es de lo más extraño que nos hayan traído precisamente a nosotros dos a este lugar y de esta manera —dijo el barón, y se percibió que se obligaba a hablar con tranquilidad.

—¡Tenemos que escapar de aquí!

—¡Por supuesto, barón, después de usted!

Ese era el tono irónico que el barón tanto apreciaba en el peligro como un signo de valor viril.

Reflexioné un rato. Después me revolqué en el suelo hasta que sentí su cuerpo junto al mío. Ya os he entretenido a menudo con los trucos sorprendentes que aprendí durante mi estancia en Asia de un ilusionista japonés. Me enseñó a conciencia. Entre las cosas que se ha de dominar está el desatar los nudos más complicados. Eso me vino de perlas. Puse mis muñecas atadas junto a las manos de Lantzmán y le pedí que me ayudara. Una vez que logró aflojar un poco el nudo, solo necesité un cuarto de hora para liberarme del todo. En unos minutos el barón también quedó libre. A la luz de unas cerillas examinamos nuestra prisión. Era un camarote bastante espacioso. Las puertas estaban, como era evidente, cerradas y en la escotilla habían clavado una tabla. Tuvimos que proceder con gran precaución y solo podíamos mantener la luz durante unos segundos, pues por encima de nuestras cabezas oíamos pasos en la tablazón y también en el corredor de fuera parecía que algo se movía.

No nos quedaba otro camino para huir que la escotilla. Aunamos fuerzas y pronto logramos arrancar la tabla con el menor ruido posible.

En la estancia penetró un resplandor pálido, la luz dispersa del puerto, el reflejo del mar.

Por fortuna, el marco de la escotilla era de madera y esta estaba tan podrida que con un poco de esfuerzo pudimos desencajarlo del casco. Después nos introdujimos con esfuerzo y nos deslizamos, arañados y desollados, en el mar. Habíamos dejado en el barco nuestras chaquetas y chalecos. Nadamos entre los barcos, dando brazadas largas, lentamente y con precaución, habíamos convenido que no regresaríamos inmediatamente a tierra, para no volver a caer enseguida en las manos de nuestros perseguidores. Pero ya debía de ser tarde en la noche. El puerto estaba muy silencioso y veíamos los cascos de los barcos elevarse verticalmente ante nosotros; nadamos siguiendo los reflejos zigzagueantes de las farolas de la costa, pasamos el muelle y salimos del Porto Nuovo. Las negras masas de los almacenes con las grúas amenazadoras y estiradas por encima se quedaron atrás. Ahora nos dirigimos hacia Barcola y nadamos a lo largo de la playa siempre en las tinieblas. Llegó el momento de salir del agua. Nuestra ropa estaba pesada y rígida e impedía nuestros movimientos. Nos detuvimos en un pequeño dique de piedra que se adentraba en el

mar y nos subimos a un bote que estaba allí amarrado.

¿Qué hacer?

Allí estábamos sentados tiritando de frío, pese a que la noche era cálida y agradable. ¿O tiritábamos por otro motivo? Me conocéis y sabéis que no soy temeroso. Pero bien puede ser que el miedo tuviera algo que ver con aquella tiritera. La siniestra seguridad con que se habían apoderado de nosotros, las manos misteriosas que se extendieron de repente hacia nosotros: se ha de reconocer que eso ofrecía más de un motivo de desasosiego. Y yo veía ante mí, con creciente claridad, el distorsionado rostro simiesco de aquel sacerdote, que aquella vez habíamos empujado hacia abajo, veía los espumarajos de baba en su boca.

—Creo que lo mejor será —dijo ahora el barón— que nos alejemos unos días de Trieste. Tienen que perder nuestro rastro.

Me leyó los pensamientos. En efecto, eso sería lo mejor. Y debíamos irnos de inmediato, tal y como estábamos, sin dudar por más tiempo. Podíamos refugiarnos de momento en una de las pequeñas ciudades costeras de Istria. Yo aún tenía cinco días de permiso, luego regresaría a mi navío. El barón, que no tenía nada que hacer en Trieste, podía hacer que un hombre de confianza arreglara sus asuntos y luego perderse de vista. Nos sentimos mejor una vez que tomamos esa decisión. Habíamos obedecido a uno de los instintos más poderosos, el de la propia conservación, y ese restablecimiento de la armonía nos dio nuevas fuerzas. Desatamos el bote del poste al que estaba amarrado, echamos la maroma en él, tomamos los remos y avanzamos con vigor.

Dimos un gran rodeo para evitar el puerto, introduciéndonos en el mar hasta perder de vista el resplandor de la playa. Vimos las estrellas inclinarse y hundirse y vimos los primeros rayos de la aurora. Las olas eran grises como el plomo y golpeaban la borda del bote como con unos nudillos humanos. Nos apresuramos impulsados por el único deseo de abandonar el ámbito de esa noche misteriosa. Nunca en mi vida he remado con tanta fuerza y resistencia como en aquella ocasión. Avanzamos con rapidez. Ya quedaba Trieste muy atrás y la mañana resplandecía. Sobre nuestras cabezas había nubes rojas, y las gotas que caían al levantar los remos eran como gotas de sangre.

De repente me sobresalté estremecido y miré a mi compañero de huida. Él también me miró, con los ojos rígidos y muy abiertos, en los cuales se reflejaba un espanto inmenso. En vano se querrá ver en lo que nos ocurrió una mala pasada de los nervios. En vano se querrá buscar una explicación de ello en la agitación precedente. Lo que nos ocurrió es imposible de describir. Fue una impresión igual a la que pueden transmitir nuestros sentidos despiertos. Me había llegado una llamada. Una llamada dura e imperiosa. Contenía una orden, abandonar de inmediato la huida y regresar. Era la orden de alguien que quería dominarme incondicionalmente. Y cuando miré al barón, supe que él había sentido lo mismo.

El poder que aspiraba a nuestra perdición estaba a punto de someternos de nuevo.

El barón dejó, dubitativo, el remo en el agua. Se sentaba frente a mí y no apartaba de mí sus ojos espantados. Por fin dijo con una voz extraña y monótona:

—Tenemos cosas que hacer en Trieste. Hemos olvidado algo, tenemos que volver.

Pero yo sabía que estaríamos acabados si nos rendíamos. Pese a ello, me costaba un gran esfuerzo ofrecer resistencia. Quería hablar, pero mi voz no salía, quedaba inaccesible a mi voluntad. Y mientras me atormentaba por formar palabras, sentí un dolor cortante en la cabeza y en las entrañas. Nunca había experimentado algo parecido. Por fin, después de haber superado un ataque de asfixia, grité:

—¡No! ¡Hay que seguir!

Pero apenas había dicho esto, me sentí como un criminal. Mi manera de actuar me repugnaba. Era como si hubiese profanado algo sagrado. Y anhelaba ser bueno, obedecer la orden y volver a tener una conciencia tranquila. No obstante, algo había que ofrecía resistencia. Una fuerza desconocida que no sabía nombrar, pero que daba seguridad porque me parecía como si ya me hubiese confiado a ella con frecuencia y en mi beneficio.

El barón seguía acurrucado. Había apartado la mirada y negaba con la cabeza.

—¡Coja los remos! —le grité—, ¡adelante!

Obedeció vacilante. Y yo también me puse a remar. Pero los remos eran tan pesados como barras de hierro, y aunque lograba meterlos en el agua, moverlos era como querer mover una masa viscosa. Lo más terrible era que yo mismo me despreciaba y que esa sensación se incrementaba con cada golpe de remo. Avanzábamos muy lentamente.

De repente el barón volvió a dejar quietos los remos y se volvió.

—No quiero —dijo—, regreso.

En la expresión de su rostro se podía constatar una transformación. Sus ojos habían adoptado una mirada pérfida y acechante. Vi claramente que me odiaba. Estaba furioso porque yo seguía remando.

—Bien —dije con esfuerzo—, regrese, pero primero quiero ir a tierra.

Más tarde he reflexionado mucho sobre cómo fue que él se sometiera incondicionalmente a la orden, mientras que yo (aunque con un esfuerzo inaudito) me resistí. Y creo que eso se debió a una mayor fuerza de voluntad, que yo he obtenido gracias a una vida bastante dura. Ya sabéis que mis padres eran pobres y que mi vida no transcurrió precisamente con facilidad. Tuve que luchar mucho y he sufrido carencias de toda índole. El barón, en cambio, llevó siempre una vida relajada. Había heredado un gran patrimonio que le procuraba seguridad y una existencia placentera. Sus éxitos no le costaron mucho.

Comprendí que no lograría que el barón se pusiera a remar. Se sentaba frente a mí y seguía todos mis movimientos con una mirada salvaje. Y yo supe que tenía que ponerme en guardia. Pero precisamente toda esa tensión de las fuerzas me benefició en mi lucha contra el extraño y remé más ligero que antes.

De repente, señaló con la mano en la dirección en que avanzábamos y dijo:

—Un barco.

Yo me dejé sorprender y torcí algo la cabeza hacia un lado. Noté entonces cómo el bote vacilaba y ya tenía su mano en mi garganta. Se había levantado y se había arrojado sobre mí. Con su ímpetu me había tirado hacia atrás. Estaba debajo de él y las oscilaciones del bote hacían que el agua de mar salpicara mi rostro. Sabía que estaba perdido si no podía desprenderme de él. Lentamente fui logrando situarme en ventaja. Con ayuda de unas llaves de Jiu-jitsu, el arte de los luchadores japoneses, le obligué a que soltara mi cuello, le apreté las arterias y por fin logré sujetar su brazo de tal manera que se lo podría haber roto sin esfuerzo si hubiese realizado algún otro movimiento. Ese agarre, que causa dolores terribles, le hizo entrar en razón. Me miró con gesto perturbado y se relajó. Por desgracia, nunca podré aportar la prueba de mi afirmación, pero es tan verdad como que el sol sale todas las mañanas que en ese momento miraba en el rostro de un extraño. El rostro del barón se había alterado por completo, no conocía al hombre que ahora tenía en mi poder. Se había vuelto feo, legañoso y los globos oculares eran raros, como girados hacia el interior.

Ahora pude levantarme y lo aparté de mí con un empujón, por lo cual cayó sobre el banco.

—¡Si vuelve a intentar algo así, le rompo la crisma! —le grité. Mi comportamiento tal vez fuera brutal pero suponía la única posibilidad de salvarme. Ahora bien, he de mencionar cuánto me despreciaba por esa brutalidad y cuánto en el fondo le daba la razón al barón, cuánto anhelaba regresar y recuperar esa paz tan profunda que el cumplimiento de la orden me ponía en expectativa. Actuaba completamente en contra de mi más íntima convicción cuando volví a tomar el remo en mis manos y comencé a remar. No os podéis hacer una idea de la honda disociación de mi ser. Estaba contra mí mismo. Y por motivos que me eran desconocidos, venció aquello que yo tenía por mi peor yo contra lo mejor de mí mismo.

El barón se sentaba en el fondo del bote con las piernas entrelazadas, como un oriental, mecía la cabeza de un lado a otro y gemía como un animal.

Pero el truco que había necesitado antes para su ataque, se correspondía ahora con la realidad. Un barco venía hacia nosotros e iba a cortar nuestro curso. Sentí que había llegado el momento de concluir la lucha en mi interior entregándome a desconocidos, y grité hacia el barco. Era un pesquero de Capodistria, que había estado toda la noche pescando y que ahora regresaba a puerto. Nos recogieron y, con las últimas fuerzas que me quedaban, supliqué al capitán que bajo ninguna condición se dejara convencer para abandonar su curso. Entré tambaleándome en el camarote y me sumí enseguida en un sueño terrible y pesado, tan profundo como un abismo.

Cuando me desperté, ya era casi el mediodía. Oí los ruidos del desembarque. La desagradable sensación de desasosiego que se siente cuando uno no ha cumplido un deber importante seguía ahí. Pero al menos ya era capaz de poder vivir conmigo mismo. Ya no era tan insoportable como antes. Con paso lento y vacilante salí a la

cubierta. Mi primera pregunta se refirió al barón Latzmann. Me miraron asombrados, se rieron y se apartaron de mí como si estuviera loco. Si no sabía que yo mismo había enviado al barón en el bote a que rodeara la península para llegar a Muggia. El barón había estado abajo y había recibido de mí un encargo importante y urgente que se debía cumplir de inmediato. Cuando grité que eso no era verdad, el patrón me miró compasivo, se encogió de hombros y se alejó. Corrí hacia la popa, donde se había amarrado el bote. Ya no estaba. El barón había cumplido la orden.

Ya sabéis que no se le ha vuelto a ver. Sigue desaparecido. Los sucesos que siguieron ya los conocéis por los periódicos. No permanecí mucho tiempo en Capodistria. Al tercer día tras esta aventura encontré mi propia esquela mortuoria junto a la del barón Latzmann en los periódicos. He de reconocer que tuve una sensación de lo más extraña cuando leí mi nombre dentro de ese recuadro fúnebre. Las autoridades albergaban la esperanza de encontrar la pista de los criminales a través de esas esquelas. Pero todo esfuerzo fue en vano. La enérgica acción investigativa se retrasó también por el hecho de que, entretanto, yo me encontraba con nuestro crucero en alta mar.

En lo que a mí concierne..., bueno, no voy a negar que he estado muy enfermo. La repugnancia que sentía por mí mismo duró, aun cuando con una intensidad reducida, mucho tiempo, a veces sufrí recaídas que me hundieron bastante. Era como si tuviera en mi cuerpo un veneno pérfido e insidioso. Era una infección de mis fuerzas anímicas que también afectó al cuerpo. Tendría que haberme tomado unas vacaciones. Pero ahora entro en la convalecencia, aunque siga estando algo débil...

EL MANUSCRITO DE JUAN SERRANO

En su último viaje por Sudamérica el profesor Osten-Secker, el meritísimo explorador de la selva virgen en la parte superior del Amazonas y en los limítrofes Andes peruanos, ha realizado un hallazgo de lo más extraño. En el convento difícilmente accesible, situado a la altitud de un Mont Blanc, de Santa Esperanza, ha logrado encontrar un manuscrito que da noticia de uno de los muchos héroes que en la época de los descubrimientos ayudaron a conquistar aquellos territorios. Procede de Juan Serrano, un participante en la primera circunnavegación de la tierra de Magallanes, sobre cuyo final hasta ahora no se sabía nada. Solo se sabe de él que después del sangriento banquete en la isla de Zubu, en el que todos los participantes fueron degollados, apareció en la playa, y pidió a sus compañeros que se habían quedado en el barco, por el amor de Dios y de la Virgen, que le rescataran de sus enemigos. Pero aunque él, herido y cubierto de sangre, solo vestido con una camisa y atado, ofrecía un aspecto digno de lástima, y aunque el rescate se podría haber logrado con dos piezas de artillería, dos barras de metal y un trozo de cuerda, el comandante Juan Carvallo se negó a liberarle y dio orden de zarpar. Pigafetta, a quien agradecemos el diario sobre el viaje de Magallanes, opina que Carvallo dejó a Serrano en las manos de los salvajes para no tener que rendir el mando supremo, ahora traspasado a él, en el capitán; aunque quizá también porque temiera una traición por parte de los insulanos. Hay que decir, como introducción, que esto se produjo el 1 de mayo de 1521 y que pocos días antes, el 27 de abril, Magallanes había dejado su vida en la isla Matán, cerca de Zubu, bajo las lanzas y mazas de los salvajes. El profesor Osten-Secker no ha podido averiguar cómo las anotaciones de Juan Serrano pudieron llegar al convento de Santa Esperanza. Tal vez se pueda suponer que algún marino español de época posterior hubiese encontrado el manuscrito en un nativo y lo hubiese llevado consigo, acabando en posesión del convento. Y ahora dejaremos que el manuscrito hable por sí mismo:

«En el nombre de Dios, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

»Yo, Juan Serrano, primero capitán del “Santiago”, luego de la “Concepción”, escribo estas líneas ante la proximidad de una muerte cierta, sin esperanzas de que lleguen a las manos de alguno de mis compatriotas. No obstante, si por intervención de la providencia divina o por obra de un milagro, un español o un portugués (contra los que no guardo ningún rencor, sobre todo siendo yo mismo portugués de nacimiento) leyera mis anotaciones, en ellas podrá apreciar cuántas tribulaciones nos puede preparar el demonio a nosotros, pobres pecadores, cuán débiles somos y cuán extraña es nuestra vida y muerte. Y le pido que rece por la salvación de mi alma, a ser posible en la Iglesia María de la Victoria de Triana, de Sevilla, donde Magallanes recibió el estandarte imperial de las manos de Sancho Martínez de Leiva.

»Tras la matanza de mis compañeros por el traicionero rey de Zubu me

condujeron a la playa, pero, aunque grité y supliqué con todas mis fuerzas para que me rescataran, tuve que ver cómo mis compañeros izaban velas y se alejaban de tierra. Y esto aunque Juan Carvallo era mi padrino, y aunque con las manos extendidas y por la memoria de su mujer y de las llagas de Cristo le supliqué que no me abandonara en esa isla a una muerte segura. Cuando vi que mis ruegos no lograban detenerlos, se apoderó de mí un estado terrible de furia y desesperación y comencé a maldecir a España y a mis compañeros y pedí a Dios que Juan Carvallo diera cuenta de mi alma en el Día del Juicio Final. Y también espero que mi maldición alcance pronto a ese hombre cruel y traidor, a mi padrino, y le traiga la desgracia y la muerte; y si es un deseo anticristiano y pagano, pido a la Virgen que me lo perdone.

»Así pues, me quedé solo en la isla de Zubu y mis vigilantes me llevaron de nuevo al pueblo, para que el rey decidiera qué hacer conmigo. Y una multitud de mujeres y niños se apiñó a mi alrededor, me arrojaron tierra, conchas y piedras y me golpearon en la cara hasta bañármela en sangre. Decidí entonces demostrarle a ese pueblo que no tenía miedo y que estaba dispuesto a morir, así que caminé erguido entre mis guardianes. Llegamos a la cabaña del jefe donde se había celebrado el banquete y donde nos habían asaltado. En torno a la cabaña habían clavado en el suelo una hilera de postes, en cuyo extremo puntiagudo se habían ensartado los cadáveres de mis compañeros. Cuando entramos, vi al rey en cuclillas en su lecho, y junto a él había un cuerpo humano extendido en el suelo, y al mirarlo con más atención reconocí a Duarte Barbosa, que como yo, durante el ataque, solo había sido herido. El cuerpo de mi compañero estaba seccionado de modo que se veía el interior del estómago y los intestinos, y el rey introducía una y otra vez sus manos en la cavidad, sacaba puñados de la grasa renal y se los metía en la boca. Pero Duarte Barbosa seguía vivo y gemía y lloriqueaba que daba pena verlo, y cuando me miró, me pidió por todos los santos y por la bienaventuranza eterna que le matara. Pero se lo habría podido pedir con el mismo resultado a una piedra, pues mis manos estaban atadas y en torno a los brazos habían apretado otra cuerda con tal fuerza que me parecía que en cualquier momento iban a desencajarse de los hombros. No puedo dejar de mencionar, sin embargo, que Duarte Barbosa se había acarreado el odio de los salvajes —pues así debo llamarlos pese a que todos ellos habían recibido el sagrado bautismo— ya que, por su temperamento, durante su estancia en la isla persiguió a las mujeres con demasiada insistencia y doblegó la voluntad de muchas de ellas, por lo cual, sin embargo, no se desató, ciertamente, la ira de los nativos, mientras Magallanes los mantuvo sometidos con sus miradas y palabras.

»Entretanto, el rey se volvió hacia mí y dijo algunas palabras en su lengua. Entró entonces Enrique, el esclavo de Magallanes, oriundo de Malaca, que había seguido a su señor a Portugal y a España y después por medio mundo hasta llegar cerca de su patria, pero después de la muerte de Magallanes se había separado de nosotros. Este Enrique, que entendía la lengua de la gente de Zubu y que nos había servido de

intérprete, me tradujo las palabras del rey, diciendo que del comportamiento de mis compañeros podía deducir qué pueblo de traidores y felones era el español, que incluso me habían abandonado por miedo a él. Eso me enojó y le repliqué que él mismo era el mejor ejemplo de felonía y traición, pues le había jurado a Magallanes obedecer al rey de España y ser su súbdito, que él había recibido el bautismo por obra de la providencia divina y había recibido para sustituir su antiguo nombre pagano de Rajah Humabon, el orgulloso nombre de Carlos en honor de nuestra imperial majestad, pero del cual se había mostrado completamente indigno, de modo que yo no podía sino tratarle, pese al bautismo, como a un repugnante pagano y adorador de ídolos.

»El rey, al oír estas palabras, se limitó a contraer el rostro y replicó que su Majestad Imperial Carlos V le importaba un comino, y que me fijara bien en mi compañero Duarte Barbosa para que me pudiera imaginar cómo me iba a ir en breve. A continuación, dio unas palmadas y entraron dos jovencitas, solo vestidas con un pequeño delantal de hojas, ceñido a las caderas, y un velo en la cabeza. En las manos sostenían cuchillos de pedernal y danzaron lentamente en torno al cuerpo ensangrentado de Duarte Barbosa, hasta que el rey les hizo una señal y ellas se arrodillaron y clavaron los cuchillos en su corazón. De inmediato se apagaron sus sollozos y yo pronuncié una oración a mi santo patrón, para agradecerle que Barbosa por fin hubiera quedado libre de sus sufrimientos.

»Me sacaron de la cabaña. Mientras pasaba por los postes con los cadáveres de mis compañeros, los conté y comprobé que eran veintiuno, así que supe que faltaba uno. Habíamos bajado a tierra veintisiete y de estos, Juan Carvallo y el sargento regresaron de inmediato porque habían concebido sospechas. Enrique se había pasado al enemigo, Barbosa aún estaba en la cabaña, yo mismo aún vivía y, por lo tanto, tenían que ser veintidós.

»No me quedó tiempo para averiguar más, ya que me condujeron deprisa y me arrojaron en el interior de una cabaña, donde me ataron a un poste con cuerdas tan bastas y con tal fuerza que pronto comenzó a brotar la sangre de la piel desgarrada.

»Por la tarde vino a verme el mencionado Enrique, se sentó frente a mí y comenzó a contarme cómo me iban a matar y que la población de toda la isla se alegraba por la gran fiesta. Al decir esto sus ojos brillaban de una manera tan terrible y su rostro se veía tan distorsionado como si me mirara Satán en persona. Y luego me dijo que él, con la ayuda de otros cuatro reyes de Zubu, había urdido toda la traición y que había convencido a Rajah Humabon, y que se alegraba por haber podido vengarse, por fin, de su secuestro y de su esclavitud. Reconocí en ese momento que también ese esclavo, pese a haber recibido hace tiempo el bautismo y llevar un nombre cristiano, era tan pagano como todos los demás.

»Me abandonó cuando comenzaba a anochecer y vinieron aquellas jóvenes que antes habían matado a Barbosa. Se sentaron a mi izquierda y mi derecha, respectivamente, con sus cuchillos de pedernal en las manos, y entendí que les habían

encargado ser mis guardianas. Pero ante la cabaña oí las voces de hombres y supe que eran muy cautos para evitar cualquier intento de escapada. Por mi parte, estaba tan débil por la pérdida de sangre, pues había recibido un golpe en la cabeza que casi me destrozó el cráneo, que ni siquiera podía pensar en liberarme. Por estar tan débil y exhausto, me dormí enseguida, pese a mis ataduras, y en sueños vi la ciudad de Sevilla y pasaba con Doña Mercedes por la iglesia de Santa María de la Victoria; de repente Doña Mercedes levantó su mano y me acarició el rostro con tal suavidad y cariño que me asombré mucho de por qué lo hacía. Pero entonces me desperté por un grito, como el graznido de un gran pájaro, y cuando recobré todos mis sentidos, noté dos cosas: que ese graznido procedía del techo de la cabaña y que una mano suave y cálida me acariciaba cariñosamente el rostro. Pero en la cabaña había una oscuridad tal que no podía discernir a quién pertenecía esa mano, deduje que tenía que ser una de mis guardianas, pues nadie salvo una mujer podía acariciar con tal delicadeza. Entretanto, duraba el graznido en el techo y era un griterío tan repugnante y siniestro que los perros que rodeaban la cabaña comenzaron a aullar como con miedo. Al poco tiempo cesaron las caricias, y las dos jóvenes hablaron entre sí en la oscuridad, a lo que siguió un canto en voz baja que confortó mi alma como un dulce alivio y casi hizo que se me saltaran las lágrimas. Cuando enmudecieron los graznidos en el techo y siguió sonando ese canto, el sueño se apoderó rápidamente de mí y no me abandonó hasta la mañana.

»Con la salida del sol, mis guardianas salieron y en su lugar vinieron cuatro guerreros del rey con lanzas y mazas, que examinaron mis ligaduras por si se habían aflojado. Enrique me trajo después pan y un pollo asado, que me fue introduciendo a pedazos en la boca, para que comiera y recuperara mis fuerzas, y para que, como él decía, soportara con firmeza la muerte, que volvió a describirme de la manera más terrorífica. Yo comí y omití responderle, pese a que me preguntó con insistencia si no sabía dónde podía estar el sacerdote Pedro de Valderrama, quien, según recordaba, también había bajado a tierra. Pero mis sentidos anhelaban únicamente que volviera la noche lo antes posible para sentir aquellas caricias y oír aquel canto maravilloso.

»Con la irrupción de la oscuridad volvieron, en efecto, las dos jóvenes con sus cuchillos de pedernal, con lo cual los guerreros abandonaron la tienda, de modo que pensé que entre esos paganos debía de ser costumbre, y se me ocurrió que mis dos guardianas tal vez fueran una suerte de sacerdotisas, como las que había en algunos pueblos de tierras descubiertas por los portugueses.

»Mientras hubo algo de claridad intenté adivinar cuál de las dos me había acariciado el rostro con tanta suavidad y dulzura la noche anterior. Pero solo hablaban entre ellas y ni siquiera me miraban. Una vez que se sentaron a mi izquierda y mi derecha, la de la derecha preparó una bebida con ingredientes de distintos recipientes. Murmuró unas palabras sobre ella y bebieron las dos. Yo había decidido no quedarme dormido para poder averiguar cuál de ellas albergaba sentimientos amistosos hacia mí. Pero tuve que esperar mucho tiempo, hasta la medianoche, antes de sentir una

mano en mi brazo. La mano fue subiendo lentamente hasta mi cuello, y noté de repente la frialdad del cuchillo de pedernal en mi garganta, por lo que me llevé un buen susto y creí que iba a morir en la oscuridad. Pero el cuchillo cortó la cuerda que rodeaba mi cuello y que me hacía difícil respirar y tragar. Después, cortó las ligaduras de las manos y de los pies, así que quedé libre. Sin embargo, no me moví, ya que pensé que la misma mano que me había liberado, también me daría una señal sobre qué hacer en lo sucesivo. Trascurrido un tiempo, comenzó a sonar en el techo de la cabaña el mismo griterío repugnante y desgarrador del día anterior, y también los perros comenzaron de nuevo a aullar y a gemir. Ante la tienda se elevó un murmullo de voces y un fragor de armas, y luego oí cómo se alejaban los pasos de varios hombres. Y trascurrido otro rato sentí que una mano agarraba la mía y con un tirón me daba a entender que me levantara, lo que hice de inmediato, para seguir ciegamente a mi guía. En el fondo de la cabaña nos arrastramos por un agujero en la estera y yo respiré con codicia el aire de la noche. Pero estaba tan oscuro que no podía distinguir nada de mi guía, salvo la figura y las estrías de color blanco con las que las mujeres de los Zubu se pintaban los pechos y las piernas y que ahora, al aire libre, resplandecían un poco.

»Nos deslizamos entre las cabañas del pueblo y rodeamos un monte hasta llegar a la selva. Allí hicimos una breve pausa, y la joven comenzó a hablar en voz baja, pero yo no pude responderle de otra manera que dándole las gracias en español por haberme salvado. Luego seguimos caminando, y cuando salimos de la selva, ya amaneciendo, nos encontramos, como pude advertir a la luz de la luna en su declive, en una planicie amplia y cubierta de hierba; a la misma luz reconocí en la guía a la joven que se había sentado a mi derecha. Después me enteré de lo que le había ocurrido a la otra, y con ello quedó confirmado lo que ya entonces suponía: que con la pócima le había dado también un brebaje que la sumió en un profundo sueño. La caminata por la pradera llena de hierba alta me resultó difícil y me costó un gran esfuerzo, a lo que se añadía el dolor provocado por la herida en la cabeza, ahora expuesta a los rayos del sol, y por mis pies hinchados. Cuando la joven se dio cuenta de que no podía avanzar más, se detuvo junto a una cascada, lavó mi herida y la vendó con su velo, acto seguido recogió unas hierbas con cuyo jugo untó las llagas purulentas de mis pies y muñecas, con lo cual sentí de inmediato un considerable alivio. Así que después de un breve periodo, pude seguir caminando.

»En el camino encontré muchos árboles cuyas hojas tienen vida. Esas hojas constan de dos partes, que están dobladas como alas y se unen a las ramas con tallos cortos y puntiagudos. En el otro extremo tienen un espino rojo. Cuando se las toca, huyen, vuelan un trecho por el aire, y si se las acorrala, se dan la vuelta y pinchan con el espino rojo, de manera similar a otros animales. Pero en realidad son hojas y creo que viven del aire.

»Por la tarde volvimos a subir un monte escarpado y con el crepúsculo llegamos a un desfiladero por el que tal vez camináramos una hora. Después nos adentramos en

una planicie cuya hierba se extendía ante nosotros como una alfombra. Volvió a estar todo muy oscuro, por lo que mi guía me tomó de la mano. A veces pasábamos por ruinas de piedra o arcos que parecían dar a entender que nos encontrábamos en una ciudad derruida. Pasamos la noche, después de que hubiésemos comido algunos frutos que la joven recogió en los arbustos cercanos, sin fuego junto a un montón de piedras, y como yo estaba muy cansado, me desperté muy tarde al día siguiente. Cuando miré a mi alrededor, reconocí que la noche anterior no me había equivocado, ya que realmente estábamos en las ruinas de una ciudad, con restos de muros y de torres, de pozos y de pórticos; pero lo que no había podido advertir en la oscuridad, era que esas ruinas y restos eran todos de oro puro, de modo que sus brillos y centelleos al sol daban la sensación de estar rodeados de llamas. Sabíamos, no obstante, que a ese metal en las islas descubiertas por nosotros se le atribuía poco valor, de modo que Magallanes nos tuvo que prohibir rigurosamente que mostráramos demasiada codicia por el oro, para que los salvajes no supieran lo valioso que era para nosotros. Pero jamás habría podido sospechar semejante riqueza en ese país. En comparación con las cabañas de corteza y caña de abajo, en la playa, estas ruinas doradas, que podrían haber sido diseminadas por un terremoto, parecían construidas por un pueblo diferente y —aunque no soy ningún sabio— osaría afirmar que esa ciudad ya se tenía que haber construido antes del Diluvio. En las ruinas también había muchas imágenes de ídolos gigantescas, de pie y sedentes, con ojos de piedras preciosas y anillos en los dedos, con uno solo de los cuales se habría podido comprar toda una casa en Sevilla, tan valiosa como en la que vivía Doña Mercedes.

»Cuando aprendí de Salaja, pues así se llamaba la joven, la lengua de su pueblo, supe por ella que sus paisanos conocían muy bien la existencia de esa ciudad dorada, pero que se guardaban mucho de entrar en ella ya que la consideraban habitada por el demonio. A mi pregunta de por qué Salaja pese a esa creencia de su pueblo se había atrevido a llevarme allí, se rio y me besó en la boca, como yo la había enseñado que lo hacían las mujeres españolas. He de añadir aquí que Salaja se había convertido en mi mujer, después de haber reconocido que había acometido todos los peligros y había concitado la ira de su pueblo porque me amaba. Y para que, si alguien encuentra estas anotaciones, no se crea que había tomado una mujer fea del tipo de las negras, he de decir que las mujeres de Zubu son casi tan blancas como nuestras mujeres, que las más jóvenes tienen una piel suave y delicada y que sus voces son muy melodiosas, de ahí que sea un placer oírlas cantar.

»Mi Salaja al principio llevaba, como todas las demás, estaquitas de madera en las orejas y se pintaba con tierra roja y blanca, pero se quitó las estaquitas y dejó de pintarse después de que le hubiera dicho que no me gustaban esos adornos. Era en todas las cosas dulce y obediente y hacía todo según mi voluntad, por lo cual a veces no me asombraba poco de que hubiese sido ella misma la que clavara el cuchillo en el pecho de mi compañero Duarte Barbosa.

»Vivíamos en la ciudad dorada, cuyo entorno nos suministraba frutos y alimentos

de sobra, un largo periodo, aproximadamente seis meses, sin ser molestados y sin sufrir las inclemencias del tiempo en esa comarca amena; y si al principio había pensado en mis compañeros y en mi patria con tristeza y anhelo, los fui olvidando día tras día, cada vez más, y vivía como un animal o una planta según las necesidades físicas. Y no puedo decir qué hubiera sido de mí ni hasta qué grado de olvido de mí mismo me hubiera llevado el demonio, si un día no hubiese ocurrido lo que voy a contar a continuación. (NB. Pero a veces me parece como si aquel periodo no hubiese estado bajo el signo de Satán, y que más bien, lo que aconteció después, se ha de atribuir a sus maquinaciones y a su juego maligno, de modo que aún me sigo sintiendo confuso y mi alma en modo alguno ha obtenido claridad sobre cómo he de pensar sobre estos asuntos. Por ello, antes de mi muerte quiero dirigirme con devota oración a mi patrón en el cielo para que tal vez facilite a mi alma el tránsito a la otra vida si no tengo que reflexionar sobre ello con tantas dudas y dolor.)

»Así pues, debió de ser unos seis meses después de mi liberación y desde la última vez que habíamos visto a otro ser humano, cuando Salaja, una mañana, poco después de haberse levantado, vino corriendo a nuestra cabaña de ramas y hojas y gritó que veía a alguien deslizarse entre los arbustos y las ruinas. La seguí de inmediato hasta un escondite y desde allí vimos a un hombre que se arrastraba con gran cautela por la oscuridad de los arbustos, de ahí que no pudiera distinguir nada más.

»Agarré entonces mi lanza, en cuyo extremo había fijado un filo de piedra y me dispuse a matarle en cuanto se acercara. Pero cuando salió de las sombras, reconocí en él a nuestro capellán Pedro de Valderrama, a quien creía asesinado como los demás. Su ropa estaba desgarrada y su rostro enmarcado por una barba enmarañada, pero estaba ante mí con vida. Mientras le contemplaba con estupor, él miró a su alrededor y su mirada terminó recayendo en uno de los montones de escombros de oro. Entonces cayó de rodillas, extendió las manos hacia el cielo, como si rezara, y yo me acerqué a él para saludarle. Pero él lanzó un grito, cayó al suelo y cubrió el rostro entre sus dos manos, de modo que tuve que hablarle un rato y decirle que yo era realmente Juan Serrano, su compañero. Después no concebí su susto como algo digno de asombro, ya que como yo, en mi huida, no llevaba puesta más que una camisa, Salaja me tejió después un taparrabos con hojas y fibras, y así, sin haberme cortado el pelo ni la barba y tostado por el sol, me parecía a un salvaje.

»Pero casi más que por mí se asombró por la ciudad dorada en la que vivíamos y dijo que todas las riquezas de las tierras descubiertas hasta entonces no se podían comparar con esos tesoros. En lo sucesivo siempre llevaba los bolsillos cargados de oro que sacaba y contemplaba como si no hubiese suficiente de ese metal esparcido por todas partes. Tras haberle llevado a nuestra cabaña, contó que se había salvado gracias a Cilatun, un hermano del rey, el mismo al que mediante el bautismo y sus oraciones había recobrado la salud. Ese hombre estaba gravemente enfermo cuando llegamos a la isla y durante cuatro días no había pronunciado una sola palabra. Ni el

hechicero ni el chamán habían logrado nada contra la enfermedad. Pero inmediatamente después de que le bautizara y de que don Pedro pronunciara una oración por él, se sintió mejor y en breve tiempo sanó por completo. Cilatun había salvado la vida del capellán por agradecimiento, le condujo a su casa desde donde pudo huir a la selva y después a las montañas.

»Tuve una gran alegría por haber encontrado a uno de mis compañeros, pero Salaja enmudeció y se puso triste, como si no le gustara la presencia de don Pedro, así que tenía que consolarla. En la noche siguiente a la llegada de Pedro volví a oír aquel graznido espantoso y siniestro cerca de nuestra cabaña, y como me di cuenta de que también había despertado a Salaja, le pregunté qué especie de pájaro era esa. Le tuve que repetir varias veces la pregunta antes de que me contestara que ese pájaro era el enemigo más enconado de las ballenas, y que cuando estas emergían de las profundidades para dormir con la boca abierta en la superficie del mar, ese pájaro se introducía por la boca hasta lo más hondo y con su afilado pico le arrancaba el corazón y así las mataba. Su graznido se tenía por infausto. Y por eso aquella vez los vigilantes apostados ante la cabaña también habían salido huyendo. A continuación le pregunté si a ella el graznido del pájaro realmente le había anunciado hasta ese momento una desgracia tan grande, a lo cual me apretó las manos y me besó como solo ha besado una mujer española.

»Al día siguiente don Pedro estuvo escalando por las ruinas y regresó tan confuso que no pude sino colegir que la visión de tanto oro se le había subido a la cabeza. Solo hablaba de que esas montañas de oro eran inmensas y que con ellas se podría comprar el reino de Castilla. Por la tarde subió conmigo a un montículo desde el cual se podía contemplar toda la pradera y se podía vislumbrar el mar.

»—¡Cuántas cosas se podrían conseguir con todo este oro! —dijo—, ¡y ahí está todo desaprovechado! Nosotros dos somos los hombres más ricos del mundo y nunca obtendremos nada de esa riqueza.

»Y continuó pintándome cómo se podría vivir en Sevilla y cómo seríamos admirados y servidos por todo el mundo. Pero cuando le respondí que yo evitaba pensar en eso, porque no podía conducir a nada y que nunca podríamos abandonar la isla, me opuso que ya había advertido que al convivir con esa mujer había perdido todo incentivo, más aún, que estaba en camino de olvidar mi cristianismo. Él ni siquiera se acordaba de haber bautizado a Salaja.

»A lo que yo le contesté que eso era muy posible ya que Salaja, con otras de su casta, estaba investida de una suerte de dignidad sacerdotal y que esas personas probablemente habían evitado recibir el bautismo.

»Él dijo que entonces tanto más necesario era acogerla en la comunidad cristiana, porque él no podía reconocer que yo siguiera viviendo como en matrimonio con una pagana; me preguntó si no le había hablado nunca de que estaba condenada al infierno y que era una réproba a los ojos de Dios.

»Le respondí que no lo había hecho porque ella me había salvado de la muerte y

no había querido ofenderla.

»A esto me opuso que bonito agradecimiento entregar a la muerte espiritual a quien me había salvado de la muerte física.

»Concluí entonces que se lo diría y que trataría de convencerla para que se bautizara.

»Después de este intercambio con don Pedro y mi promesa comencé a emplear, con todas mis fuerzas, mi influencia en ella para que se acogiera a la comunidad cristiana. Salaja no se opuso y dijo, aunque un poco triste, que haría lo que yo quisiera, y don Pedro celebró el bautismo y le puso el nombre de Teresa, uniéndonos asimismo en sagrado matrimonio. Ocurrido esto, él comenzó a instruirla con gran celo en la doctrina cristiana. Por orden de don Pedro fabriqué con dos ramas una cruz y la puse junto a la cabaña. Frente a esta cruz rezábamos nuestras oraciones por la mañana y por la noche.

»Don Pedro se había traído a tierra una imagen pintada de la Virgen y un libro de oraciones, y durante su estancia en la selva había conservado fielmente ambos objetos. Nos leía con frecuencia de ese libro y he de señalar aquí que al final del libro se encontraban varias páginas en blanco donde posteriormente consigné estas notas.

»Entretanto, el capellán no estaba muy satisfecho con los progresos de Teresa en la fe cristiana. Decía que en su interior seguía siendo una pagana pertinaz y que no se concentraba con la seriedad debida en la doctrina sagrada, pero especialmente que mi presencia la distraía, de modo que tenía que pedirme que no la acompañara en las horas de clase. Como yo quería que Teresa avanzara tanto en la fe cristiana que don Pedro dejara por fin sus continuos esfuerzos por la salvación de su alma y las amenazas que profería con tan gran celo, hice lo que me pedía y le dejé solo con Teresa durante la clase. Pero esto no llevó a mejorar la situación, todo lo contrario; un día que pasé por la selva cerca de la cabaña, oí un grito y reconocí la voz de Teresa. Lo único que se me pudo ocurrir es que Teresa había sido atacada por un animal salvaje, así que corrí hacia ella y la encontré de rodillas ante el capellán, que la sujetaba por la muñeca, mientras con la otra mano amenazaba con golpearla. Cuando me vio, dejó caer la mano, pero yo reconocí en su rostro que se encontraba completamente enfurecido y su enojo era tan grande que al principio ni siquiera fue capaz de hablar. Por fin dijo que Teresa se mostraba ante las verdades sagradas tan obtusa y reacia que a él le había abandonado la paciencia cristiana y estaba a punto de castigarla.

»A esto dije yo (porque consideraba que Teresa estaba más bajo mi responsabilidad que bajo la de don Pedro) que eso de castigarla era cuestión mía, y que si seguía siendo tan incorregible y porfiada que me lo comunicara para que yo la hiciera entrar en razón.

»Pero don Pedro replicó que ya había perdido toda esperanza de hacer de Teresa una verdadera cristiana y que ya no se esforzaría por conseguirlo.

»Durante esa conversación Teresa permaneció callada, pero por la noche se

acercó a mí y me preguntó si yo deseaba que se entregara como mujer al capellán. Yo sabía que en la isla de Zubu se practicaba la costumbre de ofrecer las mujeres de la casa a los amigos y a los huéspedes, y nuestro contingente había hecho tal uso desmesurado de esa costumbre que entre los hombres cundió un enojo considerable, ya que vieron que sus mujeres terminaban por preferir a los extranjeros. Pero de esa pregunta de Teresa deduje que las lecciones cristianas de don Pedro no habían calado en ella lo suficiente como para distinguir entre ser la mujer de un salvaje y de un español, para quien no tiene validez la costumbre de su tierra. Esto se lo expliqué, le mostré que ahora era una cristiana y que, por lo tanto, tenía que renunciar a las costumbres paganas, y por último le dije que don Pedro, en su calidad de sacerdote, había hecho un voto de castidad y no podía mantener esas relaciones con las mujeres. A esto ya no respondió nada.

»El capellán, en efecto, desde entonces ya no se tomó la molestia de educar a Teresa en la doctrina cristiana y su comportamiento hacia ella siguió siendo duro y adusto, pero tanto más se obsesionó de nuevo con los grandes tesoros de la ciudad dorada. Su conversación cotidiana volvió a tratar de España y de Sevilla y me recordó lo bien que me iría allí y que podría comprarle a doña Mercedes todo lo que ella quisiera. Así que yo también comencé a pensar más que antes en la patria, se apoderó de mí una gran inquietud y trazamos planes sobre cómo poder salir de allí. Sabía que Magallanes en sus últimos días había calculado que ya no estábamos lejos de las tierras de los portugueses, y el comerciante musulmán que habíamos encontrado en Zubu tenía que haberlas conocido, pues le había sugerido al rey que se guardara de nosotros, pues éramos los mismos hombres que aquellos que habían arribado más al oeste. Por lo tanto, conferenciamos muy a menudo sobre cómo alcanzar, con ayuda de Dios y de todos los santos, una población portuguesa, la cual, aunque enemiga de España, no nos dejaría en las manos de salvajes. Pero por mucho que reflexionamos ningún plan ni ninguna idea nos parecían apropiados. Por más que lográramos construir una almadía sin ser descubiertos por los nativos de Zubu, sin mapas ni otra posibilidad de orientarnos, con toda probabilidad habríamos sido pasto de los peces en vez de comenzar una nueva vida.

»Una y otra vez subíamos a un monte desde el que se veía el mar por si acaso descubriéramos alguna nave portuguesa. Pero no veíamos nada salvo, de vez en cuando, alguna vela de los paganos que salían a pescar. En esas horas vislumbraba con tanta más claridad mi bella patria y pensaba en doña Mercedes, cómo me abrazó al despedirme y me susurró que tenía que regresar pues su vida dependía de la mía. Al pensar tanto en ella, los rasgos de su rostro se me hicieron presentes con extraordinaria claridad, y ocurrió que una noche, en la imagen de la Virgen de don Pedro, descubrí la gran semejanza con el semblante de mi amada. Habíamos vuelto a hablar de nuestra huida, y Pedro había sacado la imagen y me la había acercado para que la besara, diciendo que él confiaba en la ayuda de la Madre de Dios, cuando aprecié esa semejanza. Y eso me pareció un buen signo para nuestros planes, de

modo que me alegré y comencé a tener esperanzas tan fuertes como nunca antes. Le conté también a don Pedro de mis nuevas esperanzas y él me dio la razón que la semejanza de la Virgen con mi amada se había de entender como un buen presagio.

»La noche siguiente, cuando yacía insomne, se me ocurrió si no sería posible apoderarnos de uno de los barcos de pesca de los nativos y huir llevándonos algo de oro. Teresa sabía dónde ocultaban los barcos, y con la oscuridad de la noche, cuando los vigilantes podían tomarla por una mujer del pueblo, podría soltar uno de ellos y llevarlo a un lugar en el que estuviéramos en condiciones de embarcar.

»Pero cuando al día siguiente discutimos este plan y nos pareció bueno, al pedirle a Teresa que colaborase con nosotros, nos replicó que jamás lo haría. He de mencionar aquí que en los últimos tiempos en Teresa se había producido un gran cambio. Mientras que anteriormente siempre estaba alegre y dispuesta a conversar, se fue volviendo cada vez más silenciosa y reflexiva. Cuando hablábamos de nuestra huida y de la patria, se acurrucaba en el suelo y nos contemplaba con miradas hurañas. Sobre todo desde que averiguó que yo quería regresar con doña Mercedes, mostró con creciente claridad que estaba en contra de nuestros planes. Pues bien, con el recuerdo renacido en mi amada de Sevilla se me hizo consciente la gran diferencia existente entre Mercedes y esta Teresa. Pensé en cuánto más clara y luminosa era la piel de mi amada española, y cuánto más delgadas eran sus caderas y cuánto más fino y sedoso era su pelo. Cómo le gustaba bromear a Mercedes, y cuán extrañas y excitantes eran sus caricias, de las que Teresa no sabía nada. De ahí que alguna vez la tratara con dureza y enojo cuando ella, con su comportamiento, me mostraba esa diferencia con gran claridad.

»Así que ahora comencé a gritarle, diciéndole que me tenía que obedecer y que no toleraba que me contradijera. Ella se levantó y dijo que jamás ofrecería su mano para ayudarme a regresar a mi patria y a doña Mercedes. Y también don Pedro comenzó a gritarle y le reprochó que cómo podía osar ni siquiera llevarse a los labios el nombre de doña Mercedes y que ella, en comparación con una mujer española, no era más que el polvo a sus pies; y para enseñarle a las claras cuán baja tenía que sentirse, sacó su imagen de la Virgen y dijo que mi amada se parecía a ella. Teresa, entonces, extendió las manos hacia la imagen, la agarró y la contempló un largo rato con una expresión salvaje en su rostro, como nunca se la había visto, ni siquiera cuando clavó el cuchillo en el pecho de Barbosa.

»A continuación, le devolvió la imagen al capellán y salió corriendo de la cabaña. Ese día no regresó y por la noche tampoco se arrodilló con nosotros para adorar a la cruz, cosa que antes había hecho. Después de que regresara por la noche, a la mañana siguiente la confronté y la castigué con palabras muy duras. Pues don Pedro se había enojado mucho por esa falta y había dicho que teníamos que rezar ahora con mucho más celo que nunca y exponer al Señor nuestros planes para que no nos negase su ayuda.

»Teresa, sin embargo, calló con obstinación y después salió corriendo, para pasar

de nuevo todo un día fuera. Me enfureció muchísimo que volviese a descuidar los minutos consagrados a la devoción de la cruz, porque yo compartía la opinión de don Pedro de que Dios nos consideraría culpables por haber dejado que un alma confiada a nosotros volviera a los dominios del demonio. Cuando vi que no podía lograr, con amenazas, que rezase a nuestro lado ante la cruz, le pegué con un palo que don Pedro había cortado de un árbol. Pero ella se mantuvo firme y se dejó pegar, sin quejarse, y por mucho que me esforcé por obligarla con el dolor a que participase en el ejercicio devoto, al final tuve que dejarlo. La sangre clara corría por su espalda y por mucho que la despreciara por su pertinacia, me compadecía de ella.

»Tuvimos que rezar otra vez sin Teresa, y don Pedro me insistió en que por culpa de esa pagana porfiada nuestras esperanzas disminuían continuamente. Le dije que prefería intentarlo por las buenas. Pero Teresa no daba ninguna oportunidad para ello, llegaba por la noche a la cabaña haciendo tan poco ruido que no nos despertábamos y volvía a desaparecer cuando amanecía. Esto duró tres días. El cuarto día vino don Pedro y me dijo que temía que Teresa hubiese renegado del todo de la fe cristiana y se hubiese entregado al demonio, pues él había encontrado frutos frescos y flores, como ofrendas, ante uno de los ídolos en las ruinas, y no podían proceder de nadie salvo de Teresa. Me llevó ante el ídolo y lo encontré como él había dicho. Y era un ídolo espantoso con cuatro piernas y cinco brazos, de los cuales el quinto salía del estómago protuberante. En la cabeza llevaba un adorno de plumas con un pico de pájaro abierto. Se apoderó de mí el horror al saber que Teresa se había entregado a esa superstición repugnante, después de haber sido bautizada. Don Pedro opinó que nos escondiéramos y que la sorprendiéramos cuando viniera a ofrendar. Así que nos escondimos varias horas entre los matorrales, hasta que oímos pasos y vimos venir a Teresa con flores y frutos. Esperamos a que hubiese dejado sus ofrendas y que comenzase a danzar, de la manera típica de su pueblo cuando quieren venerar a sus ídolos; luego salimos de un salto al mismo tiempo y don Pedro la agarró del brazo y la obligó a ponerse de rodillas.

»—¡Miserable idólatra! —gritó—, ¡mujer de Satanás, receptáculo de pecados! ¿Cómo puedes ensuciar de esa manera tan asquerosa tu alma purificada por el bautismo? Mereces que se te arroje de inmediato en el abismo del infierno y que se te excluya de toda gracia y compasión.

»Y yo añadí que cómo se había podido entregar así en las manos del mal, habiéndome dicho ella misma que según las creencias de sus paisanos aquí, en las ruinas doradas, moraba el demonio.

»Pero ella gritó en su lengua:

»—¡Esa creencia es la verdadera! En estas ruinas mora el diablo. Y allí está él.

»Y con estas palabras señaló al capellán, que al oírlas se asustó y retrocedió conmocionado por la perfidia pagana de Teresa.

»Pero apenas se había recuperado, gritó que quería expulsarle los demonios a Teresa y que no tenía ganas de tolerar por más tiempo en su proximidad tales

atrocidades y horrores paganos. Y Teresa vería que sus ídolos no son más que humo y aire ante el hálito del Señor. Dicho esto, me conminó a ayudarlo y a empujar al ídolo para derribarlo. Una vez que habíamos reunido cuerdas y barras, pusimos manos a la obra con empeño y logramos que la estatua cayera al suelo con un crujido sordo. Teresa había cubierto su cabeza como si no quisiera ver nuestra acción. Después recorrimos las ruinas y derribamos todos los ídolos, veinticinco en total, a la mayor gloria de Dios.

»Pero por la noche se originó un terrible estrépito sobre nuestras cabezas y un rumor en la tierra de modo que el suelo comenzó a oscilar como un barco y nuestra cabaña se derrumbó como si los postes que la sujetaban fueran de cañas delgadas. Salimos corriendo y vimos una gran llama en la cima de la montaña más alta y un resplandor como de sangre alrededor de todas las ruinas. El aire estaba preñado de gritos y alaridos de mil voces, como si sobre nosotros se cernieran todos los demonios del infierno. Los escombros de la ciudad dorada rodaban y producían un sonido metálico al chocar entre ellos. Una gran roca que cayó de la altura delante de don Pedro estuvo a punto de matarle. Resonó entonces la risa de Teresa con un tono casi cruel, lo que indujo a don Pedro a decirle que debería callarse y encomendar mejor su alma a la Virgen María. De repente, vimos una nube roja y brillante que surgía de la cima de la montaña y que avanzaba por su pendiente. En su camino cada vez se redondeaba y enrojecía más. Dirigió su curso hacia nosotros y vino con tal rapidez que, apenas nos habíamos dado cuenta del peligro, ya nos cubría. Fue solo un instante en el que creímos respirar fuego y abrasarnos, pero pasó y, para nuestro asombro, habíamos quedado ilesos. Tras esa explosión se tranquilizó el aire y la tierra, y en las primeras horas de la mañana pudimos echarnos a dormir.

»Al despertarme me propuse arreglar la cabaña con ayuda de Teresa, mientras don Pedro iba a descubrir qué es lo que había ocurrido esa noche, ya que el suelo mostraba por todas partes grietas y hendiduras anchas y profundas. Pero no había trabajado mucho cuando vino don Pedro corriendo, y estaba tan confuso y jadeante que creí que se había topado con algo especialmente espantoso. Me tomó de la mano, me condujo hacia un gran bloque de oro que estaba junto a la cabaña y me dijo que lo tocara. Lo hice y sentí como si tocara una masa blanda y el oro se escapó de mis manos, se desmenuzó, corrió hacia abajo y se transformó en polvo. Y cuando don Pedro golpeó el bloque con el puño, se desmoronó por completo y no quedó más que un montoncito de cenizas.

»Después de reflexionar algo, dije que quedaba demostrado que nos habíamos equivocado, que habíamos tomado una piedra muy semejante al oro por oro auténtico y que esa piedra ahora, por la reacción química ocurrida esa noche a través de la nube brillante, se había descompuesto.

»Pero don Pedro se arrojó al suelo, pegó puñadas a su alrededor y gritó de tal manera que yo creía que le habían acometido calambres. Por fin se levantó, me llevó a un lado y me dijo que ahora desgraciadamente estaba claro y se había demostrado

sin duda alguna que esa mujer que teníamos con nosotros era una bruja pérfida, una hechicera, a la que, por la salvación de nuestra alma, teníamos que expulsar o liberar de sus demonios. Esto no lo pude creer así de inmediato, pero don Pedro me indicó cómo estaba todo relacionado, primero la negativa de Teresa a rezar con nosotros, después sus ofrendas al ídolo y, después de haber derribado las estatuas, con ayuda de los furiosos demonios había desencadenado ese desastre nocturno. Y para colmo había seguido la destrucción de todo nuestro gran tesoro.

»Tuve que reconocer que su sospecha no carecía de fundamento, y di, por lo tanto, mi consentimiento para presionarla con nuestras preguntas. Pero cuando Teresa le iba a responder a don Pedro, se volvió hacia mí y me dijo que ya no quería ocultar por más tiempo que el capellán la perseguía con su odio. Hasta ahora había callado para no causar ninguna discordia entre nosotros, pero quería confesarme que don Pedro la odiaba porque no se había entregado a él por mi mandamiento.

»Don Pedro entrelazó las manos y las elevó al cielo.

»—¡Hermano! —gritó—, ya ves hasta dónde llega la maldad abismal de esta criatura perdida que incluso se atreve a arrojar sobre mí esa ignominiosa sospecha para apartar nuestra atención de sus vilezas. No tengo que insistir en que todo eso no son más que mentiras apestosas, infernales e infames, invenciones de los demonios a los que se ha entregado.

»Hasta yo mismo me asusté de la vileza y depravación de Teresa y coincidí con don Pedro en que la teníamos que castigar en nombre del Señor para expulsarle los demonios. Así que atamos a Teresa a un poste y le pegué con una vara; pero trascurrido un tiempo dijo don Pedro que yo ya estaba cansado y no aplicaba la fuerza suficiente a los golpes. Así que dejé a Teresa en manos del capellán y se puso manos a la obra con gran celo. Después de haber roto tres varas del grosor de un dedo pulgar, mostró don Pedro a Teresa nuestra imagen de la Virgen para comprobar si el demonio ya la había abandonado. Pero Teresa se negó a besar la imagen. Dijo que nada la impulsaría a mostrar su respeto a mi amada. Vimos entonces que aún no se había liberado de los demonios, y don Pedro opinó que teníamos que recurrir a medios más efectivos; trajo un par de troncos de la madera resinosa con la que manteníamos nuestro fuego y los prendió. Yo no quería seguir mirando, aunque como buen cristiano me decía a mí mismo que era nuestro deber proceder así, con tal dureza, contra Teresa. Así que me fui y la dejé con el capellán quien quería quemarla un poco con el tronco. Pero no tardé en arrepentirme, sobre todo porque oí gemidos y sollozos, y regresé para decirle a don Pedro que ya era suficiente. Teresa presentaba quemaduras por todo el cuerpo, pero seguía siendo imposible obligarla a que besara nuestra imagen de la Virgen, por lo cual quedaba demostrada claramente la pertinacia del morador diabólico que la poseía. Pese a ello, no podía soportar la visión de su espalda desgarrada, así que recogí algunas hierbas medicinales que ella me había enseñado y se las puse con un vendaje hecho de fibras vegetales. Teresa no dijo nada, se limitó a besarme la mano, de modo que comencé a creer que se había ablandado y

que tal vez al día siguiente no opondría tanta resistencia a nuestros esfuerzos.

»Pero tuvimos que comprobar que Teresa se encontraba por completo en poder del demonio. Don Pedro había colgado por la noche la imagen de la Virgen en uno de los postes nuevos interiores que sostenían nuestra cabaña, para que la Madre de Dios extendiera su manto sobre nosotros y nos protegiera de los malos espíritus y de los horrores de los que estábamos rodeados. Cuando amaneció y nos levantamos, vimos que la imagen no estaba en su lugar y la encontramos por fin tras larga búsqueda entre los matorrales, completamente destrozada. Como el cuchillo de pedernal de Teresa estaba al lado, no tuvimos dudas de que ella la había destruido. Y cuando le preguntamos después, de ningún modo negó su vil acción, sino que habló con un fuerte brillo en los ojos y dijo que ahora había matado a su enemiga.

»De mí se apoderó entonces una furia ciega, pues mi corazón sentía un gran apego por esa imagen, que era nuestra reliquia y que al mismo tiempo mostraba los rasgos de mi amada. Tuve la sensación como si Teresa, al destruir la imagen, hubiera acabado también con todas nuestras esperanzas de regresar alguna vez a España. Perdí por completo el dominio de mí mismo, pegué a Teresa con los puños y al final la expulsé diciéndole que la mataría si alguna vez se atrevía a regresar. Don Pedro había opinado que hubiese sido mejor castigarla antes, pero yo ya estaba harto de pegar y chamuscar y lo único que me importaba era no volver a verla más.

»Durante un tiempo se quedó cerca de nuestro campamento y miraba hacia mí como si no entendiera lo que le había dicho. Pero cuando le repetí mi orden con palabras fuertes y le indiqué con la mano extendida que se alejara, se dio la vuelta y se fue con la cabeza baja. Yo me subí al monte sobre las ruinas, que cada vez se desmoronaban más, y miré hacia ella, cómo descendía por la pendiente y después se adentraba en la amplia pradera, que, a mi parecer, tenía que conducir al pueblo, de modo que asumí que quería regresar con los suyos.

»Y ahora he de informar de algo extraño que demuestra claramente cuán poderoso es el demonio en nosotros y cuán grande es nuestra debilidad. Apenas había desaparecido Teresa de mi vista, me asaltó una enorme tristeza que duró todo el día, por más que me repitiera una y otra vez que debíamos alegrarnos de que esa pérfida pagana y servidora del demonio por fin nos hubiese abandonado, y por más que don Pedro me recordara las palabras de la higuera seca que hay que arrancar y echar al fuego. A lo largo de la noche mi tristeza se convirtió en un intenso desasosiego que no me dejaba dormir y que me obligaba a dar vueltas, así que terminé por despertar a don Pedro, quien me preguntó qué pasaba. Entonces no pude ocultarle que no podía dormir porque Teresa nos había abandonado. A esto respondió don Pedro que eso le causaba una gran preocupación y que no tendríamos que haber dejado que la mujer se fuera, puesto que era de temer que revelara a los suyos, por venganza, el lugar en el que nos encontrábamos. Yo sabía que Teresa nunca haría eso, pero no se lo quería decir a don Pedro porque tal vez hubiera pensado que aún sentía demasiado cariño por Teresa.

»Pero con cada hora que pasaba aumentaba, pese a todas las objeciones del cristiano en mi interior, el poder de Satanás, de modo que a la noche siguiente, me hallaba confuso y entristecido hasta lo más hondo de mi alma. Pues había reflexionado sobre el destino de Teresa y tenía que imaginarme continuamente que los suyos la recibirían mal por haberles traicionado y tal vez, incluso, la castigarán con severidad. Y no podía quitarme este pensamiento de la cabeza hasta que las imágenes que provocaba se fueron volviendo más terribles y sangrientas. Por la noche sentí como si una voz me llamara por mi nombre. Me senté y en ese mismo momento oí muy cerca los repugnantes graznidos y alaridos de ese pájaro que desgarró el corazón de las ballenas dormidas. Se apoderó de mí entonces tal espanto que casi perdí el conocimiento. Me levanté y salí corriendo sin ni siquiera informar a don Pedro de mi propósito; me alejé de las ruinas, descendí por la montaña y atravesé la pradera en dirección al pueblo. Corrí tan deprisa que no me sentía a mí mismo, solo de vez en cuando me asustaba por los largos saltos que daba y que también daba mi sombra a la luz de la luna.

»A eso del amanecer llegué al bosque situado por encima del pueblo y tuve que avanzar más lentamente entre los troncos. Cuando abandoné el bosque, el sol ya estaba a punto de salir. Me encontraba en una protuberancia rocosa sobre las cabañas, y aunque estas estaban situadas en una hondonada, de modo que la claridad del cielo matutino no las alcanzaba, podía verlo todo con precisión, pues en la plaza, junto a la casa del rey, se habían encendido dos grandes fogatas en torno a las cuales se apretaba la multitud del pueblo. Eso echó por tierra mis esperanzas, pues ahora me resultaba imposible alcanzar el pueblo sin ser visto y averiguar dónde se encontraba Teresa. Mientras reflexionaba sobre el modo en que había de proceder, el rey salió de su cabaña y el pueblo retrocedió de inmediato, de modo que quedó libre un espacio circular en el que ardían los dos fuegos. Entre ellos yacía en el suelo, atado con cuerdas, un cuerpo humano, y en él reconocí a Teresa.

»El rey fue saludado con un gran estruendo de tambores y atabales, y los guerreros, situados en círculo, blandieron sus lanzas y clamaron su nombre. Después de haber tomado asiento en una estera frente a la prisionera, se aproximaron desde el fuego dos mujeres con un pequeño delantal de hojas y con collares de corales entre los senos. Se trajeron tres vasijas, en una había pescados asados, en la otra alguna comida en forma de pasteles, y en la tercera, paños y cintas de fibra de palmera. Después de situar las vasijas en el suelo ante el rey, las tres mujeres se adelantaron, tomaron uno de los paños, lo extendieron en el suelo y se pusieron encima, dirigiendo su rostro hacia el este, donde la claridad anunciaba la inminente salida del sol. Una de las mujeres tenía en la mano una suerte de trompeta de caña, las otras un cuchillo de pedernal. Así permanecieron un rato, inmóviles, hasta que el sol asomó por encima del mar. Fue entonces cuando una de ellas sopló tres veces en su especie de trompeta y comenzó en voz alta un canto al que respondieron las otras. Después de haber continuado ese canto alterno hasta que el sol salió del todo, la primera mujer ocultó

su cabeza con uno de los paños y comenzó a rodear lentamente el cuerpo en el suelo, las otras se pusieron en la frente las cintas y siguieron a la primera dando sus mismos pasos. A partir de ahí se alternaron y la primera arrojó el paño y tomó una cinta, mientras que la segunda se cubría la cabeza. A continuación, arrojaron paño y cinta y comenzaron a rodear danzando a la prisionera, durante lo cual volvieron a cantar alternativamente. Vi resplandecer los senos desnudos y los collares de corales entre ellos oscilando hacia arriba y hacia abajo. Esa danza duró un buen rato y, después de que el rey hiciera una señal con la mano, se aproximó a él la primera mujer y tomó de él una vasija plana llena de vino de palma. Regresó danzando, se llevó la vasija tres o cuatro veces a los labios sin beber y terminó derramando el vino sobre el pecho de Teresa. En el mismo instante, la otra danzante se abalanzó sobre Teresa y le clavó dos veces el cuchillo de pedernal en el corazón. Los tambores y los atabales prorrumpieron en un ruido infernal, la primera mujer mojó el extremo de la trompeta en la sangre que manaba y salpicó con ella al pueblo, de una manera no muy diferente a la que emplean nuestros sacerdotes con el agua bendita.

»Todo esto lo contemplé en un estado que me privó de toda voluntad y solo me dejó la actividad de los sentidos para no ahorrarme nada de lo acontecido. Me hice fuertes reproches por mi cobardía, pero al mismo tiempo comprendí que allí ninguna valentía del mundo podría haber arrebatado a Teresa de su destino. No sé qué siguió en el pueblo, abandoné el lugar y regresé lentamente por la selva, atravesé la pradera y me dirigí a nuestro campamento. No necesité ninguna medida de precaución, porque me era indiferente si era descubierto o no.

»Cuando llegué al montón de cenizas de la ciudad dorada, encontré a don Pedro muy preocupado por mí, pero no respondí a sus preguntas de dónde había estado, pues me invadió un espantoso odio hacia él porque el demonio comenzó a susurrarme que solo él era el culpable de la muerte de Teresa. Me senté en el suelo, y al apoyarme en la hierba con la mano, Satanás puso en ella el cuchillo de Teresa. Tuve que levantarme de inmediato y me presenté, con el cuchillo en la mano, ante don Pedro, y sin saber qué hacía, le clavé el cuchillo dos veces en el pecho, de lo cual se puede juzgar que el demonio, y no mi propia voluntad, conducía mi mano.

»Pedro se desmoronó y gritó:

»—¡Hermano!, ¿qué has hecho?

»Y expiró.

»Después de que muriera, obtuve conciencia de lo que había ocurrido y supe que el Señor y todos los santos me habían abandonado.

»Las pocas páginas que puedo emplear en estas anotaciones, se acaban, y he de apresurarme a decir lo que aún falta. Enterré a don Pedro al pie de la cruz, donde pronunciábamos nuestras oraciones, después de tomar su libro. Acto seguido, abandoné el lugar que los nativos, con toda la razón, consideraban una morada de demonios, y me dirigí a la costa, decidido o a sucumbir o a abandonar la isla. En una de las noches siguientes logré, pese a los guardianes, robar uno de los botes de los

paganos y salir a la mar sin ser advertido.

»Tras muchas aventuras y peligros y tras padecer varios días de hambre, el viento me llevó a esta pequeña isla, que, según lo mencionado por los nativos, pertenece al imperio de Cipangu, y donde me han acogido gentes inofensivas y amables. Entretanto, trascurrida una breve estancia, me han acometido fiebres altas que me han debilitado considerablemente, ya que regresan de continuo y estoy convencido de que me van a traer la muerte. Pero no quería morir sin antes contar por escrito mis experiencias en la isla de Zubu. Yo mismo me he preparado la tinta y escribo con plumas de caña, y los paganos de esta isla, al ver lo que hago, me tienen por un gran hechicero. Estas anotaciones no pretenden ser una noticia para el mundo, que nunca las tendrá ante sus ojos, sino sobre todo para mí mismo, ya que me he decidido, en cuanto las termine, a quitarme de la cabeza los pensamientos sobre los días en Zubu y a vivir exclusivamente dedicado a la oración y a la penitencia por amor de la salvación de mi alma, y a esperar la muerte. Pero si pese a todo cayeran en las manos de un cristiano, repito la petición realizada al principio y termino como comencé: ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén!

EL BOSQUE DE AUGUSTOVO

Los cinco reservistas nos encontrábamos en el bosque de Augustovo, separados de nuestras tropas para rodear un pantanal. Los otros se fueron por la izquierda, nosotros por la derecha, así de sencillo, pasando por un par de troncos...

Luftschütz fue por delante, intentando guardar el equilibrio sobre los troncos nevados y resbaladizos, moviendo los brazos como si fueran alas, y graznaba y daba saltitos como un grajo. Era un tipo alegre.

De un charco gris verdoso sobresalían dos manos con dedos crispados entre témpanos agrietados. Ahí se había hundido uno. Pero en las manos no se veía si había sido uno de los nuestros o un ruso. La hierba palustre, amarilla, delgada, podrida, se enredaba con la nieve como el pelo de un muerto con los terrones.

Entonces hicimos nuestro gran hallazgo. Una huella profunda recorría la nieve, el bosque estaba pisoteado y revuelto, nos llamó la atención que los árboles presentaban incisiones. Seguimos un trecho la pista y llegamos a una hondonada cuyos bordes estaban completamente apisonados. La gruesa capa de hielo en el agua estaba destrozada, los fragmentos afilados sobresalían rígidos y desordenados.

No hacía falta ser muy listo para adivinar que los rusos habían hundido allí una de sus piezas de artillería más grandes o, incluso, varias de ellas, para esconderlas de nosotros. Karl Sammt se quitó el abrigo y la parte superior del uniforme, se puso boca abajo e introdujo el brazo desnudo en el agua negra, que ya se había cubierto con una delgada piel congelada. Estaba seguro de que allí los rusos habían ocultado ese cañón famoso al que habían atribuido tantas victorias.

Nos alegramos de haber descubierto la treta de los rusos y Simónides nos invitó a todos a un trago de su botella de coñac. Después, se fue con Karl Sammt para dar el parte, y los tres restantes nos quedamos allí para que no nos sacaran los huevos del nido.

A Robert Eckler la pausa le venía de perlas. Su corazón se había rendido. Era un hombre mayor y como secretario de un abogado había pasado con demasiada rapidez de una vida sedentaria a emprender largas marchas, ¡y a qué velocidad! Se echó en la nieve como una liebre invernal. Luftschütz contó chistes.

Duró tres horas hasta que los camaradas regresaron. Estaban intranquilos y nos informaron de que, pese a una búsqueda insistente, no habían podido descubrir ni una sola pista de nuestra gente. Luftschütz se enojó un poco, se habían perdido tres horas y ya no quedaba mucho tiempo de luz, lo único que tendrían que haber hecho es seguir las propias huellas para llegar al camino correcto.

Karl Sammt puso un semblante hosco y se acuclilló en la nieve. Si estaba tan seguro, por qué no lo intentaba él. Se llegaba a un lugar donde el bosque mostraba pisadas en todas las direcciones y allí se tenía que ser un experto para saber por dónde ir.

Luftschütz recogió su fusil en silencio y caminó a grandes pasos. Yo le seguí.

Pero también nosotros buscamos en vano, ocurría lo que los camaradas nos habían contado. Las incisiones en los árboles conducían a una confusión de huellas, imposibles de determinar con seguridad. Seguimos las más probables. Tres rusos yacían en la nieve enrojecida. Pero estaban muertos y no nos podían proporcionar ninguna información. Gritar o disparar era peligroso, podíamos atraer tanto a los nuestros como al enemigo. El bosque entero estaba lleno de rusos desbandados.

Pasamos la noche bien apretados unos contra otros en un refugio en la nieve que cavamos bajo un abeto enorme. Nos turnamos en la guardia pues oíamos, ora más cerca ora más lejos, un aullido, y no dudábamos de que en ese infinito bosque invernal los lobos hacían de las suyas.

Por la mañana vimos que había estado nevando toda la noche. Había caído tanta nieve que habían desaparecido todas las huellas y ahora nos encontrábamos en un mundo nuevo y aparentemente impoluto.

Dejamos que las piezas de artillería se quedaran donde estaban, lo más importante ahora era, ante todo, conectar con nuestra gente, si no queríamos morir en ese lugar inculto. Nos comimos la mitad de nuestra parca ración y partimos diciéndonos que lo mejor era no estar buscando por todas partes, sino permanecer en una dirección el tiempo necesario hasta que diéramos con ciertos signos de la proximidad de un lugar habitado. En las primeras horas de nuestra esforzada marcha aún hacíamos marcas en los árboles con nuestras palas para después encontrar de nuevo el camino hasta las piezas de artillería hundidas. Pero después renunciamos a ello, puesto que nos retenía demasiado y teníamos que intentar acabar lo antes posible esa caminata por la nieve, aunque solo fuera por Eckler, que estaba completamente exhausto.

El pobre diablo se nos paraba cada diez minutos por faltarle la respiración, tosía miserablemente, se mareó varias veces, y seguía camino tambaleándose y así trascurrió el día con pequeñas pausas y arrastrándole hacia delante, sin que hubiésemos encontrado ni el menor indicio de nuestro camino. Y ese bosque horrible se espesaba cada vez más y con tantos pantanales y vueltas y revueltas, así como maleza impenetrable, que en el monótono gris de ese día nublado ya no sabíamos si aún manteníamos nuestra dirección originaria.

Al final a Eckler le fue tan mal que lo tuvimos que cargar. Una vez Simónides se hundió hasta el pecho en un agujero lleno de agua, oculto traicioneramente por la nieve. Tal vez en ese bosque hubiera fuentes de agua caliente que impidieran la congelación. Por fortuna pudimos construir con nuestros rifles una suerte de soporte con el que pudo salir por sus propias fuerzas. El uniforme se le quedaba pegado al cuerpo, crujía completamente rígido tras media hora; se quejaba de que las arrugas congeladas le raspaban las articulaciones.

Comimos el resto de nuestras conservas. Después de esta pausa Eckler se negó a seguir. Simónides nos enseñó las llagas del tamaño de un tálero en los tobillos, las rodillas y la entepierna. Tuvimos que arrastrarlos casi con violencia. La nieve caía en grandes copos blandos entre las ramas sobrecargadas.

En una hondonada entre dos montículos nos llamó la atención un viejo roble, en cuyo tronco se había tallado de una manera sumamente tosca un cáliz y una cruz patriarcal rusa. Esto debió de haber ocurrido hacía muchos años, pues la entalladura se había deformado por el crecimiento del árbol y la recorrían muchas arrugas de la corteza. Cerca se produjo un barullo de graznidos y aleteos. Los grajos se disputaban alguna carroña. Vimos una masa asquerosa de entrañas enredadas: corazón, hígado, pulmones, todo anudado por la madeja de intestinos de color azul pálido.

Luftschütz, que por su profesión de carnicero poseía la mirada competente para esas cuestiones internas, pareció querer decir algo. Pero se lo tragó sacudiendo la cabeza y se limitó a opinar que por allí tenía que haber lobos.

Puesto que Eckler ya no quería seguir caminando, Luftschütz y yo tuvimos que pasarle los rifles entre los brazos, y colgando así de esa suerte de camilla, recogió las piernas y lentamente se fue volviendo cada vez más pesado. Karl Sammt abría camino. Detrás de nosotros cojeaba Simónides y gemía con cada paso que daba.

Sabíamos que así no íbamos a poder seguir mucho tiempo.

A eso de las cinco los copos de nieve comenzaron a danzar salvajemente. Una tormenta bufaba a través del espeso bosque, de ella no se podían defender ni capas ni camisetas de algodón. Nos golpeaba las costillas y devoraba con codicia nuestros rostros y manos. Los árboles descargaban sus lastres de nieve y al que acertaban, le doblaban las piernas.

Luftschütz opinó que el invierno ruso nos iba a dar el golpe de gracia y que debíamos prepararnos para la última revista.

El sudor se nos congelaba en las frentes por el viento helado; de las narices y de las barbas colgaban trozos de hielo de las formas más extrañas, y por debajo de ellas la piel se estiraba dolorosamente.

Karl Sammt se volvió, sus orejas destacaban de las mejillas por su blancor y rigidez. Allá adelante, en la oscuridad, había una cabaña.

Seguimos tambaleándonos, el bosque se abría en un pequeño claro, algo oscuro estaba pegado allí en la nieve. Los golpes de viento de la tempestad empujaban también un olor a humo, brilló como una chispa de luz y al poco se convirtió en un rayo constante.

La nieve nos acosaba, succionaba nuestras últimas fuerzas, la tempestad nos arrojaba de un lado a otro. Tuvimos que apoyarnos en la pared cuando con las culatas golpeamos la puerta y dimos a entender que éramos soldados.

Algo gruñó, un coloso negro y ancho se desplazó pesadamente hacia la puerta. Luftschütz y yo mantuvimos los rifles dispuestos, podía ser que en la cabaña se escondieran rusos. Karl Sammt, que en Polonia, trabajando de camarero, había aprendido un par de palabras en polaco, chamulló un trabalenguas irreplicable sobre soldados, noche y refugio.

El coloso gruñó y cruzó los brazos sobre el pecho, como suelen hacerlo los polacos para calentarse. Como no parecía estar dispuesto a apartarse del umbral, le

empujó Karl Sammt con la culata. Pero eso fue como el golpe de un bastón contra un oso. El hombre se limitó a rugir y se irguió aún más.

Un brazo desde el interior lo desplazó a un lado. Dejó paso a una mujer que nos miró de arriba abajo.

Karl Sammt empleó su elocuencia polaca. Noche, soldados, nieve, refugio. Buenos soldados alemanes. ¡Hacer nada! ¡Solo dormir! Se llevó las manos a las mejillas, puso la carita de un angelito dormido. Ella le dejó hablar un rato, luego asintió y se retiró.

Teníamos un techo sobre nuestras cabezas, fuego, una lámpara de sebo y tal vez comida. Eckler se tiró enseguida encima de una pila de harapos, en un rincón, y se quedó roncando y gimiendo. Nuestros pulmones que habían respirado el aire fresco y frío de la tormenta, funcionaban allí dentro con dificultad. Olía a humo, que la borrasca devolvía por la chimenea formando remolinos, y también a todos los males de la alimentación y digestión humanas. Las dos ventanas diminutas estaban pegadas con musgo y barro, el aire solo se había renovado durante años al abrir la puerta.

Simónides se quitó, sin cumplidos y sin consideración alguna a la dueña de ese palacio del bosque, la camiseta y los calzoncillos y comenzó a frotarse las partes desolladas. El coloso negruzco se sentaba en el rincón más oscuro, sobre un saco, inmóvil, sin dejar de mirar fijamente las piernas de Simónides. Karl Sammt volvió a poner a prueba su polaco. Ahora se trataba de conseguir algo de comer. ¡Buen soldado alemán! ¡Hambre! Enseñó los dientes, se metió el dedo índice en la boca, mordió en él, dijo ñam, ñam.

La mujer le escuchó riéndose. Llevaba una blusa harapienta, cuyo rojo originario había quedado recubierto por una capa de suciedad. La falda le colgaba en pliegues llenos de mugre hasta los tobillos y los bordes inferiores estaban deformes y andrajosos. A derecha e izquierda de las caderas destacaban dos grandes manchas, donde solía limpiarse las manos durante el trabajo. No era lo suficientemente vieja para ser del todo fea. Pómulos recios y sólidos estiraban su rostro hacia lo ancho, la piel macilenta estaba picada de viruelas. Los ojos miraban con descarro y lascivia. En mi macuto tenía al aventurero Simplicissimus de Grimmelhausen, ese era el aspecto que tendrían que haber ofrecido las mujeres de los soldados que seguían a los ejércitos en la guerra de los 30 años.

Cuando Karl Sammt terminó su discurso, ella dio a entender que no quedaba nada, ni pan, ni café, ni leche, nada, nada de nada. Habló lentamente y con la lengua pesada, la soledad del bosque y la compañía del coloso renegrado habían afectado a su facultad de hablar.

Luftschütz refunfuñó:

—Eso no me lo creo. Tiene que haber algo de comer. Los rusos tampoco pueden vivir solo del aire.

Y comenzó a registrarlo todo, hasta el último rincón, revolvió los sucios harapos con su bayoneta y los levantaba como el campesino el estiércol. Golpeó las paredes,

miró en el hogar, tanteó el suelo de barro por si acaso hubiesen enterrado algo allí.

El coloso renegrado se había levantado de su saco y lo siguió dando pisotones, con la cabeza inclinada y los brazos colgantes. La mujer le gritó con fuerza como si fuera un perro malo y él se retiró, trotando y obediente, a su rincón.

En la cámara oscura adyacente tampoco se encontró nada, solo había trastos y cachivaches, nada comestible. El tipo volvió a gruñir con ferocidad hacia la puerta, y la mujer le hizo retroceder a empujones. Tenía el comportamiento de un perro vigilante que no tolera que extraños se apoderen de la casa.

Nos dimos cuenta de que teníamos que conformarnos con nuestros estómagos vacíos. Un poco de agua bastaría.

Junto al fogón había un cubo de madera. Rellenamos nuestros vasos en él pero vimos cosas indecibles nadando en su interior y tragamos con náuseas. El último en beber fue el hombre. Se había deslizado hasta allí, se había quedado acechante detrás de nosotros, como si nos envidiara ese estiércol líquido. Apenas se había apartado el último, cayó él sobre el agua. Vimos con espanto que se puso a cuatro patas y bebió como los animales, metiendo el hocico en el recipiente y dando lengüetadas al agua. La mujer lo ahuyentó con una patada.

Simónides opinó que al parecer allí habíamos dado con un foco de la cultura rusa y, que si pudiese jugar un poco a ser Dios, traería aquí por los aires al señor Poincaré y a la Academia Francesa para que contemplaran al hermano ruso en todo su esplendor.

—No —dijo Karl Sammt—, lo del hombre, es, efectivamente, un caso extremo. Es un idiota. Pero los idiotas no son ninguna especialidad rusa. Y la mujer... miradla, se deja ver. Imagináosla sin esos andrajos... un delantal limpio... ¿qué decís?

Comenzó a mirarla con ojos libidinosos, se despertó su espíritu emprendedor de camarero. Nos había contado de sus aventuras en Posen, en ellas aparecían hasta condesas polacas, una de ellas le había disparado con un revólver, una virtuosa del violín había tomado por él veronal (dos pastillas más y habría pasado al otro mundo), ahora parecía querer invitarnos a ser testigos de lo hombre que era. La mujer notó que estábamos hablando de ella, se giró, arqueó las caderas y le arrojó una mirada con sus ojos negros.

—Lo va a intentar por la vía diplomática —dijo Luftschtütz.

Simónides suspiró, no teníamos suerte alguna en la diplomacia, y pese a sus esfuerzos tendríamos que irnos a dormir hambrientos.

La mujer agarró con los dos brazos un montón de paja, la arrojó en la cámara, nosotros pusimos las capas por encima y nos echamos. Yo estaba muy cansado para poder pensar y también para poder dormir. Mi mente osciló entre pensamientos despiertos y una telaraña de sueños en la gris penumbra de la consciencia. Eckler respiraba broncamente y se quejaba en su rincón. El pobre hombre no podía dormir y noté que luchaba por respirar con un miedo angustioso, pero era un camarada demasiado bueno como para despertar a los demás. La tempestad de nieve sacudía la

casa, la tenía atrapada con sus garras y al pasar por grietas invisibles lanzaba silbidos penetrantes. En sus aullidos se mezclaba un ruido extraño, como si se raspara, arañara o escarbara. Pasó un rato hasta que mis nervios estuvieron lo bastante excitados como para superar la parálisis. Después de que en la estancia contigua hubiese estado oscuro largo tiempo, ahora penetró luz por la rendija de la puerta en nuestra cámara.

Ese escarbar uniforme procedía de la habitación de los dueños de la casa. La puerta colgaba torcida de las bisagras, dejaba el espacio de un dedo en el cerrojo. Vi a nuestra hospedera arrodillada en el suelo, cerca del hogar y frotando con fuerza. El cepillo raspaba con monótona cadencia y, con el movimiento, el cuerpo rechoncho de la mujer se balanceaba de un lado a otro, hombros y trasero prietos de carne exuberante. Ese trabajo nocturno, ese ataque de higiene en medio de una casa rebosante de suciedad me resultaban incomprensibles y casi inquietantes en su extrañeza.

Eckler me oyó tantear y deslizarme por la paja.

Me llamó en voz baja, me acercó a su boca con una mano sudorosa; que no le abandonáramos allí, que no deberíamos permanecer allí y al día siguiente tendríamos que intentar de nuevo reencontrarnos con nuestra tropa. Se lo prometí, pareció tranquilizarse y, trascurrido un rato, se quedó dormido. La mujer había dejado de frotar, solo la tormenta seguía lanzando sus alaridos por el bosque.

La mañana trajo un nuevo ataque de hambre contra la terquedad de nuestra hospedera. Pero cuando la mujer lamentó una vez más que no había nada, nada de nada, y se señaló con rostro compungido el estómago, como indicando que allí tampoco había nada, ya desde hacía días, Luftschütz le puso, iracundo, el puño ante el rostro. Que no se imaginara que éramos tan tontos para creernos esas mentiras. El aspecto que tenía, con esos tocinos en el cuerpo, no sugerían precisamente un hambre muy prolongada.

Luftschütz salió volando hacia un lado en plena bronca, el idiota se había situado detrás de él y lo había lanzado al aire con un manotazo. Su aspecto era terrible, las cejas pobladísimas y juntas colgaban sobre los ojos fosforescentes, los dientes estaban al descubierto, fulgurantes, tras la barba hirsuta.

La mujer fue hacia él y le empujó, le pegó con el puño en el pecho, y el otro se apartó de ella con torpeza y refunfuñando, se alejó y regresó a su rincón donde permaneció con un gesto amenazador.

Eckler se sentó a la mesa. Su rostro estaba gris, su piel parecía apergaminada, cada vez que respiraba se notaba que era una labor dolorosa:

—¡Por el amor de Dios, amigos, vayámonos de aquí cuanto antes! Ya lo lograré, me arrastraré como pueda. No os crearé problemas.

Si no queríamos emplear la violencia contra nuestra testadura hospedera, de la manera en que la empleaba la soldadesca en el Simplicissimus, haciendo un poco de cosquillas con la bayoneta y chamuscando algo las plantas de los pies, teníamos que tratar de salir de allí lo antes posible. Una marcha penosa, con el estómago vacío, no

era una perspectiva muy agradable, pero teníamos que intentarlo, aunque solo fuera por Eckler.

Karl Sammt comenzó nuevas negociaciones. Fue más difícil que antes. La mujer no entendía el polaco de los camareros, tal vez desconociera por completo ese lenguaje. Así que lucharon con gestos y muecas y Karl Sammt se fue enojando cada vez más.

Durante esos esfuerzos de entendimiento entre lo que parecían dos molinos, recordé el trabajo nocturno de ese continuo frotar. Examiné el lugar en torno al hogar. Había una baldosa incrustada en el suelo arcilloso, desde el centro una ranura llevaba a un agujero en el suelo. Así que era una suerte de desagüe y se podía ver que la actividad de la mujer había tenido por objeto la baldosa.

—¡Dios mío! —exclamó Karl Sammt, completamente agotado—, ¿cómo va a terminar esto? Ella afirma que no hay ningún camino que saque del bosque o que ella no lo conoce... ¿es posible que estas personas vivan en medio del bosque y no sepan cómo llegar hasta sus congéneres?

Simónides opinó que a la mujer lo que le importaba era deshacerse de nosotros. Así que se ha de asumir de antemano que no nos iba a negar una información que nos podía dar y que contribuiría a que nos fuéramos.

Luftschütz dijo que eso era absurdo, que esa gente necesitaba comer y vestirse. Estaba claro que vivían y no andaban por ahí desnudos, así que se había de suponer que conocían un camino hacia sus congéneres. Él estaba a favor de quedarse el tiempo necesario hasta que el hambre les obligara a sacar sus provisiones o a indicarnos el camino.

—¡No, no, nada de quedarse aquí! —gimió Eckler.

Si no tuviéramos que tomar en consideración al enfermo, opuso Simónides, podríamos intentar encontrar el camino por nosotros mismos. Pero no puede ser, salir al azar con Eckler y abrirnos paso por la espesura, acabaría en una tragedia.

La mitad del día trascurrió en discusiones y nuevas labores, infructuosas, de entendimiento. La mujer se encogía de hombros y se reía en pleno rostro de Karl Sammt. Eckler había vuelto a echarse en la paja, oíamos desde la cámara su lucha por respirar.

A eso de las dos la mujer gritó al idiota un par de palabras, este se levantó de inmediato de su saco y llegó con la cabeza casi hasta el techo ahumado, sonrió con astucia y se puso por encima una piel espesa que estaba sobre la cama. Salió de la cabaña sin pronunciar una palabra, le vimos avanzar por la nieve dirigiéndose hacia el bosque.

—Esperemos a que deje de nevar —dijo Luftschütz, mientras contemplaba por la ventana los remolinos de copos de nieve. Es terrible pero a mí me pareció como si Luftschütz en realidad hubiese dicho algo muy diferente. Y cuando miré a los ojos a los camaradas, noté que ellos lo habían entendido como yo. Esperemos... esperemos a que cese esa respiración agitada y bronca. Nuestra fuerza saludable quería apostar

sin impedimentos por nuestra salvación.

Esperamos.

Karl Sammt y la mujer se merodeaban y se arrojaban miradas significativas. La grosera voluptuosidad de ella le atraía con sus seductores contoneos. Él volvió a servirse de sus mejores maneras de camarero y era como si le hubiesen crecido faldones de frac en su chaqueta gastada.

Luftschütz volvió a hacer bromas, pero sonaban forzadas y artificiales.

—¡Cierra el pico! —dijo Karl Sammt—, lo estoy haciendo por todos.

Simónides, que era organista en Breslau, había pintado un teclado en la tabla de la mesa y tocaba una fuga de Bach. Los pies se movían convulsos sobre pedales invisibles bajo la mesa, y acompañaba a la música cantando las distintas voces.

Karl Sammt y la mujer se sentaban al borde de la cama. Él contaba, en alemán y en polaco, historias de su vida. De las grandes estafas, de las trampas en el juego, de las aventuras internacionales de un camarero. Ella se sentaba a su lado en su maciza y tosca feminidad, consintiendo que él se confiara cada vez más y que le pusiera el brazo en torno a las caderas.

Por la tarde se levantó, metió un leño en el hogar, que chisporroteó con fuerza, y puso unas ollas en el fuego, en las cuales comenzó a hervir agua. Sonrió a Karl Sammt, se señaló la boca e hizo «ñam, ñam».

Karl Sammt se regocijó:

—¡Ya lo veis! Ahora habrá de comer. Hay que saber cómo domarlas... si no me tuvierais a mí, pandilla de vagos, aquí os moriríais de hambre.

Miró en todas las ollas de las que surgía ese canto borboteante del agua hirviendo, siempre con la mano cariñosamente posada en los hombros o en los brazos de ella. Simónides borró el teclado de la tabla de la mesa, atacó nuestros rostros con el dedo ennegrecido y salió fuera a limpiarse en la nieve.

Trascurrido un tiempo, cayó la noche y llegó el idiota. Sobre sus hombros colgaba un animal ensangrentado, al que le había quitado la piel. Las patas y la cabeza se bamboleaban hacia delante, el manto del hombre, su cuello y sus manos estaban manchados de sangre, las greñas en torno a la boca estaban pegajosas de sangre.

Simónides entró, con una mirada huidiza, tras el hombre y su botín. El idiota arrojó el animal al suelo y balbuceó algunas palabras. Mientras la mujer se llevaba el cadáver hasta la baldosa y comenzaba a despedazarlo con un cuchillo grande, Simónides me llevó a un lado. No sabía qué pensar, pero cuando estaba fuera limpiándose las manos en la nieve, había visto venir a ese hombre del bosque. Pero no erguido como los humanos, sino a cuatro patas, como el día anterior se había abalanzado sobre el cubo de agua. Le pedí que no les dijera nada a los camaradas, pues en la penumbra bien podría haberse equivocado y su historia quitaría el apetito a los demás. Ahora era necesario, ante todo, cobrar fuerzas para que por fin pudiésemos salir de ese bosque.

La mujer, entretanto, había terminado de despedazar al animal. La sangre corría

por la ranura. Yo tenía el botín por un cordero, pero Luftschütz opinó, negando con la cabeza, que a él le parecía un perro grande.

—Ya sea perro o cordero —dije yo—, tiene que haber un pueblo en la proximidad de donde el tipo lo haya sacado. No podemos ser escrupulosos, tenemos que llenarnos el estómago para recobrar nuestras fuerzas. No veo el propósito por el que quieran retenernos aquí. Pero lo cierto es que no debemos permanecer más tiempo.

Lengüeteos y sorbidos llegaron del rincón del hogar. Allí se agachaba el idiota junto al cubo de agua y bebía como una bestia con el hocico chorreante, hasta que la mujer lo echó.

Cuando la carne estaba hervida y asada, llevamos a Eckler la mejor pieza del asado a su lecho de paja. El olor era tentador y estábamos orgullosos de haber dominado nuestras ansias para servir primero al camarada enfermo. Pero él se encorvó espantado y con gesto de repugnancia, rechazó la comida y dijo con un estertor que no quería probar un bocado de esa carne.

—¡No comáis de eso! ¡No comáis de eso! ¡Ni un bocado... camaradas, no comáis!

Luftschütz murmuró algo de tozudez y caprichos de enfermo. Nosotros compartimos su parecer, pero Eckler se dio la vuelta en su lecho, no quería oír nada, se tapó los oídos con las manos y metió la cabeza en la paja. Ese comportamiento de un hombre, por lo demás tan bondadoso y complaciente, no dejó de causarnos cierta impresión. Temimos comer de esa carne, la aversión de un hombre que se encontraba en el umbral de la muerte quizá correspondiera a una sospecha cierta, y eso nos transmitió el mismo rechazo.

Nuestros anfitriones, después de que la mujer nos invitara, en vano, a comer con una sonrisa, acometieron en solitario la carne asada y cocida. La mujer cortaba los bocados con un cuchillo, el hombre desgarraba los trozos con las manos y se los metía con avidez en la boca. Nosotros nos sentábamos en silencio y espantados en los rincones de la cabaña y mirábamos la repugnante comilona hasta que se lo tragaron casi todo.

Esa noche murió nuestro excelente camarada Eckler.

Fui el primero en notarlo. El ruido del raspado y cepillado en el hogar me despertó, y cuando miré por la ranura de la puerta, vi a la mujer como el día anterior, arrodillada en el suelo y cepillando la baldosa. Cuando quise regresar a mi lecho, tropecé con Eckler. Me llamó la atención en un primer momento que no respirara con dificultad. Le toqué y estaba frío.

Por la mañana le enterramos ante la cabaña. Primero tuvimos que quitar un metro de nieve con la pala antes de dar con la tierra. Estábamos tan débiles que para ese trabajo necesitamos varias horas, las herramientas se nos caían de las manos. El viento frío soplaba a través de nuestro cuerpo y llegaba hasta las últimas ramificaciones de las arterias.

Simónides pronunció una oración y concluyó con las palabras:

—Que Dios te conceda la eterna bienaventuranza y que nos ayude a salir de este bosque. Amén.

El idiota y la mujer estaban de pie en el umbral de la puerta y nos miraban sin mostrar una huella de compasión por la dolorosa muerte y un entierro lejos de la patria.

Cuando regresamos a la cabaña, Luftschütz se acercó al hogar, donde en un rincón aún quedaban los restos de la comida del día anterior. Nos situamos junto a él. Nuestros ojos y boca destilaban avidez, nuestros dedos se crispaban. Pero mantuvimos la disciplina y aun cuando cada uno de nosotros tenía ganas de arrebatarlo todo para él, llegamos a un acuerdo para realizar una repartición equitativa, que Luftschütz, en su calidad de carnicero, ejecutó con profesionalidad. Simónides murmuró:

—¡No! ¡No! —miró, dubitativo, un trozo de carne, pero enseguida perdió la fuerza y sus palabras se perdieron en la estancia.

Aunque a cada uno de nosotros nos tocó solo un par de bocados, después de comer nos sentimos mejor, incluso nos animamos. Simónides tocó en el teclado de órgano imaginario una suerte de variación sobre el tema «El conde de Luxemburgo», Karl Sammt volvió a tener ojos para la mujer.

La claridad aumentó y aumentó en el mundo y en esa cabaña, de repente los dedos de Simónides estaban tocando en teclas doradas por el sol, cuyos rayos entraban por la ventana. Dejó de tocar la pieza, miró hacia el bosque vestido de blanco y negro, inclinó, reflexivo, la frente y dijo:

—Ahora tenemos que encontrar el camino.

Decidimos que él y Luftschütz salieran para recorrer el bosque en todos los sentidos. Karl Sammt y yo formábamos el relevo. Siempre habíamos de regresar a la cabaña, que en esa tierra inculta era para nosotros lo que el barco para los exploradores polares. En vano intentemos explicarles a esos dos habitantes del bosque de qué se trataba. El idiota nos gruñía con hostilidad, contraía los labios y nos enseñaba los dientes como un perro rabioso. Por fin, salió y no regresó.

Luftschütz y Simónides emprendieron el camino.

Yo me quité mis calcetines y empecé a rellenar los tomates en los talones del tamaño de la palma de la mano. El trabajo me aburrió pronto. Aunque me advertía a mí mismo de que era necesario para soportar bien la marcha, una suerte de pesadez me hacía desistir. Una indiferencia apática se apoderó de mí, una satisfacción con el estado de las cosas. No era tan desagradable pensar que aún tendríamos que permanecer un par de días en la cabaña, y los esfuerzos de una marcha por el bosque nevado me parecían desmesuradamente grandes en comparación con lo alcanzado. Hindenburg lo lograría sin nosotros. Lo principal era ahora llenarse el estómago. Recorrí la cabaña olisqueando por si acaso no hubiera algo escondido.

Karl Sammt y la mujer estaban la mar de cariñosos. Él apretaba sus brazos llenos y ella reía en voz baja con el cloqueo de una gallina.

Ya había anochecido cuando oímos fuera un «¡Hola!» Abrimos la puerta y Luftschtütz entró pisando fuerte en la nieve coloreada de amarillo por la luz de la cabaña.

—¿Dónde está Simónides? —preguntó. El miedo se reflejó en su rostro cuando oyó que no sabíamos nada de Simónides.

Habían avanzado hasta el roble con el cáliz y la cruz rusa, allí se habían separado para buscar en direcciones distintas y querían volver a encontrarse en el árbol. Simónides no había llegado y Luftschtütz, tras esperar largo tiempo, emprendió la retirada porque supuso que el camarada tal vez hubiese regresado a la cabaña por otro camino.

Ahora sabíamos a nuestro amigo, allá fuera, en el bosque invernal, con un frío terrible y sin comida. Nos sentábamos en silencio y amargados. Luftschtütz opinó al fin que teníamos que esperar a que amaneciera para buscarle. El hambre había vuelto a incrementarse con fuerza, nos arañaba las tripas con sus garras afiladas. Lo mejor era acostarse para intentar amortiguarla.

A eso de la medianoche oí los pisotones del idiota en la cabaña, su risa asquerosa me encolerizó. La mujer cloqueó contenta y a continuación vino el ruido de frotar y frotar. Un ligero gemido me asustó; presté atención, procedía de mí mismo, me cubrí la cabeza con el abrigo y caí en un aturdimiento agitado.

Por la mañana humeaba la carne en las ollas, en la parrilla se veían grandes trozos de carne chisporroteando y salpicando grasa. El olor invadía toda la habitación. Nos abalanzamos sobre la comida, comimos en abundancia y con avidez. El idiota nos miraba de soslayo las bocas y las manos con envidia, gruñía enojado, la mujer tuvo que apalearlo con sus miradas. No le gustaba dar de su nuevo botín.

Cuando queríamos salir, Karl Sammt comenzó a quejarse de náuseas. No era de extrañar, después de engullir de esa manera y con un estómago completamente vacío. Un resto de sospecha de que el malestar de Karl Sammt podía ser un pretexto para quedarse con la mujer, desapareció cuando vi que se encogía, corría fuera de la cabaña y devolvía. Ahora estaba mejor, opinó, pero se sentía demasiado débil para emprender una marcha por el bosque.

Nos internamos por la nieve brillante y acompañados por vislumbres luminosos del sol. Los colores oro, azul y negro se entremezclaban, la costra congelada se rompía a veces bajo nuestros pies, luego a menudo nos hundíamos hasta las caderas en la nieve blanda. Una belleza inexpresable de soledad irradiaba por el bosque, pero no ejercía efecto alguno en nuestros corazones, pues ante nosotros sentíamos un muro enorme de presentimientos angustiosos.

Seguimos las huellas del camarada desde el roble con el cáliz. Por las pisadas vimos que caminaba con esfuerzo pero resuelto. Había mantenido su dirección entre los troncos. Dos horas caminamos siguiendo las huellas. De repente, Luftschtütz señaló algo apartado de nuestra ruta en unos arbustos aplastados. Una segunda pista corría por allí en paralelo. Cuatro grandes patas que indicaban el trote de un perro y

que avanzaban junto a las de nuestro camarada. No dijimos nada, pero apretamos el paso, caímos en agujeros de nieve, volvimos a salir, caminamos todo lo deprisa que podíamos, cubiertos de sudor bajo las ramas colgantes de los abetos. El vaho caliente despedido por nuestros cuerpos pendía sobre nosotros como una nube.

Una cavidad pequeña, rodeada de matorrales, se abría a ambos rastros. Luftschütz tropezó y cayó hacia delante en la nieve. Su pateo sacó a relucir un rifle que, por su peso, había quedado cubierto a medias por la nieve. La capa de nieve de la cavidad estaba revuelta, en algunos lugares dejaba al descubierto la tierra, se veía el musgo y la nieve impregnados de sangre.

—¡Lobos! —exclamó Luftschütz. No me miró.

De la cavidad solo salía un rastro, las patas, ahora impresas en la nieve con fuerza y cargadas con peso; al lado se veía un surco por el cual corría un cordón de sangre seca. Seguimos, ya sin esperanza, los espantosos indicios. Llevaban a través de matorrales, por pantanales congelados, y siempre se veía ese trote de las patas y el cordón de sangre seca junto a él.

Seguimos el rastro, inflexibles y sin cuestionar nada. Aunque nos llevara a lo más profundo del bosque donde ya no hubiera salvación posible para nosotros... Las horas se convirtieron en eternidades. La región por la que pasábamos tenía algo familiar. El perfil de las copas, la línea de los árboles, todo eso ya lo habíamos visto, había quedado fijado en nuestra memoria con una ligera familiaridad.

Salimos de la espesura a un claro. Más allá, en la penumbra que comenzaba a cernirse, se encontraba nuestra cabaña. Las huellas rodeaban el claro y se perdían por detrás de la cabaña.

En ese instante oímos un grito. En la infinita soledad del bosque, en el que tras nuestra repentina parada solo se podían oír los latidos acelerados de nuestros corazones, resonó un grito de espanto, arrebatado de un pecho humano. Luego oímos golpes y jadeos procedentes de la cabaña. Nos arrojamos a la nieve, avanzamos con los brazos como si estuviéramos nadando en el agua, con una niebla roja ante los ojos y martillazos en el cerebro.

Un grito gutural y desgarrado, luego insultos y maldiciones... habíamos alcanzado el umbral, iba a abrir la puerta, pero entonces la puerta se abrió desde el interior y me golpeó con fuerza en la frente. Mi cabeza comenzó a retumbar, una masa negra pasó entre nosotros, un monstruo peludo, con el pelo erizado; de color negro y pesado, una bestia con el hocico chorreante, que siguió corriendo a cuatro patas y aullando hasta perderse en el bosque...

En el suelo de la cabaña yacía Karl Sammt con la garganta destrozada. La sangre le salía del cuello a borbotones, su rostro estaba distorsionado por el horror, en su mirada rota se reflejaba la muerte y el espanto.

La mujer, inclinada sobre él, con el pelo desgredado, gritaba fuera de sí, se pegaba en el pecho, luego llegó a la puerta de un salto y gritó maldiciones hacia el bosque y la oscuridad.

Karl Sammt pareció reconocernos, agarraba su garganta con una mano convulsa, cada estertor expelía un chorro de sangre de la tremenda herida. La mano se cerró en un puño, descendió, recorrió su cuerpo temblando... y con una sacudida repentina se quedó quieto y en silencio.

No perdimos ningún tiempo, nos entendimos con las miradas, tomamos los fusiles y salimos de la casa. Aún pendía sobre el bosque un cielo alto, fresco y de color vinoso. Nuestra santa ira no preguntaba si era de noche, si hacía frío o si tendríamos alguna posibilidad de éxito. Queríamos acabar con el enemigo...

No muy lejos aulló un lobo.

Al poco tiempo el gris se mezcló con el color vinoso del cielo. Durante un rato aún vimos el rastro en la nieve, pero pronto la oscuridad borró todo lo que había debajo de los árboles. Nuestra furia devoraba, insaciable, nuestras almas. Fuimos rodeando la cabaña, acechamos desde el borde del bosque hacia el claro. Una vez fue como si nos rodearan unos pasos silenciosos. Nos paramos y escrutamos la oscuridad. Era impenetrable.

Teníamos que esperar una noche a nuestra venganza.

—¡Mañana! —dijo Luftschtütz.

—¡Mañana! —juré yo.

Regresamos a la cabaña, que no estaba muy distante y que brillaba con una chispa de luz.

De repente, arremetió contra nosotros una nube negra, cayó sobre Luftschtütz y lo arrojó al suelo. Una masa informe se revolvía en el suelo y se oían jadeos y dentelladas. Un animal gigantesco, un lobo, había atenazado la pierna del camarada con una dentadura refulgente.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gimió. Había logrado atenazar con sus fuertes manos el cuello del animal y apartar de él la cabeza hirsuta. Saqué la máuser de la funda y busqué en la confusión de la lucha un tiro seguro. Dos luces verdes brillaron hacia mí con un odio ardiente. Apunté al ojo derecho y disparé. El disparo retumbó por el bosque. El lobo dejó la presa lanzando un aullido, se liberó de las manos del enemigo e intentó sin éxito morderme la mano, a continuación huyó perdiéndose en la oscuridad.

Luftschtütz se levantó resollando, se apoyó exhausto en mi hombro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—La pierna está desgarrada, pero mis huesos son más duros que los dientes de un lobo.

Gimiendo en voz baja Luftschtütz caminó cojeando hacia la cabaña, el pequeño trecho de bosque se extendía ante el herido como un vía crucis. En el umbral había un gran charco de sangre. Se prolongaba por el suelo hasta la cámara.

Nuestro camarada muerto yacía solo.

Al lado, en la cámara se oía un gimoteo y un crujido en la paja. La luz de la lámpara de sebo estaba sobre la mesa con un largo pábilo y con una llama aventada

por el aire. La levanté y avancé hacia la oscuridad con la pistola en la mano.

En un rincón se acurrucaba el idiota, pegaba con las manos a su alrededor, recogía con furia la paja y la volvía a arrojar. La mujer se sentaba a la altura de su cabeza, sus greñas le cubrían el rostro.

Me acerqué al hombre. La paja estaba empapada de sangre. La luz recayó en su rostro. Él levantó la cabeza y me enseñó los dientes, gruñó, su ojo izquierdo brilló verdoso lleno de un odio animal. El ojo derecho estaba destrozado, sangre y pus se acumulaban en la cavidad, incesantemente manaba un fluido rojo y denso por la parte derecha del rostro hasta la paja.

La mujer se había levantado y se apoyaba en la pared. Entre sus greñas se percibían unos ojos ardientes. A mí me tembló la lámpara en la mano extendida. De repente se despegó de la pared y se abalanzó hacia mí, muda y con un ímpetu tremendo. La lámpara se me cayó, la paja prendió fuego, tenía que defenderme contra una fuerza que casi superaba a la mía. Lanzó mordiscos hacia mi cuello, hacia mis manos, arrancó con sus largas y retorcidas uñas jirones de mi piel.

Luftschütz vino en mi ayuda. En la humareda de la paja ardiendo, luchábamos y nos revolcábamos por el suelo.

Cuando al fin, casi asfixiados, pudimos inmovilizarla y logramos atarla, apagamos el fuego. La luz de la lámpara se esforzaba por atravesar el humo con su pequeña llama.

Me aproximé al herido.

Había muerto durante la lucha.

Los labios contraídos dejaban al descubierto los dientes. La feroz mandíbula se mostraba reluciente. Las manos grandes, negras y peludas yacían entre la paja como las patas de un lobo.

EL ARTISTA DE SOMBRAS

Ocurrió el 21 de noviembre de 1759, en la batalla de Maren, cuando la resistencia prusiana ya había comenzado a ceder y los jefes austríacos esperaban la capitulación del general Finck. Y fue una de las últimas balas de cañón de esa batalla la que arrancó la pierna derecha del coronel del regimiento austríaco Lascy: Martin Johann Freiherr von Littrowsky. Cuando el coronel recuperó el conocimiento en el hospital de campaña, el cirujano le enseñó la pierna, la cual aún calzaba la bota, y para el herido fue una sensación muy extraña ver un fragmento de su cuerpo separado así del resto. Poco después se enteró de que el general Finck se había entregado con sus regimientos. Y con un profundo suspiro el coronel cayó en el jergón del que se había querido levantar en un olvido momentáneo de su herida.

Después de su restablecimiento el barón obtuvo la patente de general. Pero viajó a Viena y solicitó una audiencia a su Emperatriz y puso la patente en sus manos.

—Majestad —dijo—, en esta guerra se necesitan hombres enteros. Yo me he quedado en la mitad y cada hora me recordaría que me falta algo para servir a Su Majestad como quisiera hacerlo. Pero si Su Majestad tuviese un puesto en el servicio civil que me pudiese confiar, estaría dispuesto a desempeñarlo. Así no hará falta que alguien más capacitado abandone el ejército.

La emperatriz sonrió y prometió al barón que intentaría encontrar algo adecuado para un hombre tan meritorio. Y un tiempo después, el coronel obtuvo un destino como juez imperial en la capital de una provincia. El cargo de juez imperial había tenido en el pasado una gran importancia, pero últimamente había ido perdiendo más y más funciones asumidas por otros cargos, y no le había quedado mucho más que una suerte de vigilancia sobre ciertas ramas de la administración y de la justicia. En cualquier caso, ese cargo daba al que lo ocupaba la oportunidad de hacer algo bueno, y el barón Von Littrowsky no dejó pasar ninguna de esas oportunidades. Además, le quedaba tiempo libre para cultivar sus aficiones. Si había algo que le hubiera gustado hacer y a lo que tuvo que desistir por su profesión militar, era el trabajo de la tierra. Le causaba una enorme alegría ver cómo crecían y maduraban las plantas en los campos. Y a menudo, cuando pasaba con su regimiento por lugares donde hacía poco que se había sembrado, cabalgaba más lentamente y se quedaba atrás solo por no perderse el espectáculo de esa bendición de la tierra. Con frecuencia le asaltaba también un sentimiento de pesar cuando la dura necesidad de la guerra le obligaba a destruir los plantíos.

Hubiera preferido, después de su herida, retirarse a una de sus fincas y dedicarse a la agricultura y al cuidado de su bosque. Pero estos deseos tenían que esperar, pues su emperatriz necesitaba ayuda y era su deber servirla, aunque ya no fuera en el campo de batalla, al menos en cualquier otro lugar donde pudiera serle de alguna utilidad. Pero para no renunciar del todo a su afición preferida, adquirió un jardín grande cerca de la ciudad y empleaba todo su tiempo libre en él, con objeto de convertir esa tierra

inculta en un pequeño paraíso. Allí supo combinar con mucho gusto el estilo francés y el inglés, y logró una expresión perfecta de la alternancia entre una dignidad representativa y una amena ligereza.

Sus tardes de soltero las pasaba, la mayoría de las veces, en compañía de la familia del conde Zierotin, con la que mantenía una estrecha amistad. La señora de la casa era una excelente jugadora de ajedrez, lo que se adaptaba perfectamente a la otra gran afición del barón, cuyo amor por ese juego casi era tan grande como el que sentía por la jardinería. En la familia del conde Zierotin conoció el coronel a una señorita noble empobrecida y huérfana, que allí había encontrado acogida en parte por compasión, en parte para que educara a los niños. Cuando la señora de la casa estaba ocupada en otros deberes, la señorita Sofía ocupaba su puesto ante el tablero de ajedrez y el coronel no se cansaba de asegurarle que jugaba tan bien como la misma condesa. Pero la señorita se ganó decididamente el favor del barón cuando, en una visita de la familia a su parque, mostró su entusiasmo sincero por las maravillas de ese pequeño reino. Y cuando ella, animada por el propietario, destacó con palabras acertadas y bien escogidas lo más admirable y expresó su reconocimiento del excelente gusto del creador, el barón tomó su mano y le preguntó si no tendría el deseo de disponer a su antojo de ese jardín. Sofía se asustó tanto y su tembloroso asombro la embelleció hasta tal punto que Littrowsky se quedó no menos confuso ante ella que ella ante él.

Dos semanas más tarde la ciudad se enteró del compromiso del juez imperial con la señorita. Y no se salía del asombro, ya que el barón tenía casi sesenta años y se le consideraba un solterón empedernido. Sofía, en cambio, era muy joven, apenas dieciocho años, y la gente sacudía la cabeza pensando en una pareja tan desigual. Tampoco fueron pocos los que presagiaron a ese matrimonio un futuro desfavorable. Pero los profetas se debieron equivocar, pues no trascendía ningún conflicto matrimonial. El barón siguió llevando su misma vida retirada, y su joven esposa no mostró ninguna inclinación a participar en la gran sociedad. Los dos empleaban su tiempo en cuidar del jardín y en jugar al ajedrez, teniendo preferencia lo primero en verano y lo segundo en invierno.

Cuando el matrimonio cumplió un año, el barón comenzó a construir en su jardín. Había de ser un pabellón, un lugar encantador y cómodo para la joven, que al barón le parecía algo triste. La casita, que se levantó en el extremo del jardín, encantó a todos los que la vieron. Sobre un tejado de pliegues, su parte frontal daba al jardín, al cual se bajaba por una terraza. La parte central se abovedaba un poco, de modo que los cuerpos laterales, que al principio retrocedían algo, luego se extendían con ímpetu, dando, en general, una impresión de elegante dinamismo. Las molduras sobre las ventanas mostraban guirnaldas, de las cuales pendían frutos, y sobre la puerta se había puesto el escudo de armas del barón von Littrowsky, un árbol en campo rojo. En el interior del edificio se habían dispuesto varias habitaciones amuebladas con la máxima comodidad, de las cuales la más extraña era la central. Tenía tantas esquinas

que casi se podría decir que era redonda, y todas las paredes estaban adornadas, desde el suelo hasta el techo, con paisajes de países exóticos. En primer plano se veían palmeras enormes, pintadas con tal realismo que uno realmente se creía en un palmeral. Las anchas hojas, que habían obtenido por la fantasía del artista las formas más peregrinas, se unían en el techo formando una densa sombrilla. Y cuando se daba la espalda a las dos ventanas, la luz que penetraba por los cristales verdes realmente parecía la penumbra que hay en un palmeral. Entre los troncos escamosos se veían los paisajes a la plena luz del sol. Allí estaba la esfinge de Gizeh y las pirámides; estaba Jerusalén, vista desde el Monte de los Olivos; estaba la pampa sudamericana, en cuyo borde se elevaban, en azul lejanía, los Andes; estaba el Sahara con una interminable caravana de camellos y, por encima de sus cabezas, la visión engañosa de un espejismo, mientras que en primer término se blanqueaban huesos humanos y de animales.

Esa habitación de las palmeras se convirtió pronto en la estancia preferida de la joven señora. Pero tampoco ahora se produjo el éxito esperado por su marido. Su carácter no se volvió más risueño.

Un día, el juez imperial volvió a inspeccionar la prisión. De vez en cuando tenía que comprobar si todo allí funcionaba como debía, si los presos estaban bien cuidados y si los trataban según lo estipulado en el reglamento. Precisamente cuando había terminado la inspección y los funcionarios le acompañaban a la puerta con reverencia, ingresaban a un nuevo preso.

—Esperen —dijo el preboste de la prisión, pues era de la opinión de que en cualquier caso sería mejor esperar a que saliera el juez. Pero este insistió en que se le introdujera en su presencia. Y así el responsable comenzó a anotar los datos en su libro, mientras dos vigilantes registraban al prisionero, por si acaso tenía algo que conculcara los reglamentos.

El nuevo era un joven con ojos alegres castaño oscuros y pelo del mismo color. Una nariz recta y unos labios atrevidos daban al rostro una agradable perfección; tanto de su comportamiento, como de sus respuestas, se desprendía una franqueza cautivadora. Sin ser descarado, se desenvolvía con completa naturalidad y parecía como si se sintiese superior a esa gente que ahora tenía poder sobre él. Se llamaba Anton Kühnel y de profesión adujo artista de sombras.

—¿Artista de sombras? —preguntó el juez imperial—, ¿qué oficio es ese?

—Es un arte —respondió Anton Kühnel—, por el cual represento ante el respetable público todo lo que ha ocurrido desde la creación del mundo.

—Eso me parece excederse un poco. ¿Y dónde tiene su escenario y a sus actores?

—Aquí están mis actores.

El joven levantó dos manos delgadas y de bella constitución. Unos dedos finos, en los cuales se advertía su agilidad, se extendieron ante los ojos del barón.

—¿Y mi escenario? Cualquier pared blanca es mi escenario.

Se había dado cuenta enseguida de que el hombre con el que hablaba era un

funcionario superior y con el instinto del pícaro percibió que no era imposible ganarse su favor.

—¿Así que arroja sombras a una pared...? Un arte extraño... ¡Pero si se ejecuta bien! ¿Y por qué está aquí?

El barón pidió al director de la prisión que le entregara la ficha del joven y en ella constaba que el artista de sombras había recibido una condena de tres días por vagabundear.

Kühnel, al concitar la atención del barón, había albergado la esperanza de que pudiera hacer ejercicio de su autoridad y condonarle la pena, así que se atrevió a suplicarle:

—Si su Señoría, con su bondad...

—No, no, nada de eso, querido, los tres días los ha de pasar aquí, de eso no le salva nadie.

El director y los vigilantes se rieron conscientes de su poder.

—Pero —continuó el barón—, una vez que haya cumplido su condena, puede venir a mi casa y mostrarme algo de su arte.

Y después de darle el encargo al preboste de traer al hombre, una vez cumplida su condena, al pabellón de su parque, el barón abandonó la prisión. Estaba muy satisfecho con el azar que le había llevado a encontrarse con el artista de sombras. Hacía ya tiempo que buscaba una diversión para Sofía, con objeto de contrarrestar lo que él consideraba un creciente decaimiento de su estado de ánimo. De las artes de ese joven se prometía un gran beneficio.

Sofía se tomó la noticia con bastante indiferencia. Pero el barón sonrió para sus adentros; ya cuidaría él de que las representaciones del artista fueran divertidas y variadas y que devolvieran la alegría de vivir a su esposa. Cuando a los tres días, el preboste llevó a Anton Kühnel, el barón lo condujo de inmediato en presencia de su mujer.

—Este es el hombre —dijo— que es capaz de representar todo lo que ha ocurrido desde la creación del mundo. ¿No habrá olvidado a sus actores? —se rio.

El joven enseñó sus manos como la otra vez y cuando la joven esposa levantó los ojos en el mismo momento, se encontraron sus miradas. Ella le miró asombrada a los ojos y volvió a dedicarse a su labor, que tenía en el regazo. Había estado esperando Ja visita sin especial curiosidad. Se había sometido al capricho de su marido, como se sometía a todos sus deseos y decisiones, sin alegría y a menudo, incluso, con una ligera, aunque disimulada, resistencia. Ahora sintió, al salir de su indiferencia por la mirada del hombre desconocido, un doloroso desamparo. Era como si una mano fuerte la hubiese elevado del suelo, y ella no sabía ni dónde ni cuándo podría volver a encontrar su discernimiento. En la mirada del desconocido había leído una admiración desmedida y entusiasta y, al mismo tiempo, un deseo que ardía en llamas a su alrededor.

El barón ya había mandado preparar una de las habitaciones del ala izquierda del

pabellón para la representación del artista de sombras. De una pared, que ofrecía la mayor superficie para el espectáculo, se habían retirado todos los muebles, y cuando condujo a Anton Kühnel a esa habitación, este expresó su satisfacción con el «escenario». Pero pidió que le dejaran hacer aún algunos preparativos y cuando anoheciera, presentaría su arte al respetabilísimo público, esperaba que para su entera complacencia.

Con una sonrisa por las frases del hombre el barón le dejó después de haber dado orden al sirviente para que cumplieran su voluntad. En la habitación de las palmeras se encontraba el bordado de su mujer sobre la silla. Ella misma ya no estaba allí y el barón salió al parque para buscarla. La encontró entre dos altos setos en la parte francesa del jardín, ante dos estatuas de mármol que representaban a Amor y a Psique. Las estatuas se encontraban en el interior de un nicho podado en los setos, los dos cuerpos jóvenes y delgados tocándose cariñosamente y, sin embargo, con castidad, como si se hubieran escondido allí para no ser vistos por miradas intrusas.

—¿Qué le parece nuestro huésped? —preguntó él mientras ponía suavemente su brazo sobre el de ella y tomaba el bastón con la otra mano.

Sofía se volvió malhumorada:

—Ya sabe que estoy satisfecha con nuestra soledad. ¿He deseado acaso alguna otra diversión salvo la que nos ofrece el ajedrez y el jardín? Y ahora nos trae a casa a un artista de barraca de feria... Creo que aún tiene encima el olor de la plebe con la que debe tratar y las transpiraciones de la gente con la que ha pasado los últimos días.

El barón miró asombrado a su mujer. Nunca la habría creído capaz de semejante arrebato ni tampoco había sabido que su orgullo de nobleza fuese tan fuerte. Dijo con tono de disculpa:

—He pensado que con esa representación podía entretenerla.

Y, mientras caminaba a su lado renqueando, apoyándose en su brazo y en el bastón, añadió en tono apaciguador:

—Le podemos decir que se vaya de inmediato si eso es lo que quiere. Le daré algo de dinero y lo echaré. No tiene por qué suscitar su disgusto.

Pero ahora dijo Sofía con casi más vehemencia que antes:

—No, no... eso no puede ser. Ya está en casa. Ahora no se le puede echar... el pobre hombre... también tiene su orgullo de artista. Que se quede.

—Bueno, entonces le despediremos después de la representación.

Sofía no respondió; caminaron por un estrecho sendero, sobre una bella y suave superficie de césped en la parte inglesa del parque. El sendero tenía la anchura precisa para que pudieran ir uno al lado del otro. Con el crepúsculo cayó una niebla que se fue espesando y que colgaba de las ramas de los árboles. Lentamente fue descendiendo la capa blanca sobre la pradera, y Sofía, que comenzó a temblar de frío, se ajustó el chal de cachemira en torno a los hombros. Cuando el barón lo notó, la rodeó también con el brazo como para protegerla. Pero con ello empeoró su renqueo y por primera vez Sofía sintió con desagradable claridad que su marido era un

inválido. En el camino principal, que atravesaba el parque en línea recta, esperaba uno de los sirvientes con la noticia de que Kühnel lo tenía todo preparado para su representación.

El artista de sombras recibió a sus benefactores, con una profunda reverencia, en la habitación dispuesta a propósito, y los acompañó hasta los asientos reservados para ellos. En la mesa se había puesto un gran número de velas, cuya luz se unificaba en un fuerte foco por un reflector situado detrás de ellas. Ante la fuente de luz había un paño tendido a través de la habitación y dividía, con su sombra, la pared encalada de enfrente en dos partes. Después de que Anton Kühnel sentara al barón y a su esposa de tal manera que dieran la espalda al paño y a la fuente de luz, volvió a hacer una reverencia, primero ante Sofía y luego ante el juez imperial.

—¡Mi escenario! —dijo señalando la parte blanca de la pared.

A continuación, se introdujo por debajo del paño y comenzó la representación.

—La creación del mundo —dijo el artista de sombras. Y una masa amorfa y gigantesca se elevó por encima del borde de la sombra en la superficie luminosa del escenario como una columna de humo que oculta una figura; osciló de un lado a otro y por fin se detuvo, pareciendo que giraba en torno a sí misma. De ella surgió un brazo enorme y trazó un gesto imperioso sobre el escenario. Y al mismo tiempo comenzó a vivir el suelo bajo la figura. Trozos de tierra parecieron aglomerarse, crecieron, se alzaron y, al abrirse, liberaron animales de toda índole: leones, caballos, corderos, camellos, pavos, cocodrilos, elefantes. La orden invocaba a más y más criaturas del suelo fértil de la sombra. Por fin desapareció esa figura elevada y el escenario volvió a quedar vacío.

—¡Muy bien! —elogió el barón y se inclinó para leer en el rostro de su joven esposa qué efecto le habían causado las artes del joven. Pero Sofía se sentaba sin mostrar signo alguno de interés y miraba de frente a la pared.

Anton Kühnel anunció el siguiente cuadro. «¡Adán y Eva!». Era la creación del primer hombre, la vida en el Paraíso, el pecado originario y la expulsión, todo representado por dos manos hábiles, para lo cual solo se empleó como decoración algunas palmeras y animales de papel que Kühnel había recortado previamente. No había exagerado al decir que era capaz de representar todo lo que había ocurrido desde la creación del mundo. Era realmente como si todas las historias desde el origen de los tiempos adquirieran forma a través de él. Extremadamente simplificadas y, no obstante, manteniendo lo más característico, las sombras hacían pasar por el escenario los acontecimientos más peregrinos. Con perfiles claros y distintos se expresaba lo más importante y el mayor logro de Kühnel consistía en confrontar a dos personas en una escena importante. Entonces sus manos realmente parecían hacer milagros, su habilidad daba de sí todo lo que podía; y cuanto más veía el barón, más se asombraba de la técnica desplegada por el joven. Sofía no parecía impresionada en la misma medida. Cuando el barón no se mordía la lengua con sus elogios, ella se sentaba en silencio y miraba fijamente el escenario, como a la espera del siguiente

cuadro.

Anton Kühnel representó aún el Diluvio y el Arca de Noé, a ello siguió la historia de José y sus hermanos y, después de haber representado también a Daniel en la cueva del león, pasó al ámbito propiamente histórico. Se vio la disputa entre Rómulo y Remo, Numa Pompilius y la ninfa Egeria, el asesinato de César por Bruto y el resto de conjurados, entre los cuales, aquel, muy bien caracterizado, caía sobre el emperador. De la historia griega escogió cómo se despedía Héctor de Andrómaca, luego Perseo y Andrómeda, la lucha por el vellocino de oro y el infanticidio de Medea.

Ya había durado la representación dos horas sin intermedio, cuando Kühnel anunció que seguiría la trágica historia de Hero y Leandro. Nítidas aparecieron las sombras de los dos amantes en el escenario. Titubeante se aproximaba al principio Leandro a la joven, retrocedía y desaparecía. Pero luego regresó, por el mar, salió a tierra, y Hero abandonó su torre y se apresuró a encontrarse con él. En otra escena se encontraban los dos besándose con ardor, los cuerpos se fueron aproximando, parecieron fundirse y, no obstante, cada uno mantuvo su forma. Las sombras parecían animadas por una vida real, impulsadas por pasiones poderosas, arrebatadas por una corriente tempestuosa irresistible. Ahí, en pequeña escala, mediante los medios escasos de un juego de sombras, se reproducía con fidelidad la realidad, la vida encontraba placer en escenificar, a través de pequeñas figuras negras, un presentimiento de su poder.

—¡Excelente, realmente excelente! —dijo el barón—, es asombroso lo que este joven puede hacer. Y no es nada cómico... aunque fácilmente podría caer en lo cómico.

De repente, Sofía se levantó, sin decir una palabra y salió. El barón se quedó sentado aún un rato, bastante perplejo, y después se volvió hacia Kühnel. Había salido por detrás del biombo y estaba junto a la mesa con las velas, la mirada dirigida a la puerta por la que había salido la mujer.

—¡Caray! —dijo por fin el barón, se levantó con esfuerzo y salió de la habitación cojeando. Encontró a su mujer en la habitación de las palmeras, sentada en la oscuridad, las manos en el regazo, y cuando el barón las quiso tomar entre las suyas se dio cuenta de que sostenían la labor, como si la mujer, inconsciente de la oscuridad, hubiese querido comenzar a bordar.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó preocupado y apoyó el bastón contra la pared para poder acariciarle el pelo con la otra mano.

—Nada, nada.

Emitió las palabras con esfuerzo, como si solo pudiesen penetrar la oscuridad con dificultad.

—Creo que le ocurre algo. Dígamelo. ¿Se siente mal? Pero se lo ruego, hable. ¡Las historias de ese hombre no le gustan! ¡Se ha inquietado! Le despediré de inmediato.

Pero cuando el barón iba a enderezarse, Sofía le agarró del brazo y lo mantuvo asido con fuerza.

—No —dijo ella—, el pobre diablo no tiene nada que ver. Él y su arte... los he encontrado más entretenidos de lo que creía. No tienen ninguna culpa. Ha sido... una debilidad repentina, un malestar... ahora ya ha pasado, me vuelvo a encontrar bien. No hablemos más del asunto. Me he recuperado del todo. No se le puede echar la culpa, es un artista a su manera.

—Sí, es un artista —dijo el barón más tranquilo—, se podría presentar con todo derecho ante las mayores personalidades.

Sintió cómo la mano de Sofía se deslizaba lentamente por su brazo y terminaba por quedarse en su mano con un gesto halagador, con un cariño inhabitual. Eso ocurría tan raras veces que le emocionó. Quiso hacer a su mujer algo igualmente afectuoso, quería demostrarle que le agradecía esa ternura.

—¿Le digo al joven que se quede unos días más? —preguntó. En ese momento no se le ocurría nada mejor.

Sofía no respondió. El barón volvió a acariciarle el pelo, como para animarla a dar una respuesta.

—Sí —respondió la mujer y su respiración se aceleró—, dígame que puede quedarse.

El artista de sombras seguía en el centro de la habitación, junto a la mesa cubierta de velas, con la mirada dirigida hacia la puerta, como le había dejado el barón.

Algunas de las velas ya se habían derretido hasta el pie del candelero de cristal y las llamas lamían con lenguas rojas e inquietas, ávidas de más combustible. Una de las luces moribundas tremolaba codiciando la manga del artista de sombras, que había apoyado la mano sobre la mesa; pero no notaba nada del peligro que amenazaba a su único traje.

—Escúcheme —dijo el barón—, quisiera que se quedara aquí unos días más. Si es razonable preferirá quedarse algo más antes que emprender de nuevo, al instante, su vida de vagabundo.

El artista de sombras miró al barón, con un movimiento involuntario llegó demasiado cerca de la llama y retiró la manga algo quemada.

—¿Y le gustaría a la ilustrísima señora que ejerza mi arte para su entretenimiento?

Planteó su pregunta con denuedo, casi tanteando.

—Mi mujer está de acuerdo, no se preocupe por eso.

La expresión en el rostro de Kühnel cambió tanto en ese instante que el barón casi se sobresaltó. De repente afloró en el invitado, como de las profundidades, un poder irresistible, un resplandor de orgullo, un júbilo silencioso y cruel, una certeza dura y una alegría brutal. Pero esa alteración desapareció con la misma rapidez con que había aflorado, y con una reverencia sumisa dijo el artista de sombras:

—Ruego entonces a su Señoría que acepte con mi agradecimiento la seguridad de

que sabré apreciar tanto honor.

Así sucedió que Anton Kühnel se quedara en casa del barón. Sus artes eran inagotables, y sabía ofrecer siempre algo nuevo e interesante. También dibujando y recortando siluetas demostró una habilidad especial. Casi todas las noches acudían los benefactores a la habitación donde daba sus representaciones. Y una vez que Kühnel se familiarizó con su entorno, acompañaba sus funciones con un texto que sabía adaptar hábilmente a lo representado, de modo que el barón y su esposa ora tenían que reír a carcajadas, ora emocionarse hasta derramar lágrimas. El barón Von Littrowsky nunca había entendido mucho de artes plásticas y de literatura, sus ámbitos eran la guerra, la agricultura y el ajedrez. De ahí que no fuera difícil obtener su admiración con ocurrencias graciosas e inteligentes. Al principio se resistió a la influencia que Kühnel ejercía sobre él, pero cuando iban a finalizar los catorce días que se habían fijado para la estancia del artista, el barón declaró abiertamente a Sofía:

—No sé qué puedo decir, pero el caso es que le he cogido cariño al muchacho. Le voy a echar de menos. En su carácter tiene algo cautivador... y es una persona modesta.

Hasta Sofía, que se orientaba mejor que su marido en el mundo de los libros y que poseía un juicio más crítico, reconoció que Kühnel era un hombre educado y, al parecer, muy leído. Eso alegró más al barón de lo que quiso reconocer, y sugirió la propuesta de prolongar la estancia del artista de sombras por un periodo indeterminado.

—¡Trae vida a esta casa! Y cuando yo tenga que estar fuera, tendría a alguien a su lado que la ayudaría a pasar el tiempo. Puede darle clase de dibujo, siempre ha sido su deseo perfeccionarse en ese arte.

Anton Kühnel no tenía nada que objetar a la propuesta del barón y aceptó agradecido todas las condiciones. Resultó que el actual artista de sombras era un antiguo estudiante que había abandonado la universidad y que, por un deseo indomable de libertad, vagabundeaba por el mundo. Tanto más agradecido estaba el barón por el milagro que había logrado de capturar a ese pájaro para su casa. Y le situó, incluso, en una posición más elevada en su servicio al emplearle como su secretario privado, en un puesto para el que hacía mucho tiempo que estaba buscando a alguien que fuera perfectamente digno de su confianza. Al artista de sombras, sin embargo, no se le subió a la cabeza tanta fortuna, no se envaneció, y nunca resultó impertinente, de modo que el barón se mostró cada vez más convencido de haber encontrado en ese hombre a un servidor leal y, al mismo tiempo, a un amigo.

—Sí, un amigo —dijo él mientras caminaba de un lado a otro en la habitación de las palmeras—, un amigo, no puedo sino llamarlo así. ¿Por qué no tendría que haber una amistad verdadera entre un señor y un subordinado como este? ¿Puede darse solo la amistad dentro de la igualdad de una clase? No, es un poder divino como el amor y se encuentra, como este, sin preguntar por el rango o el puesto.

Sofía, que bordaba junto a la ventana, inclinó aún más la cabeza en la labor

cuando el barón se volvió hacia ella con estas últimas palabras y con una mirada interrogadora.

—¿Y usted misma —continuó el juez imperial—, no ha estado más contenta estas últimas semanas y, según me lo parece, más sana? Sí, ese joven irradia una alegría a la que uno no se puede resistir. Y muestra un profundo entendimiento para todas las cuestiones relacionados con la jardinería y la agricultura. Y cómo juega al ajedrez... es al mismo tiempo elegante y audaz; creo que habría sido un estratega excepcional, si es cierto que de esos atributos en el juego se puede concluir lo mismo en la realidad de un campo de batalla. Uno no sabe qué pretende, pero antes de que me dé cuenta, ya me ha rodeado y vencido. ¿No ha experimentado lo mismo? Su juego es irresistible.

La respuesta de Sofía tardó un rato en llegar.

—Es verdad —dijo por fin volviendo la cabeza y mirando hacia el parque, por cuya terraza venía precisamente Anton Kühnel, con un gran ramo de rosas rojas en la mano que acababa de cortar para la señora de la casa.

El barón tenía razón. Sofía, que anteriormente parecía marchitarse bajo un poder sombrío, floreció de nuevo. Fue capaz de volver a reír. Recuperó una segunda juventud y participaba con interés en todas las actividades. Si había algo que podía fortalecer aún más lo que el barón ya consideraba una amistad con Anton Kühnel, era el efecto favorable que ejercía en su esposa. Las horas dedicadas al dibujo procuraban a Sofía un placer enorme, y Anton Kühnel también puso su arte al servicio de las manualidades de ella. Por amor a su mujer y por su amistad con Kühnel, el mismo barón se interesó por esas labores y elogiaba los bocetos del dibujante que luego Sofía bordaba en telas valiosas con hilos de seda multicolores.

El barón sentía aún menos que antes la necesidad de mantener el contacto con el gran mundo. Solo cuando su posición lo exigía cumplía sus deberes sociales y coincidía con Sofía en que se estaba mucho mejor en el estrecho círculo hogareño, con Anton Kühnel como incansable narrador. Cuando abandonaban una fiesta a la que se habían visto obligados a asistir, o cuando se iban los huéspedes, a los que a veces tenían que invitar, daban un respiro de alivio. Y Kühnel siempre estaba dispuesto, aun en plena noche, a sentarse con ellos y a alegrarles con sus historias o con una demostración de su habilidad.

Pero el mundo que el general podía creer descuidar, se interesaba mucho más por él y por su vida de lo que él sospechaba. A sus espaldas se originó primero un rumor, luego una sonrisa y, por fin, fue objeto de risas descaradas. Hubo algunos conocidos que osaron aludir a situaciones que en opinión de la gente se producían en su casa. Pero el barón era tan ingenuo que no entendía a qué se refería la gente, así que se mantuvo insensible a las provocadoras indirectas. A ningún conocido se le iba a ocurrir manifestarse con mayor claridad, pues se recordaba que el por lo demás bondadoso juez imperial se enfurecía sobremanera cuando alguien quería meterse en sus asuntos con un consejo no reclamado. Y así el barón no se expuso a oír un rumor

que se extendía más y más a su alrededor. Por supuesto que el mundo se vengó por el hecho de no poder perturbar su tranquilidad al afirmar que el barón estaba enterado de lo que ocurría y que lo toleraba en silencio.

Cuando Anton Kühnel cumplió dos años en la casa del juez imperial, el barón se lo llevó un día de caza. Era un día otoñal sombrío y neblinoso, y Sofía vio a los jinetes mientras abandonaban el patio con un extraño malestar. Kühnel se volvió una vez más, precisamente cuando pasaba por la puerta del patio, con el sombrero bien ajustado, para saludar con reverencia a la señora de la casa que se encontraba en las escaleras que daban al patio. Fuera el camino estaba cubierto por una niebla espesa, de modo que parecía que se iba a adentrar en una nube enorme. Fue la última vez que Sofía lo vio vivo. Unas horas después trajeron su cuerpo en una carreta. Yacía sobre la paja, con una herida en el pecho y la paja a su lado izquierdo estaba manchada de sangre. Un tiro perdido, ni siquiera se sabía de qué escopeta, le había acertado y matado al instante. Cuando la carreta entró lentamente en el patio, Sofía corrió a la ventana. Vio al hombre en la carreta, vio la paja llena de sangre y, sin ni siquiera lanzar un grito, cayó inconsciente junto a la ventana, como si por un hechizo a su cuerpo le hubiesen retirado repentinamente el armazón de los huesos.

Así la encontró el barón una hora después. La levantó, llamó al sirviente y la llevó, aún inconsciente, con su ayuda, al boudoir, donde la puso cuidadosamente en el ancho sofá. Él mismo estaba estremecido en lo más hondo de su ser, su rostro, habitualmente rosado, había adquirido una palidez cenizosa y las manos temblaban como si hubiese envejecido veinte años. Una media hora después, mientras el barón aplicaba esencias y toallas húmedas a su mujer, recuperó el conocimiento. Abrió lentamente los ojos y de repente se irguió dirigiendo al rostro del barón una mirada tan espantada que este se asustó.

—Sí, es cierto —dijo él lentamente—, no se puede hacer nada. Está muerto.

El médico, al que habían llamado y precisamente venía de ver al accidentado para ocuparse de la inconsciente, confirmó que Anton Kühnel estaba muerto. La bala le había atravesado el corazón. El médico le prescribió un calmante, le aconsejó no tomárselo muy a la tremenda, le besó la mano y se fue. Y Sofía aún no había pronunciado una palabra.

—Tan joven... —comenzó de nuevo el barón—, ¡tan joven! Si le ocurre a una persona ya mayor... ¡pero tan joven! Y lo más terrible es que no sé si fue mi bala la que...

Con un gemido Sofía cayó hacia atrás perdiendo el conocimiento por segunda vez. La casa del barón se cubrió de una tristeza profunda como si se tratara de un velo negro. El barón había perdido a su amigo y ahora, con esa pérdida, se daba cuenta de lo que ese joven había representado para él. Afirmó solemnemente que el fallecido había sido superior a él en todo y no podía dejar de recordar al artista y al ser humano. Sofía casi nunca hablaba de Kühnel, pero podía ocurrir que durante una comida, cuando el barón hablaba de su amigo, de repente se levantara y se fuera.

Había perdido la alegría, su carácter se marchitó, estaba triste y muda como una prisionera.

Una noche, con motivo del banquete para la apertura de sesiones en el parlamento provincial, cuando el barón recordaba al amigo con el conde Zierotin, el conde dijo tras una breve pausa, mientras miraba en su copa verdosa de moscatel:

—A fin de cuentas ha sido la mejor solución.

—¿La mejor solución? ¿A qué te refieres? No había nada que necesitase resolverse. Fueron buenos tiempos y ahora toda la alegría ha muerto en nuestra casa.

—¡Bueno... esa amistad, Martin! Es que... tendrás que disculpar a este camarada de guerra. Tú hablas siempre de una amistad entre tú y el artista de sombras. El caso es que... tú, el juez imperial Barón von Littrowsky, coronel del regimiento Lascy, y un estudiante fracasado, un vagabundo con antecedentes penales, un comediante de barraca de feria... En fin, que no concuerda con tu posición. Y luego lo otro... ya sé que las malas lenguas siempre están dispuestas y que no hay nada de cierto en ello, pero en cualquier caso... para algunos de mala voluntad se ha podido dar la apariencia...

De poco le sirvió al conde remitirse a la camaradería con el barón. Este se levantó con rostro serio y pidió al conde que le acompañara a una habitación contigua. Aquí le exigió una explicación. Y el conde, que se enojó al ver que el barón seguía *in albis*, le contó con toda franqueza todo lo que la gente rumoreaba.

—Os daré una respuesta a todos vosotros —dijo el conde, y dio orden de que situaran los coches ante la puerta.

—Tengo que darles una respuesta... una respuesta... —murmuraba una y otra vez ante sí. Y a la mañana siguiente entró en el dormitorio de la esposa que, extenuada por una noche de insomnio, yacía entre los almohadones, pálida y débil. Escogiendo las palabras con gran cautela, repitió lo que el conde le había contado el día anterior. Pero por mucha precaución y tiento que empleó, la pálida mujer rompió a llorar convulsivamente, y su cuerpo escuálido tembló sacudido por los sollozos. El barón cojeó desesperado de un lado a otro de la habitación, y cuando ya no supo qué hacer para tranquilizar a la mujer, comenzó a lanzar maldiciones de soldado contra los bocazas.

—Les responderé... tendrán mi respuesta. Verán que sus ridículas imaginaciones no nos afectan y que estamos por encima de esos cuchicheos y secreteos.

Y tras reflexionar algo el barón encontró la respuesta. Mandó que unieran las más bellas siluetas recortadas por Kühnel en un «tableau», enmarcó costosamente sus dibujos y pinturas y los colgó en la habitación de las palmeras, la cual quedó transformada en un pequeño museo. En la parte inglesa del parque se encontraba, bajo un frondoso tilo, una loma, el lugar preferido del fallecido. Allí había pasado horas conversando y dibujando con Sofía. Ese lugar fue elegido para colocar un monumento para el finado. Entre los recuerdos que le habían quedado al barón, se encontraba una silueta de Kühnel. Sofía la había recortado siguiendo las indicaciones

de su maestro, de quien la pupila había recibido un aplauso. En esa silueta se advertía lo más característico de la cabeza de Kühnel: la nariz recta, la frente alta y clara, los labios llenos y la barbilla prominente. El barón hizo que traspasaran la silueta a una madera valiosa coloreada como el marfil, y que se situó en la pequeña loma bajo el frondoso tilo. La cabeza de Kühnel miraba hacia el pabellón; miraba hacia allí con audacia y una ligera sonrisa, con el cuello delgado asomando por la camisa abierta.

Trascurrió el invierno y cuando las noches primaverales ya comenzaban a tener la calidez del verano y permitían permanecer fuera, el barón invitó a todos sus conocidos a una gran fiesta en el jardín. Se contempló con asombro el museo en la habitación de las palmeras y el monumento en el jardín. Y el barón no se cansó de asegurar a cada uno que estaba desconsolado al no poder hacer nada más por la memoria de su fiel amigo. Esa noche estuvo muy forzado, pues los deberes del anfitrión recaían solo en él. Sofía no había podido participar. Se había ido debilitando y decayendo cada vez más y desde hacía dos semanas no se levantaba de la cama en la residencia de la ciudad. Cuando el conde Zierotin abandonaba, entre los últimos visitantes, el pabellón, el barón le retuvo en el umbral de la habitación de las palmeras y le señaló los cuadros colgados en las paredes.

—¡Esa es mi respuesta, Andreas! —dijo.

El conde se encogió de hombros y se fue.

Habían estado abiertas a los huéspedes todas las estancias del pabellón, solo a una no habían tenido acceso. La que empleaba Anton Kühnel para sus funciones de sombras. Por deseo de la baronesa se había mantenido cerrada desde su muerte. El paño tendido a lo largo de la habitación, las velas en la mesa... todo seguía igual, pero las cortinas estaban echadas, la puerta de color blanco y oro se mantenía cerrada a cal y canto. La estancia estaba muda y muerta, como el hombre que había desplegado su arte en ese espacio.

El barón se encontraba ante esa puerta y desde ella veía la sucesión de las salas. Los sirvientes se deslizaban sin hacer ruido de un lado a otro, como sombras, y del pequeño comedor venía el tintineo de la porcelana y el sonido claro de la plata. Ahora que los huéspedes se habían ido, notaba su cansancio, contra el que había sabido luchar hasta entonces. Detrás de él quedaban horas de tensión física y psíquica, siempre al acecho para contrarrestar alguna alusión maligna o palabra ambigua. Había sido una batalla que había tenido que librar él solo contra todos. ¿Se estarían riendo de él ahora en su camino a casa? Y, ¡qué pensamiento más horrible!, ¿qué, si al final tuviesen razón para burlarse de él? ¿No sería un ingenuo y un tonto, doblemente ridículo por sus esfuerzos de demostrar a todo el mundo que no dudaba ni de su mujer ni de su amigo? Sintió que con estos pensamientos cometía una injusticia, y al mismo tiempo sintió que no debía quedarse solo porque esos pensamientos, de otro modo, volverían con toda seguridad. Ya iba a abandonar el pabellón cuando después del primer movimiento se detuvo como hechizado. Le había parecido como si hubiese oído un ruido detrás de la puerta ante la que estaba. Fueron como pasos por la

habitación y como si se moviera la mesa, del mismo modo en que Kühnel reajustaba la mesa antes de comenzar la función. ¿Había alguien en la habitación? El barón cogió el picaporte y lo presionó hacia abajo... la puerta estaba cerrada. No había nadie dentro, era imposible, tenía que haberse equivocado. Cuando el barón llegó a esta conclusión y se dispuso a irse con una sonrisa, le invadió de repente un miedo espantoso procedente de un abismo más allá de toda lógica. Ocurrió de la manera más inesperada, de modo que el barón no sabía cómo se había producido. Era una sensación de malestar, pero intensificado hasta el espanto. Como si ya no fuera el dueño de esa casa, ni de sí mismo ni de su destino. Como si alguien le hubiese arrebatado todo el poder y le hubiese desplazado a un lado agarrándole por el cuello y presionándolo hasta que no pudo respirar.

El barón se liberó con un grito de esa insoportable sensación y llamó a un sirviente, en el que se apoyó para que le llevara hasta su palanquín. Pasó una noche muy inquieta y atormentada, poblada de pesadillas.

A la mañana siguiente su esposa le pidió que fuera a verla. El barón vio que presentaba muy mal aspecto, y él tampoco ocultó a Sofía que había pasado una mala noche.

—¿Y cómo fue la fiesta? —preguntó ella—. ¿Qué dijeron los huéspedes?

—¿Decir? No se atrevieron a decir nada. Pero no sé qué han pensado.

El barón mantuvo clavada su mirada en el rostro de la mujer. ¿Cuál era el motivo de esa enigmática enfermedad que consumía a Sofía? Qué lozana y alegre había estado cuando Kühnel vivía. Y qué extraño que ese decaimiento coincidiera con la muerte del artista de sombras. Cuando el barón iba seguir ese hilo de pensamientos, Sofía se incorporó algo en la cama.

—Tengo que pedirle algo —dijo ella—, aquí en la casa de la ciudad no me siento bien. Ahora ya hace tan buen tiempo. Quisiera ver el campo, está ahora todo tan bonito. Que me lleven de nuevo al pabellón.

—No me pida eso. No está lo bastante fuerte para ser trasladada hasta allí. Le perjudicará.

El barón insistió a su mujer casi con angustia. La sensación de malestar que había padecido el día anterior regresó y le hizo perder la tranquilidad.

—Se lo ruego, cumpla mi deseo. ¿Acaso cree que puedo sanar aquí cuando lo único que hago es anhelar nuestro parque? Ya verá lo bien que me sienta.

—Pero los médicos están en contra. Y tienen razón, pues yo temo que el recuerdo que invade el pabellón la agite demasiado. Sin duda empeorará.

Pero entonces el barón vio lágrimas en los ojos de la enferma y le resultó imposible resistirse por más tiempo a cumplir su deseo. Se avergonzó de sus dudas y de sus pensamientos traicioneros, los encontró repugnantes y viles, y con el afán de rectificar una injusticia, tomó la mano de Sofía y la besó emocionado.

Los médicos se mostraron muy insatisfechos con esa decisión, pero al final no les cupo otro remedio que resignarse, aunque no ocultaron que en su opinión la estancia

de la enferma allí no podía ser en absoluto saludable. Pero el recelo del barón sospechó tras esa resistencia de los médicos alusiones veladas, creía oír los rumores de la gente en sus palabras preocupadas y sinceras, e insistió en que se cumpliera el deseo de su mujer. Cuando vio cuánto se alegraba, él también se puso contento y comenzó de nuevo a cobrar esperanzas de que tal vez, contra la convicción de los médicos, venciera el instinto natural.

Pero el estado de Sofía siguió siendo el mismo. Estaba, eso sí, pese a su debilidad, algo más sonriente, pero su estado de ánimo era dominado por una renuncia que parecía como si hubiese dejado de defenderse contra un destino implacable. Pese a su amor y a su inquietud el barón no soportaba estar con la enferma con frecuencia y largo tiempo. Esa resignación sonriente, esa mirada transfigurada y desvanecida de los ojos azules le ponían enfermo. Y se añadió algo más que le impulsaba a no estar en la casa. Desde que el barón había convertido el pabellón en un templo del recuerdo del artista de sombras, era como si un espíritu extraño y burlón se hubiese apoderado de esas estancias antaño tan confortables. El juez imperial nunca se sentía allí a gusto; aun en los días en que Sofía se mostraba dispuesta a jugar con él una partida de ajedrez, no lograba estar cómodo. La sombra que arrojaba la demacrada mano de Sofía con cada jugada sobre la ropa de cama y el tablero le asustaba. No lo había querido reconocer desde hacía tiempo, pero por fin no pudo seguir engañándose, la verdad es que tenía miedo de esa sombra. Cuando por la noche paseaba por los senderos del bosque a la luz de la luna, y al rodear un seto surgía de repente su sombra, se asustaba y se daba la vuelta de inmediato. No soportaba ver a su sombra avanzando por delante de él y prefería regresar a la oscuridad. Pero cuando hizo el descubrimiento de que ese malestar de alguna manera misteriosa estaba relacionado subrepticamente con los rumores difamadores de la gente, decidió superarlo. Y entonces salía al parque las noches de luna y visitaba el monumento a su amigo para ensimismarse en su piadoso recuerdo. Permanecía en la habitación de las palmeras, donde contemplaba los distintos objetos del museo. Pero tras esos ejercicios de su fuerza de voluntad siempre se alegraba doblemente de poder abandonar el pabellón y el parque.

—Me está descuidando, amigo mío —dijo Sofía cuando un día entró en su cuarto de enferma. Y sonriente continuó—: Soy una mala camarada para usted.

El barón retiró el dosel para sentarse en una silla junto a la cama de la enferma. En ese instante le pareció como si una sombra se deslizase lentamente de la silla. Una sombra larga, flaca y transparente. El barón se sobresaltó, pero en un instante ya había logrado dominarse. No podía dejar traslucir a la enferma nada de su condenada irritabilidad; con cualquier oportunidad no dejaba de recordarse que había sido un soldado.

Con una disculpa y la queja del mucho trabajo que ese momento había recaído en él, se sentó junto a la cama. Sofía le escuchó un rato en silencio, luego dijo, tomando su mano:

—¿Quiere darme una alegría?

—¡Por supuesto, encantado!

—Hoy me siento tan bien. Acompáñeme a la habitación de las palmeras. Es el lugar con la mejor vista al parque.

—Pero no puede abandonar la cama. Está tan débil. Y el aire nocturno la perjudicará.

—No... no. Cerraremos la ventana. Deme esa alegría.

Tras insistir un rato, Sofía consiguió convencer al barón para que la llevara a la habitación de las palmeras. Por precaución, la envolvió bien en una manta y cojeó a su lado, rodeando sus hombros con su brazo. Situó uno de los sillones forrados de seda adamascada junto al gran ventanal y ayudó a su mujer a sentarse. Sofía contempló en silencio el parque, mientras el barón se esforzaba por entretenerla con pequeños incidentes de ese día. Ya era bastante tarde y el servicio, cuando preguntó si deseaban algo, fue enviado a la cama.

El barón se esforzaba en torno a una hora para entablar una conversación con su esposa, cuando se interrumpió súbitamente. Le pareció haber oído un ruido en la habitación cerrada contigua. Al igual que aquella vez... pasos y luego como si empujaran una mesa. Su brazo cayó como paralizado sobre el sillón. ¿Qué había sido eso? Se inclinó para mirar en el rostro de su esposa. Ella también mantenía la cabeza inclinada hacia delante, como escuchando, y un brillo de felicidad surgió en la mirada transfigurada, apartada de todo lo terrenal, de sus ojos. El barón nunca la había visto así.

—¿Lo ha oído? —dijo él ronco y precipitado, mientras tocaba su hombro. La mujer se volvió lentamente hacia él:

—¿Oír... oír qué?

—Allí dentro, en la habitación.

Sofía negó con la cabeza, y el resplandor de felicidad se borró de su rostro. Y dejó que el barón la envolviera rápidamente en la manta y la llevara de regreso a la habitación. Una vez que la hubo acostado, abandonó la casa y pasó la noche en un club donde se reunían los aristócratas para jugar y beber.

Durante unos días visitó brevemente el pabellón, preguntaba por el estado de su mujer y abandonaba la habitación de la enferma después de un pequeño esfuerzo por entablar una conversación. En la ciudad se asombraban no poco de que el juez imperial precisamente ahora, durante la enfermedad de su esposa, encontrara tiempo y ganas para estar en sociedad, donde durante tanto tiempo se le había echado de menos. A observadores más agudos les llamó la atención el buen humor nervioso de que hacía gala. Al mismo tiempo llegó la noticia del empeoramiento de su mujer, y se creyó que estaba intentando ahogar la pena y su desesperación, por lo que se compadecieron de él. Una semana después de la noche en la habitación de las palmeras, la enfermera que cuidaba de Sofía vino al encuentro del barón en el umbral de la habitación de la enferma. Se llevó el dedo a los labios y pidió al barón que no

hiciera ruido porque la mujer, que había pasado una mala noche, parecía haberse quedado adormecida.

El barón se aproximó a la cama sin hacer ruido y quiso retirar el dosel, cuando este se retiró por sí mismo antes de que su mano lo tocara. Le pareció como si surgiera una sombra y se deslizara por su lado. Una sombra flaca, pero ya no tan indefinida como la primera vez, sino más clara y sólida en los contornos. La sombra pasó flotando junto al barón y desapareció en la penumbra del trasfondo. En un primer instante el barón había extendido la mano hacia la aparición, ahora estaba aterrizado y miraba fijamente en la oscuridad de la habitación donde no llegaba el resplandor de la luz. Solo tras un rato se atrevió a retirar el dosel. Allí estaba la mujer en su cama, con una sonrisa feliz en el rostro. Había cerrado los ojos y parecía dormir. El barón dejó que el dosel se deslizara lentamente de su mano y salió en silencio de la habitación. En esa noche no buscó la compañía de sus amigos, sino que la pasó en una taberna con vendedores ambulantes y feriantes, que se habían reunido allí por el mercado que se iba a celebrar en la ciudad y que él con donativos generosos animó a que se divirtieran por todo lo alto.

Cuando llegó la mañana, uno de los participantes, un mago y engullidor de cuchillos, lamentó que la fiesta tuviera que terminar. Pero el barón golpeó la mesa con el puño y gritó:

—¿Por qué va a tener que terminar la fiesta? Ya no nos volveremos a reunir en mucho tiempo. Por eso sigamos juntos hasta que se vuelva a terminar el día.

Los vendedores y demás feriantes celebraron a su bienhechor y lanzaron gritos de júbilo, siguieron divirtiéndose con gran ruido y el barón bebió con ellos y escandalizó con ellos hasta que creyó haber superado el sentimiento paralizante del horror.

Era tarde por la noche cuando, algo inseguro sobre sus piernas, se levantó de entre los contertulios. Un murmullo de lamentaciones se extendió por los asistentes, que a lo largo del día habían estado ebrios o sobrios a intervalos.

—¿Queréis seguir conmigo? —preguntó el barón.

—¡Sí, sí! —gritaron de todas partes.

—¡Bueno, entonces, adelante! Todos conmigo.

Se originó un estruendo enorme, y dos luchadores levantaron al barón sobre los hombros y lo llevaron de un lado a otro entre el júbilo de los presentes. Después salieron todos, el barón por delante, acompañado a la izquierda por el propietario de un teatro de títeres, y a la derecha por la mujer serpiente. Las pocas personas que estaban en la calle a esa hora vieron con asombro al juez imperial a la cabeza de un desfile de artistas de circo.

Al principio se avanzó rápidamente entre risas y cantos, pero cuanto más se acercaba el barón a su parque, tanto más lentificaba su paso. Sobrio por el aire fresco de la noche, comenzó a reflexionar y, para ganar tiempo, fingió que no podía caminar bien. Era imposible meter en su casa a toda esa horda ruidosa. Pero tenía que intentar vencer el miedo que volvía a aumentar conforme se acercaba a su meta. Y ahora se

trataba de despedir a sus acompañantes de buenas maneras. Cuando llegó al muro que rodeaba su parque, se volvió y gritó al grupo:

—¡Hijos míos, no puede ser! No os puedo llevar a casa. Es por la larga enfermedad de mi mujer que no puedo llevar a una compañía tan ruidosa. ¡Pero mañana...!

Los que estaban allí no querían saber nada de eso. ¿El barón los había arrastrado hasta ese lugar y ahora tenían que regresar? Y cuando el barón volvió a explicar que no podían entrar en la casa, comenzaron a murmurar y rodearon al bienhechor con una actitud amenazadora. Pero entonces el barón se apoyó en el muro de su parque y exclamó:

—¡Y ahora a cumplir mis órdenes, chusma! Y a quien no lo haga le parto la cabeza en dos.

Levantó el bastón con gesto amenazador. Ahí ya no se atrevieron a contradecirle, retrocedieron y por fin se retiraron como un perro al que se le amenaza con tirarle una piedra.

El barón continuó su camino dando un suspiro. Pero apenas le habían abandonado los acompañantes, cuando se apoderó de él ese malestar angustioso que allí siempre parecía esperarle. Se detuvo y ya quería llamar a los otros cuando pensó si no sería mejor regresar y pasar la noche en su casa de la ciudad. Pero ahora recordó su deber. Durante todo un día no se había informado del estado de salud de su mujer, aunque conocía de sobra la seriedad de dicho estado. Era al menos necesario pedir una noticia al respecto, luego podría volver a abandonar el pabellón. Y así cojeó a lo largo del muro del parque hasta la entrada. De repente se asustó. La luna había salido por detrás de una nube y arrojaba la sombra del barón sobre el muro encalado. La silueta era bien definida, como salida de la mano de Anton Kühnel, y el repentino recuerdo del muerto le obligó a detenerse. Luego siguió con tanta más rapidez su camino y mantuvo la cabeza apartada del muro para no ver a su mudo acompañante.

Del portero supo el barón que su esposa había pasado la mayor parte del día inconsciente, y al anciano se le notaba que había perdido la esperanza de ver sanar a su señora. El barón entró sin hacer ruido en la habitación de las palmeras y quería entrar en la estancia contigua, por la cual se llegaba a la de la enferma, cuando oyó unos pasos ligeros venir a su encuentro. Retrocedió, y en ese instante un hombre pasó a su lado, si bien algo difuminado pero con formas fijas. Y cuando el barón lo examinó creyó reconocer en él la figura y el rostro de Anton Kühnel. El hombre atravesó la habitación de las palmeras y se dirigió a la puerta cerrada de la estancia sacrosanta, abrió y entró. Del barón se apoderó entonces un valor desesperado, más fuerte que su horror. Se precipitó contra la puerta y tiró del picaporte... la puerta estaba cerrada. El barón renunció a sus intenciones y salió cojeando y jadeante, lo más deprisa que podía, al parque. Se estaba volviendo loco, no cabía duda. Y espoleado por el terror, corrió por el parque, desorientado, sin saber adónde huir. De repente, algo le detuvo. Una percepción le taladró, penetró como un hierro candente

en su interior y llegó hasta su conciencia. Volvió a encontrarse a sí mismo y vio que se hallaba ante el monumento al artista de sombras. La luna ya estaba tan alta que iluminaba del todo la loma y la tabla. Pero... el barón estaba como paralizado y le parecía como si algún poder le quitase el cuero cabelludo... la tabla estaba lisa y vacía, la silueta de Kühnel había desaparecido... desaparecido.

El barón se aparró apretando los dientes. Fue por el camino principal del parque hacia el pabellón y necesitó de toda la fuerza de su voluntad para no gritar de horror. Allí un resplandor de luz vino a su encuentro entre los árboles, el barón se admiró, pues la casa estaba en silencio y a oscuras cuando la dejó. Cuando se aproximó, vio que el resplandor procedía de la habitación cerrada, y con la decisión desesperada de pasar por todo lo que esa noche tenía preparado para él de horrores, se aproximó por la terraza a la ventana iluminada. Las cortinas estaban echadas, como siempre, y dentro había la suficiente claridad como para arrojar un extraño juego de sombras en la pantalla. Y ahora emergió en el recuerdo del barón. Era la escena de Hero y Leandro, tal y como Kühnel la había representado el primer día. Solo que aumentada, de modo que las sombras ocupaban todo el marco del ventanal. Los cuerpos se presionaban y se unían en un beso salvaje. Arrebatados por poderosas pasiones, por una tempestad irrefrenable, los dos amantes se fundían en un abrazo delirante. Y el barón los reconoció a los dos: eran su esposa y el artista de sombras.

El barón subió las escaleras y empujó furioso la puerta cerrada. Esta se abrió y él examinó la habitación. Sofía estaba completamente sola. Se encontraba en el centro de la habitación, con el camisón que tenía en la cama, inmóvil y con los ojos cerrados. En la mesa de Kühnel ardían todas las velas. El barón corrió hacia la mujer y la agarró por los hombros:

—¡Así que me has engañado... engañado! —gritó.

Sofía no respondió, abrió un poco los ojos y luego su cabeza cayó pesada contra su pecho. Asustado, la abrazó y se la llevó con esfuerzo, en parte en brazos, en parte arrastrándola, hasta su lecho. La enfermera dormía en su sillón y despertó cuando el barón ya había metido a la mujer en la cama. El barón aún arrojó una mirada al rostro de Sofía, un rostro pequeño, ajado, pero iluminado por una sonrisa de felicidad. Después salió.



Se fue a su habitación, en la que tenía toda una pared adornada con armas. Lentamente descolgó una pistola y la cargó con cuidado. No sabía para qué lo hacía ni por qué salía al parque con una pistola cargada. Algo le impulsaba a hacerlo y le conducía. Y de repente volvió a estar ante el monumento de Anton Kühnel. La silueta

volvía a estar en la tabla... claramente... volvía a estar allí, había regresado; y el barón sintió una sonrisa en sus labios, como una compulsión maligna. Levantó la pistola con lentitud y seguridad y apuntó al pecho de la silueta.

—No saldrás más de aquí, amigo mío —musitó—, no saldrás más.

Se oyó el estampido del disparo y el barón se acercó al monumento como si fuera una diana cualquiera, para examinarla. Había apuntado bien. La bala había dado justo donde se encontraba el corazón del vivo.

Cuando el barón regresó a la habitación de la enferma, la enfermera estaba inclinada sobre la cama de Sofía. Al entrar, ella se irguió y dijo en voz baja:

—Está muerta.

El barón vendió sus posesiones en la ciudad, dejó su cargo y se retiró a una casa de campo. Pero la agricultura ya no le daba alegría alguna y no quería saber nada del ajedrez. Su estado de ánimo se había ensombrecido y poco tiempo después declinaron sus fuerzas.

El parque del barón, que había comprado el ayuntamiento, se intentó dedicar a la apicultura. Pero las abejas no se encontraron a gusto allí...

EL SEXTO COMPAÑERO

El bosque en la frontera bohemia siempre es tenebroso. Por el día, mora en él la temerosa hermana de la noche: la penumbra. Pero cuando la noche se cierne desde las montañas, entonces el hombre lobo aúlla en la espesura, y en las ciénagas el maligno trol estrangula al ciervo hasta que muere entre estertores. El cielo blande un látigo sangriento sobre la oscuridad y abajo, en la planicie, arde una casa de campo.

Los dos compañeros dan con la sinuosa carretera.

—Estoy pensando... —dijo Christian—, pronto tendríamos que encontrar la posada.

El otro se ríe burlón:

—Si no se la ha tragado el demonio en su asquerosa y apestosa garganta, somos honrados oficiales artesanos a las duras y a las maduras.

Siguen caminando y tropezando. El látigo sangriento en el cielo zigzaguea como el resplandor de un incendio devorador. Pero solo señala, no ilumina, y los dos compañeros no saben ni por dónde pisan. Por fin se ve delante una luz.

—¡Hola, posadero! El escobero y el tonelero ya están aquí.

—Se os concederá la entrada.

El hospedero está en la puerta cuan ancho es. Detrás de él hay luz y solaz, calor y cama. En la amplia mesa ya se sientan tres. Huele a carne asada, y a los dos compañeros se les contraen los estómagos.

—¡Con permiso!

Christian y Gotthold ponen sus hatillos en un rincón y apoyan sus bastones de viaje contra la pared. Después se sientan a la mesa.

Ahora están todos juntos, se acodan en la mesa y emanan la peste del caminante: sudor y polvo, acompañado por el gruñido de estómagos vacíos.

Cinco compañeros del camino que el azar y la noche han reunido en la solitaria posada en la frontera bohemia.

Christian Borst, el escobero.

Sebastian Springer, el cohetero.

Johannes Ambrosius, el cantahistorias.

Georg Engelhardt Löhneiss, tragador de sables, comedor de cristales y campeón en comer o beber cantidades ingentes de lo que se terciase.

El honrado artesano quiere ir a Sajonia, a Meissen, para encontrar trabajo y manutención con un buen maestro.

Pero los tres oficiales vagantes quieren pasar a la otra parte, a Bohemia. En Goldenstein hay mercado al día siguiente.

Cada uno hace su vida y extiende sus manos temblorosas hacia la verde burbuja de jabón de la fortuna. Se sientan a una mesa y apoyan en ella sus codos y lo único que saben de los demás es lo que les dicen sus ojos polvorientos, apáticos y fatigados. Cada uno mora en un mundo distinto, en una soledad terrible y devoradora y no

puede decir nada al otro; sus almas caen, como mariposas muertas, con las alas extendidas, lenta, muy lentamente, en un abismo cada vez más profundo, pasando por sistemas planetarios y vías lácteas, de un yermo triste a otro aún más triste...

El miedo desgarrador de todo lo viviente les azota con pinchos de acero...

Pero el azar y la noche los ha arrojado a esa solitaria posada. Quieren celebrar el estar juntos. En realidad, no es ningún motivo para celebrar nada, a no ser la dicha de tener ante sí a la apariencia de un ser humano que tal vez sufra como el otro, que pregunta y se atormenta de la misma manera sin saberlo.

Quieren emborracharse.

Del fuego de la chimenea proviene un rayo rojo y fuerte. Es el resplandor ruidoso de una sartén de cobre. La joven posadera y la criada han puesto en ella un trozo de carne, con pimienta, sal y cebollas. Lo ha traído el Johannes Ambrosius. Chisporrotea y crepita en la sartén. Los compañeros interrumpen su conversación y escuchan cuando salta la grasa. El posadero se ha sentado con ellos, y ellos no cuentan más que tonterías: del paso del tiempo, del turco y del español, sabiduría del camino, anécdotas pasadas de moda.

Entretanto mastican pan seco para calmar el estómago. Pues la carne con pimienta no va a alcanzar para que todos se queden satisfechos. Pero la criada ahora tiene que correr para servir la cerveza bohemia en las jarras de estaño. Cómo será cuando la carne con pimienta comience a quemar la garganta...

Los tres oficiales vagantes pagan por todos, pues al día siguiente volverán a ganar dinero. Así que:

Sí, sí, bebe, hermano alemán,
Lléname el estómago
Y quien se caiga, que se vuelva a levantar.
Lléname hasta reventar,
Lilelale riquerraque,
Entra tambaleándote en la dicha eterna.
Come a dos carrillos
Bebe y bebe, canta y grita,
Gaudeamus, glim, glam, Gloria,
No hay nada nuevo en este mundo.

Resuena en toda la sala, y las copas de estaño en las paredes tararean también, y el cristal repiquetea tintineante por intervalos. Pero no es alegría, sino miedo lo que les mueve. E incluso las llamas del hogar parecen temblar y titubear. Arriba, en un rincón, cuelga una máscara negra, que se tambalea en la luz rojiza.

Y cuando se hace el silencio, los compañeros y el posadero se miran, y todos temen pronunciar la primera palabra. La criada se asusta por el chacoloteo de las jarras que llena en el barril, la posadera quisiera sacar la carne de la sartén para que

no salte y chisporrotee; la conversación se inicia con esfuerzo y pesadez, como un viejo mendigo que se duerme mientras camina.

Pero todos siguen bebiendo a más no poder.

—El hábito de beber en exceso es un vicio miserable, repugnante y antinatural — dice Johannes Ambrosius.

A fin de cuentas es un ex predicador que a veces confunde la taberna con la iglesia.

El escobero da un trago tremendo:

—Para decir la verdad se ha de llamar el vicio alemán.

—Sí señor —dice el comilón y se restriega el estómago, que es tan grande como un tambor de lansquenete—, pero alimenta al hombre.

La carne a la pimienta está lista y se sirve. Cuando la posadera pasa junto al cohetero, este le da un pellizco en el muslo. La posadera grita, los compañeros se ríen, el posadero sonríe satisfecho. No importa, eso saldrá luego en la factura, cuando se haya bebido a conciencia.

Después de la carne a la pimienta la sed se vuelve un animal salvaje. La cerveza bohemia es muy ligera, pero sus litros confunden las cabezas y ponen un vaho rojo ante los ojos. Las sombras que se apoyan tras los compañeros en la pared, comienzan a cobrar vida y se balancean de un lado a otro... lililale... riquirraque... ¡Oh, hay otra canción bien bonita!

La señora Venus en el lecho
dudeldudeldudeldum.
como uno la quisiera tener en el suyo,
dudeldudeldudeldum.
Pero el señor Baco es más grande,
nos persigue por todo el mundo,
nos paraliza y nos retuerce
pero tanto más nos gusta,
dudeldudeldudeldum...

Muy alto, bramando, el Löhneiss grita:

—¡Compañeros, si el demonio me concediera un deseo! Quisiera morirme completamente borracho para que mis ojos se inyectaran en el firmamento y mis entrañas se liaran en torno al estómago del mundo.

Y todos los demás gritan:

—¡Yo también, yo también!

De repente, entre las confusas sombras por detrás de la mesa pasa como un golpe de viento, todos se inclinan y se aproximan unos a otros, por lo que terminan formando un bulto amorfo. Brazos, piernas, cuerpos y cabezas se amontonan y forman un único cuerpo. Un sombrero amplio con una pluma ondeando hacia atrás,

una daga herrumbrosa; un tipo de los lansquenets de Passau, como andaban desbandados por toda Bohemia, está de pie en el oscuro rincón.

Nadie lo ha visto. Solo la criada que servía. El espanto le ha dejado los ojos y la boca muy abiertos, y el brazo extendido, rígido, señalándolo. El tipo sale del rincón, pasa las piernas por encima del banco y de repente está sentado entre los compañeros. Pero estos ya están, junto con la posadera y la otra criada, tan borrachos, que no se sorprenden de nada.

—¡Hopla! —dice el tipo—. ¡Vamos! ¡Jarras nuevas y otra cerveza! ¿Qué queréis? Yo invito. ¿Cerveza de Hamburgo, de Zell, Muhme, Arnstadt, Einbecker o cerveza inglesa?

—En mi bodega solo tenemos cerveza de Bohemia —dice el posadero contrito.

—Venga, venga, vuestra bodega... si yo invito, vuestra bodega no cuenta.

Los compañeros prefieren cerveza inglesa.

El de Passau hace un gesto. Pero la criada no se mueve, sigue con el brazo extendido y los ojos muy abiertos. Él se ríe y vuelve a hacer un gesto. Y las jarras vienen por sí mismas atravesando el aire y se sitúan delante de los huéspedes y de los posaderos. Una estupenda cerveza negra rebosante de espuma.

—¡Buen truco! —balbucea el cohetero. Y beben: ¡Aaah!

—Sois un prestidigitador —dice Löhneiss—, ¿queréis hacer dinero mañana en Goldstein con vuestra habilidad diabólica?

—No, solo he venido hoy aquí en vuestro honor. Pero fuera con las fruslerías. Para buenos oficiales, buenas jarras.

La puerta se abre. Y por ella entran, unos detrás de otros, desde la cocina, la bodega y el establo, los cacharros más grandes: cubos, lecheras, tinas, cubetas, calderas. Se suben a la mesa. Ante la criada se sitúa la vajilla de la alacena. Y enseguida todos los recipientes están llenos de cerveza. La suciedad, de un dedo de grosor, se pega por todas partes en los bordes y en las asas; la grasa y el tizne se acumulan en capas. Pero eso no importa. Beben, y les gusta. Beben el contenido de los tremendos recipientes de un solo trago. El posadero, del enjugador; la posadera, de la lechera; el cohetero, del cubo para apagar incendios; el escobero, del barreño; el cantahistorias, del barril de los pepinos; el tonelero, del botijo; el comilón, del barril para recoger el agua de lluvia; y la criada, del orinal. Era como si la cerveza se derramara en un abismo.

Solo se oía un rumor y un chapoteo, como en una cascada.

—Ahora os voy a dar a probar a cada uno de vosotros una cerveza especialmente exquisita, la preferida de cada uno.

—Una cerveza de romero, que es buena para el melancólico —dice el triste Johannes Ambrosius.

—Cerveza de ajo, que ayuda contra la gota y contra el cólico —dice el posadero.

—Cerveza de raíz de énula, necesaria para la estupidez de la mujer —dice el cohetero metiéndole mano a la posadera entre las piernas.

—Cerveza de espliego, que fortalece la cabeza y que es excepcional contra el sueño —dice el escobero y resuella en su grasa.

—Cerveza de melisa, que fortalece el corazón y ayuda contra el embarazo —dice la posadera.

—Cerveza de salvia, para que los dientes que se sueltan se queden en su sitio, para que desaparezca el temblor de las rótulas y de otras articulaciones —dice el tonelero, aquejado de reuma.

—Cerveza de clavo, que hace que el estómago se vuelva de hierro y lo agrande como una casa —dice el comilón.

—Cerveza de ajeno, que expulsa las lombrices del cerebro y es bueno contra la estupidez —dice la criada.

—¡Que así sea! —exclama el prestidigitador, y de los cubos, barreños y barriles se desprende un vaho multicolor que huele como toda la India: picante y suave, fuerte y ligero, amargo y dulce, caliente y frío.

Todos beben y elogian al maestro.

—¿No quiere unirse a nosotros?

—Ya voy —y saca una calavera guarnecida de plata, de la que bebe. El cráneo tiene bordes de plata en torno a la mandíbula, de modo que los dientes brillan ligeramente; bordes de plata en torno a las alargadas fosas nasales; las cuencas de los ojos están recubiertas de plata, por lo que el resplandor del fuego se refleja en ellas, y la tapa de los sesos está levantada para poder beber con toda comodidad.

—El diablo os ha regalado una espléndida jarra mágica —muge el tragador de sables. Y la posadera, porque se complace y porque Sebastian Springer le hace cosquillas, lanza chillidos risueños.

—¡Jijiji... jijiji!

Pero Sebastian Springer... ja, menudo es el Springer. No quiere dar importancia al truco del tipo, él también puede hacer algo... Además, la calavera no le da el menor miedo, eso se puede encontrar en cualquier barraca de feria. Saca una rana del bolsillo y le prende fuego. Purr... rrr... rrr..., el animal salta por toda la habitación... sobre la mesa, entre las jarras y los cubos... en el alféizar de la ventana... ahora revienta... no... salta al hogar y cada vez se vuelve más grande, como una rana real, pero ardiendo.

Y sigue aumentando de tamaño... al Springer se le ponen los pelos de punta... ahora es tan grande como un perro San Bernardo y mira hacia ellos con ojos ardientes. Purr... con mirada salvaje y maligna, como un diablo. El cohetero sabe ahora que el sexto compañero le ha gastado una broma. Pero no renuncia. Saca su serpiente más grande del saco y le prende fuego. Lentamente se levanta de las cenizas, gris e inaparente, empujando un anillo de ceniza tras otro sobre la mesa, entre las jarras y los cubos... un anillo de ceniza tras otro...

—¡Carne del diablo, para ya! —grita el Springer y va a aplastarla. Pero la serpiente se colorea de verde y de azul oscuro, en franjas por todo el cuerpo, y se

ensortija y silba y echa chispas y cada vez se alarga más. Delante tiene una cabeza pequeña y vivaracha con ojos afilados y negros.

Repta por el borde de la mesa, por el suelo, por encima de la criada, que aún está con los ojos muy abiertos y la mano extendida, se enrolla como un brazalete en su muñeca, sube un anillo tras otro hasta la axila y busca entonces su boca con la lengua pequeña y roja...

Ahora el Johannes Ambrosius se pone a llorar. Llorar por la miseria del mundo, por su vida echada a perder y porque su bisabuela tuviera que morir tan joven. Sus lágrimas son gruesas como un huevo de paloma y dejan en sus mejillas profundos surcos. Queman su ropa como carbones encendidos, y donde caen al suelo, abren grandes agujeros chamuscados.

—El que está maduro, cae —dice el sexto compañero.

Y el Johannes Ambrosius llora aún con más fuerza. Ya se ven los huesos blancos de las mandíbulas en su rostro, y la nariz ha quedado devorada por las lágrimas. Su cuerpo se derrite como mantequilla al sol y se reblandece por la humedad ardiente de sus lágrimas.

El escobero, al verlo, no puede aguantar la risa. Al principio suena como si fuera el tintineo del hierro oxidado. Luego, como si fuera una carreta cargada de piedras pasando por un puente, y al final como tiembla la tierra. Los cristales de las ventanas vibran, y la mesa se tambalea. Su rostro se enrojece, se pone de un rojo purpúreo como el sol crepuscular; luego negro como una noche oscura y sin luna, y cada vez más negro, como el mundo antes de que hubiera luz. Su estómago se ha hinchado y llega hasta el techo.

—Quien está maduro, cae —dice el sexto compañero.

Se oye un golpe repentino y todas las luces se apagan. Sopla un viento como si la tempestad atravesara la casa. Cuando vuelve a haber luz, el escobero ha desaparecido. Sus entrañas aún están pegadas aquí y allá en el techo, su cerebro sobre la puerta de entrada, y sus piernas están sobre una gran copa situada en el estante.

—Purrrrr... kak... —hace la rana ardiente desde el fogón.

—Pero no pensemos más en este triste suceso y dediquémonos al noble vino —dice el tipo de negro.



Ahora beben vinos elegantes: malvasía, del Rín, del Neckar, con especias. Vinos que se llaman: «Devuélveme la inocencia», «Alégrate», «No te vayas», «Ríete del mundo», «Mira en la copa», «Siéntate bien», «Emborráchate». Y para que no se beba el vino sin acompañamiento, en los cubos nadan pececillos vivos, renacuajos y

angulas.

El vino se precipita en las gargantas, cada vez más y más caliente, como torrentes por estrechas quebradas. La posadera se va a un lado, se afloja el corpiño y se desliza la falda, vuelve y sigue bebiendo... yupiii... yupiii... glim... glam... ¡gloria!

¡Ay, el bueno de Johannes Ambrosius!, se han olvidado por completo de él. ¿Dónde está? Le buscan y le llaman: ¡Johannes Ambrosius! Pero ya no está allí. En el banco ha quedado una mancha grande y húmeda en la cual aún borbotean y chisporrotean las últimas lágrimas ardientes.

El posadero y el tonelero se hacen mutuamente reproches por no haber prestado atención.

—Un compañero de viaje tan leal y comprensivo, y tan buen bebedor.

Tienen los ojos rígidos y vidriosos, destacan como puños en los rostros rojizos e hinchados. Y luego siguen discutiendo sobre la gota y los dolores de muelas, porque se han olvidado de por qué habían comenzado a discutir. Discuten por la corona de los dolores. El posadero quiere elevar su gota por encima de cualquier otro tormento, y el tonelero elogia sus dolores de muelas como el infierno en la tierra. Sus cabezas se vuelven tan grandes por la ira como calabazas y, al final, se abalanzan el uno sobre el otro a por las gargantas, se muerden, se caen al suelo y se revuelcan por los rincones, aullando y sangrando.

—Quien está maduro, cae —dice el de Passau, que sigue sentado en silencio en su sitio.

De los dos se apodera una nueva furia y se sacuden como si quisieran arrebatarse mutuamente las almas. El posadero consigue arrancar un brazo al tonelero. Golpea incesantemente al buen mozo con él en la cabeza. Pero el tonelero no se queda atrás, salta con los dos pies sobre el estómago del posadero hasta que las botas aparecen por la espalda.

—Purrrrr... —hace la rana ardiente en el fogón y se sacude de risa. También la serpiente se ríe para sí, y todos los cubos, barreños, orinales comienzan a sonreír sarcásticamente. El tonelero no puede sacar las piernas del cuerpo del posadero y grita diciendo que le quiten las botas. El posadero se muere. Pero en los tormentos de la agonía aún logra agarrar rápidamente la cara del enemigo y de un tirón arrancarle los ojos. De las cuencas vacías fluye un líquido oscuro y apestoso, cerveza y vino fermentados y descompuestos con huevas de pescado y angulas enroscándose. El tonelero cae y muere.

Al cohetero y a la posadera les importa un comino que al posadero le pisoteen el estómago. Ahora pueden amarse sin ser molestados. Y comienzan de inmediato.

El sexto compañero saca una flauta pequeña y chirriante y toca en ella. La flauta los excita aún más. El cohetero se ha puesto sobre las rodillas a la posadera y le desgarró la ropa. Ella grita y se arroja sobre su cuello. Y los dos caen uno encima del otro, como los animales. Él revuelve en ella como el fundidor en el metal líquido. Los brazos de ella son tenazas y ahuecan el cuerpo del hombre de modo que los extremos

se tuercen como varas dobladas. La cabeza y las piernas hacia arriba, solo la mitad sobre el cuerpo de la mujer.

—Quien está maduro, cae —dice el tipo de negro.

Un grito estridente y agónico. Un único grito. De la espalda de la mujer sale sangre, zigzaguea por el suelo y se mezcla con la masa de lágrimas del infortunado Johannes Ambrosius, con las entrañas líquidas del pobre Gotthold Schlägel, con el aceite de pescado del difunto Christian Borst y con los intestinos de su propio y bienaventurado esposo. Con un crujido seco se quiebra la columna vertebral del cohetero, sus extremos elevados caen, su alma escapa volando con un suspiro. Su cuerpo muerto yace flácido sobre la muerta.

La mente de la criada se queda paralizada ante todos estos sucesos.

El tipo de negro la mira guiñando los ojos y murmura indolente:

—Quien está maduro, cae.

Las lombrices, ahora que su entendimiento ha dejado de funcionar, ya no se mueven y comienzan a salirse reptando de su cerebro. Lombrices repugnantes, de un color blanco grisáceo, salen al mismo tiempo de la nariz, los ojos, los oídos y la boca. Se retuercen y ensortijan, dan respingos hacia delante y hacia atrás como si no soportaran muy bien el aire. Quieren regresar. Se muerden unas a otras y se rebelan. Cuelgan como rizos de color violeta que han crecido en lugares inapropiados, en los ojos y en la boca. Rizos de color violeta y en movimiento. ¡Qué bonito! La cabeza de la criada es como un viejo queso, agujereado y blando, y lentamente le corre la papilla por los hombros...

Ahora el tragador de sables ya sabe quién es el hombre de Passau. Pero un tragador de sables y campeón en ingerir líquidos genuinamente alemán no se rinde así como así. Se lo dice al demonio en la cara y le reta.

—Muy bien —dice el demonio, y acepta la apuesta. El tragador de sables reza una oración rápida a su patrón, san Ulrich, y espera ganar. Hasta ese momento siempre ha ganado. La última vez en Augsburgo contra un gordo pomerano, a quien venció por tres piernas de ternera.

Así que comienzan desde el principio. El tragador de sables solo lamenta que no haya espectadores, ya que no queda nadie salvo la criada petrificada. Nunca ha comido y bebido tan bien. Ni siquiera en Núremberg, donde había que pagar tres perras gordas para entrar. Al final al demonio le va mal. Y comprueba que contra un auténtico comilón alemán no puede nada. Pero ya comienza a alborear, y tiene que acabar allí lo antes posible. Se inclina entonces hacia el comilón:

—Honro vuestro arte, maestro Löhneiss, casi me superáis. Pero no sé si sois consciente de lo que habéis ingerido aquí.

—Creo que cerveza negra inglesa, vino con especias y aguardiente. Tres bueyes de buen tamaño, doce platos de queso, nueve cochinillos y seis docenas de huevos duros. Sin contar el pan.

—Así parece. Pero en realidad era la grasa de vuestro difunto abuelo y el bazo

acuoso de vuestra abuela muerta, el jugo de los perros muertos que se han enterrado en los campos. Pus y carroña de todo lo que ha vivido, que ha crecido y ha vuelto a vivir en el pan y en animales, transformado en vino y cerveza. El viejo de allí arriba no es tan rico como para poder tirar algo. Pero sí sabe cambiar el sabor. Eso es.

Y una luz esclarecedora le dice al comilón que el demonio ha dicho la verdad. Y la náusea le sube del estómago como una salamandra viscosa, reptando hasta la garganta y allí se queda. Se hincha y quiere asfixiarle. El Löhneiss salta y corre por toda la habitación sin dejar de bramar. Araña las paredes y desgarras su rostro con los dedos ensangrentados. La demencia le azota y hace saltar chispas de sus miembros.

—El que está maduro, cae —dice el demonio en voz muy baja. Casi le da pena ese hombre tan capaz.

El comilón se sube de un salto a la mesa, coge un cuchillo y se lo clava en el estómago. Lo retuerce con todas sus fuerzas. Un gran trozo de la pared abdominal cae hacia fuera, el estómago, los intestinos resbalan hasta el suelo, y con el espantoso hedor se da cuenta de que todo en él comienza a transformarse en pus y carroña.

—¡Es la verdad! —grita, cae de bruces y está muerto.

El demonio se levanta. Su figura negra casi ocupa toda la casa. Mira a su alrededor y sonrío.

—Un buen botín.

Y sale. Pero cuando pasa junto a la criada petrificada, en cuyo brazo extendido aún se enrosca un brazalete gris y ensortijado, le da un golpe. El cadáver cae y se convierte en un montón de cenizas...

Fuera la aurora se abre paso por el bosque. En el este se percibe una luz amarilla y enferma. El látigo sangriento en el cielo llamea por un instante y palidece.

El demonio se pone a cuatro patas... la capa y la daga caen, una piel hirsuta cubre todo su cuerpo, y un rabo tupido se extiende hacia atrás. Se interna en el bosque aullando.

En la lejanía responden los hombres lobo con alaridos y gemidos. Abajo, en Goldenstein, tañe una campanita débil y temblorosa llamando a la primera misa de la mañana.

TAKE MARINESCU

Conocí al profesor Gergruber bajo los farolillos en forma de dragón de una fiesta japonesa. Fue en el jardín de la casa de campo de nuestro embajador; un monstruo de papel multicolor con el hocico abierto ponía ojos saltones sobre la cabeza del profesor, le escupía colores sobre la calva, mientras la música de los gitanos resonaba en la noche, como un remolino, desde la sala de baile.

Tropezamos y él dijo «perdón». En eso reconocí que era alemán, pues yo le había pisado el pie y él dijo «perdón». Por lo demás, después resultó que tenía la fuerza de un oso, había practicado todos los deportes, las costillas de su tórax eran de acero, sus muslos como neumáticos inflados, los libros no le habían incapacitado en lo más mínimo para machacar a alguien el estómago con los puños. No obstante, decía «perdón» cuando alguien le pisaba el pie. No lo podía evitar, era un vicio hereditario. Había nacido en la región de Passau.

Más tarde nos tomamos unas cervezas y un par de copas de champán, nos hicimos amigos, nuestras almas se volvieron porosas. Resultó que el profesor Gergruber se encontraba en Rumanía por un asunto científico. Su universidad le había enviado para reunir material con objeto de escribir una gran obra sobre la lengua gitana. Esa obra tenía que ser lo más erudito y sólido que se había escrito nunca sobre ese tema. Años después vi dos libros gruesos a los que Gergruber llamaba sus trabajos preparatorios esquemáticos, y como sé que el aburrimiento y la incomprendibilidad son signos distintivos indudables de la gran erudición, después de esas pruebas solo me atrevo a pensar con profundo respeto en su planeada obra monumental. Es evidente que Gergruber se servía para sus investigaciones de los métodos más modernos y que se equipaba de gramófonos y discos para conseguir grabaciones fonográficas de la lengua gitana.

En aquel tiempo era de buen tono en la sociedad rumana interesarse por la música de arpa. El arpa desempeñaba en la corte rumana el mismo papel que en su época la flauta en Sanssouci. Como la reina gustaba de sentarse ante el arpa con sus ropajes vaporosos y rasguear en ella sacando sonidos argénteos, había imitadoras de Carmen Sylva en todas las reuniones sociales, incluyendo las invitaciones a tomar el té en los mejores salones de Bucarest. Por todas partes rozaban los castos pliegues de los vestidos la columna del arpa, dedos delgados temblaban sollozantes en las cuerdas y la nobleza anímica más pura flotaba hacia las estrellas con notas etéreas.

Nos encontraron en el rincón del champán, tuvimos que salir y escuchar cómo la señora M. negaba su famosa desenvoltura mediante las armonías de las esferas.

Después, le dije al profesor Gergruber:

—He notado en qué estaba pensando. En bosques y en sus gitanos.

—Sí —dijo sorprendido, pero no había sido tan difícil adivinarlo, pues todo lo que pensaba el profesor se reflejaba en su rostro con luces y sombras.

Como esa noche compartimos alegría y sufrimiento con buena camaradería, y al

intercambiar nuestros planes respectivos para el futuro inmediato, descubrimos que los dos teníamos la intención de recorrer la misma región en las montañas boscosas rumanas, es comprensible que decidiéramos asociarnos en la expedición. Esas asociaciones que tienen como fundamento dos horas de champán y una huida conjunta de los arpegios, no suelen tener mucha consistencia ni una vida muy prolongada. La mayoría de las veces a la mañana siguiente se quedan a la sombra de asuntos más importantes y solo en encuentros posteriores casuales una sonrisa irónica y familiar recuerda que alguna vez en el pasado se habían jurado eterna amistad. Pero el profesor Gerngruber era un hombre que despreciaba esa frivolidad y tomaba muy en serio incluso juramentos realizados más allá de la medianoche. Así que en los días siguientes tuve que tomar buena nota de todas las particularidades del equipamiento e incluso procurar algunas cosas para nuestra futura estancia en los bosques; y no podía abandonar Bucarest hasta que no hubiésemos quedado en el día y la hora exactos en que nos teníamos que encontrar.

Enternecido por un apego tan rápido y tan inmerecidamente obtenido, una semana después me encontré realmente a la hora acordada en la pequeña estación ferroviaria en medio del bosque. El profesor Gerngruber abrió una de las ventanillas del tren y me saludó alegre con las manos, luego se bajó, vino corriendo hacia mí y me dio un abrazo de oso. Tenía buen aspecto, casi de trampero, sus altas polainas recordaban las calzas de cuero y si a su fuerza correspondiera un ánimo igual de fiero, se le hubiese creído capaz de que esas polainas llevaran colgadas, en poco tiempo, cabelleras humanas. Tres hombres se encargaron del equipaje, el científico y el personal, dos de ellos estaban pensados como sirvientes, el tercero era Take Marinescu. Aunque se le había contratado en una posición más elevada que la de un simple porteador, cargaba más que cualquiera de los otros dos, rebosaba diligencia, el celo apareció en su frente en forma de sudor, todas sus fuerzas parecían invertidas, en entrega incondicional, a nosotros y a nuestras actividades. Era un mozo joven y guapo, delgado, con un perfil romano. Cuando mostraba ese perfil, había que pensar en aquellos legionarios romanos que antiguamente derrotaron a los rebeldes transilvanos y que de soldados se fueron transformando lentamente en campesinos. Pero cuando volvía el rostro y miraba de frente, aparecía el dacio, el escita, el eslavo, el primo del huno, qué sé yo, con las características raciales de los pueblos del este, con pómulos angulosos, frente huidiza, ojos que parpadeaban con gracia, cejas arqueadas.

En un pequeño tren nos adentramos en el bosque por una vía estrecha y mi amigo me instruyó sobre la división del trabajo y el horario que seguiríamos. A mí me correspondía la caza, a él la investigación. Take Marinescu era el administrador, el vigilante, el hombre de confianza en el trato con los nativos, el factótum; un profesor universitario de Bucarest lo había recomendado insistentemente, diciendo que era un tipo estupendo y que nos prestaría servicios inapreciables. Era necesario tener a un intermediario para superar la timidez de los habitantes del bosque, que no se abrirían así como así a un europeo.

Desde el final del trayecto aún traqueteamos todo un día en la carreta de un campesino por senderos estrechos del bosque. El asentamiento en el que íbamos a permanecer por un tiempo se veía como un conglomerado de cabañas sucias en el extremo de un valle como si el mundo de la limpieza y de la urbanidad no hubiese podido alejarlas más. En esos bosques inconmensurables en la pendiente sur de los Alpes transilvanos moraba un pueblo ignominioso y degradado que se mantenía de manera repugnante de alimentos repugnantes y vivía en la más absoluta miseria. Hay que advertir que esa región boscosa al sur de la frontera húngara pertenece a las regiones más desconocidas de Europa, y los mapas muestran las mismas manchas blancas y el mismo perplejo esquematismo y generalización en el dibujo como los mapas de las montañas albanesas. A los señores ricos les basta con saber que allí crecen árboles, uno junto a otro, bosques vírgenes en los cuales se puede talar durante mucho tiempo antes de dejarlos devastados; y saber que allí se tiene una cabaña de caza en la cual uno puede entretenerse de maravilla, durante dos semanas en otoño, con amigos y amigas. Y entonces es cuando se recurre a esos hombres del bosque que por su vaguería no se pueden emplear en el negocio de la leña, pero sí como monteros.

Eso me lo contó el profesor mientras viajábamos en la carreta traqueteante, y tres veces casi se mutila la lengua de un mordisco. Yo también tenía curiosidad por conocer a esos hombres primitivos, de los cuales me hacía una idea que más tarde reconocí en un grabado de una vieja edición de los viajes de Cook. Pero con esas imágenes me ocurrió en la realidad como suele ocurrir con los ideales de un estado originario. En vez de vernos rodeados al llegar por una tribu de salvajes con taparrabos o pieles de animales y collares de conchas, encontramos a un puñado de hombres y mujeres harapientos. Estaban sucios y andrajosos, eso era todo. Innumerables manos, que como las de los monos tenían la palma más blanca que el exterior e igual de arrugadas, se extendían, mendicantes, hacia nosotros. Creo que los gitanos de esos bosques tienen que salir del claustro materno con esos gestos de pedigüeños; todos los reflejos, todos los impulsos de la voluntad desembocan en ellos, duermen con ellos, y si los enterraran vivos por un casual y despertaran en la tumba, lo primero que harían sería extender la mano mendigando. De toda la cultura, de las variadas relaciones de la sociedad humana no poseen otra cosa que ese único gesto mezquino y desvergonzado.

Por lo demás, de timidez no se advertía nada, más bien hacían gala de una curiosidad descarada que todo lo tocaba, su comportamiento indicaba una suerte de arrogancia estúpida, carente de fundamento alguno, a no ser, tal vez, por una desmesura insuperable en suciedad y sarna. Así pues, Take Marinescu tenía que esforzarse menos en atraerlos que en mantenerlos alejados, y esto lo hacía con toda energía, golpeando con su vara a diestro y siniestro, de modo que creíamos que tenía que haber huesos rotos y cráneos contusionados. Ese era también el único lenguaje con el que nos entendíamos al principio con el pueblo, pues los conocimientos de

Gerngruber de las lenguas gitanas no alcanzaban para este rincón apartado del mundo, allí se hablaba un galimatías de lo más extraño y sumamente estrafalario, una mezcla de miles de residuos lingüísticos.

Uno se puede imaginar con qué ímpetu se ponía a trabajar un hombre cuya vida estaba dedicada a la investigación en este ámbito. Apenas nos habíamos instalado adecuadamente en nuestras tiendas, cuando ya se disponía, con cuaderno de notas y gramófono, a capturar ese galimatías como si fuera una de las revelaciones más importantes del espíritu humano. El alejamiento de la civilización de nuestros habitantes del bosque se puede deducir por el hecho de que parecían desconocer por completo el gramófono. No sabían nada de este juguete cultural, que se oía rechinar en las tiendas del jeque beduino y en los iglús del jefe esquimal, pero también eran demasiado obtusos u orgullosos para asombrarse de ello o para temerlo, como habría hecho un pueblo natural de verdad. Cuando oían en el gramófono sus propias voces, se reían para sí mismos y escuchaban como si hubiesen gritado en el bosque y esperaran a que resonase el eco. Solo el más viejo del pueblo, un anciano con una barba de patriarca y una nariz como una mandrágora violeta, se ponía a veces furioso, se sentía burlado y escupía enojado en la bocina.

Era, por lo demás, asombrosa, la rapidez con que Gerngruber se adentraba en los regüeldos, balbuceos y farfullas de sus gitanos. Las páginas de sus cuadernos de notas se cubrían con apuntes, la colección de discos crecía día tras día y, tras dos semanas, ya había fijado los fundamentos de la gramática y un vocabulario respetable. Ahora ya podía entenderse con la gente e intentar penetrar más en su mundo imaginativo y sentimental. Su método le prescribía averiguar en primer lugar sus concepciones de la divinidad, pero pronto se convenció, como él me aseguró apesadumbrado, de que esa cuestión era al parecer harto complicada para resolverla por el momento con sus pocos conocimientos.

—En cualquier caso, y contra lo esperado, tienen nociones religiosas muy sutiles —me informó—. Si le pregunto al anciano, ¿eres un espíritu?, me responde que sí. ¿Sabes dónde vive Dios?, le seguí preguntando y no esperaba que me dijera «en todas partes» porque tiene el don de la ubicuidad, sino que, como los niños, me señalara el cielo. Pero se asusta y se inquieta, se remueve en su sitio, no quiere responder. Le insisto, le prometo tabaco, eso hace que sus ojos brillen pero aun así su miedo aumenta; mantengo un paquete de tabaco ante su tubérculo morado, entonces la codicia vence al miedo, lo coge y murmura: «en el cristal». Al instante se lleva el brazo por encima de los ojos, lanza gemidos y retrocede como un perro que teme que le peguen. ¿Qué se puede pensar de eso? ¿Qué nociones religiosas tienen estos hombres que, por el nombre, se declaran cristianos pero que no se preocupan ni de la iglesia ni de la escuela y que parecen haberse olvidado del Estado y de su ejército?

Un par de días después se esclarecería esa complicada noción de la divinidad de los gitanos del bosque. Yo había estado desde muy temprano por la mañana de cacería y regresaba por la noche, muy cansado y todo arañado por la marcha a través

de la espesura, que con sus ramas espinosas había desgarrado mi ropa y azotado mi cara. Gerngruber se sentaba con algunos ancianos bajo un roble ante un pequeño fuego. Tenía el gramófono a su lado y el cuaderno de notas en la mano. Los hombres habían asado un erizo, se lo habían repartido y ahora respondían, chasqueando con la lengua y limpiándose los dientes con las púas del erizo, a las preguntas de mi amigo, que a mí me pareció como una bomba de agua que, trabajando con dificultad y resoplando, intenta sacar agua de una fuente seca y reacia.

Me vio aproximarme, me saludó con la mirada y dijo:

—¡Oh, tiene el rostro lleno de sangre!

—Es posible —dije yo—, el bosque me ha dado una buena paliza.

Y saqué un espejito redondo que me mostró un arañazo sangriento a través de la frente y otro en la mejilla.

En ese instante ocurrió algo inesperado y extraño. Los hombres, que hasta ese momento habían estado sentados cómodamente masticando y mamullando en torno al fuego, dejaron caer los trozos de carne de sus sucias garras y se arrojaron de cara al suelo con un ligero gimoteo.

Gerngruber me miró perplejo y les gritó algo a los hombres.

El mayor, sin levantar el rostro del suelo, hizo movimientos defensivos con el brazo derecho y eructó, excitado, un par de palabras.

—Dice —tradujo el profesor— que retire el espejo.

Mi espejo había arrojado al suelo a los hombres del bosque, un miedo supersticioso al cristal que refleja nuestra persona se había apoderado de ellos y de repente comprendimos que no conocían a ningún dios, sino solo a un ídolo, el espejo, que esos cristianos en los bosques de los Alpes transilvanos eran fetichistas.

Guardé el espejo en el bolsillo de mi chaleco; el profesor les comunicó que el dios se había retirado y ahora se levantaron lentamente con miradas huidizas hacia mí, aún hechizados por la presencia del objeto que sus almas miserables y desamparadas consideraban sagrado. Fue imposible reanudar cualquier conversación, siguieron perturbados, y tras un rato se retiraron a sus cabañas.

—¿Sabe? —le dije después al profesor cuando conversábamos sobre lo ocurrido ante una botella de vino e intentábamos organizar de algún modo los conocimientos obtenidos acerca de esa gente—, para mí el espejo siempre ha sido un objeto siniestro. Nos imita, nos fabrica un doble, nos convierte a nosotros mismos en un fantasma, un espectro, nos vemos de repente fuera de nosotros mismos, una copia de tamaño natural, que es al mismo tiempo una caricatura, una apariencia insustancial, que se desliza sin dejar huella en el cristal cuando nos apartamos. Eso en el fondo siempre me ha espantado, y solo la costumbre nos permite soportar esa horrible reduplicación de nuestro yo. Pues bien, desde que sé que hay personas cuyo dios mora en el espejo, me resulta aún más siniestro si cabe.

—Tal vez sea una sensación oscura de lo que usted dice —opinó el profesor reflexionando—. Disculpe, no es ninguna broma: los monos se asombran mucho

cuando ven su imagen en el espejo y al darle la vuelta no encuentran nada detrás. Un escalón más alto y surge el miedo por la aparición. Entonces surge la humanidad en el espejo de la cultura y el espejo se convierte en un objeto en el cual la óptica puede leer una gran cantidad de leyes. Tiene sus reglas y su lugar en el mundo y en sus apariencias. Un escalón más alto y de nuestros nervios y nuestra fantasía vuelve a surgir aquel viejo miedo primitivo, ya que sabemos muy bien que con nuestras explicaciones y nuestras leyes no explicamos y no fundamentamos nada. En nuestros gitanos es lo inconcebible de esas fuerzas creativas del cristal lo que les inspira miedo. ¿No tiene, de hecho, algo de divino, en lo cual nunca, ni siquiera en nuestra religión del amor, se puede suprimir del todo un resto de temor... quiero decir que no es acaso como un acto creativo de la divinidad cuando de la nada del cristal vacío de repente aparece una figura humana que antes no estaba? ¿Y no es un equivalente de la muerte y de la destrucción cuando vuelve a borrarse la imagen, cuando desaparece por completo, como la vida humana desaparece del espejo del mundo? ¿No se oculta una profunda filosofía en la superstición de esta gente?

Se ve que el profesor se inclinaba por dar a sus gitanos y a sus pensamientos una importancia por la cual el estudio de su lengua se volvía tanto más importante. Esa noche pasamos mucho tiempo conversando sobre este asunto, y a la mañana siguiente hubo algo que nos obligó a retomar la conversación.

Después del desayuno vino el más viejo del pueblo, se sentó en el suelo junto a nuestra mesa y parecía encontrarse en una suerte de estado de ánimo solemne. Calló durante un largo rato y como solía ocurrir que nos hiciera compañía sin pronunciar una palabra, al principio no le prestamos atención. Me levanté para coger mi escopeta y de repente comenzó a hablar. La manera lenta y ampulosa de hablar, tan distinta a sus habituales gloglós y sonidos atropellados, despertó mi curiosidad; en el rostro de mi compañero vi reflejado el asombro, en todos sus registros, hasta dibujarse en él una sonrisa sumamente divertida.

—No se imagina lo que quiere —se volvió el profesor hacia mí—, exige nada menos que le demos todos los «cristales divinos» que tengamos. ¿Qué dice usted? Al parecer este anciano señor es también el sumo sacerdote de su tribu y se considera autorizado a recabar todos los espejos que estén a su alcance y a ponerlos bajo su custodia.

Encontré su exigencia algo improcedente y dije algo bastante fuerte en alemán, por lo cual el anciano, que no entendió el texto pero sí la melodía, pareció afectado. Sus arrugas se contrajeron convulsivamente, la barba blanca comenzó a temblar y el tubérculo violeta de encima palideció visiblemente como si la mano del destino le hubiera tirado de la nariz. No le presté más atención, me puse mi escopeta al hombro, silbé a mi perro Belisar y me fui al bosque.

Cuando regresé por la noche, Gerngruber vino a mi encuentro sonriendo.

—Imagínese, el viejo ha vuelto a estar aquí y ha requerido de nuevo el espejo; creo que teme por su prestigio sacerdotal si alguien aparte de él posee los cristales

divinos. Quién sabe cuántos cristales habrá reunido, en qué santuario los habrá ocultado y para qué suerte de extravagancias le servirán. Se ha vuelto de lo más desvergonzado y le he tenido que enviar a paseo.

Esa noche estaba demasiado exhausto para hilar una larga conversación sobre espejos. Cuando uno ha estado diez horas caminando por montañas boscosas intransitables, las peculiaridades más extrañas de los congéneres le dejan más indiferente que un trozo de carne fría y la manta en la que se envuelve. Mi sueño era profundo y negro, sin huella alguna de imágenes. Me despertó una sacudida, ya había amanecido, el profesor tenía la mano en mi hombro.

—Escuche, mi espejo de afeitarse no está en su sitio. Quiero afeitarme y no lo encuentro. ¿No lo habrá cogido usted por equivocación?

—¿Cómo iba a coger por equivocación el espejo del profesor? Me estaba dejando crecer la barba a su aire.

—¿Entonces me lo han robado! ¿Tiene usted aún su espejo?

Miré en mi chaleco, rebusqué en los bolsillos, encontré el reloj, la brújula, el palillo de dientes, la llave de la maleta, pero el espejo lo busqué en vano, había desaparecido con el espejo de afeitarse de Gerngruber, y probablemente estuviera ahora en el santuario de los cristales divinos.

Nos miramos. «Take Marinescu», dijimos los dos al mismo tiempo.

Aún no he hablado de este hombre de confianza tan recomendado, que hacía de administrador y capataz, porque me parecía más importante contar primero un poco sobre las costumbres y los caracteres de esos moradores del bosque entre los que vivíamos. Espero que se me dé la razón más adelante cuando se conozca el trascurso de nuestra aventura.

Pues bien, con Take Marinescu ocurrió que conforme fueron avanzando las semanas, de un mozo atento, complaciente y diligente se fue convirtiendo en un pícaro vago, negligente y sucio. Ya fuese porque el profesor, a quien yo le había dejado el mando supremo, se mostrara demasiado bondadoso para atar corto a ese jovencito o porque el trato con ese pueblo degenerado hubiese sacado de él los instintos básicos de su naturaleza, eliminando la educación europea, el caso es que en lo único en que se había acreditado era en gandulear; no había demostrado habilidad alguna salvo en glotonería; y de lo único que nos podíamos fiar es de que iba a mentir. Ya hacía tiempo que sabíamos que en él estábamos pagando a un enemigo oculto, habíamos observado que a veces se perdían pequeñeces que oíamos tintinear en sus bolsillos.

Cuando le enviábamos a la ciudad más próxima para que comprara víveres, nos engañaba de la manera más desvergonzada. Y cada uno de esos viajes para comprar duraba entre cuatro y cinco días y era, además, tan fatigoso que preferíamos ser estafados a abandonar el bosque por tanto tiempo.

Con los gitanos había trabado una relación de confianza, sabíamos que les daba libremente de nuestros víveres y que participaba sin remilgos con su insaciable

voracidad en sus banquetes de erizo, asado de lagarto y sopa de hormigas. No cabía duda de que había surgido de esa oscura masa primitiva de la humanidad, se sentía emparentado con ellos y había aprendido la lengua del bosque casi con la misma rapidez que el profesor.

Nuestra tolerancia le había hecho cada vez más audaz y así ocurrió que, por encargo de sus amigos, nuestros espejos desaparecieron por la noche.

Su nombre se nos había venido a los labios al mismo tiempo, pero apenas lo pronunciamos, al profesor le acometió la conciencia alemana y se puso a reflexionar. Sopesamos que nuestros sirvientes eran mozos inofensivos, de mente algo limitada, pero de una honradez a prueba de bomba, cimentada en una veneración imperturbable. De ellos no se podía sospechar un ataque a nuestras posesiones, además eran búlgaros, no tenían ninguna relación lingüística con nuestros gitanos. Pero que no había sido ni el viejo ni uno de la banda del pueblo se deducía fácilmente por el hecho de que Belisar no había ladrado. El perro solía echarse entre mi saco de dormir y el del profesor junto a la entrada de la tienda y hubiera atacado con toda seguridad a cualquier extraño que se acercase sospechosamente.

Así que solo quedaba Take Marinescu, y el profesor se lo dijo con el tono severo de que era capaz. Aunque se enojó como es debido de que le hubiese desaparecido su espejo de afeitarse, la pieza más importante de sus posesiones personales, ese tono de máxima severidad seguía siendo blando como la mantequilla, y Take Marinescu lo negó con una sonrisa desvergonzada y sin ni siquiera inmutarse.

A mí me hirvió la sangre, eché a un lado al profesor y me encaré con él. Ya no recuerdo qué le dije, pero desde luego debió de ser algo más contundente que los reproches del profesor, y debí blandir mi vergajo ante su cara varias veces, pues aún recuerdo sus ojos, cómo perdieron su brillo descarado y en ellos comenzó a reflejarse el miedo y una perfidia humillada. El globo ocular se recubrió con finas redcillas rojas, el borde de la pupila se oscureció: un círculo delgado extremadamente tenso en torno a un pozo negro y llameante de odio. De lo que ya no me acuerdo es con qué me enojó tanto para que le propinase un bofetón de aúpa.

Pero ocurrió. Take Marinescu dio varios alaridos, se escondió y no volvió a aparecer en todo el día.

Si creíamos que con ese método robusto le habíamos intimidado, estábamos equivocados. Los gitanos parecían creer que tras el secuestro de nuestros cristales divinos nos habíamos quedado sin protección y que ya no tenían por qué temernos. Según su opinión, habíamos sido privados de nuestra fuerza y esta se había traspasado a ellos; de ahí que crecieran sus deseos por obtener otros objetos tentadores, y Take Marinescu se puso al servicio de esta codicia con tanta más diligencia cuanto que también le servía para satisfacer sus ansias de venganza. Apenas pasó una noche sin que desapareciera algo, ora faltaba una toalla, ora un instrumento, ora algo de nuestros víveres, que habíamos amontonado en nuestra tienda para protegerlos en la medida de lo posible. Y las cosas robadas emergían aquí

o allá; de vez en cuando, el profesor encontró una de sus camisas en el cuerpo de un salvaje con la cara comida por la viruela; yo pesqué mi brújula entre los pechos ajados y sucios de una anciana octogenaria.

Llevaban las exquisiteces sustraídas con todo descaro ante nuestros ojos, y permitían, sin agitarse mucho, que se las volviéramos a quitar con violencia, pues al parecer su concepción del derecho afirmaba que el tomar fundaba la propiedad. Semejantes peleas con ese pueblo degenerado eran, naturalmente, ignominiosas e indignas. Si el pueblo hubiese estado situado en el corazón de África, me habría considerado autorizado a aplicar un castigo penal y a imponer el orden y la tranquilidad con unos azotes ejemplares. Pero nos encontrábamos en un Estado de Derecho, ¿debíamos jugar a policías, indignar a toda la población contra nosotros y al final crear Dios sabe qué problemas diplomáticos?

El profesor opinó que si no fuera tan interesante lo encontrado allí, él votaría por desarmar las tiendas e irnos. Me dio una conferencia, como disculpa, sobre la composición excepcional y única de la lengua de esa gente y sacrificó a Take Marinescu en aras de una estancia más prolongada, diciendo que estaba harto y que le expulsaría de allí.

—No —le dije yo—, no basta con expulsarle de aquí, el tipo se esconderá en los bosques y allí seguirá con su actividad. Es un ladrón redomado. ¿Nota algo cuando nos roba? Es como si supiera perfectamente cuándo estamos dormidos. Cuántas veces nos hemos turnado para velar, pero siempre se debió apoderar de nosotros una suerte de somnolencia. Belisar ni chista, a lo sumo mueve el rabo cuando ventea al tipo. Una vez, al menos eso pienso, estuve toda la noche vigilando la entrada. Creo poderle jurar que no se movió ni una mosca, y al día siguiente mis prismáticos habían volado. A mí me parece que suelta uno de los vientos de la tienda, lo lanza al interior, pesca algo, los saca y vuelve a fijar el viento. No, querido profesor, no podremos librarnos de él a no ser dándole tal escarmiento que se le quiten las ganas de regresar. Deme plenos poderes, déjeme que actúe como un cazador.

El profesor dio su consentimiento algo dubitativo y durante todo el día me entretuve en observar a nuestro Take Marinescu, cómo caminaba, con aire retador, moviendo las caderas; cómo yacía tumbado bajo un árbol, fumando y acechando con descaro nuestros movimientos, y el agradable presentimiento de una próxima satisfacción me recorrió el cuerpo.

Por la noche hice mis preparativos, mientras el profesor seguía sentado ante la hoguera. No quería estremecer su blando corazón, ni oír ningún pretexto en el último segundo. Vino la noche, el fuego se fue consumiendo, por encima del claro del bosque, sobre nuestras cabezas, se veía el cielo con miles de estrellas. Nos metimos en los sacos de dormir, sin haber vuelto a hablar de mi plan, cuya ejecución tal vez Gerngruber no esperara para esa noche.

Yo mismo me propuse quedarme despierto, aun corriendo el peligro de haber desperdiciado una noche, pues no era de ningún modo seguro que Take Marinescu

precisamente ese día nos hiciera una visita nocturna. Durante largo tiempo luché con tenacidad contra el sueño, en mi reloj veía las manecillas avanzando de un número a otro sin que ocurriera nada que me recompensara de mis ojos ardientes o del esfuerzo por salir de un posible adormecimiento. Ya comenzaba a creer que Take Marinescu había sido advertido por su instinto animal y que dejaría pasar esa noche como cualquier otra en la que nosotros estuviéramos alerta.

Debía de ser una hora próxima al amanecer cuando sobre la estrecha abertura de la entrada a la tienda y por encima de la espalda del perro dormido, vi que de repente colgaba un hilo gris; ese presentimiento de luz estaba de repente allí, tal vez me había quedado dormido durante su aproximación o acababa de emerger por encima del umbral de la conciencia. En ese instante oí, sin que hubiese sido precedido de ningún ruido preparatorio, cómo saltaba y se cerraba súbitamente el fuerte resorte de acero a mis espaldas.

Me excité, la alegría del cazador se me subió a la cabeza, acababa de apresar a Take Marinescu, lo teníamos, ahora podía quedarse un rato agitándose, se lo merecía. Que nos pidiera ayuda para liberarle, que se humillara ante nosotros y nos prometiera que se iría para nunca volver. Me daba una alegría cruel imaginarme cómo estaba apesado por la mano, cómo apretaba los dientes para no gritar y cómo el dolor, al final, le arrancaba el primer gemido. Apliqué mi oído a lo que podía estar ocurriendo en la trampa, pero salvo algunos ruidos ligeros, apenas más altos que los aleteos de un pájaro extraviado contra la tienda, no se oía nada. ¡Qué fuerza de voluntad sobrehumana poseía ese tipo para dejarse espachurrar la mano tanto tiempo por esas mandíbulas de acero sin llamarnos!

Por fin me puse muy nervioso esperando ese gemido que no quería llegar. Cuanto más tiempo resistía allí fuera, tanto más triunfaba sobre mí; cada minuto que pasaba se compungía más mi alma; ¿era yo un europeo, o me había convertido ya en uno de esos salvajes, con la crueldad de una bestia y la alegría por los tormentos de un cuerpo humano?

Una luz pálida entró vacilante en la tienda, no podía resistirlo más, me desplacé hacia atrás para ver en el cepo la mano estrujada de Take Marinescu.

Lancé un grito.

Entre las mandíbulas dentadas de acero había un único dedo ensangrentado y torcido.

—¿Qué ocurre? —preguntó el profesor medio dormido desde su lecho.

—¡Mire! —dije temblando—, he puesto mi cepo para cazar, se cierra con un cerrojo y para abrirlo se necesitan las llaves, que yo tengo conmigo.

—¿Y?

—¿Pero no lo entiende? He puesto detrás de la tienda uno de esos cepos, para que el ladrón cayera en él cuando metiera la mano. ¡Take Marinescu ha caído...!

Gerngruber salió del saco de dormir.

—Aquí, mire... pero se ha soltado. Ha dejado un dedo, lo ha cortado, sin hacer

ruido... él mismo se ha mutilado para liberarse... como un animal, como un zorro o una rata.

El profesor estaba a mi lado, en calzoncillos ribeteados de rojo en la cintura, y en calcetines, su calva parecía un casco bien ajustado en la cabeza. Sentí que no estaba de acuerdo conmigo, y que la vista de ese dedo cortado le afectaba de la manera más penosa. Como yo tampoco estaba de acuerdo con el desenlace de mi primera cacería humana, habría necesitado a alguien que me hubiera ayudado a aliviar la decepción, para que yo mismo me hubiese podido hacer reproches. Pero como el profesor no colaboró en esto, toda la carga de la disculpa recaía sobre mí y concebí toda la historia como enojosamente confusa y alimenté un claro resentimiento contra la falta de amistad de mi compañero.

De mal humor y pensativos nos dedicamos a enterrar el dedo, y lo hicimos como niños que entierran un canario, haciéndole un ataúd con una cajetilla de cigarrillos y acolchando el interior con algo de algodón. Y, en lo restante, acordamos mantener silencio sobre el asunto.

Take Marinescu, como es evidente, desapareció.

En la lona de la tienda encontramos algunas pequeñas huellas de sangre; en una piedra plana en la proximidad del arroyo, una mancha oscura. Pero por lo demás, el bosque se había tragado al hombre sin dejar huella y supusimos que se habría alejado de nuestro campamento.

El profesor les dijo a los gitanos que después de una grave disputa le habíamos despedido. Pero se podía ver que no nos creían.

Pasados unos días nos enteramos de una manera extraña que de ningún modo se había apartado de nuestra proximidad, sino que vagabundeaba por el bosque en algún lugar y nos acechaba.

Cuando una mañana lluviosa aparecimos ante nuestra tienda, una vez que habíamos asomado nuestras narices en el aire húmedo y buscado un lugar seco en el suelo donde poder abrir nuestras sillas de campaña, me llamó la atención un ratón muerto, que estaba junto a un charco. En aquel año había una gran cantidad de ratones en los bosques, de modo que el pequeño cadáver no tenía nada de particular, a no ser por algo llamativo en él.

—¡Mire profesor! —dije yo—, ahí hay un ratón muerto y en su cuerpo se ven tres trocitos de madera clavados.

Era realmente así, de la piel gris se elevaban tres astillas, afiladas arriba y abajo, una en el cuello, otra en el estómago y otra en la parte trasera.

El profesor se agachó para observar más detenidamente el cadáver, y cuando volvió a levantarse, mostró, como me pareció, una seriedad sumamente desproporcionada.

—Es un mensaje —dijo carraspeando—, ¿sabe?, un mensaje en el lenguaje de los signos de los gitanos. Sabrá que las tribus nómadas se comunican mediante esos signos en el camino, la dirección que siguen y otras cosas dignas de saberse. Pero

desconozco qué significa ese signo en concreto... Llamemos a François y preguntémosle a él.

Los dos hicimos como si no le diéramos importancia al asunto. Sé, sin embargo, que el profesor pensaba lo mismo que yo, que al ver ese enigmático signo se nos vino a la mente de inmediato Take Marinescu y desde ese momento en adelante no se nos ocurrió imaginarnos que había abandonado el bosque.

François, el jefe del pueblo y sumo sacerdote de los espejos, que Dios sabe cómo habría recibido su nombre, apareció ante nosotros y le condujimos al ratón muerto. Tras observarlo brevemente, se sacudió, como si se quitara algo de los hombros y extendió tres dedos de la mano izquierda hacia el cadáver empalado.

Cuando volvió el rostro hacia nosotros, vi en la parte superior de él una preocupación hipócrita, y en la parte inferior, apenas oculta, una alegría maliciosa por el mal ajeno.

—Es tal y como le he dicho —tradujo el profesor el dictamen pericial—, alguien nos anuncia desgracia y peligro.

—¿Alguien? ¿Quién? ¡Take Marinescu!

—Eso François no lo sabe. El signo no delata nada a ese respecto.

—¡Venga, hombre, no le crea todo a esta gente! ¿No ve usted que nos quiere intimidar? Están conchabados con Take Marinescu. Y, por lo demás, este se ha ido, ha dejado el bosque y ahora se estará paseando tan campante por las calles de Bucarest.

Me di cuenta de que las dos últimas opiniones se contradecían, me enojé mucho y espanté al viejo con un movimiento amenazador.

Además, me propuse creer firmemente que nuestro enemigo ya no estaba en las proximidades, y logré reunir un buen número de motivos por los cuales tenía que ser así y no de otra manera. Pero no pude impedir que mis nervios se sometieran a mis buenos motivos y que en el bosque, durante mis expediciones de caza, me imaginara toda índole de amenazas y peligros tras árboles, arbustos y rocas. No era tampoco ningún placer arrastrarse por el bosque pensando que de repente me podían arrojar una cuerda en torno al cuello o clavarme un cuchillo en la nuca. A fin de cuentas, por más que se recurra a la razón, no es nuestra cabeza la que nos procura disgusto o satisfacción en nuestra vida, sino los nervios, que son nuestros dueños de verdad. Y, en rigor, cuando alguien es capaz de cortarse un dedo atrapado en un cepo sin hacer ruido, es capaz también de otras cosas mucho más desagradables que esa.

Por qué lo voy a negar, bajo esas circunstancias hubiese preferido que el profesor hubiese dicho un día que había concluido su investigación y que podíamos hacer las maletas. Y es posible que él pensara lo mismo, pero como suele ocurrir, ninguno quería decir la primera palabra y fue mi pobre Belisar el que sufrió las consecuencias.

Regresé un día muy cansado de la espesura. En las montañas se estaba gestando una tormenta con nubes negro azuladas, bancos de nubes se desplazaban por cumbres grises y verdes. Los pájaros trinaban presintiendo la lluvia, mi piel despedía el sudor en gruesas gotas. Cuando nosotros, yo y Belisar, llegamos a la fuente donde nos

proveíamos de agua, el perro se arrojó al suelo, sediento como estaba, y comenzó a beber con avidez.

Habíamos descubierto esa fuente, a un cuarto de hora de distancia de nuestras tiendas, y la habíamos reservado para nosotros, porque no queríamos beber del arroyo utilizado por los gitanos con Dios sabe qué agua contaminada. Su arroyo pasaba por una pequeña laguna y luego por las cabañas, aquí, en cambio, saltaba en un chorro claro y limpio directamente de las rocas a través de un pequeño caño en la cuenca. Belisar estaba al lado, con las patas delanteras muy abiertas, como si quisiera abrazar el chorro de agua, y sorbía sediento con una lengua larga y roja. Yo esperé pacientemente a que terminara. Por fin se levantó con el morro chorreante, se sacudió, de modo que las gotas volaron en torno suyo, movió el rabo con agradecimiento y trotó tan fresco de regreso.

Cuando se quedó atrás, no presté atención y seguí, solo cuando me encontraba a unos cien pasos del campamento, lo busqué con la mirada. Venía muy lentamente detrás de mí, con el rabo entre las patas, la cabeza hundida y las patas extrañamente dobladas, como si los huesos se le hubiesen reblandecido de repente. Tras cinco o seis pasos, se detenía, vi que temblaba y que su cabeza se balanceaba como si colgara sin fuerza. Mis silbidos no le animaban a apresurarse y su decaimiento era tan ostensible que no había duda alguna de que estaba gravemente enfermo. Corrí hacia él y se quedó con los cuartos traseros paralizados, como si se le hubiera roto la columna vertebral. Sus ojos estaban cubiertos por un velo turbio, sus belfos se contraían y cuando quise ponerle la mano en la cabeza, me lanzó un mordisco ciegamente. Poco después, se derrumbó por completo, se echó de lado y los músculos sufrieron terribles convulsiones, largas ondas de espasmos recorrían todo el cuerpo.

Mi pobre Belisar no tenía salvación alguna, estaba ante el perro agonizante con una confusión de pensamientos en mi cabeza. De repente, uno me sacudió, me acertó dolorosamente en el centro de mi conciencia. Me trastornó y corrí furioso hasta nuestro campamento. Allí estaban los dos sirvientes cuidando el fuego, en una olla borboteaba nuestra carne, en una pequeña cacerola azul hervía nuestra agua para el té.

Oí dos gritos, un fuerte silbido, se levantó una nube de vapor que casi me abrasa la cara.

—¿Pero qué le ocurre, está loco? —bramó el profesor.

Había arrojado por el suelo, con dos patadas, la olla con la carne y la cacerola con el agua, los dos sirvientes estaban arrodillados junto a la fogata desbaratada, en la cual chisporroteaban los trozos de carne, y me miraban con la expresión de gente que al momento siguiente va a ser decapitada.

El profesor me retuvo por el brazo y siguió gritando:

—¿Pero qué le ocurre?

—¡Belisar acaba de morir! —dije yo por fin forzando mi garganta a hablar.

Gerngruber no captaba la relación, sus cejas se alzaron trazando arcos elevados sobre los ojos redondos.

—Belisar ha bebido de la fuente. Han envenenado nuestra fuente.

Se demostró que yo tenía razón, encontramos la tierra revuelta sobre el caño y por debajo de la capa de musgo hallamos un polvo amarillento y en el mismo caño una pequeña bola amarilla en un saquito. El agua que consumíamos pasaba por una tierra envenenada y por un caño en el que se había plantado la muerte.

Esa noche el profesor opinó que estaba harto y que lo mejor sería que emprendiéramos la retirada. Había acabado prácticamente con su trabajo, una vez que hubiésemos visitado a los gitanos de las cavernas, así que no había nada que impidiera nuestra salida.

Los gitanos de las cavernas eran, ciertamente, los seres humanos más extraños y perdidos de la mano de Dios en ese bosque rumano, nada podía impedirnos verlos y oírlos. Apresuramos nuestros preparativos para una excursión de tres días en lo desconocido, nos abastecimos de víveres, armas e instrumentos. De la caja negra cogimos un número suficiente de discos, y nos pusimos en camino con un sirviente, que llevaba la mochila y el gramófono, mientras que el otro se quedaba para vigilar el campamento.

Furiosos torrentes despedían espuma al golpear en las rocas escarpadas, los puentes consistían en dos troncos tendidos uno al lado del otro y pasaban por encima de profundos abismos sin pretil al que asirse. Un laberinto de paredes de arenisca de un color amarillo grisáceo nos rodeaba con las formas grotescas de una ciudad encantada. Por la cornisa de una montaña caminamos cuidadosamente, atravesando un cenagal en el que nuestro sirviente se hundió una vez hasta las rodillas.

El segundo día ante nosotros se alzaba la pared arcillosa de unos cien metros de altitud, que parecía haber alisado un gigante con una pala. Al aproximarnos más nos percatamos de las arrugas producidas por el tiempo y que había creado el agua al correr por ella, así como los agujeros pequeños, como para pigmeos, al pie de la terrible pendiente. En la montaña moraba un residuo de mundo prehistórico, del mundo primitivo más sucio y miserable de la humanidad, uno creía estar visitando a sus ancestros, en los límites con el simio, en lo que se refería a la oscuridad, humedad e inmundicia de la vivienda. En esas laberínticas cavernas el olor era insoportable, como si nos arrastráramos por las entrañas putrefactas de un monstruo gigantesco. Aquello estaba tan lejano de todo presente, era tan paleolítico y decrepito como si a través de ello se transparentara el fondo originario de la historia.

Lo asombroso era que allí pudiera sobrevivir una raza humana bastante vistosa, más atractiva que los parientes en los pueblos del bosque a su alrededor, hombres delgados y nervudos y ante todo mujeres que hasta los veinte o veintidós años poseían una belleza extraña y perturbadora. En ellas parecían mezclarse rasgos egipcios y romanos, los lóbulos de la nariz suavemente trémulos de la reina Nepto, y la frente, la barbilla y los hombros de la llamada Sabina en el Museo Nacional de Roma. Pese a que habían crecido directamente en la porquería, esas jóvenes de algún modo daban una impresión de pureza y donaire, y solo cuando pasaban de la primera

juventud, caían bajo la ley de la naturaleza de su origen y de su entorno convirtiéndose rápidamente en mujeres ajadas, cansadas, en viejas viscosas y rígidas de mugre. Ante nuestras miradas se contoneaban satisfechas y vanidosas, entre sus harapos nos dejaban ver las desnudeces de sus cuerpos ágiles y de un brillo metálico, se juntaban, reían y parecían esperar algo de nosotros.

Pronto averiguaríamos qué creían esperar de nosotros. Gerngruber ya había trabajado con su cuaderno de notas durante una hora e invitó a toda la sociedad a reunirse en la cueva más espaciosa, la sala del trono o la plaza del mercado subterránea de ese pueblo de topos.

Unas cincuenta personas entraron en la estancia, en las galerías se apiñaban los cuerpos y las cabezas. En las paredes ardían tres o cuatro antorchas; como en las cavernas de trogloditas de Auvergne se veían dibujos rojizos esquemáticos de animales y seres humanos en la arcilla dura y alisada del techo.

Frente a nosotros, en el centro de la reunión, se había juntado un grupo de unas veinte jovencitas, que se empujaban, reían y cimbreaban sus cuerpos como grandes flores. Los hombres se mantuvieron con una seriedad indiana, y tanto más alto parloteaban las viejas, como si tuvieran un privilegio para llevar la voz cantante.

Todos los cuellos se estiraron cuando nuestro sirviente sacó el gramófono de su estuche y lo preparó. El método del profesor incluía que se pusieran siempre, antes de nada, un par de discos a sus candidatos con objeto de que oyeran algunos cuentos, leyendas o poemas en su propia lengua o en otra diferente pero emparentada, para así poderles explicar más fácilmente de qué se trataba. La experiencia le había mostrado que siempre encontraba con más rapidez lo que necesitaba en una reunión, que cuando tenía que buscar a los contadores de cuentos o a los cantores preguntando a uno por uno. Pero esta vez, antes de que el profesor pudiera explicar lo que quería, se adelantó una de las viejas, que no parecía poder esperar más, y trajo del brazo a una jovencita hasta la bocina del gramófono. Y sin más cumplidos la mocita delgada comenzó a despojarse de sus harapos, y se desnudó ante los ojos de todo el pueblo.

El profesor pareció haber perdido el habla, se volvió hacia mí perplejo, pero qué podía decirle yo, que no entendía ni una sola palabra de esa lengua gitana, así que me limité a encogerme de hombros y no supe si debía fijar mi mirada en el bello cuerpo que tenía ante mí o bajarla.

El profesor, entretanto, había logrado recuperar el dominio de sí mismo, al menos el necesario como para mantener una conversación con la vieja y encontrar una solución. Las viejas parlotearon y regoldaron, otras se entrometieron, un coro luchó pronto contra la voz de mi compañero, le acallaron a gritos y se vio que sus opiniones cada vez diferían más.

El profesor regresó a mí, bañado en sudor, tras un cuarto de hora de duro combate, ya que yo estaba esperando impaciente y muy nervioso a que me diera una aclaración.

—¡Imagínese! —exclamó agitado—, es inaudito, quién puede considerar eso

posible...

—¿El qué?

—Nos han tomado por... no, espere. He preguntado por qué se ha desvestido la niña. Y la vieja me responde que para hacerme una idea de ella. Y para qué, le pregunto yo, solo quiero grabar vuestra voz, vuestros cuentos, historias y canciones, luego me lo llevo a Alemania y con ello escribo un libro. «¿Así que no quieres comprar ninguna niña?», me pregunta...

—¡Comprar niñas!

—Así es, amigo mío, nos tienen por tratantes de blancas. Al parecer todos los años vienen esos tratantes a estas regiones apartadas, a estos páramos alejados de toda cultura para comprar mercancía fresca. Luego las venden en Bucarest, las exportan o quién sabe... y ahora las mujeres están indignadas porque se han equivocado con nosotros.

Realmente estaban decepcionadas, habíamos tenido que ofenderlas en lo más sagrado, el parloteo furioso fue aumentando de volumen; solo los hombres permanecían rígidos y con una seriedad de indio norteamericano, pues según las costumbres de la tribu ese comercio era competencia exclusiva de las mujeres. La jovencita situada ante la bocina del gramófono se puso de nuevo sus sucios harapos encogiéndose sus hombros con gesto burlón, la madre aún vociferó, incontenible, un buen rato en el rostro del profesor. Era difícil poner en práctica nuestras intenciones científicas, y el profesor tuvo que hablar mucho y aplicar el triple de los habituales donativos monetarios para conseguir un par de pruebas miserables en su disco.

Cuando volvimos a salir del laberinto de las cavernas al bosque, fue realmente como si emergiéramos de la prehistoria de los tiempos al presente. Yo iba a decir algo muy sociopolítico cuando noté que cogían mi mano y al darme la vuelta, vi el rostro delgado de la jovencita que se había desnudado ante el gramófono. Su nariz aspiraba, temblorosa, el aire, sus labios eran delicados y estaban maravillosamente dibujados, dijo algo que sonó más bello que todo lo que había oído hasta ese momento en el lenguaje gitano.

—Dice que quiere leerle la mano —explicó el profesor.

De su mano se transmitió a la mía una corriente cálida, con gran suavidad dio la vuelta a mis dedos y puso la palma hacia arriba. A continuación, miró un buen rato en las líneas de la piel con seriedad y yo contemplé entretanto con una suerte de ternura esa cabeza encantadora inclinada y cómo a través del pelo negro corría una raya blanca.

Luego ella murmuró, sin levantar la cabeza, algunas palabras oscuras. Mi mirada preguntó al profesor.

—¡Hm! —dijo eludiendo la respuesta—, le profetiza, naturalmente, algo desagradable, como era de esperar...

—Dígamelo.

—¡Bah, son tonterías... enfermedad y muerte!

Ya sentía la sonrisa de superioridad en mis labios cuando la niña, de repente, escupió con fuerza en la palma de mi mano, lanzó un chillido malicioso y con una carcajada desapareció por el agujero más cercano. Me quedé estático, la saliva corría entre mis dedos y, con nuestros conocimientos y nuestra honestidad, nos sentimos como si nos hubiesen abandonado en una isla desierta.

Ya fuera por una sensación de amargura debido a la derrota padecida con los hombres de las cavernas o por un presentimiento de futuras sorpresas, regresamos de nuestra excursión muy abatidos y los dos esperábamos encontrarnos con alguna desgracia. Constatamos con un respiro que nuestras tiendas estaban en su lugar originario y escuchamos con satisfacción del sirviente que se había quedado que durante nuestra ausencia no se había producido nada llamativo.

Por lo tanto, podríamos haber estado tranquilos, pero pese a todo no nos sentíamos tan cómodos como nos habíamos llegado a sentir. Era como si se hubiese mudado allí un espíritu hostil y perturbador, que algo estuviera al acecho con sus ojos rígidos y malignos, y acogí realmente con agradecimiento las palabras del profesor diciendo que su investigación había concluido y que podíamos partir cuando quisiéramos.

—¡Partamos mañana mismo!

El profesor empacó sus discos, yo le ayudé con la intención de sobornar al destino haciéndome útil. Hablamos de pueblos en el estado de naturaleza, de esclavitud, de trata de blancas, del enigma racial de esa belleza humana en las cavernas. La palma de mi mano ardía, como si en la saliva de la jovencita hubiese habido un ligero veneno corrosivo.

—¿Sabe? —dijo el profesor—, estoy harto de estos bosques. Anhele mi biblioteca y mi escritorio y la acera húmeda de las calles a la que dan los escaparates iluminados. Lo originario ya no es para nosotros, somos partícipes de una cultura medida por igual para todos los seres... por favor ponga este disco en la caja negra.

—Lo entiendo —dije yo mientras me inclinaba con el disco sobre la caja en un rincón de la tienda—, puedo apreciar estéticamente a una persona como Take Marinescu, bien entendido: estéticamente. Pero en el fondo esas apariciones no son más que perturbaciones incómodas del equilibrio.

Había abierto la tapa y puse, sin mirar en el interior, el nuevo disco sobre el otro.

—Nuestras energías...

Sentí un roce frío en mis dedos, un siseo raudo, como si el viento soplara por una grieta, luego un dolor intenso... retiré mi mano, de ella pendía, balanceándose, un cuerpo de serpiente de un negro viscoso, una cabeza escamosa triangular había hundido sus dientes en mi carne.

El profesor lanzó un grito, se abalanzó sobre mí, no sé de dónde sacó repentinamente unas tenazas con las que cogió la cabeza de la serpiente. Después sumergió mi mano en fuego, cortó y quemó, vertió coñac en mi interior, vi cómo la tienda a mi alrededor comenzaba a girar vertiginosamente, y el centro de ese

torbellino era mi mano hinchada y deforme...

Pronto perdí el conocimiento.

A la mañana siguiente desperté como de una pesada embriaguez, pero el profesor me había salvado quemando, cortando y con coñac, de otro modo ya tendría que haber muerto hacía tiempo. Habían sacado tres peligrosas víboras negras de la caja de discos, pero también había una en mi zurrón, otra en la cámara fotográfica, e incluso en el termo se encontraba una de esas bestias agresivas, y el profesor había estado cazando serpientes con el sirviente buena parte de la noche. Mató una familia a los pies de cada uno de nuestros sacos de dormir. La niña profetisa había acertado con la primera parte de su profecía, y tampoco la enfermedad duró mucho. Tras diez días me había recuperado sin otras secuelas que un agujero en la mano derecha, una parálisis del cuarto y quinto dedos y una cierta debilidad.

Emprendimos el regreso sin retrasarnos más.

Un día de traqueteo en la carreta me volvió a afectar, y el viaje en el vagón al descubierto por el bosque otoñal me hizo pasar mucho frío. Me alegré de llegar a la estación ferroviaria y de la perspectiva de ocupar un asiento blando en un cómodo tren rápido.

Mientras el profesor compraba los billetes en la ventanilla y solucionaba lo del equipaje, yo miré hacia el monte boscoso. Amarillas, rojas y ocres caían las hojas, y se veían mejor que en verano las manchas de los valles solitarios. En un fragmento de cielo azul rodeado de nubes blancas volaba un ave lejana. Tan vivo era el recuerdo de todo lo experimentado que cuando de repente tuve a Take Marinescu ante mí, lo consideré una criatura de mi imaginación.

—Buenos días —dijo sonriendo.

—¿Tú... eres tú? ¿Qué quieres aquí?

Él escarbó la tierra con el pie izquierdo hacia atrás y levantó el sombrero.

—Los señores se van. Yo regreso a Bucarest.

—¡Vete al diablo! —dije yo furioso por no saber cómo enfrentar semejante descaro.

—¡Oh, sí! —se rio—, pero aún me queda cobrar parte de mi sueldo. Los señores no me han despedido, así que me queda recibir mi salario por... espere... cinco semanas y tres días, eso hace...

Levantó la mano y comenzó a calcular cuánto le debíamos, contaba con nueve dedos y un muñón, cuyo complemento nosotros habíamos enterrado en el bosque.

—¿Qué? ¡Tú huiste, bribón! —dije con espuma de rabia en la boca y señalándole el muñón—, ¿te largaste y encima exiges tu salario? ¡Piensa en la fuente y en las serpientes! ¡Oh, que no haya aquí policía... te denunciaría de inmediato!, pero llamaré al jefe de estación y que te encierre donde está la caldera hasta que venga un policía.

—¿Qué... qué... señor... policía? —y sacó el pecho y se aproximó a mí con gesto brutal y retador hasta casi pisarme los pies. Expulsaba el aire que respiraba en

mi boca, sus pupilas estaban ribeteadas por un anillo irisado tan tenso que parecía iban a estallar.

Por fortuna en ese momento vino el profesor, de otro modo, pese a mi debilidad, me habría peleado con Take Marinescu. Gergruber me encerró como si yo fuera un niño entre sus brazos de oso y me retiró.

—¿Qué quieres tú? —preguntó con tono brusco a Take Marinescu.

Más comedido por la figura erguida del profesor, pero con frescura obstinada, Take Marinescu repitió sus exigencias.

—¡No! —gritó Gergruber—, ¡no... no...! —repitió algo más débil.

El tipo percibió cierta duda y levantó un griterío como si se hubiera cometido con él una gran injusticia. Nos rodeó un círculo de hombres, todos leñadores de los bosques, que habían venido para recibir su salario. Habían bebido una gran cantidad de alcohol y esperaban a que llegara su tren. Cuando están sobrios, esos hombres suelen callar, y soportan con paciencia las cargas más pesadas, pero con el licor se vuelven peligrosos, entonces puede ocurrir que recuerden de repente que los señores también están hechos de barro, como ellos, y que solo tienen una vida, como ellos.

Take Marinescu gritaba y los hombres estrechaban el círculo a nuestro alrededor, pues al parecer allí habían cometido una injusticia con uno de los suyos.

—¡Quieren largarse sin pagarme mi salario! —gritó el tipo e hizo aspavientos con los brazos—, ¡así, sin más, se quieren largar! Después de haberles servido tanto tiempo... ¡Hermanos, yo vivo de mis manos... y esos señores son ricos! ¡Quieren hacerse aún más ricos quedándose con mi salario!

Noté cómo se incrementaba la hostilidad de esos hombres, se estrecharon tanto que formaban un muro, me sentí empujado por detrás, me presionaban hacia Take Marinescu. El profesor podría haber abierto una brecha con su fuerza de oso, pero dejó colgar los brazos y parecía sopesar si se podían justificar un par de costillas rotas.

—¡Dejen paso! ¿Qué ocurre aquí? —gritó alguien.

El jefe de estación vino en nuestro auxilio y de inmediato el círculo de los hombres se amplió.

—Este tipo... este asesino... —dije yo temblando de rabia.

—No... no... —el profesor hizo un gesto de rechazo—, ¿acaso tenemos pruebas? No tenemos ninguna...

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—¡Que me den mi salario! —gritó Take Marinescu, y los leñadores repitieron sus palabras con un gruñido.

—Exige su salario, pero nos dejó en la estacada —dije yo.

—Mire, ocurrió lo siguiente... —comenzó el profesor pensativo.

Un poste de señalización, que yo veía entre la cabeza de Gergruber y la de Take Marinescu, se levantó produciendo un tableteo.

—¡El tren rápido viene! ¡Hagan sitio! —la voz del jefe de estación se impuso al

ruido de nuestro círculo. Tras lanzar ese grito, el jefe de estación saltó hacia el profesor, lo agarró de la chaqueta y lo apartó de las vías. Todos nos retiramos hacia un lado.

—¡No dejen que se suban! —aulló Take Marinescu.

—¡No dejadles subir! —gritaron los leñadores impidiéndonos el camino.

—¡Que paguen! ¡Que paguen!

—¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? —gritó el jefe de estación con un gemido—. Déjenme que pase... he de ir al tren... lo mejor será que paguen. ¿Qué puedo hacer?

El tren entró en la estación con un hálito salvaje de lejanía y peligro. Los leñadores, que estaban muy próximos, se tambalearon algo.

—¡No les dejen subir!

Take Marinescu estaba ante nosotros con las piernas abiertas y los puños alzados. Se había hecho con el poder, dominaba el instante, no podíamos eludirle.

El profesor dudó unos segundos; los revisores ya estaban cerrando de nuevo las puertas, alguien dio un pitido estridente. El profesor sacó la cartera, hizo volar un billete, Take Marinescu se agachó...

Nos precipitamos al tren, repartimos puñetazos...

Cinco minutos después habíamos recuperado la respiración, y cuando pasábamos por el puente de hierro sobre el desfiladero, comenzamos a avergonzarnos.

—Hasta aquí solo ha sido una aventura interesante —dijo el profesor—, pero hoy Take Marinescu nos ha demostrado su habilidad.

Miré los árboles multicolores del bosque que ascendía hacia la frontera húngara.

—Sí... creo que aún tendremos que aprender mucho para estar a la altura de esa casta.

LA LÁPIDA DE LOS BOGOMILOS

Cuando llegó la noche, salí un poco de Bilek hacia el Vardar. Al otro lado, en Macedonia, así se llama un río grande, aquí es una montaña en la que se encuentra una antiquísima construcción. Dios sabe quién pondría los cimientos. Los serbios comieron posteriormente en ella y luego los turcos y, por último, policías austríacos vigilando la frontera contra los montenegrinos y ahora se han volado los viejos muros y a veces se dice que dentro pernoctan «freikorps» y observan desde allí la carretera que lleva de Kobila glava a Bilek.

Pero la pendiente de la montaña está agujereada por innumerables sepulturas y sembrada de lápidas de una raza desaparecida. En esta comarca los bogomilos tenían un imperio poderoso, y tal vez por aquí se encontrara alguna de sus ciudades. Pero no se ha conservado nada de ella salvo quizá el resto de una torre arriba, en el Vardar, y este hormiguero de sepulturas, la ciudad de los muertos en la pendiente de la montaña. Todas las demás construcciones han sido víctimas de las guerras o del martillo del tiempo, y a veces me parece que la región está tan desértica y abandonada porque las ruinas de las ciudades de los bogomilos están diseminadas por todos los campos.

Me desvié de la carretera por una vereda estrecha hacia las formaciones rocosas y no necesité buscar mucho tiempo las sepulturas. Estaba en medio de ellas. En los cristianos, los judíos y los turcos las lápidas tienen formas determinadas, pero entre los bogomilos no parece haber imperado ley alguna. La arbitrariedad de los deudos creó variadísimas formas: sarcófagos, urnas, las lápidas más simples, horizontales y verticales, pero también se excavaron agujeros en las rocas.

Seguí reflexionando entre las sepulturas mientras se incrementaba la penumbra. ¿Qué serían aquellos bogomilos? ¿Una raza? ¿Una secta? ¿Un imperio? La historia no sabía mucho sobre ellos y yo aún sabía menos. Un hombre serio y tranquilo, un teniente coronel en Bilek, me había contado algo: que su religión no había sido ninguna religión sino una suerte de doctrina moral sacada de los mejores principios del cristianismo y del islam. Y huellas de esa doctrina aún se encontraban en la comarca, donde los habitantes no eran ni musulmanes ni cristianos en sentido estricto, ya que no tenían iglesias ni tampoco necesitaban sacerdotes. Los campesinos eran simples, honrados, hospitalarios, honestos y con nadie se cometía una injusticia mayor que con ellos, cuando en Europa se les difamaba como ladrones de ovejas.

Así reflexionaba yo sobre cómo sucumben las ciudades y los pueblos y, no obstante, les sobrevive una idea, y que nuestros enemigos estarían encantados de que nosotros corriéramos ese destino de los bogomilos para tal vez reconocer después la idea alemana como la idea de la humanidad. Pero había oscurecido bastante y tropecé, miré un poco confuso a mi alrededor, entre las tumbas, y vi no muy lejos de donde estaba la más extraña de las lápidas de los bogomilos en ese cementerio abandonado.

Presentaba el aspecto de una cruz y también ofrecía en cierto modo la forma de una figura humana. El extremo superior del cuerpo principal era redondo como una cabeza y de ella descendía la piedra como dos hombros caídos hacia los brazos del cuerpo transversal. Me pareció que los dos cuerpos, el horizontal y el vertical, estaban cubiertos de enigmáticos caracteres; y cuando me agaché para contemplarlos de cerca, alguien muy cerca detrás de mí, casi en la nuca, me dijo:

—Buenas noches, señor.

Tengo que reconocer que me sobresalté y me eché a un lado. Mi mano estuvo en un segundo en el bolsillo de mi chaqueta, donde guardaba mi pistola Steyrer. Pero el hombre permaneció muy tranquilo, inmóvil, como si él mismo fuera una lápida que hubiese comenzado a hablar.

—Busca a los antiguos, señor —continuó—. Se han ido. No ha quedado nada de ellos, salvo estas piedras. El imperio entero se ha perdido.

Ahora vi que ante mí se encontraba un viejo campesino. Llevaba el traje habitual, de su espalda colgaba una escopeta, y lo que llevaba de blanco, la tela con que envolvía las piernas y el chaleco, resplandecía algo en la oscuridad. Me superaba en altura, con seguridad en una cabeza, y tenía una sensación desagradable al verme obligado a estar frente a un extraño en la oscuridad, que bien podía ser uno de esos salvajes de la frontera con Montenegro, ante los que me sentía tan pequeño.

—Ven conmigo —dijo—, te llevaré a la carretera.

Y él me precedió mientras yo pensaba si lo indicado no sería ponerme a resguardo con un salto hacia la oscuridad. Pero no sabía por dónde quedaba la carretera y perderme en la zona de los «freikorps» montenegrinos no era recomendable.

Tras caminar un rato por una ruta sinuosa entre bloques de piedra y en torno a los bordes de las dolinas, el hombre se detuvo y dijo, como si tuviera que llevar hasta el final un pensamiento compulsivo con el que había iniciado la conversación.

—Aquí todos los imperios terminan por perderse. Aquí no pueden sino perderse.

Dejé de asombrarme de que el hombre hablara así; solo después, en la claridad de la luz de la cantina de oficiales en Bilek, me llamó mucho la atención lo asombroso de esa y de otras expresiones suyas. Pero la pregunta que yo hice me parece indicar que bajo el umbral de mi consciencia tal vez se agitara el asombro:

—¿Quién eres? —pregunté yo.

—Soy de aquí —respondió él—, y tú eres uno de los austríacos que hoy han venido con el carro sin caballos. Estaba en la carretera y os he visto.

—¿Eres del cuerpo de protección? —continué preguntando.

Él no respondió, pero me pareció que volvía la cabeza y me miraba con desprecio desde su altura. Le seguí tropezando y sin preguntar más hasta que se detuvo de nuevo y comenzó:

—Hoy aquí no hay más que piedras, talladas y sin tallar. ¿Y sabes por qué sucumbió este imperio? Por el desenfreno. Esa es la maldición que pesa sobre el país y el pueblo. Es la sangre la que nos embauca y por la que perdemos todo. Está en la

sangre, por cada uno de nosotros fluye esa corriente salvaje y violenta que lo revienta todo. ¿Sabes por qué sucumbió el imperio? El viejo tomó la mujer del hijo. El último rey de los bogomilos la amada del hijo. Entonces este huyó del país, a los turcos, adoptó la fe de Mahoma y cubrió la tierra, que ahora era su enemiga, de guerras. Destruyó castillos y ciudades y convirtió su antigua patria en un desierto.

Estábamos delante de un sarcófago que atravesaba nuestro camino. El eslavo descolgó la escopeta y la apoyó con fuerza en el suelo.

—Conozco muchas de esas historias. Se esforzaron por refrenarse pero la sangre no lo permitió. Nuestra sangre no es como la vuestra, que corre tranquila y se da tiempo para construir, escribir, pensar, conquistar el mundo. Nosotros no pensamos en el mundo, solo pensamos en el enemigo, el más próximo. Crimen y amor, amor y crimen, esa es nuestra historia. Una y otra vez amor y crimen. Nunca lograremos las grandes cosas de la vida, porque tenemos que colgarnos de la garganta de nuestro vecino para matarlo a dentelladas. Nuestra sangre es nuestra maldición. Maldita sea nuestra sangre.

De repente sentí como si una aguja de acero ardiente atravesara mi cabeza. Algo nuevo, hasta ese momento desconocido, irrumpió en mí como un dolor. ¿En qué lengua hablaba ese hombre? Era la lengua de esas montañas, era serbio, y yo no había sabido hasta ese momento que entendía serbio. Y yo le entendía, como me entiendo a mí mismo cuando dejo hablar a mis pensamientos. Pero apenas sentí ese asombro como un susto doloroso, desapareció y no dejó más que una suerte de estupor con el que seguí a mi guía.

¿Aún no llegábamos a la carretera? ¿Adónde me llevaba ese hombre detrás de sí como si yo fuera atado? Parecía que entrábamos en un paisaje aún más agreste y siniestro que el que había donde nos habíamos encontrado. Como huesos gigantescos se alzaban los bloques de piedra caliza en la noche y todos estaban recubiertos de una piel delgada y luminosa, con un brillo verde y amarillo, un brillo ligeramente trémulo. Las piedras se arrastraban en el suelo negro como esqueletos, costillas rotas, fémures pulverizados en la tierra revuelta de un cementerio. Más adelante había un agujero, un agujero oscuro, cuyo fondo no se podía ver, tal vez una dolina...

—Aquí he visto setecientas mujeres muertas, setecientos cadáveres de mujeres, caídas en la lucha. No hay un metro de suelo en nuestras montañas que no haya bebido ya sangre, una sangre salvaje, impetuosa, furiosa. Hierve en nuestro interior hasta que confunde nuestro cerebro y nuestra mano recurre al cuchillo. Nuestros imperios no pueden durar porque nuestra sangre no lo permite. Todos han caído por la codicia de unos cuantos individuos. Y una vez más veo caer los imperios por la codicia que, de la sangre hirviente, se sube al cerebro. Y nuestro suelo bebe insaciablemente nuestra sangre, no se harta de ella, siempre está seco... seco...

Estaba frente a mí, sacándome una cabeza de altura... ¿o había crecido más? Y de repente algo dijo en mi interior con toda claridad: se ha acabado.

Se ha acabado. ¿El qué? ¿Yo? Mi cuerpo se quedó paralizado, una pesadez

plomiza presionaba mis piernas contra el suelo. Solo podía mover aún los brazos, llevé la mano derecha lentamente hacia el bolsillo de la chaqueta, pero la pistola steyrer que todavía había notado allí antes, no estaba. ¿Se había vuelto mi mano insensible?... ¿Habían dejado los nervios de conducir al cerebro la información de esa saco de piel laxo dividido en cinco partes?

Lo que veía no era espantoso, solo desagradable por su lentitud.

El eslavo estaba ante mí al borde de la dolina y se elevaba gigantesco por encima del oscuro cráter. Su cabeza estaba bajo una larga nube tras la cual se percibía una huella del claro de luna, un brillo delgado y difuso.

—Seco... seco... —dijo él.

Vi cómo me apuntaba con su escopeta.

—Todas nuestras piedras quieren sangre, tanto las talladas como las no talladas —murmuró—, siempre sangre, todas quieren sangre caliente... nunca se cansan...

Creo que él disparó. No lo sé. Los soldados fronterizos dicen que ellos no oyeron nada. Casi al mismo tiempo que el disparo, oí voces y poco después oscilaba una luz a mis pies. Era una linterna, llevada por un soldado fronterizo, y cuatro o cinco soldados me rodeaban...

Miré hacia abajo, vi la carretera blanca. El eslavo no había huido, estaba al borde de la carretera, con gesto amenazador en la oscuridad, aún con la escopeta dispuesta. Pude mover de nuevo la mano, la extendí, señalé la figura.

El soldado levantó la linterna. Una lápida de los bogomilos estaba allí, al borde de la carretera, tenía forma de cruz y, no obstante, también recordaba a una figura humana algo tosca, y estaba recubierta de caracteres enigmáticos.

TRES CUADROS AL ESTILO DE JERÓNIMO BOSCO

I LA SIRENA

El largo Peter viene corriendo como un poseído al pueblo. Desde lejos ya agita los brazos, demasiado largos, en el aire.

La esposa del pastor arroja casualmente una mirada por la ventana de la cocina. Al ver correr de esa manera al largo Peter, haciendo gestos con las manos y dando grandes zancadas, se lleva tal susto que se le cae el cucharón al suelo. La esposa del pastor está en estado de buena esperanza. El susto repentino hace que le recorra un escalofrío por todo el cuerpo. Pálida como una muerta se sienta sin fuerzas sobre la caja de madera junto al fogón. Con una mano se sujeta el cuerpo dolorido, con la otra tantea temblando y convulsa por la pared. Los dedos trémulos tiran el barril de la sal, el cual cae al suelo y la sal blanca se mezcla con el polvo gris junto al fogón. Sus ojos, rígidos y muy abiertos, se clavan, llenos de miedo, en la nada.

Entretanto, el largo Peter corre por el pueblo y lanza gritos. Arroja las largas piernas hacia atrás y gira los brazos como las aspas de un molino. Y grita todo lo que dan de sí sus pulmones.

Las mujeres salen de las casas y siguen al largo Peter. Pero él no deja de correr hasta que ha recorrido todas las calles. Luego se detiene en el centro de la plaza del pueblo, pálido y tosiendo por el esfuerzo.

En torno a él se acumulan las mujeres curiosas e impacientes.

¿Qué ha ocurrido? Sí... ¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué?... ¿Qué?

Los pescadores han atrapado a una sirena, abajo, en la playa... y está en la arena y no puede moverse... el mar la ha arrastrado a la orilla... y tiene una cola de pez y sangre verde... y está allí abajo... que vayan todos a verla.

Las mujeres se separan para ponerse sus cofias y chales y al poco tiempo sale una fila de mujeres del pueblo a paso ligero. Detrás del todo camina renqueando, tan rápida como le pueden llevar los pies, la pequeña, ajada y centenaria abuela de Peter. De la mano lleva al nieto más pequeño que apenas puede andar y se cae continuamente.

El viento sopla en las faldas y los chales de las mujeres, de modo que ondean como velas sueltas.

Desde lo alto de las dunas ya ven abajo al oscuro grupo de los pescadores. Están juntos formando un ovillo y contemplan algo que está en el centro.

Ahora las mujeres se integran en el círculo de los hombres y allí está el prodigio marino.

Mitad mujer, mitad pez... Un rostro pequeño y pálido con ojos azules y asustados

que vagan de un rostro a otro con una angustia mortal. El pelo, denso y de un rubio húmedo, le cae por encima de los hombros. En los senos jóvenes como capullos vibran, al elevarse y descender con fuerza, pequeñas gotas de agua.

Pero donde en los seres humanos comienzan las piernas, brilla una cola escamosa blanda, de color rosado y verde. Y las escamas brillantes se van apretando más hasta que se cierran y cubren la parte inferior del cuerpo, de forma cilíndrica, hasta que termina en una aleta. Pero al final de la cola, por debajo de la aleta, se ve un corte transversal profundo y abierto de color grisáceo. La aleta solo está unida al cuerpo por un delgado vínculo. Del corte manan lentamente grandes gotas pesadas de sangre verde. A su alrededor la arena está coloreada de verde.

Un arrecife afiladísimo ha debido de herir a la sirena y una ola ha arrojado a la criatura indefensa a la playa.

Los pescadores, las mujeres y los niños están en círculo y miran con ojos absortos al prodigio.

Pero poco a poco desaparece el hechizo. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Qué hacemos con eso?...

Uno propone arrastrarla con cuerdas hasta el pueblo. No, no al pueblo, claman las mujeres...

¡Que decida el pastor! ¡Que alguien traiga al pastor!... Y el Peter con sus piernas largas corre a buscar al pastor.

Los demás gritan sin entenderse. Un caos de preguntas. Pero nadie tiene respuestas.

Los ojos azules, cansados y angustiados de la sirena vagan de uno a otro. Por último se quedan fijos en Jen.

Jen, de cabeza plana y hombros anchos, se ha abierto paso hasta la primera línea. No pregunta nada, no responde, se limita a mirar mudo y rígido a la sirena, que está a sus pies.

Los ojos erráticos de la sirena han encontrado un punto de reposo y se aferran con mirada temblorosa a esa figura. Sus ojos se encuentran entonces con los de él... y sus manos pequeñas y pálidas, como con timidez y pudor, cogen su melena rubia y pesada por la humedad y la extiende por encima de sus senos delicados y juveniles.

Los dos no oyen cómo zumban las voces y las preguntas alrededor. El rico Klaas ha propuesto simplemente matar a golpes a esa criatura diabólica y arrojarla de nuevo al agua. Con esto están de acuerdo todas las mujeres, y los hombres ya quieren irse a los botes y coger los remos.

Pero entonces Jen sale de su silencio.

Nada de matar a esa mujer, declara con su voz de bajo. Él se la llevará y la curará; y cuando se haya restablecido, la volverá a llevar al agua.

¡Pero Jen!, grita su madre en el grupo.

Y a Jen le importa un comino lo que digan los demás. Si no se debe martirizar a los animales, como dice el señor pastor, habrá que ayudar a ese, que en realidad es

mitad humano.

Las mujeres levantan un gran alboroto. Y la madre de Jen comienza a llorar.

El pastor le dará la razón, opina Jen.

Ya viene el pastor, gritan unos, y, en efecto, este entra en el círculo.

Está muy agitado y sus piernas vacilan. Sus manos tiemblan y por su frente corre el sudor del miedo. Su mujer se retuerce en la casa de dolor.

¿Qué ocurre?

El Jen, el Jen... gritan todos.

El Jen explica al pastor lo que se propone.

Y el pastor se limpia con la palma de la mano el sudor de la frente, como si quisiera volver en sí. Luego comienza a hablar deprisa y atropelladamente.

No puede tolerar en la comunidad lo que Jen se propone. La compasión y el amor al prójimo solo se deben a las criaturas de Dios. Pero esa es sin duda una criatura del demonio y sería una maldad llevarla al pueblo.

Matarla, matarla, grita Klaas, y otros con él.

Pero el pastor dice que él tampoco está por matarla. Hay que dejar a la sirena en paz; si es una ilusión infernal, desaparecerá y si es un pez, la marea se la volverá a llevar.

Y ahora todos deben irse y seguir con sus labores y dejar en paz a la sirena.

El pastor se sale del círculo y se apresura a regresar a casa.

La gente se dispersa lentamente.

Solo Jen se queda atrás. Mira a la mujer con la cabeza hundida. Sus ojos azules están más tranquilos. En ellos hay agradecimiento y confianza. Sabe que él ha hablado por ella.

De repente, una mano recia le sacude por el hombro... Su padre está junto a él. Pero Jen niega con la cabeza, quiere quedarse. Pero el padre le sacude con más fuerza. Una ira ciega se le sube a la cabeza. Le amenaza... Jen coge con sus dedos de hierro la mano en su hombro hasta que las articulaciones chascan.

Los dos hombres se miran fijamente. Pero... Jen ve encima de la duna a la madre. Su falda y su chal ondean al viento y cruza las manos lamentándose.

Jen deja entonces la mano del padre y se va hacia el pueblo. Siente las miradas de la pobre mujer, cómo se clavan en él inquisitivas y suplicantes... pero él sigue caminando hacia el pueblo...

* * *

Las nubes se deslizan rápidamente por la delgada luna. El mar está embravecido. Su bramido llega hasta el pueblo. Allí ya hace tiempo que está todo oscuro. Solo en casa del pastor aún hay luz tras las cortinas rojas. Un resplandor pálido y rojizo cae sobre el jardín. Por la cerca se desliza una figura... es Jen.

Se detiene por un momento y mira hacia la ventana iluminada. Sabe que allí una

mujer lucha con la muerte. Aprieta los dientes y murmura una maldición furiosa.

A continuación, sale del pueblo y sube por la duna. En la arena blanca se ve una mancha oscura...

La sirena oye pasos. Levanta con cansancio la cabeza. Y Jen se arrodilla a su lado y le habla con palabras suaves, buenas y compasivas. Él sabe que ella no le entiende. Pero el sonido tiene que hacerle bien.

Sus manos, ardientes por la fiebre, se han ocultado en los morenos puños del hombre.

Comienza entonces a cantar, en voz baja y turbia, palabras en un idioma extraño. Como una niebla gris y espesa en una isla rocosa solitaria, así de sordos y cadenciosos son los tonos, y así de infinitamente tristes.

Jen escucha... y no sabe que le corren las lágrimas por las mejillas.

Pero vuelve en sí. Le ha traído comida, pan y pescado, y se lo ofrece.

Ella niega con la cabeza y vuelve a cantar.

Jen está arrodillado a su lado y mantiene las manos de ella entre las suyas hasta que las estrellas palidecen y comienza a soplar el viento matutino.

Se levanta entonces y la vuelve a mirar: regresaré.

Y ella entiende las palabras extrañas y la promesa, y su mirada es dulce y tranquila cuando él sube por la duna...

Durante todo el día hay una gran agitación en el pueblo. La gente pasa junto a la casa del pastor con pasos tímidos y silenciosos, en la casa donde las cortinas rojas están echadas y reina un silencio mortal. Algunos dicen haber oído un grito de asfixia, como desgarrado, y quejidos. Al mediodía el pastor había estado en el jardín trasero y había mirado, inmóvil, hacia el mar lejano, con la larga pipa en la mano. Y luego, de repente, con gran furia, había golpeado con la cabeza de la pipa en la bola de cristal sobre un rosal, de modo que los añicos saltaron por todos lados. Después había regresado a casa. Hay algo siniestro en el aire.

En casa dejen se oyó ruido por la mañana temprano. El padre ha averiguado por el vigilante nocturno que Jen había estado en la playa. Y se han peleado, y Jen ha levantado la mano contra su padre y lo ha arrojado contra el horno, de modo que la cabeza del viejo presenta un agujero considerable. Pero al final el viejo ha logrado dominar a Jen y le ha llevado por las escaleras como si fuera un niño y le ha encerrado en una habitación. En el pueblo se murmura contra la pobre y abandonada sirena. Algunos mozalbetes habían estado en la playa y dicen que sigue en la arena, inmóvil, con los ojos cerrados. Solo por la débil respiración han notado que vive. Habían querido gastar bromas y tirarle arena pero se les quitaron las ganas cuando vieron su rostro pálido y agonizante.

Pero los mayores hacen responsable a la mujer de la perturbación de la paz en el pueblo. El rico Klaas opina que hubiese sido mejor matar a esa criatura diabólica el día anterior.

Y luego, tarde por la noche, la gente se entera de que la esposa del pastor ha dado

a luz a un niño muerto. El niño tenía una hidrocefalia, los pies deformes y con un brillo metálico rojizo y verde, como las escamas de un pez. Y la esposa del pastor va a morir, sin esperanza.

De la gente se apodera entonces una gran furia, quieren bajar de inmediato a la playa y matar a la sirena, pues ella es la culpable. Pero la noche es oscura y el viento que viene del mar es tan helado que hasta los más enconados regresan. Mañana... a la luz del día... temprano.

Cuando reina la oscuridad más impenetrable y no queda ninguna luz encendida en el pueblo, salvo el resplandor tras las cortinas rojas en la casa del pastor, Jen baja por la ventana de su cuarto. Como un gato, en silencio y con cautela. Solo le cuesta pasar los anchos hombros por el marco de la ventana. Pero lo logra. Jen toma impulso y salta al césped del jardín de la casa. Por la violencia de la caída se le doblan las rodillas pero se incorpora enseguida. Cuando pasa corriendo por la ventana de las cortinas rojas de la casa del pastor murmura una maldición salvaje entre los dientes.

Y la sirena sabe que vendrá. Se incorpora con ayuda de los brazos y estira la cabeza hacia él. Jen besa sus labios pálidos y los ojos hundidos en las oscuras cuencas.

Ella vuelve a cantar. Los tonos nadan como la niebla sobre un acantilado, y el mar la acompaña con un enojo purpura. Los velos de niebla se desgarran y su canto se vuelve dorado y claro. El sol brilla en el mar y las olas se amansan hasta quedarse dormidas.

La mujer ha tomado la mano de Jen y la ha puesto en su pecho. Y la mano se abre paso por la pesada mata de pelo y se posa con ternura, encallecida por el trabajo, en el pecho tembloroso de la mujer.

Y Jen siente la vida de ese corazón, cómo va disminuyendo conforme desciende su voz, y luego un último latido fuerte, la mano de ella apretando convulsivamente su brazo y la mujer cae hacia atrás.

Jen se sienta y contempla fijamente el amanecer.

Sus ojos están secos. No tiene una sola lágrima para el profundo dolor que sufre. Y, no obstante, es un dolor tan ligero y libre. Solo le atormenta una cosa. Pero no sabe qué es. Ahora lo recuerda. Oyó lo que se dijo abajo, en la habitación. Querían venir a matarla.

Pero no la encontrarán...

Se levanta con un gran esfuerzo. Toma el cadáver en sus brazos. Su mirada se clava ardiente en su pequeño y rígido rostro, de su brazo derecho se balancea con cada paso la aleta cortada.

Así se adentra en el mar. Con paso seguro camina de roca en roca y desde el último bloque arroja con fuerte ímpetu el cadáver al mar.



El agua le salpica y se oye un borboteo... la marea se lleva el cuerpo...
En cuanto Jen llega a la playa, oye arriba, en la duna, las voces de los hombres del pueblo.

Lo sabe enseguida: algunos están bebidos. Conoce esas risas ardientes y

metálicas.

No le verán.

Se tiende en el pliegue de una duna y deja pasar al grupo. En la atmósfera gris del amanecer ve a casi todos los hombres del pueblo con palos, bastones y remos. Algunos están borrachos. El que guía al grupo es el padre de Jen, con una venda blanca en la cabeza golpeada. Cierra el puño con crispación en torno a un hacha. También él está borracho. Los ojos están inyectados en sangre, el rostro está enrojecido.

Por fin pasan de largo. Jen sube corriendo por la duna. A medio camino al pueblo oye detrás de él un grito furioso de decepción.

Jen sigue corriendo. Quiere alcanzar el pueblo y su habitación antes de que los hombres regresen. No deben saber lo que ha ocurrido esa noche.

Cuando Jen pasa por la casa del pastor, ve todas las ventanas abiertas.

Ahora sabe que la mujer dentro acaba de expirar. Y él sigue su camino agachado junto a los muros y murmura entre los dientes apretados una maldición salvaje.

II

EN LA ENCRUCIJADA

En la encrucijada se sientan tres mujeres gigantescas. Una apoya el pie izquierdo contra la casa del guardabosque y se rasca con sus dedos escuálidos y huesudos la suciedad incrustada en ellos. «Hu... hu...» se oye en el bosque de abetos, que se estremece. En el interior de la habitación, el guardabosque y su mujer tiemblan por el espanto paralizante de una pesadilla. El niño en la cuna gime en voz baja.

La segunda se ha encogido y talla con un cuchillo grande muy afilado en la imagen del Cristo de madera situado en la encrucijada. Primero hace rayas en el madero vertical y en el transversal del Gólgota. Canta murmurando: «Horum pitschorum... Rex Judaeorum». Luego va quitando capa tras capa de la nariz del Redentor hasta que ha desaparecido del todo y la mancha blanca resplandece en el rostro sucio por la intemperie. Ahora toma el cuchillo y lo clava en el ombligo del cuerpo de madera. Allí lo gira como un molinillo entre las manos amarillas, más deprisa, cada vez más deprisa, hasta que ha taladrado un agujero profundo en el cuerpo. A continuación, sopla las virutas y el polvo del agujero... en la oscuridad sus ojos arden como los de un lobo.

La tercera se sienta erguida. Su cabeza se eleva por encima de las negras copas de los abetos. En sus manos se agita algo. Un campesino gordo... clac... le ha arrancado de un mordisco el pie derecho. Lo mastica con tranquilidad... «¡Oh...!», gime el campesino..., «déjame libre...» Ella mira el gordo bocado en su mano con una sonrisa amable. «Tengo... mujer... e hijos... que me esperan en casa». «¿Sí?», dice

la gigante... «Mi mujer... no puedo morir». «¿Sííí?», vuelve a sonreír la gigante, «ahí tienes a tu mujer», y le pone en su patio, ante la ventana. Dentro está iluminado. Quiere levantarse, pero se cae. La gigante se lleva la mano a la boca. «Aquí tienes tu pie». Ahora el campesino se pone de puntillas. En el interior, la lámpara sobre la mesa... la mesa puesta... dos jarras de cerveza, dos copas medio vacías, dos platos con huesos, en medio una bandeja con medio ganso, otra con carne ahumada.

En la silla junto a la puerta hay una cubierta de neumático y un sombrero de ala ancha con dos brochas en la parte trasera. En la silla junto a la mesa cuelga un jubón y un pantalón de cuero. La cortina azul ante la ancha cama matrimonial está echada, ante la cama se ven un par de botas altas de lana de oveja, un par de zapatillas... El campesino se aparta de la ventana, está pálido como un cadáver. «Mis hijos», balbucea. La gigante le lleva a la pocilga. El campesino tiembla. Con un tirón la gigante levanta el tejado de madera. El campesino ahora puede mirar en el interior. Un hedor insoportable. El niño se sienta en un rincón, acurrucado, sin moverse... el rostro terroso, con los ojos vidriosos. En el otro rincón está la cerda madre sobre la pequeña niña y con el hocico horada la carne blanca y saca grandes jirones del cuerpo delicado. Ese pequeño cuerpo aún se contraía convulsivamente y la sangre caliente ha dejado saciados a los lechones, de modo que ahora se empujan gruñendo y se revuelcan.

Los dos en la cama oyen un grito, un grito desgarrador.

Arriba, por encima de las copas negras de los abetos, la gigante se mete el bocado grasiento, con una sonrisa satisfecha, en su fétida boca. ¡Clac!, los duros huesos crujen, de las comisuras de los labios corre la grasa y la sangre.

En la encrucijada la otra ha hecho una fogata con estiércol de vaca y ramas secas de abeto. A los pies de la imagen del Cristo. Los pies desnudos se queman con las llamas de estiércol de vaca y ramas secas de abeto. El cuerpo entero se estremece y se retuerce de dolor. En la cavidad del cuerpo ha introducido las páginas arrancadas de un viejo misal, y cuando las llamas se elevan lengüeteando y el viejo y amarillo papel comienza a crepitar y a consumirse, ella salta tres veces por encima del fuego y se alegra. Con gesto serio quita el rosario del cuello y arroja cuenta tras cuenta en el fuego, luego murmura: «Ho-rum pi tscho-rum... Rex Judae orum». De la nariz cortada chorrean lentamente grandes, pesadas y negras gotas de sangre sobre el rostro blanco, resbalan por el cuerpo desgarrado hasta caer en el fuego, donde perecen con un siseo.

En la casa del guardabosque la gigante ha tapado la chimenea con su gran dedo del pie. Las tejas caen con un ruido tremendo sobre los fogones. La mujer del guardabosque se despierta de la pesadilla con un grito. Todo está en silencio. El tiempo se ha detenido. «Hu... hu», hace el bosque de abetos fuera y se estremece. «Padre», ella sacude al hombre. «Padre... qué ocurre», le sacude con más fuerza, aún con más fuerza, desesperada. «Sí, ¿qué pasa?»... ella coge su mano... «estás muy frío... Jesús, María y José... enciende la luz».

Un repentino golpe de viento ha rasgado las nubes. La luz de la luna cae con pureza deslumbrante en el bosque de abetos negros y en la encrucijada. En torno a las copas de los árboles flotan jirones de niebla que se elevan lentamente y se funden con el claro de luna. En el pueblo lejano aúlla un perro. En la casa del guardabosque se acaba de encender la luz... Orum...orum... hacen los sapos en el pantano.

III EL JUEZ DE BRUJAS

Tap... tap... tap... tap... tap... alguien sube por la escalera de madera. Es el señor doctor... inseguros, condenadamente inseguros suenan hoy los pasos que suelen sonar tan decididos: tap... tap. De repente klirrr... rrr... rr... un manojito de llaves cae rodando por las escaleras... de nuevo... tap... pero ahora hacia abajo. Luego durante un largo rato, silencio... por fin, de nuevo, sin apenas hacer ruido, con timidez, como avergonzado y confuso por el espectáculo nocturno, desde el pie de la escalera tap... tap... A eso se añade un ligero raspado, como alguien que con la mano tantea a lo largo de una pared áspera buscando algo... con cuidado, paso a paso... a lo largo... crac... bum... un choque entre el acero y la piedra... Esa es la escarpia de acero en la pared para asegurar la tea con que se ilumina la escalera y la cabeza de piedra del ilustrísimo señor doctor, del miembro de nuestro tribunal de escabinos, del juez honorífico elogiadísimo y envidiadísimo a lo largo y ancho del país... tap... tap... por fin ante la puerta del dormitorio un suspiro de alivio...

La llave chirría en la cerradura y el cerrojo oxidado se desliza.

Oscuro... oscuro como en boca de lobo... en el estudio de soltero. El doctor anda a tientas para encontrar el encendedor... bueno, eso dura... por fin se enciende la yesca... La mecha arde y entonces... se ilumina un radio de tres pasos con la luz rojo-gris-amarillenta de la vela de sebo. El señor doctor tiene un rostro rojizo, lleva su birrete de seda ajustado hasta la nuca, el cuello de piel de su sobretodo está abierto hacia la izquierda con gesto emprendedor, mientras que a la derecha se ajusta en su lugar habitual en torno a los hombros del portador... El doctor se agacha con las piernas abiertas para recoger la mecha encendida del suelo. La mecha ya ha quemado en el suelo, blanco como la nieve y con arena esparcida, un agujero negro y feo. El doctor gruñe algo incomprensible... Cuando se yergue suspirando...

... en su mesa se sienta, en el centro de la habitación, Satán. Ha recogido su rabo, con naturalidad, bajo el brazo izquierdo y mira al doctor con ojos grandes, redondos, ardientes y bondadosos. Ajá, piensa el doctor... ¡el maldito vino de pasas! Como Su Majestad ve que es advertido, se baja de la mesa... tap hace el pie humano, clap hace la pezuña de caballo. Con un impulso ha llevado el rabo hacia delante, entre las piernas, y lo mantiene enhiesto y rígido ante sí, como la guardia en el palacio

presenta sus mosquetes cuando pasa alguien de respeto.

El doctor se siente muy halagado. Saluda llevándose la mano a su birrete y hace un gesto de agradecimiento. Su Majestad abandona la posición de desfile y retrocede de nuevo a la mesa. Pero enseguida vuelve a bajarse de un salto... tap... clap... ha advertido la mirada recriminadora del señor de la casa. Se acerca al baúl con flores pintadas en el rincón, detrás del armario, y saca de allí una manta de algodón. Tiene que conocer el hábito de la casa. Extiende la manta de algodón sobre la mesa y entonces el huésped se sienta en ella cómodamente.

Del rincón oscuro donde está la cama ancha y blanca, procede una risa reprimida. En la almohada virgen del doctor se ve una confusión de rizos rubios, bajo el pesado cobertor asoma un rostro rosáceo. Cuando dos de los mechones densos y luminosos se tocan, saltan miles de pequeñas chispas y un ligero chisporroteo rompe el silencio... Bajo la confusión de rizos miran dos ojos profundos, tan atractivos y enigmáticos, prometedores y anhelosos; ojos de ángel... ojos de vampiro... El doctor tiene una sensación extraña... es como si esos ojos estuvieran en él, dos bolas de fuego, que hacen daño y causan placer, que calientan y un instante después pueden prender fuego a todo aquello que sea combustible.

Él se lleva las manos a las sienes. Allí dentro trabaja una fragua.

Se aproxima dubitativo al pie de la cama e intenta levantar el cobertor con la punta de los dedos. Ha tenido las ganas incontenibles de verle los pies a esa criatura. Tiene la idea fija de que esos pies han de ser pequeños, calientes y blancos y quiere tomarlos entre sus manos de sapo, grandes, rojas y siempre frías y húmedas. Pero entonces Su Cornuda Majestad da un salto tremendo desde la mesa y le da un palmetazo en las manos. «¡Au!», grita el doctor y se frota gimiendo las manos doloridas.

—¡Quieto! —dice el Negro—, eso lo tengo que hacer yo.

Y él tira del cobertor con un movimiento súbito dejando a la vista el blanco cuerpo femenino en toda su desnuda belleza. Al doctor le parece como si se hubiese arrojado de cabeza en agua caliente. Al principio no ve nada. Luego se sitúa al borde de la cama, aligera tanto como puede su mano y la pasa acariciadora a lo largo de la línea de la sedosa cadera. «Nada de cosquillas», dice ella en voz baja y se gira avergonzada, pero los grandes ojos miran retadores.

El doctor se arroja entonces sobre ella y cubre su boca de besos ardientes... y ella le rodea con sus brazos blancos... en el último instante de conciencia siente como si esos no fueran brazos femeninos, blandos y calientes, sino brazos de mono, duros, nervudos, peludos y largos... pero él se hunde en ella...

Se despierta por un fuerte apretón en el hombro... al principio ni siquiera sabe dónde está. Pero le siguen sacudiendo. Su Negra Majestad le sujeta y no le deja hasta que se ha despertado del todo. La luz se ha apagado, un hedor insoportable invade la habitación... a sebo y a mecha quemada. La luna ha salido y en la habitación hay una claridad de día, en la cama revuelta está la mujer. El rostro está azul, como el de una

estrangulada; la lengua cuelga hasta el cuello, el cuerpo está contorsionado por las convulsiones.

El doctor está de lo más confuso.

—Quiero enseñarte algo —dice Su Majestad y toca ligeramente con el dedo índice cubierto de pelos negros un lugar entre los senos de la mujer. Al doctor eso le da náuseas.

—¡Pfui, demonios! —exclama.

—¿Cómo? —dice Su Majestad. El doctor calla. El Negro toca de nuevo. Con un estallido el ombligo salta del estómago de la mujer, como el tapón de una botella de champán. Del ombligo cuelga un cordón largo y blanco, dividido en muescas regulares, como una tenia. El ombligo cae al suelo y arrastra la tenia blanca. Esta se enrosca en el suelo como si tuviera vida. Y cada vez sale más cordón blanco, cada vez más rápido... en espirales, haciendo ochos y otras sinuosidades... inagotable es el regazo de esa mujer... ya está todo el suelo lleno. El doctor se sube a una mesa. Eso le estremece.

Y el cordón delgado y blanco se vuelve más grueso, ya tiene el tamaño de una lombriz. Las muescas se hacen más profundas y distinguen claramente los distintos miembros entre sí... y sigue saliendo del agujero del ombligo... el cordón ya tiene el grosor del dedo pulgar. Los miembros se hinchan y casi se tornan redondos... y ahora se separan entre sí todos los miembros y ruedan con vida propia por la habitación, unos botan, otros ruedan con espantosa velocidad entre sus hermanos.

Esas bolas redondas y blancas adoptan un nuevo aspecto. Dos pies con garras de ave, una parte trasera larga, ancha, que arrastran pesadamente, y una cabeza: una cabeza barbada y seria con un birrete de seda, todas cabecitas de doctor. Ya son del tamaño de un puño y siguen agrandándose.

—Mira a tus hijos —dice Satán.

Una llama roja alcanza la cabeza del doctor. Salta de la silla y pisotea furioso la masa viscosa a su alrededor.

—¡Ho... ho! —grita—, ¡ho... ho!



Y lanza maldiciones. Un rechinar y chillar como de millones de pajaritos pisoteados.

—¿Pero cómo se te ocurre? —le grita Satán enojado y agarra al doctor por una pierna y lo hace girar en torno a su cabeza hasta que pierde el aliento. Entonces lo

vuelve a bajar. Pero apenas ha vuelto en sí, salta de nuevo entre la masa y pisotea y patalea.

—¡Ho... ho! —grita—, ¡ho... ho!

Satán se torna silencioso y serio y ata a la punta de su rabo un cordón de seda rojo y se lo entrega al doctor.

Los ojos del doctor se ponen rígidos y se queda inmóvil. Hace un lazo en el cordón, se lo pone en torno al cuello y tira y tira... hasta que se desploma. La mujer en la cama se ha incorporado y le mira con ojos ardientes.

En la lejanía resuena el cuerno del vigilante nocturno. Bajo la ventana se oye el paso regular de la guardia.

La fuente en la plaza del mercado murmura a la luz de la luna, la estatua de piedra del dios fluvial con la vasija vertiendo agua se yergue y mira hacia la ventana del doctor.

La comisión de justicia que a la mañana siguiente quiere llevar al doctor, para su firma, el acta de la sesión en la que se da por justificada la quema de la bruja del día anterior, no puede entrar en la habitación. Entre la gente corren mil rumores. En la casa también se han oído ruidos siniestros. Cuando logran forzar la puerta, el doctor yace muerto en el suelo, con un cordón de seda rojo al cuello, en las manos se ven dos grandes quemaduras. La cama revuelta está llena de un agua sucia y apestosa.

«Hm... hm...», musita el consejero decano. «Hm... hm...», musitan con prudencia los demás señores en coro.

EL TRIUNFO DE LA MECÁNICA

La industria juguetera de la ciudad había prosperado considerablemente en los últimos años. Todos los países civilizados demandaban esos juguetes mecánicos tan multicolores y que funcionaban tan bien: el bufón tamborilero, el incansable esgrimidor, el veloz automóvil y los altivos barcos de guerra dotados realmente de una maquinaria a vapor. E incluso en los países incivilizados, cuyas necesidades eran menos urgentes a este respecto, se creaba una clientela para estos juguetes. En las selvas de las colonias y en los desiertos de África se encontraba a menudo a negritos con los restos de estos excelentes productos. Un famoso investigador afirmó, incluso, que un mono extrañísimo en las selvas del Malagarasi le había engañado, pues, al verlo sentado en las ramas de una palmera borassus, ya se prometía el descubrimiento de una nueva especie, hasta que la captura de la marca de fábrica de su tierra (D. R. P. Nr. 105307) hizo que se desvanecieran todas sus esperanzas. Pero la prensa independiente no tardó en clasificar esta historia bajo la rúbrica imprescindible de los excursos fantásticos de los africanistas y la condenó como una nueva estratagema de la despreciable política colonial.

Ahora bien, los más codiciados eran los conejos automáticos de la empresa Stricker & Vorderteil. Estos animalitos, que retaban a la naturaleza, podían correr y saltar, como sus modelos vivos, cuando se les daba cuerda: cinco o seis vueltas. Un genio universal de la mecánica, un americano, naturalmente, a quien las invenciones parecían caerle del cielo, había mejorado los animales inanes y defectuosos al servicio de la fábrica. Pero precisamente cuando la empresa parecía haber llegado al punto culminante de su fama y de sus logros, vino la caída. Con la desvergüenza de alguien que se cree imprescindible, Mr. Hopkins exigió un día que se le doblara el sueldo, que se redujera su jornada laboral a la mitad, que se le dotara de un taller propio para sus experimentos y que se le construyera una villa como residencia veraniega fuera de la ciudad. El señor Stricker se mostró inclinado a ceder. Pero el señor Vorderteil le contradijo con fuerza:

—Eso no se puede hacer aunque solo sea por principio. En medio año Hopkins tendrá nuevas exigencias.

El señor Stricker vio que tenía razón.

El americano se tomó la decisión del jefe con una sonrisa y le replicó con su renuncia. El disgusto y la consternación que causó se superó pronto, ya que los secretos más importantes de la fabricación se conocían, y, por lo tanto, no se temía un trastorno de la producción.

—Pero ¿qué pasará —dijo el titubeante señor Stricker— si ahora Hopkins nos hace la competencia con una nueva fábrica?

—Deje que yo me encargue —le tranquilizó el señor Vorderteil, que tenía vínculos subterráneos con el alcalde de la ciudad— de que no consiga la concesión para algo así.

Entretanto, Mr. Hopkins siguió cumpliendo con su deber como hasta ese momento, enriqueció los productos con algunas pequeñas mejoras, como si tuviera la intención de permanecer para siempre al servicio de Stricker & Vorderteil, y como si sus invenciones le salieran como de la manga. Pero precisamente en esas semanas llegaron numerosísimos pedidos de conejos, y la fábrica se vio obligada a aumentar su producción, con objeto de generar toda esa legión de animales. Sonriente, como siempre, Hopkins se despidió al final de su plazo de renuncia contractual, se quitó su chistera impoluta ante sus antiguos jefes y se fue silenciando, de una manera casi preocupante, sus intenciones para el futuro.

Lo que había presentado con temor el señor Stricker, resultaría cierto en breve. Por sus vías subterráneas el señor Vorderteil recibió la noticia, del despacho del alcalde, de que Mr. Hopkins había comprado un solar y que había iniciado el procedimiento con objeto de obtener el permiso para edificar una fábrica.

—¡Imagínese! —gritó a su compañero—, ¡imagínese lo que va a hacer!

—Ni idea —dijo el señor Stricker, y esta vez realmente no tenía ni idea.

—Quiere hacer juguetes de cristal aéreo de colores. Cristal aéreo de colores, ¿ha oído algo parecido?

El señor Stricker no había oído nada parecido, pero se esperaba todo de Hopkins, también cristal aéreo de colores, y por eso palideció, sacudió la cabeza, se encogió de hombros y se empequeñeció tres centímetros.

—Cristal aéreo de colores. Qué disparate.

—Tranquilícese. Tal vez se trate de una equivocación y Hopkins haya querido decir cristal gasificado. De eso sí que he oído hablar.

Pero el señor Vorderteil dio un golpe en la mesa, de modo que el archivo que tenía detrás comenzó a oscilar sobre su cabeza, y gritó:

—¡Necesitamos toda nuestra presencia de ánimo! ¡No bromeé, estamos al borde del abismo! Cuando Hopkins dice cristal aéreo, quiere decir cristal aéreo, y por lo que he oído, también ha aportado un breve resumen de su plan empresarial, del cual se puede decir tanto como que ha inventado un método de solidificar el aire hasta tal punto que soporte altas temperaturas y muestre todas las características del cristal, sin que por ello sea frágil.

—Eso significaría una revolución en toda la industria, y es bastante amable de su parte que por ahora se limite a la juguetería.

—Muy amable, sí. Pero piense que si los niños reciben ahora dados, reglas, muñecos y locomotoras de cristal coloreado, que es irrompible y, por lo tanto, inofensivo, quizá también haga conejos automáticos.

—¡Oh! —exclamó el señor Vorderteil, y se dejó caer con fuerza en el sillón, causando que el archivo se le cayera en la cabeza. Mientras los papeles aún revoloteaban a su alrededor, se levantó:

—Pero eso no puede ser, y si usted, señor Stricker, insiste en su incomprensible postura, yo le agradezco a Dios el tener relaciones con cuya ayuda pueda frustrar su

plan.

Por los canales subterráneos entre el alcalde y el señor Vorderteil hubo en las semanas siguientes un tráfico considerable, y las «relaciones» se acreditaron con un insistente rechazo de todas las peticiones, recursos y quejas de Mr. Hopkins, así que el señor Stricker se vio obligado, con cada triunfo de su compañero, a empequeñecerse diariamente unos dos centímetros más.

Cuando se negó la solicitud de Mr. Hopkins por décimo séptima vez, un día se originó un gran ruido y alboroto ante la puerta del ayuntamiento, y el americano entró, seguido de dos gigantescos perros, en la antesala atiborrada de archivadores y de cachivaches, allí conservados respetuosamente, así como de rollos con planos de obras. Los secretarios y escribientes corrieron enseguida a estancias contiguas, cuyas puertas comenzaron a crujir por los cuerpos que hacían fuerza contra ellas para hacerlas inexpugnables. Hopkins pudo entrar sin impedimento, con sus dos monstruos, cuyas cabezas casi le llegaban a los hombros, en el despacho del alcalde. Mientras él estaba ante el alcalde con la chistera en la mano, y los perros se dedicaban a olfatear los armarios de la manera inconfundible de los perros, tiraban un jarrón y dejaban las huellas de las patas por la alfombra, el alcalde luchaba por encontrar palabras.

—¿No sabe —dijo por fin— que no está permitida la entrada a los perros?

—¡Oh, claro que lo sé! —dijo Hopkins, y sonrió—, los perros se tienen que quedar fuera.

—¿Y cómo se atreve entonces a traer aquí a sus chuchos?

—¿Estos de aquí? Estos no son perros.

—¿Y entonces qué son?

—Máquinas, señor alcalde.

Y Hopkins llamó a uno de los perros, le desenroscó la cabeza para que pudiera ver la maquinaria del interior, le explicó el mecanismo de los movimientos de las patas, el del olfateo, y el aparato especialmente ingenioso para mover el rabo.

—¿Para qué me enseña eso? —exclamó el alcalde casi suplicante, mientras el otro le abrumaba mostrándole ruedas, péndulos, resortes y baterías eléctricas. Mr. Hopkins desactivó sus perros y respondió con una pregunta:

—¿Por qué no quiere autorizarme a abrir mi fábrica?

—Tiene que preguntarle al departamento de urbanismo cuáles son las ordenanzas de edificación que incumple.

—Ya he estado en el departamento de urbanismo. Allí me han enviado a la policía.

—¿Y bien?

—Pues que allí me vuelven a remitir al departamento de urbanismo. Pero he preferido venir a verle directamente.

El alcalde se vio abandonado de sus tropas de auxilio, así que se plegó a responder:

—Pues está bien —dijo—, han rechazado su petición porque no cumple las condiciones estipuladas por la ley.

—Claro que las cumple, y si no quiere creerme, sabré obligarle a que lo reconozca.

Bajo los ojos inanes e inmóviles de los dos dogos, que parecían tener una mirada amenazadora igual a la de su dueño, el alcalde no se atrevió ni a encolerizarse sin indicar motivos ni a contradecirle con motivos. (Esos tres cuerpos que le encerraban en un triángulo mágico eran como los contenedores de fuerzas almacenadas que solo esperaban a que se disparara el mecanismo). Planteó su pregunta algo apocado:

—Bueno... y... ¿qué quiere hacer entonces?

—¡Oh, puedo elegir entre algunos cientos de medios! Digamos, por ejemplo, los conejos.

—¿Los co... nejos?

—Sí, puedo soltar en la ciudad mil millones de conejos automáticos.

Ahora el alcalde pudo liberarse con una risa franca:

—Mil millones de conejos automáticos... ¡ja, ja, ja!

—Al parecer no tiene una idea clara de lo que representan mil millones y aún menos de la perfección mecánica y del efecto de esos objetos inanes a los que se dota de movimiento.

Pero el alcalde no podía contener la risa y se limitaba a repetir:

—Conejos... automáticos.

—Así que no tiene nada en contra.

—Lo que usted diga, lo que usted diga.

—Está bien —dijo Mr. Hopkins, se despidió con un movimiento de su chistera impoluta, apretó el botón para activar a sus perros y salió por la puerta, seguido de ellos, con una sonrisa amable en el rostro.

El alcalde no pudo recuperarse en dos horas, y solo cuando todos los jefes de departamento habían soportado en su despacho, como exige el deber, su ataque de risa, se fue a casa, sonriendo satisfecho y agotado por su inhabitual actividad, para contarle también a su esposa esa historia tan graciosa. Ante su casa vio, en un rincón junto a la puerta, apretándose tímidamente contra la pared, con la piel desgredada y aspecto abandonado, a uno de esos conejos blancos tan conocidos como producto de la empresa Stricker & Vorderteil. Extendió la mano hacia el animalito, divertido por la idea de que Hopkins hubiese puesto ese conejo en la puerta de su casa, pero este comenzó a brincar y se escapó con una huida rápida. Vio con satisfacción, cuando aún jugaba con la idea de perseguirle, que más adelante ya lo capturarían algunos pilluelos de la calle.

A la mujer del alcalde le hizo mucha gracia la historia de su marido, y su carácter ahorrador vio enseguida en la amenaza de esa inundación una bienvenida distribución de juguetes baratos para niños. Cuando la pequeña Hedwig vino con un conejo blanco que había encontrado fuera, en la escalera de la casa, se rio de todo corazón y

no dejó de reír hasta que Ricardo también trajo un conejo, que había estado escondido debajo de la mesa de la cocina, y cuando Fritz y Ana salieron de la oscuridad del sótano llevando cada uno a uno de esos animalitos. Pusieron a las criaturas saltarinas con los ojos de cristal en un rincón, del cual se salían una y otra vez acompañados del griterío de los niños. Pero cuando la cocinera informó con el rostro blanco que un conejo había saltado ciegamente en un gran tarro de mermelada, la agitación del ama de casa venció a la risa de la madre. A lo largo del mediodía se incrementaron los conejos de manera desagradable, parecían acechar desde todos los rincones, surgir de las grietas del suelo, se sentaban en todos los estantes y barandillas, saltaban por todas partes sin orden ni concierto, y la risa se borró de los labios de la mujer del alcalde que quedó sustituida por un gruñido enojado. El alcalde escapó a la plaga y se dirigió a su club de lectura en una penumbra acompañada por bolitas blancas saltarinas. Pero sus compañeros de club estaban tan perplejos como él y se sentaban reunidos en el sanctasanctórum del silencio, mientras un número de conejos en constante incremento, que había logrado penetrar de alguna manera enigmática en el club, perturbaba sus funciones intelectuales. Josef, el sirviente, barría los animales de vez en cuando con una escoba, pero un instante después parecían haber surgido de todos los rincones, para saltar ciegamente y sin plan alguno con sus ojos rojos de cristal. De repente hubo algunos en la mesa de lectura y desbarataron el orden sagrado de los periódicos. Los señores se lanzaron miradas amenazadoras e iracundas, exacerbados y nerviosos por esa molestia, y por fin se fueron cuando se convencieron de que Josef era impotente con la escoba y que su conversación no iba a tener éxito alguno.

Por la noche el alcalde sintió bajo la sábana de su cama un objeto duro, y cuando buscó lleno de presentimientos, sacó uno de esos conejos estúpidos con sus ojos saltones de cristal. Lo arrojó al suelo con una maldición, pero el animal solo produjo un ruido mecánico, como un instrumento mal tocado, y siguió brincando. Esa prueba de solidez sacó al alcalde de sus casillas e influyó en sus sueños pululantes de conejos. En torno a un letrero gigantesco en el que una palabra alcanzaba el cielo, «irrompible», saltaban hordas innumerables de conejos, escalaban con unas capacidades fantásticas, como gatos, por las letras, subían y bajaban y todos miraban con esos ojos rojos saltones e inanes hacia un punto, en el cual el mismo alcalde, yaciendo en la cama, se sentía inmovilizado por la pesadilla.

Cuando quería secarse el sudor de esa mala noche, vio la mesita de mármol del baño recubierta de conejos y en el mismo lavabo había uno de esos animales melancólicos y despeluchados. Anticipando una alegría vengativa arrojó al animal al suelo y ya quería confirmar con regocijo su destrucción, cuando se incorporó lentamente y comenzó a brincar sin disminuir un ápice su viveza.



En la calle tropezaba a cada paso con uno de esos pequeños monstruos que resistían con incomprensible dureza las crueles torturas de los pilluelos, las patadas, incluso los atropellos por los camiones más pesados. Conejos se sentaban en las escaleras del ayuntamiento, conejos venían a su encuentro por los pasillos, conejos le

miraban con sus ojos estúpidos desde lo más elevado de los archivadores. El alcalde pasó ante su personal perturbado y acosado por conejos y entró en su despacho con un gesto heroico. En el gran escritorio se sentaban trece conejos y brincaban hacia todas las direcciones, de modo que los papeles, dispersos en genial desorden, hacían un ruido áspero bajo sus incansables patitas traseras.

Ante ese espectáculo el alcalde se hundió en su cómoda butaca y se deseó todos los placeres de la destrucción. Despertó de su ensimismamiento con un grito, como si las manos cansadas que se deslizaban de su regazo tocaran la suave piel de un conejo. Ahora le pareció como si en los animalillos se dibujara casi lo que se podría llamar una sonrisa en torno a su pequeño hocico inmóvil. Era la sonrisa rígida de objetos sin vida, pero en esa terrible multiplicación parecía acentuarse aún más y ganar en importancia, y por último creyó ver, repetida cientos de miles de veces en esas pequeñas y terribles bestias, la sonrisa de Mr. Hopkins.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y llamó al señor Vorderteil para que se presentara en su despacho. Los dos se sentaron uno frente al otro, perplejos, durante un largo rato hasta que el alcalde se hizo consciente de la dignidad que encarnaba.

—Ese Mr. Hopkins... —dijo.

—Sí, ese Mr. Hopkins... —dijo el señor Vorderteil.

—Mil millones de conejos automáticos...

—Irrompibles... irrompibles... —confirmó el señor Vorderteil.

—Terrible... mil millones de conejos auto...

El alcalde tuvo que defenderse de un conejo que de repente se sentó en su hombro y quería subirse a su cabeza.

—¡Su maldito producto...! —gritó iracundo y quiso comenzar a llorar de furia.

—Sí, señor... sí, señor..., pero no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende?

—La fábrica no ha fabricado tantos conejos desde que comenzó su producción.

—¿De dónde vienen entonces esos animales?

El señor Vorderteil no pudo responder, pues se vio inundado por un chorro de tinta roja procedente de un tintero tirado por uno de los conejos. El bonito pantalón nuevo se había perdido irremediabilmente. Y encima el alcalde se rio, con una risa convulsiva, casi un alarido, hasta que el señor Vorderteil logró recuperarse para responder:

—Yo creo que el tal Hopkins ha comprado todos los últimos grandes pedidos. Ese hombre es un demonio... y que nos eche encima ahora todo eso... Pero... —y se inclinó, pese a que aún goteaba la tinta de la mesa, hacia el alcalde—, pero yo creo que hay algo más... algo espantoso.

—¿Qué puede ser?

Al alcalde se le pusieron los pelos de punta.

—¿No ha notado, señor alcalde, que hay dos tipos de conejos en actividad o, por decirlo así, dos generaciones distintas?

¡Cierto! ¡Cierto! Entre los veintitrés conejos que pululaban por el escritorio del alcalde, algunos, los más pequeños, parecían más delicados y jóvenes que los otros, cuya piel daba la sensación de ser más suave y elástica, y que se movían con cierta torpeza juvenil. Pero en lo demás mostraban todas las características que unían a ese ejército de pequeños monstruos, los ojos de cristal rojos y saltones, que en todos sus brincos permanecían inmóviles en la cabeza, y los hociquillos pintados con las huellas de una sonrisa espantosa.

—¿Lo ve? Y eso es lo más horrible de todo. Pues he de decirle que Mr. Hopkins, cuando aún estaba con nosotros, habló de un descubrimiento revolucionario, de una propagación de los conejos mecánicos por medios asexuales. Por entonces nos reímos. Pero ahora es obvio que ha hecho su descubrimiento... es evidente... para aterrorizarnos. Sus conejos son imitaciones asombrosas de la vida, pueden parir, y esta noche veremos la tercera generación, mañana por la mañana la quinta y pasado mañana alcanzaremos no sé cuántos millones.

Esta conversación encontró un final rápido y sorprendente, al que se suele atribuir la interrupción de los canales subterráneos entre el alcalde y el señor Vorderteil. Por una natural aspiración a mantener sano el entendimiento y también impelido por una confusión instantánea, por una fiebre de odio y de desesperación, el alcalde agarró al promotor de esa plaga, lo hizo girar varias veces sobre su eje y lo terminó arrojando por la puerta.

Pero con ese acto de violencia no logró nada contra los conejos. La ciudad, al aparecer los conejos, había sonreído, luego se fue imponiendo un murmullo de enojo y este enojo se convirtió al poco tiempo en consternación, y la consternación en desesperación. Y ahora se habían impuesto el espanto y la repugnancia. Uno no podía sentarse a la mesa sin que esas bestias blancas brincaran ciegamente entre los platos, y cuando alguien, en un ataque de furia, arrojaba los animales al suelo, no le cabía otra que convencerse de que eran indestructibles. Solo eran vulnerables al hacha y al fuego. Con autorización del magistrado se apilaron montones de leña en todas las calles y plazas y se prendieron fuego, y a ellas se llevaba cubos, delantales y barreños llenos de conejos. Pero pese a estas medidas el número de conejos seguía incrementándose de hora en hora, y al final, vencidos por la repugnancia, se renunció a seguir luchando. Los fuegos se apagaron y apestaron el aire con su hedor a pelos quemados. Los conejos destruyeron sin impedimento alguno la vida comercial, el tráfico, pululaban por todas las actividades de la vida pública e incluso penetraban en los secretos goces del amor.

Pero cuando nació un niño muerto que, como consecuencia del susto padecido por la madre, llevaba una mancha roja con la forma de un conejo en todo el rostro, se originó una indignación que poco faltó para que la gente invadiera el ayuntamiento como en una revolución. En ese momento peligroso y decisivo, el alcalde se acordó de Napoleón III, que supo tranquilizar a su pueblo, quejoso por la miseria que sufría, con el esplendor de fiestas. Empezar, como contrapeso, una acción externa contra

la inquietud interna le pareció tanto más necesario al comprobar con horror que ya se podía estar ante una quinta generación de conejos. Así pues, ordenó que la festividad del día siguiente, dedicada a Schiller, se celebrase por todo lo alto.

Al igual que un capitán mira de nuevo desde el mástil antes de que el mar se trague su barco, así contemplaba el alcalde, al día siguiente, desde la torre del ayuntamiento, su ciudad. Aunque era septiembre, las calles, los tejados y las plazas públicas parecían cubiertos por una capa de nieve. Pero esa capa se movía, bullía, se abría y se cerraba de nuevo; no era otra cosa que los prometidos mil millones de conejos automáticos. Con el gesto de un hombre anciano, el alcalde bajó de la torre y tomó el informe que le daba la policía sobre Mr. Hopkins. No lo habían podido encontrar en ningún lado, y el alcalde casi se alegró por ello, ya que en cierto modo lo había presagiado.

La ciudadanía se concentró para festejar a Schiller, tras una dura lucha con los conejos que invadían las calles y que se movían en enjambres cerrados. En los cruces la situación era especialmente difícil, allí se acumulaban y apilaban, al encontrarse en varias direcciones, dos y tres capas de conejos brincando y hormigueando. En la sala era difícil hacerse con un espacio, los conejos saltaban y corrían entre los pies de los invitados, ocupaban los asientos y se caían desde las barandillas de las galerías como de un relieve de un escultor enloquecido.

Un profesor con muchos méritos en la vida intelectual de la ciudad pronunció el discurso de apertura, y cuando en medio de sus espléndidos elogios sobre los bienes ideales de la nación sacó del bolsillo de su frac un conejo y lo arrojó hacia los otros con un gesto de asco, todos lo tomaron como lo más natural del mundo. Causó un efecto desagradable que, cuando los instrumentos de viento tocaban la obertura, cada dos por tres sonara un chirrido extraño porque los conejos se habían introducido en los instrumentos. Pero ahora subió al podio Beate Vogl, la joven cantante dramática del teatro de la ciudad, para entonar algunas composiciones propias inspiradas en Lieder de Schiller. Sus senos y su hermoso cuello se elevaban desde el maravilloso y rico vestido, y la delicadeza de su piel competía con éxito con la delicadeza de su voz. Todos parecían concentrarse en el podio de modo que se sentía menos el pulular de los conejos. Pero de repente la cantante soltó un gallo tremendo y un grito, un grito espantoso, desgarró la concentración del público. Con los ojos fuera de sus órbitas la señorita Beate Vogl se había quedado rígida por el horror, a continuación bajó los ojos hacia el escote del vestido, mientras la hoja de música salía volando de sus manos, y sacó... sacó con un alarido desgarrador, un conejo de sus senos, del cual pendían otros nueve gazapos, como si acabaran de venir al mundo.

La agitación y la repugnancia del público se desahogaron en un tumulto, en el cual se arrojaron sillas, se pisaron colas de vestidos, y se emprendió una huida espantada hacia las puertas de salida, hasta que una voz clara y enérgica desde el podio ordenó que se detuvieran. Mr. Hopkins estaba allí arriba, junto a la cantante desvanecida en el suelo, agitaba su inmaculada chistera y hacía reverencias al

público.

—Damas y caballeros —comenzó—, por favor, présteme algo de atención. Se podrían haber ahorrado la desagradable agitación de estos últimos días si se hubiese sabido a tiempo qué representa un número como mil millones y se hubiese tenido respeto por los adelantos de la técnica moderna. Pero no quiero hacerles ningún reproche y no hay nada que desee más que terminar con esta situación indigna de nuestra ciudad. Los conejos desaparecerán en el mismo momento en que tenga en la mano la autorización para seguir adelante con mi proyecto. Ahora bien, si contra lo esperado no tomaran en consideración mis deseos, por mucho que lo lamente, tendré que incrementar algo más su malestar.

Mr. Hopkins sacó, sonriendo, de su bolsillo, por las orejas, un conejo pataleante, se lo puso en el brazo y siguió hablando, mientras acariciaba suavemente al animal:

—Hasta ahora solo han conocido la raza inofensiva de mis conejos. Solo han sido molestados en sus costumbres, en su comodidad, pero ahora se verán amenazadas sus posesiones. A partir de mañana al mediodía, damas y caballeros, aparecerán los conejos que también pueden comer.

Y dicho esto, presentó al conejo que tenía en el brazo un puñado de tréboles, y la sala entera, en silencio, rebotando de personas, vio con espanto que el hocico de ratón del animal se contraía y con obtuso placer mordía una hoja de trébol.

Lo vieron, y quien no lo vio, creyó a su vecino que lo había visto, hasta que al final se convenció de haberlo visto él mismo en persona. ¡Mil millones de conejos irrompibles, automáticos y devoradores! La gente se quedó tan espantada que no podía gritar, ni osaba insultar, y todos los presentes se alejaron de la sala como si allí hubiese hablado un profeta del Juicio Final.

Esa misma noche se celebró una sesión extraordinaria del concejo municipal, y a la mañana siguiente un ujier buscó al americano para pedirle que acudiera a ver al alcalde.

Cuando se presentó ante el alcalde y recibió la autorización que le permitía edificar la fábrica, sabía que tendría que responder a una pregunta. Esperó a que se la formulara.

El alcalde se sentaba cansado y reflexivo en su butaca, y sus ojos velados miraban rígidos en un paisaje incomprensible.

—Dígame —comenzó por fin y se pasó la mano por la frente, como para alejar una presión dolorosa—, dígame... comprendo sus artes hasta cierto punto, aunque no estoy tan loco como otros que creen lo imposible. Pero hay una cosa que siempre será para mí incomprensible: que haya podido dominar hasta tal punto el principio vital mediante las artes mecánicas como para que el conejo automático pueda comer; el conejo que usted nos mostró...

Mr. Hopkins sonrió con más obsequiosidad que en otras ocasiones y agitó su inmaculada chistera.

—Todo depende de la introducción —dijo—; ese conejo, señor alcalde, era,

excepcionalmente, uno vivo.

LA REPULSIÓN DE LA VOLUNTAD

Una barba larga y gris daba un aspecto venerable a nuestro amigo Eleagabal Kuperus. Surgía de su rostro como la ira del semblante de Jehová. Lo más particular en él eran dos colmillos de jabalí triangulares y amarillos que sobresalían por las comisuras de su boca. Cuando reía, asomaban por encima de su barba de patriarca, como dragones apareciendo sobre la maleza de un bosque. Y cuando reía, se comprobaba también que no tenía en la boca ningún otro diente que esos colmillos superiores, radicados en unas encías rojas y carnosas. Lo venerable y particular de sus ojos se revelaba en un color verde brillante que cambiaba a gris. Las aguas relucen así cuando llevan largo tiempo estancadas y su clara naturalidad se ve contaminada por residuos sucios de fábrica, en honor a cualquier industria imprescindible. O cuando la feliz claridad del cielo se ve surcada de repente por un juego enigmático de luces y sombras.

Estar a solas con Eleagabal Kuperus era a un mismo tiempo un placer y un horror. Estábamos con él a solas, muy a solas, como mínimo a mil metros de todas las demás soledades.

A nuestro lado estalló un cohete, y Kuperus introdujo su mano en la lluvia de pequeños rayos artificiales, de modo que las serpientes de fuego se enroscaron en torno a su mano conjuradora. Después, todo volvió a la oscuridad, solo llegaba hasta nosotros desde la profundidad un resplandor débil e intermitente, sobre el cual parecía deslizarse la góndola en silencio. Por encima de nosotros se hinchaba el monstruoso cuerpo del globo como el estómago oscilante de un monstruo gigantesco. Nos encontrábamos en plena noche, estáticos, en un estado de perfecto equilibrio entre el impulso hacia arriba y las fuerzas retenedoras de la tierra.

—Este sería el lugar oportuno para hablar de esas cosas que no podemos entender allí abajo —dijo Kuperus, recortándose con el cuchillo las uñas negro azuladas de sus dedos, que destacaban por sus lúnulas blancas. Estas parecían cápsulas de acero cubriendo terminaciones nerviosas muy sensibles y necesitadas de protección.

—¿Pueden cambiar estos pocos cientos de metros de altitud hasta tal punto nuestra capacidad mental? —dijo Ricardo Löwenherz. El valeroso amigo le planteó esta pregunta con una actitud defensiva, pero yo, que estaba decidido a acoger en mí las extrañas experiencias de esa hora, sentí avergonzado que quería salvarse. Kuperus le miró y sonrió, de modo que sus colmillos asomaron como puntas de puñales con curiosidad peligrosa:

—Joven, no lleva injustamente el honroso apellido de Löwenherz [Corazón de León]. Pues a todo lo que allí abajo quiere aproximarse a usted con dientes y garras, con explosivos o violencia, usted le opone su sensatez de acero. Usted es un digno epígono del gran siglo de la Ilustración, un alma forjada en el fuego del materialismo puro, y a veces me parece como si a la sazón usted hubiese compartido mesa con Holbach o, como mínimo, hubiese colaborado en la impresión de los artículos de

Diderot para la Enciclopedia. Pero ahora que estamos entre el cielo y la tierra no deberíamos olvidar que hay más cosas...

—No creo en eso —dijo Löwenherz con sequedad, como si quisiera destruir con un martillo todo lo que no se atrevía a mirar con más detenimiento—. La fe es una muleta para cuyo empleo necesitamos un suelo inamovible bajo nuestros pies. Este pertenece a los requisitos de la tierra y se encuentra allá abajo entre los palacios de madera y estuco de la feria de atracciones de la que por fortuna hemos salido. Las leyes de la mente cambian rápidamente cuanto más nos alejamos del lugar donde se cree haberlas codificado, y esto en una proporción cuya representación gráfica se podrá encontrar en los psicofísicos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues me limito a afirmar que aquí somos más sensibles a todas aquellas fuerzas que allí abajo están obligadas a fluir bajo la capa de hielo de la conciencia. Tal vez mostraríamos fenómenos de lo más extraños si se lograra trasplantarnos a un espacio vacío, del mismo modo que la luz de los tubos de Geisler produce extraños efectos en el vacío.

—Usted compara experimentos físicos con lo mental.

Kuperus dejó colgar la mano con la navaja de bolsillo sobre el borde de la góndola, de modo que el resplandor de la feria se reflejó en la hoja. De la caverna bucal abierta asomaron los grandes colmillos amarillos en una carcajada muda.

—Ahora busca una salida en el dualismo y debería estar convencido, como monista consecuente, de la coincidencia entre las leyes físicas y las anímicas. No quiero confundirle y le pido que tome esto como mera imagen de los tubos de Geisler.

La fiesta italiana de la ciudad de madera allá abajo, sobre la que pendía en la noche nuestro globo, envió al mismo tiempo dos soles de fuego que comenzaron a girar no muy por debajo de nosotros. Giraban crepitando en torno a un eje inseguro y un resplandor de su vida centelleante pareció sumergirse en los ojos extraños y venerables de nuestro amigo Kuperus. La hoja de la navaja brilló roja como la punta de un hierro candente.

—Le voy a mostrar un pequeño experimento fácil de hacer. En el estado de equilibrio en el que nos encontramos, todo movimiento corporal ha de causar una oscilación en esta góndola, ¿verdad? Pero eso, naturalmente, no lo desea, ya que no es agradable sentir aquí arriba las mismas sensaciones de una tempestad en el mar. Imagínese lo desagradable que sería si la góndola comenzara a mecerse, e intente mantenerla lo más tranquila posible.

Ricardo Löwenherz calló bajo los ojos de nuestro amigo y vi cómo realmente intentaba mantener la góndola quieta. El mimbre flotaba suavemente sobre un mar de silencio entre el cielo y la tierra, y solo los soles centelleaban más lentos y girando con cansancio por debajo nosotros, de modo que la soledad se tornó más pesada y ominosa. Así cae la desolación de una habitación cerrada sobre el zumbido de moscas

moribundas que, atraídas por cualquier azar mortífero a esa sepultura, se golpean en vano, hasta morir, contra cristales polvorientos.

Comprendí ahora de repente por qué nos sentábamos allá arriba, por qué Eleagabal había insistido en esa ascensión nocturna con toda su elocuencia y había empleado para ello sumas importantes, con objeto de sobornar a los funcionarios de la sociedad inglesa aerostática. Escuché todas las objeciones: no, señor, no, eso conculca nuestro reglamento. Además, está prohibido por la policía. Realmente podría ocurrir algo. Y recuerdo los argumentos en contra de nuestro amigo, y por último este, acogido con una sonrisa: señor, yo estuve cuando se cayeron los primeros globos y no me ocurrió nada, salvo romperme los dientes delanteros. Y entonces sentí el cielo sobre mí, como una onda blanda, y la luz de la vía láctea que me envolvía como un velo.

De repente Ricardo Löwenherz lanzó un grito:

—¡Pare, pare!

Sus manos se extendieron hacia el borde de la góndola y se aferraron al mimbre con unos dedos crispados por el miedo. El rostro estaba contraído por el espanto y la falta de respiración, los ojos miraban sanguinolentos y de hito en hito como los de un azotado. La barba patriarcal de Eleagabal tembló en sus puntas:

—Ahora pasa.

—¡Brujo, embaucador! —dijo Ricardo Löwenherz, y su agotamiento lo dejó decaído, como un globo de niño desinflado. Se reclinó y respiró con dificultad.

—Usted ha experimentado solo la tempestad y la oscilación. Para nosotros la góndola permaneció quieta, ¿verdad?

—Estos trucos se pueden encontrar hoy en cualquier feria de atracciones.

—Se equivoca si cree que esto es una suerte de sugestión. Yo he estado de lo más pasivo y he dejado que usted solo trabajara en ello. Aquí tiene un pequeño experimento, la mar de bonito, para demostrar la fuerza opositora de la voluntad.

—Ya no me confunde con sus palabras místicas.

—No puedo más que regalarle una explicación como instrucción de uso. Desde hace siglos nuestra cultura occidental tan superior se encuentra en el error espantoso, por sus dimensiones, de considerar la voluntad como un poder benefactor. Al que carece de voluntad se le tiene por desgraciado, al que posee una voluntad enferma se le designa, en las lenguas culturales, como criminal. Voluntad es lo mismo que fuerza, y los dramaturgos de todos los tiempos no han enaltecido otra cosa en sus obras que la voluntad. Pero en esto se pasó por alto una cosa: que toda fuerza efectiva genera un contragolpe o una reacción. Esto se ha conocido en el mundo físico y se ha llegado a calcular el retroceso en la artillería y en los cohetes. Pero por puro orgullo sobre la acción a distancia de la voluntad, no se ha reparado en sus efectos devastadores en la cercanía. Esto es, no se advirtió que ambos efectos surgen del mismo fundamento originario. Los dramaturgos se consolaron de esos efectos imprevisibles mediante la construcción de un destino místico, y los metafísicos, topos

ciegos en el subsuelo de las realidades, tantearon en corredores sinuosos en busca del conocimiento. La repulsión de su voluntad, orientada al equilibrio y al reposo, fue la que puso la góndola, para usted, en movimiento. Habría faltado que también yo y nuestro amigo hubiésemos añadido la misma voluntad en la dirección de la suya, fortaleciéndola, para hacer realidad la tempestad. La historia universal se compone de la voluntad y de la repulsión de las masas, atravesadas por las mismas fuerzas que los individuos.

—Es ingenioso, Eleagabal Kuperus, pero el sol saldrá y sus palabras se enfriarán hasta convertirse en hielo.

La feria se tornó silenciosa y sus luces se apagaron. En la noche, que comenzaba a palidecer, pendían las estrellas con el brillo melancólico de la despedida. La cabeza de Eleagabal se encontraba con sombría dignidad ante un telón de damasco verde, separada del cuerpo por el elevado borde de la góndola, como la cabeza del Bautista en una bandeja oscura.

—¿Quiere más ejemplos para que me termine de comprender? ¿Conoce el secreto de la melodía infinita? No me refiero al principio musical de Gluck, al que ahora llaman de Wagner, y que consiste en que la conducción de la melodía, superando todas las conclusiones naturales, siga creciendo hacia el horizonte, sino a esas pequeñas secuencias de pocos compases que, perfectas por antonomasia, quedan cerradas en sí mismas, de modo que pueden ser repetidas incontables veces. Un círculo de sonidos que sigue rodando y que con cada giro se reproduce a sí mismo. Mozart hacía surgir de sí, en horas felices, esas melodías, inspirándose en la perfección de la creación. Cuando nuestro oído capta por primera vez estas melodías, el intento de la voluntad de desprenderse de ellas solo sirve de nuevo impulso para que se repitan en un sonoro rodar. Podemos identificar fácilmente al hombre «normal» por el hecho de que en él la fuerza de repulsión es más pequeña que la fuerza positiva de la voluntad. El artista lleva en sí mismo el equilibrio de ambas fuerzas y, como nosotros, se mantiene flotando entre el cielo y la tierra. Y la demencia aparece cuando la potencia del retroceso supera a la del impulso hacia delante.

La mano de Eleagabal, que sostenía la navaja, esa mano terrible y ajada, entre cuyos tendones se originaban delgadas depresiones que formaban sombras, se deslizaba jugueteando de un lado a otro por el borde de la góndola.

—Hemos de tener presente la convicción de que mientras la voluntad esté viva en nosotros, también estaremos próximos a la demencia. Pues cualesquiera que sean las leyes por las que se regule la relación entre la fuerza y la repulsión en el ámbito mental, no podemos osar enjuiciarla según fórmulas físicas. En nosotros se depositan los legados de muchos antepasados convertidos en fantasmas. Le voy a contar una cosa acerca de mí que tal vez le ayude a comprender. Ocurrió en una de las ricas galerías de arte en Holanda. Debido a mi cansancio y a la aversión que sentía por el ruido de las personas a mi alrededor, tuve el deseo de disfrutar de aquellos tesoros

que, inducido por el ardor de mi codicia, había comenzado a considerar como de mi propiedad; quería disfrutar de ellos en soledad, sin estorbos, para que hablaran y revelaran sus voces más secretas. Cuando los vigilantes paseaban por las salas con esa jactancia producto de la oscura incomprensión, para avisar a los visitantes de que había llegado la hora de cierre, me escondí tras una cortina donde se guardaban cepillos, cubos y escobas. A través de unos flecos rojos y polvorientos vi venir por el pasillo a un tipo alto con barba de marino, precisamente del lugar en que se encontraba «La guardia nocturna» de Rembrandt. Hacía sonar su manajo de llaves y llevaba por delante a los últimos visitantes, rozando indiferente con la manga las obras y escupiendo en una de cada dos escupideras con las que se iba encontrando en el camino, como si eso formara parte de sus deberes. Pasó silbando junto a mi escondite. Luego oí a otros vigilantes que venían de distintas direcciones, oí sus conversaciones en el vestíbulo y, por fin, el triple chasquido de la llave de la puerta principal acabó con esa repugnante cadena de ruidos. Estaba solo y salí de mi escondite, en la orilla de un mar de silencio, que se prolongaba desde mis pies hacia el infinito del horizonte. Ahora caminé, humilde y consciente de mi vileza, bajo esas mentes sutiles y escogidas, aunque, de algún modo, aceptado en su vida suspensa. Las piezas pomposas y fastuosas de las horas públicas perdieron su majestuosidad opresiva, y los pequeños maestros inadvertidos, que parecían marcados por el estigma del descuido, hablaban con la oscuridad que les era afín. Me detuve ante uno de esos cuadritos tan sugerentes que nos introducen en la vida artística de aquella Holanda desaparecida, de la que no parece haberse salvado nada en la Holanda actual, salvo el gusto desenfrenado por comer y beber. Era uno de esos cuadros de galería que representan la tienda de un comerciante en arte, cuyas paredes están cubiertas de cuadros y en la que hay caballetes que muestran lienzos importantes. Impresiones caleidoscópicas con intencionado desorden daban al conjunto la unidad de un acorde. En aquella época gustaba exhibir la riqueza, y en estos cuadros se reunían copias empequeñecidas de todas las obras importantes de contemporáneos o antepasados, de modo que algunos de ellos se han de considerar como un manual ilustrado de historia del arte holandés. Los pequeños maestros de estas obras mostraban aquí una selección de lo que habían coleccionado en su tiempo, en afición modesta, como bienpreciado de su época. Y entre los cuadros se encuentran grupos de personas, tan familiarizadas con estas cosas del arte, tan libres de complejos y también de superioridad crítica, como no somos capaces de estarlo los contemporáneos frente a las cosas de la naturaleza. Se conversa, se ríe y todos los gestos y miradas parecen referirse a estos cuadros y surgir de ellos. Había la claridad suficiente para ver que el maestro del cuadro ante el que me encontraba se había permitido una pequeña broma. Entre los cuadros famosos de la pared principal, en la tienda increíblemente multicolor, entre los cuadros de Rubens, Rembrandt, Van de Velde, Vermeer van Delft, Frans Hals y Jan Steen, también colgaba precisamente este pequeño cuadro y repetía una vez más a todas las damas y caballeros, todos los Rubens y Rembrandt

y... a sí mismo. Iba a reírme pero la penumbra parecía tan opresiva y pesada que mi risa se desvaneció en el silencio. Una voz habló a mi lado:

»—¿Os gusta la broma del maestro, señor? ¡Oh, en aquel entonces gustaban las bromas y se situaban junto a la seriedad más profunda!

»A mi lado se encontraba un hombre pequeño y gordo cuyas manos, entrelazadas a la espalda, hacían sobresalir un estómago considerable, y cuyo rostro redondo, sano y colorado, parecía haber salido de uno de esos cuadros tan alegres de Frans Hals, en los que se representan banquetes de compañías de arcabuceros, y que se exhiben en la galería de La Haya. Poseía un noble colorido, con un jubón negro y cuello blanco, su nariz brillaba con la noble patina de Lucas Bols, parecía pintado en 1575. Me sorprendió el taburete en el que se subía con natural seguridad. Me señaló el cuadro y puso el dedo en el lugar donde, en la repetición del lienzo, aparecía el cuadro de la galería por tercera vez:

»—Aquí parece condicionarse el final de una serie por la imposibilidad de penetrar más en el reino de lo pequeño. Pero yo os digo, señor, que es una equivocación. No hay nada que no se hubiese intentado entonces. Por vuestra temeridad de encerraros aquí habéis demostrado vuestro amor y pasión, pues bien, yo os voy a mostrar algo más.

»Sacó una lente de aumento del bolsillo de su jubón, echó en ella su aliento y la limpió con un pañuelo de seda. Cuando la luz prematura de las amplias salas pareció concentrarse en rayos delgados en ese cristal y la noche quedó interrumpida por una iluminación clara y parpadeante, invoqué la prudencia. Sé que intentaba aferrarme a una columna de hierro cimentada en todos los fundamentos de la lógica. En secuencias rápidas y circulares se formó en mí la siguiente argumentación: hay límites técnicos en la pintura que es imposible superar. Más fino que el ornamento más pequeño de Canaletto, que el bordado en los atuendos de sus sacerdotes y las piedras preciosas de sus custodias, no puede serlo la labor minuciosa del pincel más impávido. Y con una cierta confianza en la decisión de mi voluntad de no dejarme sorprender, tomé la lente de aumento. Al principio no percibí más que manchas enormes, montañas de colores que se pegaban como en las amplias barras de una reja, remolinos de rojo y azul que parecían fijarse de repente en un giro demencial, algo así como la nebulosa espiral reluce entre las estrellas de los lebreles. Las fuerzas horadantes y tempestuosas de azares impredecibles arrojaban nubes de colores en confusión, se acumulaban en un lugar formando ásperos arrecifes o se hundían en los abismos del enrejado. Entonces vi un cuadro ante mí como el valle desde la cumbre de una alta montaña. Y supe que esa era la reproducción de la galería que se relacionaba con ese aumento como el cuadro originario con el ojo normal. Bajé la lente y se produjo un pequeño milagro, uno de esos hechos incomprensibles con que nos sorprenden los tiempos pasados cuando queremos elevarnos sobre ellos. Pero una curiosidad, una compulsión casi física, que yo sentí como una presión en la nuca, levantó la lente. Tenía que mirar... y me asusté. Mi horror fue como aquel que nos

invade cuando vemos un trozo de nuestra piel con un aumento considerable. Ese trozo arrugado, cortado por profundos surcos de una sustancia blanda y gelatinosa, con las aberturas en forma de embudo de los poros y las secreciones grasientas de las glándulas sudoríparas, con los pelos lisos, rubios, como pegajosos, es como el relieve de un paisaje sobre un planeta regentado por la repugnancia. Toda concentración por debajo de los límites de lo más pequeño parece suscitar esa náusea, la cual representa el polo opuesto al sentimiento de elevación que confiere la contemplación hacia la altura. Nos medimos por lo sobredimensionado y se nos hiela la sangre en las venas ante las cosas que se encuentran bajo el límite inferior del criterio proporcional que nos es inherente. Cuando sentí esta cadena de conocimientos atravesándome a gran velocidad, extendí mis manos, tambaleándome, hacia la columna bien cimentada de mi voluntad, para abrazarme a ella. Pero entonces ocurrió algo terrible. La columna a la que quería aferrarme, me rechazó, o fue que mis manos resbalaron en ella debido a su superficie lisa... no lo sé: tuve la sensación de un golpe o empujón puramente físico que me desequilibró. Y deslizándome hacia abajo, vi los sucesivos empequeñecimientos, cada vez más rápidos, del cuadro de la galería. Se sucedían a gran velocidad como los escenarios de un teatro, en los cuales los personajes de una pesadilla representan una espantosa comedia del miedo. El mundo entero se parecía ahora a una suerte de manguera triangular que se estrechaba cada vez más, en la cual solo se podía avanzar pero nunca retroceder. Se me había comprimido y solo se esperaba a que yo adoptase la forma de una pirámide. En las paredes de esa mazmorra colgaban cuadros, cuadros y más cuadros en sucesión infinita, cada vez más pequeños, hasta que se reducían a meras proporciones matemáticas; y, no obstante, aún daban la impresión, de manera inexplicable, de que representaran cuadros que a su vez representaban sucesiones de otros cuadros, en las cuales uno de ellos siempre repetía el cuadro de este cuadro. Los caballeros sonrientes y las damas haciendo reverencias, los grupos de una contemplación amena regresaban en la misma secuencia en versiones inapreciablemente más pequeñas, siempre la misma sonrisa y la misma reverencia hasta el infinito. Lo demencial, el absurdo más completo de esas repeticiones sucediéndose hasta el más allá de todos los conceptos espaciales, llameaba en mí como un fuego fatuo del miedo. Sentí cómo se precipitaban todas las leyes y las armonías, y mientras mis oídos zumbaban, mi cuerpo comprimido reventó en esa especie de espantosa manguera. Mi cabeza se afiló y horadó las tinieblas de la inconsciencia...

»Los vigilantes que me encontraron en el suelo de su galería, se quedaron asombrados e indignados y me llevaron al director. Cuando tras gran esfuerzo logré contarle mi extraña aventura, acuñó, sacudiendo la cabeza, el nuevo término «síndrome de galería» y dio la oportunidad a tres catedráticos holandeses de gran prestigio para que se ocuparan, con minuciosidad científica, de ese fenómeno inaudito.

Durante esta narración había terminado de amanecer. El sol brillaba desde un

claro en las nubes. El rostro de nuestro amigo era como el de una antigua máscara de comedia; entre las mandíbulas desdentadas se abría la oscura cavidad bucal, y los colmillos sobresalían por encima de la barba de patriarca. Una vez vi en una historia de guerra ilustrada la imagen de un soldado francés que, mientras estaba sentado a un lado llevándose la cantimplora a los labios, una granada le arrancaba la cabeza. En su rigidez completa, que interrumpía en un instante todas las funciones vitales, Ricardo Löwenherz se parecía a ese soldado muerto. Y aún otra cosa vi en esa mañana joven, pálida, inundada por los coágulos solares. La mano con la navaja, esa mano horrible que parecía jugar inocentemente en el borde de la góndola mientras nuestra atención estaba distraída con el relato, había estado cortando casi por completo la amarra que sujetaba nuestro globo al suelo. Con un ligero chasquido iban saltando los hilos de la cuerda hasta que solo un delgado vínculo nos unía con la seguridad del suelo.

En ese instante Ricardo Löwenherz también debió de darse cuenta del peligro, pues salió de su rigidez con una explosión repentina. Se abalanzó sobre Kuperus y quiso agarrarle por la garganta. Pero Eleagabal lo arrojó a su sitio con un rápido movimiento de la mano y dio la señal, sonriendo en silencio con sus colmillos descubiertos, para que bajaran el globo.

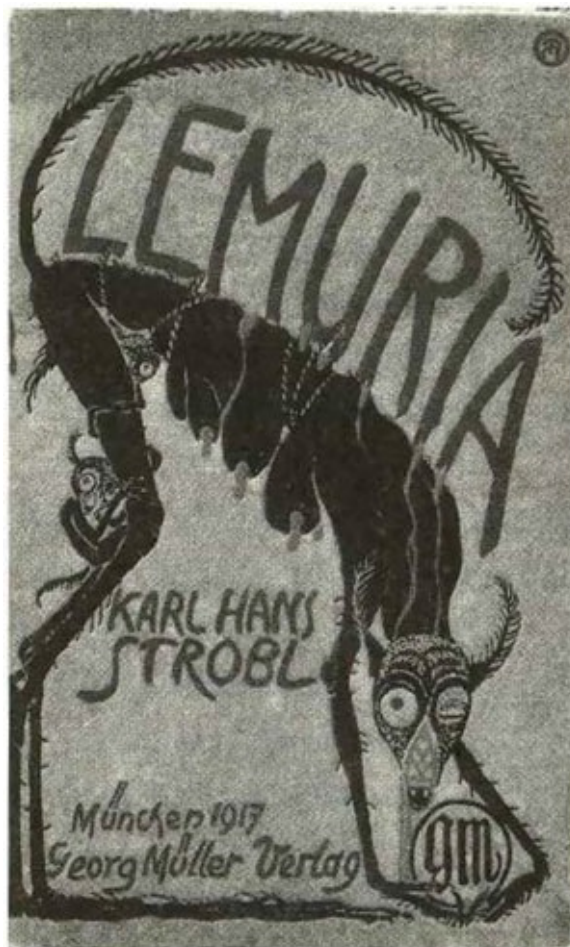
El lento viaje de descenso trascurrió en el más absoluto silencio. La tensión había llegado a ese punto culminante en que se burla de todo sosiego y equilibrio de ánimo. Esperábamos que en cualquier momento la cuerda se rompiera y con un repentino tirón del globo nos arrojara a la aventura imprevista de un periplo mortal. Durante todo un año descendimos en el vacío, y lo único que ocurrió en ese espacio temporal interminable fue la lenta y continua recogida de la cuerda atada al borde de la góndola. Cuando la punta de una torre penetró desde abajo en la soledad de nuestro miedo nos pusimos a temblar. La punta de la torre se ensanchó, dio paso a una cúpula y luego nos deslizamos por un delgado fuste. Decoraciones góticas pasaron a nuestro lado... otras torres. Luego los tejados de cristal de palacios y por fin la fantasmagoría en la fría luz matutina de un sueño de lujo exuberante. Cada vez temblábamos más, y cuando las copas de unos árboles comenzaron a flotar a nuestro alrededor, Ricardo Löwenherz quiso tirarse de la góndola. Nuestra lucha con él hizo que la góndola perdiera el equilibrio. La tierra nos dejó sentir su dureza. Nos bajamos entre trabajadores y funcionarios que olvidaron su sueño y su mal humor matutinos, asombrados ante nuestro sobresalto. Habíamos caído como del espacio, al borde de las lágrimas por el asombro de habernos salvado, y saludamos la exquisita sensación de tener un suelo bajo los pies. Ricardo Löwenherz aspiró el aire y sus ojos apagados se inflamaron con un fuego de odio.

Pero Eleagabal Kuperus se reía en silencio y sus colmillos colgaban por encima de la barba de patriarca:

—¡Prudencia, amigos míos, prudencia! ¿Acaso creen que esta compañía sumamente respetable y precavida, con responsabilidad limitada, la propietaria de este globo, iba a confiar en una sola amarra? Hasta tal punto no nos hemos

americanizado, y los viejos continentes poseen también felizmente una policía de seguridad. ¿Ven este grueso cable debajo de la cuerda de cáñamo enrollada? La completa seguridad se sabe revestir con un estímulo picante, para que respetables padres de familia puedan contar que han participado en un viaje en globo no carente de peligro.

A Eleagabal Kuperus le gustaba gastar estas bromas.



F I N

Notas

[1] Las anotaciones de Hans Anders se han puesto al principio de este informe. (N. del A.) <<

[2] Figura femenina, representada en algunas fachadas alemanas, con la falda remangada y enseñando el trasero al demonio, mientras hace mantequilla. Antaño la fabricación de mantequilla era un trabajo arduo y a menudo no coronado por el éxito. En el pueblo corría la superstición de que esa actividad tenía que ver con fuerzas mágicas, brujas o con el mismo demonio, quienes, a cambio de una firma con sangre, garantizaban el resultado. Según la explicación más extendida, Hanne, una mujer dedicada a estos menesteres, no se sometió a esos tratos impíos y, sin embargo, tuvo éxito en su labor. Su gesto se interpreta como una burla al demonio. La Butterhanne más famosa se encuentra en la ciudad de Goslar. (N. del T.) <<